



# ¿FARSA O REALIDAD?

Priscila Serrano



Lectulandia

Fingir no es tan difícil.

Daniela ha pasado de estar felizmente casada a ser una joven divorciada. Ahora le toca comenzar de nuevo, a pesar de que aún le duele el corazón y se siente estafada.

Pero todo cambia cuando, por gracia del destino, acaba viviendo con su mejor amigo de la infancia, Saúl.

Saúl se convierte en su apoyo, en ese hombro en el que llorar cuando los recuerdos la atenazan. Y también en su salvavidas, su héroe... y su novio. De pega, claro.

Cuando su ex pretende recuperarla, Daniela le presenta a Saúl como su novio. No es buena idea, y menos aun cuando los besos fingidos han comenzado a gustarle.

Ya no serán amigos.

Ya no serán más que amigos.

Serán amigos de más.

Priscila Serrano

# ¿Farsa o realidad?

ePub r1.0

Titivillus 08.08.2023

Título original: ¿*Farsa o realidad?*  
Priscila Serrano, 2023

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

## Índice de contenido

Índice de contenido

Cubierta

¿Farsa o realidad?

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Epílogo

Sobre la autora

## Introducción

Otra mañana calurosa en la que prefería estar metida en casa con el aire acondicionado. Otra estúpida mañana que tenía que madrugar para ir a la ferretería con mi padre. Trabajaba con él desde que acabé mis estudios de contabilidad. Se suponía que ese iba a ser mi puesto, pero ni por asomo hacía solo eso. Mi progenitor me puso en el mostrador por mi cara bonita... Sí, justamente fue por eso. «Cariño mío, tienes que estar cara al público, que tienes la cara muy bonita. Así me entran más clientes». Recordé sus palabras a la vez que comenzaba a vestirme.

Salí de mi habitación cuando estuve lista y me encontré a Fran, mi marido, sentado en el sofá. Me preocupé de inmediato, ya que debería estar en el instituto; era profesor de Educación Física.

—Cielo, ¿ha pasado algo? —le pregunté mientras me acercaba a él—. ¿Desde cuándo estás aquí? ¿No has ido a trabajar?

Fran me miró con seriedad y eso no hizo más que aumentar mi preocupación. Me senté a su lado y cogió mis manos. Noté su nerviosismo por cómo le temblaban y me asusté, me asusté demasiado.

—Tengo que decirte algo —habló de pronto, y su voz sonó entrecortada.

—Me estás preocupando. ¿Estás malito, mi vida? —Acaricié su mejilla provocando que cerrara los ojos unos segundos.

Soltó mis manos a la vez que un suspiro agónico se le escapaba de entre los labios. No entendía muy bien lo que estaba pasando, pero algo me decía que no iba a ser bueno.

No podía negar que llevaba un tiempo algo extraño conmigo; llegaba tarde algunas veces y casi ni me tocaba. Al principio pensé que era por el cansancio, lidiar con adolescentes a diario no debía ser un trabajo muy tranquilo. Sin embargo, verle así en ese momento, me decía que no era por eso y que escondía algo bastante serio.

—Me he enamorado de otra persona y creo que debemos separarnos —  
soltó de pronto, tras unos segundos en silencio.

Abrí los ojos llena de sorpresa a la vez que me levantaba para separarme de él. Comencé a negar y una sonrisa burlona se dibujó en mis labios, una sonrisa que no estaba para nada llena de felicidad. Escuchar a mi compañero de vida, al que elegí para pasar el resto de mi vida, que estaba enamorado de otra mujer, no era lo que esperaba para ese mierda de día.

Era lunes, la semana comenzaba y jamás me habría imaginado que lo haría de ese modo.

—¿Cuándo? ¿Quién? —iba a hablar, pero no lo dejé—. No, no quiero saberlo.

Las lágrimas comenzaron a salir sin control y ya no quería seguir escuchando nada más. ¿Para qué? Nada de lo que me dijera cambiaría el daño que me estaba haciendo. Estaba destrozando mi corazón, arrancándomelo del pecho para pisotearlo como si fuese basura.

Se levantó para acercarse a mí y abrazarme... No quise, y le pegué un guantazo cuando conseguí reaccionar.

—No quiero volver a verte, Fran.

No esperé respuesta y salí de mi casa, de mi hogar, el mismo que se había desmoronado sobre mí en cuestión de segundos. Corrí hasta mi coche y me encerré en él sin dejar de llorar, de gritar. No podía creerlo, no era capaz de pensar con claridad. Miré unos segundos hacia la puerta de nuestra casa antes de arrancar y lo vi mirándome. Me quedé un momento esperando a que viniera a por mí y no lo hizo, así que me fui sin mirar atrás.

La vida a veces te daba cosas buenas, otras te daba unos palos que ni la mejor medicina podría curar.



# Capítulo 1

## Daniela Meses después

—Tienes que firmar ahí, Daniela —me dijo Mónica, mi hermana, poniéndome la demanda de divorcio ante mis narices.

Estos meses habían sido una locura y más cuando me vi compartiendo casa con Fran hasta que saliese la sentencia de divorcio y la vendiéramos. Todo eso llegó antes de lo esperado y si no fuera porque debíamos bastante dinero al banco de la hipoteca y los préstamos en común que teníamos, nos habría quedado algún dinero para seguir adelante con nuestras vidas.

Miré a Fran antes de firmar y al no ver ni un ápice de culpabilidad en su rostro, firmé. Tragué saliva cuando volví a alzar la mirada para arrastrar la hoja en su dirección para que hiciera lo mismo.

—Bueno, ya está todo listo.

Mónica había sido nuestra abogada para el trámite, algo que elegimos ambos porque no nos fiábamos de cualquiera y, aunque era mi hermana, él confiaba en ella.

—Tenéis dos días para dejar la casa. Los nuevos dueños firman mañana el cambio de titular, pero os han dejado ese tiempo para que podáis organizaros.

Mi hermana hablaba, pero yo no podía escuchar nada. ¿Cómo hacerlo si no podía creerme que esto me estuviera pasando a mis veintiocho años? Solo llevábamos cuatro años casados y tres de novios. Había compartido siete años con el hombre que tenía frente a mí y al que le daba igual estar jodiendo todo por una mujer cualquiera. Que ya sabía quién era la protagonista de mi desgracia: Alejandra, se llamaba, y era compañera de trabajo de él.

Fran se levantó y, tras despedirse, salió del despacho de mi hermana. Mónica, cuando nos quedamos solas, me abrazó. Estaba destrozada y no

podía seguir reprimiendo las lágrimas, no delante de ella. Me había apoyado en todo este proceso, sorprendiéndome, pues no era que tuviéramos muy buena relación.

—Tranquila, Dani. Todo pasará pronto. —Acaricié mi espalda.

—Ya está, no pasa nada. —Me calmé.

Tenía que ser fuerte y tirar para adelante, esto no me iba a hundir.

—Estaré bien, Mónica, no te preocupes.

—¿De verdad? Ya sabes que me tienes para lo que necesites. —Asentí, agarrando sus manos.

Me levanté para marcharme de una vez al trabajo y antes de salir ella volvió a abrazarme. Le di un beso en la mejilla y me fui, tenía que ir a trabajar.

Aprovecharía ese día para contarle a mis padres que me había divorciado, no había querido contarles nada hasta que no fuese un hecho, mantenía la esperanza de que Fran se retractara, pero ese deseo no llegó, así que era el momento de decírselo a ellos. Mi padre había estado muy preocupado por mí, mi ánimo en el trabajo no había sido el mejor, y por más que me preguntara y me dijera que sabía que me pasaba algo, no le contaba nada.

Conduje por mi ciudad, Málaga, hasta el barrio de Huelin, donde mi padre tenía la ferretería. Tardé más o menos quince minutos en llegar y gracias a Dios encontré un aparcamiento pronto, algo que me salía bien ese día.

Entré en la tienda y mi padre miró hacia la puerta, las campanitas que colgaban del techo en la entrada me delataron. Fui hasta él y lo abracé. Necesitaba que mi padre me cobijara unos minutos como cuando era niña y tenía miedo de la oscuridad, aún seguía teniendo ese temor, pero ya era muy mayor para dejar una lamparita encendida toda la noche. «Por eso dejas la del pasillo», me recordó mi conciencia.

—¿Qué te pasa, cariño? —Se preocupó cuando notó que lloraba.

—Tengo que contaros algo a ti y a mamá. —Lo miré haciendo pucheros.

Siempre lo hacía, aunque en otro momento era para conseguir de ellos algo que quería y no por el dolor que tenía en mi corazón por la separación.

—Pero dímelo a mí ahora porque me tienes preocupado.

Negué.

—Necesito que estéis los dos, papá. Cuando cerremos y vayamos a comer, ¿vale?

—Está bien, aunque estaré toda la mañana comiéndome el coco por tu culpa, y más si no dejas de llorar. ¿Te ha pasado algo con Fran?

Fue escuchar su nombre y llorar con más fuerza. Me giré y fui corriendo hasta la oficina para encerrarme en ella. Mi padre habría venido a por mí si no fuera porque entraron clientes. «La campanita».

Me senté en la silla delante del ordenador y saqué el móvil de mi bolso. Busqué la galería para ver todas las fotos felices que teníamos Fran y yo y dejé de verlas cuando las lágrimas me nublaron la vista. ¿Por qué me pasaba eso a mí? ¿Por qué si éramos felices? Aún no comprendía qué había hecho yo para que él pusiera los ojos sobre otra mujer. ¿Acaso no era buena para él? No es que fuera una modelo, pero mi padre me decía que era bonita, ¿no?

Saqué el espejito que llevaba dentro de un neceser pequeño con maquillaje y me miré para comprobar por mí misma si era verdad eso de que era guapa. Tenía los ojos marrones y el cabello largo y castaño; las ondulaciones me caían hasta la cintura y un flequillo tapaba mi frente. Me maquillé para ocultar la tristeza, aunque de la mirada fuese imposible. Era delgada, bastante, a decir verdad, algo que a mi madre no le gustaba porque decía que estaba en los huesos y tenía una estatura normal.

—Eres bonita, Daniela —me dije a mí misma a la vez que cerraba el espejo y volvía a guardarlo.

Una vez que me sentí tranquila, salí de la oficina para concentrarme en el trabajo.

Mi padre estaba ocupado, por lo que no me preguntaría más, ya tendríamos tiempo de hablar y poder desahogarme con ellos.

La mañana la pasamos metidos en la ferretería, ese día entraron muchos clientes y eso me sirvió para no pensar en él y lo que faltaba por pasar; dejar mi casa iba a ser lo más duro.

Sobre la una y media mi padre echó el cierre y, por la puerta de atrás, subimos hasta su casa. La tienda conectaba por el interior, así que lo tenía muy fácil.

—Manuela, ya estamos aquí —anunció mi padre a la vez que caminaba hasta el salón.

Yo fui directa a la cocina para beberme un buen vaso de agua y me encontré con mi madre sirviendo el almuerzo.

—Hola, cariño mío. ¿Cómo estás? —me preguntó cuando sintió mis labios en su mejilla.

Musité un «bien» muy poco expresivo y eso no pasó desapercibido por mi señora madre. Se giró y, poniendo los brazos en jarras, gesto que yo misma había heredado de ella, me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa? —Las madres y sus sextos sentidos. Negué—. A mí no me engañas, niña.

—Sí que le pasa algo, ha llegado esta mañana llorando y aún no me ha dicho el motivo. Solo sé que me había pedido entrar dos horas más tarde porque tenía médico. ¿Estás enferma? —preguntó mi padre al percatarse de ese detalle.

—No, papá, no estoy enferma. Porque no nos sentamos y os lo cuento, tengo mucha hambre, no he desayunado hoy.

—¡Niña! Tienes que comer, que cualquier día voy a tener que mirar dos veces para verte —exclamó dándome una colleja.

—¿Por qué me pegas? Siempre estás igual.

Salí de la cocina con dos platos y fui hasta el salón para sentarme de una vez para comer. Mis padres me imitaron y nos pusimos a comer la ensaladilla de arroz que mi madre había preparado ese día. El verano estaba acabando ya, pero aún hacía mucho calor.

No dejaron de mirarme en todo el tiempo que duró la comida, esperando a que les dijera lo que me pasaba. Los entendía, estaban preocupados y no era para menos. Alcé la mirada y tragué saliva mientras que un suspiro se me escapaba. No sabía cómo empezar a contarle todo, ellos querían mucho a Fran y no se lo iban a creer, yo misma aún no me lo creía. Él siempre había sido muy cariñoso, me quería, yo sé que me quería, y era por eso por lo que aún me costaba entenderle.

—Fran y yo nos hemos divorciado —dije al fin.

—¿Cómo? —Mi madre fue la primera en hablar tras varios segundos de silencio.

Mi padre arrugó la frente, incrédulo, lo que me temía.

—Amador, que la niña se nos ha separado —le habló a él tocando su brazo para hacerle reaccionar.

—¿Por eso no podías venir esta mañana a tu hora? —Se interesó. Asentí—. ¿Por qué has tardado tanto en decírnoslo?

—Lo siento, no lo dije antes porque tenía la esperanza de que lo pensara mejor. No ha sido fácil para mí vivir con él estos meses sin estar juntos.

—¿Meses? ¿Has tardado meses en contarnos que te ibas a separar? Daniela Martín García. ¿En qué coño estabas pensando? ¿Por qué os habéis separado?

—Mamá, por favor, cálmate.

Pero no podía calmarse y eso no hacía más que ponerme más triste. ¿No podía entenderlo sin más? Yo era la única que sufría en todo esto y necesitaba

el apoyo de mi familia. Vale que no se lo había contado en su momento, pero tampoco quería preocuparlos. ¿Para qué? No iba a cambiar nada si se lo decía a ellos también.

Mi padre se levantó y me abrazó, era el único que me entendía y protegía. Él no preguntó nada más, esperó a que yo misma diese detalles, si es que quería darlos. Mi madre era más cabezona y no iba a descansar hasta que lo soltara todo, así que no les hice esperar más y se lo conté todo con pelos y señales. Mi padre se cabreó con Fran y mi madre se entristeció por ambos, demostrándome lo mucho que quería a mi ex. Mi ex, era la primera vez que lo llamaba así y sentí cómo mi pecho se comprimía. Aún dolía demasiado y no sabía el tiempo que iba a tardar en volver a sentirme bien.

Sobre las tres de la tarde, me fui de casa de mis padres y regresé a la mía para empezar a recoger todo. Mis padres me dijeron que podía irme a vivir con ellos, pero yo no quería porque sería un paso atrás. Necesitaba tener mi propio hogar, aunque fuese sola.

Llamé a mi hermana para preguntarle si podía quedarme unos días en su casa hasta que encontrase algo. En un principio me costó pedirle ese favor, ella vivía con su novio y no quería ser un problema, pero me dijo que sí.

Aparqué el coche delante de mi hogar y me encaminé hasta la puerta para entrar. Cuando lo hice, me encontré algunas cajas en la entrada. Suspiré al darme cuenta de que todo era el fin, que ese día iba a ser la última vez que entrase en ese lugar en el que tan feliz habíamos sido.

Me adentré hasta mi habitación encontrándome con Fran guardando sus cosas en una maleta.

—Pensé que no había nadie —dije a la vez que soltaba mi bolso sobre la cajonera.

—Lo siento, me iré enseguida.

—No te estoy echando —respondí algo cabreada.

Mis sentimientos estaban pasando del dolor al cabreo en cuestión de segundos y prefería irme sin discutir con él, así que decidí no hablar más con él y guardar todas mis cosas, me iría ese mismo día.

Tres horas después, ya tenía todo guardado en el maletero y asiento trasero de mi coche. Volví a entrar para dejar mi llave en la entrada, ya que él sería el encargado de entregarlas en la firma del cambio de propietario. Fran me vio y antes de que saliese por la puerta, me agarró del brazo.

—Siento mucho que esto haya acabado así, Dani —se disculpó.

—Para ti soy Daniela —le corregí—. Tranquilo, todo pasa en esta vida. Un día crees tenerlo todo y al otro tu marido se va con la primera zorra que se

le cruza en el camino, pero oye, no pasa nada. Mientras tú seas feliz, que nos jodan a los demás —escupí todo lo que llevaba guardando durante esos meses.

—Sabes que eso no ha sido así, yo no me he ido con ninguna zorra y lo sabes.

—No, yo ya no sé nada. Deseo que te cases y tengas muchos hijos y que ella te deje de la misma manera que tú a mí. Adiós, Fran.

No esperé respuesta por su parte y tampoco quería escuchar nada más, así que salí de aquel lugar para comenzar a vivir mi vida. Iba a ser difícil comenzar de nuevo, pero no había nada imposible en esta vida, que me lo digan a mí.

## Capítulo 2

Llevaba dos días buscando piso y no encontraba nada más barato de setecientos euros. Tampoco tenía que ser tan difícil, no quería una mansión, algo normalito con una habitación o sin ella, con que tuviese cama, baño y cocina era más que suficiente, pero la cosa estaba muy complicada.

Ya era el segundo día que pasaba en casa de mi hermana, y no es que ella me estuviera echando ni nada por el estilo, y tampoco metiéndome prisa, me estaba ayudando, tanto ella como Víctor, mi cuñado. No obstante, sabía que estaban algo incómodos, no tenían intimidad, y mucho menos sitio para mí. Había ocupado su salón, pues solo tenían una habitación. Por eso necesitaba encontrar algo lo antes posible y dejarlos solos de una vez.

—Buenos días, cuñada —me saludó Víctor al salir de su cuarto.

—Buenos días —respondí sin apartar la mirada del portátil—. Mónica ha dejado café preparado —informé, aunque estaba segura de que ya lo sabía.

—¿Cómo va esa búsqueda? —Se interesó unos segundos después.

Había ido a la cocina y regresó con una taza en las manos.

Se sentó a mi lado en «su sofá de mil quinientos euros». Sí, tenía constancia de lo que le había costado, mi hermana me lo dijo nada más llegar a su casa. Es que Mónica era una mujer muy, ¿cómo decirlo? ¿Pija? Sí, así era. Nos llevábamos bien, pero el que fuera así, me alejaba mucho de ella. Alardeaba de lo que había conseguido gracias a sus empeños de no acabar trabajando como ferretera. «Así me decía cada dos por tres». Estudió derecho y hasta que no tuvo su propio bufete, no paró. Que me parecía muy bien, estaba muy orgullosa. Lo único que no me gustaba es que fuera tan sumamente estúpida a la hora de tratar a los que eran inferiores.

—Fatal —declaré, pasándome las manos por el rostro. Estaba desesperada.

—¿Has pensado en la posibilidad de alquilar una habitación? —Fijé mi mirada en él—. Compartir piso.

No, claro que no había pensado en esa posibilidad. ¿Cómo iba a vivir con una desconocida o desconocido? Porque podría encontrarme cualquier cosa. No, eso no entraba en mis planes. ¿Y si era un loco maniaco al que le gustaba violar a sus compañeras? «Qué miedo». Noté un escalofrío recorrerme desde la espina dorsal. Sin embargo, si quería irme pronto, tenía que hacerlo. Yo sola, con el sueldo que tenía, no podía pagar un alquiler completo, y tampoco me había quedado tanto dinero de la venta de mi casa. Suspiré al recordar que hacía tan solo un día tenía mi propio hogar. La pena me invadió y tuve que ir al baño para no echarme a llorar delante de Víctor. Suficiente con tenerme allí viviendo gratis como para encima tener que escuchar mi llanto.

Estuve encerrada unos largos minutos, hasta que él necesitó entrar, tenía que irse a trabajar y solo había un baño. Yo también tenía que irme a la ferretería, pero aún me quedaban un par de horas, por lo que volví a sentarme en el sofá para cambiar la búsqueda de piso completo a compartido.

Miré por más de media hora y guardé en favoritos algunos que me interesaron. Me vestí rápidamente y, tras coger el bolso, salí de casa de mi hermana para ir a trabajar.

Otro mierda de día, otro en el que necesitaba agarrar mi cabello en un moño por el calor que hacía. Menos mal que en el coche tenía aire acondicionado y en la tienda también, algo que mi padre puso gracias a que se lo supliqué. Eso de tener que pagar más en la factura de la luz no iba con él.

Llegué a tiempo, aunque había dado más de tres vueltas buscando aparcamiento. Entré en la ferretería y mi padre ya estaba atendiendo a una clienta. «Joder, qué pronto vienen las viejas», pensé pasando por su lado.

—Hola, María. ¿Cómo está usted hoy? Qué tempranito, ¿no? —la saludé. Era una vecina de mi abuela.

—Estoy muy bien, bonita. ¿Y tú? Ya me ha dicho tu madre que te has separado, lo siento mucho.

Miré a mi padre con el ceño fruncido y cabreada, muy cabreada. ¿Cómo se le ocurría a mi madre contarle a la vecina que me había separado? De verdad que esto era para mear y no echar gota. Tendría una conversación con mi progenitora, lo que hacía no estaba bien, a nadie le importaba mi vida privada. Él se encogió de hombros, no sabía nada y le creía. De la mayoría de las cosas que ella hacía, no se enteraba.

—No pasa nada, María. Estoy bien.



Me adentré a la oficina para soltar mis cosas y ponerme la camisa de la ferretería. Suspiré unas cuantas veces antes de salir. Cuando llegué hasta mi padre, la señora ya se había ido, así que pude respirar con tranquilidad.

—De verdad que a mamá no se le cocina nada en la boca —expresé, a la vez que ayudaba a mi padre a reponer algunas cosas que habían llegado.

—Ya sabes cómo es, cariño.

—Sí, claro. Pero no puede ir contándole mi vida privada a nadie, papá. No entiendo qué gana.

—Bueno, tú tranquila. —Puso su mano derecha en mi hombro.

—Es que es por estas cosas por las que no quiero venirme a vivir con vosotros.

«Ya está, ya lo había dicho». Es que de verdad. Sí, yo adoraba a mis padres, pero mi madre se metía en todo y no estaba dispuesta a tener que dar explicaciones a estas alturas de la película. Joder, que tenía veintiocho años, por el amor de Dios.

A mi padre no le hizo demasiada gracia escucharme decir eso, pero lo aceptó. Ambos éramos iguales, no podíamos esconder lo que sentíamos y teníamos que decirlo antes de que se nos enquistara dentro. Sabía que a veces me pasaba, de verdad que sí. ¿Qué hacía? Yo era así.

La mañana fue bastante tranquila, por lo que mi padre, a las once de la mañana, me dejó ir a la cafetería a tomarme un café. Normalmente llegaba desayunada, pero a veces no, y ese día era uno de ellos. Entré en la cafetería de la acera de enfrente y me senté en la primera mesa que vi libre. La camarera vino hasta mí en cuanto me vio y, tras pedirle lo que quería, se marchó.

Cogí mi móvil mientras esperaba para volver a ver los anuncios que había guardado en favoritos y mandé un mensaje a los dos que más me habían llamado la atención. Uno de los pisos estaba cerca de la ferretería, por lo que tenía muy buena combinación para no tener que venir en coche; y el otro, el que más me gustó, estaba enfrente de la playa. Eso sería un lujo, así podría ir por las tardes a tomar el sol sin tener la necesidad de gastar gasolina. Sí, ya sabía... todo lo que fuera ahorrar, ahora me venía muy bien.

—¿Daniela? —Escuché como alguien decía mi nombre.

Alcé la mirada y me encontré con un hombre joven y bastante guapo, aunque no sabía quién era.

—Jorge —se presentó a la vez que se señalaba.

Me quedé pensativa unos segundos hasta que le recordé. Abrí los ojos sorprendida y me levanté para saludarle; era un compañero del instituto al que

no veía desde... bueno, desde que terminé la secundaria.

—Joder, Jorge. ¿Qué te ha pasado? —Me interesé—. Que no digo que estés mal, todo lo contrario... —carraspeé—. Estás muy bien.

—Tranquila, te he entendido. —Sonrió—. ¿Te importa que me siente contigo? —negué, sentándonos a la vez.

—¿Qué es de tu vida? —hablé tras darle un sorbo a mi café.

—Pues nada, trabajando como un negro limpiando las calles de Málaga.

—Vaya, de barrendero. —Asintió, soltando una carcajada—. Ya quisiera trabajar yo ahí, dicen que se gana una pasta.

—Sí, pero se trabaja muchas horas. ¿Y tú?

—Yo trabajo con mi padre en su ferretería, la de ahí enfrente.

Estuvimos hablando más de media hora, contándonos lo que habíamos hecho con nuestras vidas durante los años que no nos habíamos visto. Recordamos algunas cosas del pasado y a personas muy importantes, como Saúl, mi Saúl. ¿Qué sería de él? Hacía tantos años que no sabía nada de él que estaba segura de que jamás volveríamos a vernos.

Ese chico había sido mi mejor amigo, el único que tenía incondicional y al que quería como si fuera un hermano. A veces mi mente viajaba a mi niñez y adolescencia, cuando el único problema que teníamos era que el chico que nos gustaba no nos hacía caso. No como en ese momento, que lo más jodido era saber dónde vivir. «Qué mierda es ser adulto», pensé mientras me levantaba. Tenía que volver al trabajo.

—¿Puedo invitarme a comer? —me preguntó antes de despedirnos.

Lo medité por unos segundos, sería buena idea pasar tiempo con un amigo, ¿no? Asentí y le dije que salía a la una y media. Nos veríamos en la puerta de la tienda y de ahí nos iríamos a cualquier sitio a comer para seguir con la charla. Le di dos besos y salí de la cafetería.

Me centré en mis quehaceres y el tiempo pasó muy rápido. Mi padre me preguntó si comería con ellos, pero le comenté que había visto a un compañero del insti y que iría a almorzar con él. Se sorprendió, ya que yo no era de salir con nadie, era un alma solitaria, o eso decía mi familia. Y no, no era eso, es que estando casada solo salía con mi marido y su familia. No tenía amigos propios, solo los que había ganado estando con Fran, y estaba segura de que los perdí también con el divorcio.

Al salir, Jorge ya me esperaba sentado en una moto. Caminé hasta él para saludarle.

—Vaya moto. —Silbé haciéndole reír.

—¿Te gusta? —asentí—. Súbete.

—Estarás de coña. —Negó mientras me daba un casco—. Me da un poco de miedo.

—Venga, no seas cagueta.

—No, si no lo soy, pero he traído mi coche...

—Vale, pero para aparcar la moto es mejor. Después te traigo a por tu coche, ¿vale?

—Está bien, tú ganas.

Me subí detrás de él y me puse el casco después de soltarme el cabello. Con el moño iba a estar muy incómoda.

Jorge arrancó y se metió en el tráfico en dirección a la autovía. No sabía a dónde me iba a llevar, pero tampoco me importaba. Iba a intentar disfrutar un poco de la compañía y, sobre todo, de los recuerdos.

Me gustó encontrarme con un antiguo amigo, alguien que me conocía y con el que había compartido algunos años.

Llegamos a un chiringuito en Benalmádena y nos sentamos una de las mesas que tenían en la arena de la playa. Me quité los zapatos para no marcharlos y sentí su calidez. Cerré los ojos a la vez que un suspiro se me escapaba y, al abrirlos, Jorge me estaba mirando con una sonrisa.

—¿Te gusta? —asentí—. Vengo mucho aquí, la comida es buenísima y las vistas insuperables.

—La verdad es que sí —mencioné mirando a mi alrededor.

Vino un camarero a tomarnos nota y le pedimos dos tintos de verano bien fríos. Nos dejó la carta para que mirásemos qué nos apetecía comer, aunque yo ya sabía lo que pediría: los calamares fritos con patatas eran mi comida preferida y siempre pedía lo mismo.

Mientras esperábamos, seguimos poniéndonos al día. Me contó que había estado con una mujer ocho años y con la que tenía una hija de tres. Su princesa, la llamaba.

—Yo me acabo de separar —declaré—. Hace dos días firmé el divorcio.

—Oh, lo siento. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes... Bueno, no. ¿A quién quiero engañar? Estoy echa una mierda. Después de cuatro años de matrimonio, me deja por una compañera del trabajo.

No entendía muy bien por qué le estaba contando algo que no era capaz de hablar con mi familia, pero necesitaba desahogarme con alguien que no fuera de mi círculo, y fue liberador.

Después de todo, él solo conocía de mí lo que le enseñé en mi adolescencia, y había cambiado mucho desde aquellos años. Ya no éramos

unos niños.

## Capítulo 3

Pasamos la tarde en la playa, Jorge era muy divertido, incluso más de lo que recordaba. Le pregunté por Saúl con la esperanza de que supiera algo de él, pero sabía menos que yo, aunque me dio la idea de buscarle en redes sociales. Podría haberlo hecho antes, pero había estado tan metida en mi mundo lleno de amor que me había olvidado de que una vez tuve un mejor amigo al que adoraba.

Sobre las nueve de la noche, me llevó hasta donde estaba mi coche aparcado y, antes de despedirse de mí, nos guardamos los teléfonos para estar en contacto.

—Espero verte pronto, Daniela. —Me dio un beso en la mejilla.

—Ya sabes dónde encontrarme. —Le guiñé un ojo, regalándole una sonrisa sincera.

Arrancó la moto y se marchó. Me monté en mi coche y me quedé ahí, no tenía muchas ganas de regresar a casa de mi hermana y empezar a molestarles tan pronto, así que cogí el móvil y vi que tenía varios mensajes de la persona que alquilaba la habitación frente a la playa. Abrí la aplicación y lo leí detenidamente.

*Buenas tardes, efectivamente, alquilo una habitación a trescientos cincuenta euros. Si quieres venir a verlo, te espero mañana a las cuatro de la tarde. Confírmamelo, por favor.*

Tecleé un «SÍ» en mayúsculas y esperé la respuesta por unos minutos. Cuando el «ok» llegó, sonreí complacida. No sabía si era hombre o mujer la persona que alquilaba, lo descubriría cuando fuera. Solo esperaba que fuese una chica, no estaba para compartir con ningún tío en ese momento.

Arranqué al fin, cuando vi que se acercaban las diez de la noche, era hora de irse a descansar.

Entré en casa en silencio, pensando que estarían acostados. Era pronto aún, pero mi hermana madrugaba tanto que no me sorprendería que estuviera dormida ya. Pero no, estaban sentados en el sofá viendo la tele. Sorprendida, los saludé y dejé mi bolso en la mesa de la entrada.

—Buenas noches, pensé que estaríais acostados —hablé arrastrando los pies en su dirección.

—No, te estábamos esperando. —Fruncí el ceño—. Queríamos hablar contigo.

Esa aclaración no me gustó demasiado. Aun así, me senté en el sillón de al lado para escuchar lo que tuvieran que decirme.

—Verás, Daniela... es que... —Mi hermana estaba bastante nerviosa—. Necesitamos...

—Tranquila, me iré mañana mismo —la interrumpí—. Aunque si a los dos días de venirme a vuestra casa me ibas a pedir que me fuera, te lo habrías ahorrado.

No podía callarme las cosas cuando me jodían. Sabía que estaba en su casa y que en algún momento tendría que irme, pero, joder, que no me había dado tiempo ni a dejar la silueta de mi culo en el sofá y ya me estaba echando.

—No es eso, hermanita —respondió endulzando la voz.

—¿Entonces qué es? Porque no te entiendo.

—Daniela, no te enfades, por favor —intervino Víctor—. Entiéndenos, siempre hemos vivido solos y el que tú estés aquí nos quita mucha intimidad. Sé que estás buscando piso, pero si pudieras hacerlo desde casa de tus padres...

—Claro, cuñado, tranquilo. —Me levanté—. Como he dicho, mañana mismo me iré de aquí.

Caminé hasta el baño y cerré de un portazo. Tras cerrar el pestillo, me giré, encontrándome con mi reflejo en el espejo. Por un momento me dejé llevar y me eché a llorar, todo estaba saliendo como el puto culo y lo peor de todo es que pensaba que mi hermana y yo comenzaríamos a llevarnos mejor. Me equivocaba. Me eché agua en la cara para borrar las lágrimas y me cepillé el cabello para después recogérmelo en una cola alta.

Guardé en mi neceser todas mis cosas y volví a salir del baño para empezar a recoger lo poco que me había dado tiempo a sacar de una maleta. Solo había estado cuarenta y ocho horas, no tenía que recoger demasiadas cosas.

Había estado tan ensimismada en recoger, que no me percaté de que ya no estaban en el salón y eso me ayudó a respirar con normalidad. Caminé hasta

el sofá y me senté con la mirada perdida al frente. ¿En qué momento mi vida se había jodido tanto? «Pues cuando tu marido te dejó, gilipollas», respondió mi conciencia por mí. Tenía razón, toda la culpa la tenía Fran y, si no fuera por él, ahora estaría en mi habitación, en mi cama, en mi casa. Me dieron ganas de llorar de nuevo, y comencé a negar. Tenía que espabilar si no quería coger depresión y lo primero era que llegasen las cuatro de la tarde del siguiente día para ir a ver esa habitación. Con suerte, no tenía que regresar a casa de mamá y papá con el rabo entre las piernas.

Agotada, me eché hacia atrás y me quedé dormida en cuestión de segundos, ni siquiera me había puesto el pijama, y mucho menos abierto el sofá cama.

Por la mañana, me desperté bastante temprano, antes de que sonara el despertador. Me levanté y fui al baño a aseoarme. Mi día comenzaba de una vez y lo primero que tenía que hacer era bajar todas mis cosas y guardarlas en el coche para llevármelas de una vez, así no tendría que volver.

—Buenos días, Daniela —me saludó mi hermana cuando salí del baño.

—Buenos días —respondí secamente.

—Daniela, espera. —Cogió mi brazo—. Siento lo de anoche, de verdad. —La miré de mala gana.

—Tranquila, esta noche no dormiré aquí —anuncié soltándome de su agarre.

—No tienes por qué irte todavía, no has encontrado nada. —Solté una risa nerviosa—. Joder, Daniela. ¿Qué quieres?

¿En serio me estaba preguntando eso? Era mi hermana, solo necesitaba un poco más de apoyo y empatía, pero ella carecía de todo eso.

—Nada, no quiero nada más de ti.

Fue lo último que le dije antes de coger las primeras cajas y salir. Lo único jodido era que tenía que volver, pues eran bastantes cajas las que tenía esparcidas por su salón. Sí, ya sabía que no podía recriminarle nada cuando yo había irrumpido en su casa con toda mi vida acuestas, pero lo hice porque ella se ofreció a acogerme unos días hasta que encontrase algo. Lo que no me había quedado claro era que esos días se sumaban a dos nada más.

Cuando terminé de cargar todas mis cosas en el coche, Mónica aún estaba en el salón, parecía estar esperándome para seguir con la conversación, pero yo no estaba por labor y lo que necesitaba era largarme de una vez.

—No te vayas así, Dani —musitó antes de que saliera.

—¿Qué quieres, Mónica? No quiero seguir molestándoos.

—No nos molestas —mentía, estaba segura de que mentía.

—Permíteme que lo dude. Mira, Mónica, te agradezco que me invitaras a tu casa unos «diítas» —hice comillas—, pero sé que a tu novio no le hizo ni puta gracia y que por eso me tengo que ir antes. Tranquila, no te guardaré rencor por mucho tiempo, no soy rencorosa. Nos vemos en Navidad.

No la dejé responder y salí de allí antes de que nos dijéramos algo de lo que nos arrepentiríamos después. Suspiré unas cuantas veces al cerrar la puerta y caminé decidida hasta el ascensor.

Conduje con tranquilidad, no tenía demasiada prisa ya que aún mi padre no habría abierto. Me había levantado tan temprano que iba a llegar la primera. Al menos encontraría aparcamiento antes, o eso esperaba.

Con la suerte de mi parte, aparqué. Lo peor de todo es que aún tenía tiempo, así que fui a la cafetería a desayunar. Le pedí a Noelia, la camarera, que me preparase un café bien cargado y un pitufo con aceite y tomate. Me senté mientras tanto y saqué el móvil del bolso, pero como había estado tan jodida, ni me había dado cuenta de que no tenía batería, demasiado que me había durado dos días, aunque, claro, si no lo cogía para nada... Busqué un enchufe donde conectar el cargador y había uno al lado de otra mesa, no me quedó otra que cambiarme.

—Aquí tienes lo tuyo —dijo la camarera poniéndome el desayuno delante.

—Gracias.

Dejé el móvil cargando mientras desayunaba y cuando acabé, lo encendí y abrí las redes sociales. Recordé la idea que me dio Jorge de buscar a Saúl, así que primero busqué en Instagram poniendo su nombre. Ya, ya, solo poniendo su nombre iba a ser muy difícil, había mogollón de Saúles por el mundo, pero es que no me acordaba de su apellido. Puse Saulito, como yo lo llamaba, y encontré un par con ese usuario. Abrí el perfil del primero y lo tenía privado, poco iba a ver si no le daba a seguir, así que lo hice. Luego abrí el otro y este sí pude verlo. Vi las primeras fotos y salía un tío que estaba bastante bueno: moreno, alto, barbita de tres días... un «cachitas». No, ese no podía ser mi Saúl. Aunque claro, hacía casi quince años que no nos veíamos y yo estaba buscando a alguien que lo que recordaba de él era que estaba gordito. ¿Y si era él? Joder, sí era él. No, no creía que fuera él. Seguí mirando otras imágenes babeando, porque era para babear. «Madre mía, que calor», pensé abanicándome.

De pronto me fijé en la hora y comprobé que ya llegaba tarde diez minutos.



—Joder, y eso que hoy he llegado antes —dije a la vez que me levantaba como un resorte.

Fui hasta la barra para pagar el desayuno y salí corriendo. Entré en la ferretería y mi padre me miró con una ceja alzada.

—Buenos días, papi —lo saludé con voz de pito.

—Buenos días, llegas tarde.

—Lo siento, se me ha ido el santo al cielo. Estaba en el bar desayunando. Frunció el ceño.

—¿Por qué no has subido a desayunar a casa? —preguntó.

—Pues porque... no sé, papá. He llegado y me he ido al *pub*.

Le di un beso en la mejilla y entré en la oficina para cambiarme y dejar el bolso. Deseaba que la mañana pasase pronto, que llegasen las cuatro de la tarde. Necesitaba ver ese piso, la habitación y quedarme con ella. Rezaba porque fuera una mujer la persona que la alquilaba, compartir con otra chica sería más fácil para mí.

Me puse a colocar las herramientas que habían llegado antes de que entraran algunos clientes, a veces no dábamos abasto.

—¿Hoy comes con nosotros? —Escuché la voz de mi padre detrás.

—Joder, papá, que susto.

—Sé que soy feo, pero no es para tanto —refirió haciéndome reír.

—Anda, tú no eres feo. —Se carcajeó—. Sí, hoy almuerzo con vosotros.

—¿Y dónde vas a dormir? —Esa pregunta no me la esperaba.

Lo miré fijamente, esperando una explicación a esa pregunta, porque no estaba segura de que mi hermana los hubiera llamado, nunca lo hacía y que lo hubiera hecho solo para decirle a mis padres que ya no dormiría en su casa, me extrañaba.

—¿Por qué me lo preguntas, exactamente? —respondí con otra pregunta.

—Yo he preguntado primero.

—Ya, pero no me has dicho el motivo de esa pregunta —contraataqué.

—Tu hermana nos has llamado para decirnos que te has ido de su casa. —Alcé una ceja—. ¿Habéis discutido?

—¿Eso es lo único que ha dicho? —asintió—. Vaya, me sorprende. ¿No te ha dicho por qué me fui de su casa? —negó y solté una risa irónica—. Pues esta tarde voy a ver una habitación y, si me gusta, me mudaré hoy mismo.

—¿Habitación? ¿Vas a compartir casa? —Se puso las manos en la cabeza—. Eso no me gusta, Daniela. Tú no puedes vivir con una desconocida o desconocido. ¿Y si es un hombre? Eso no puede ser, tú te vienes a vivir con nosotros.

—Papá, por favor, no seas antiguo. —Seguí colocando cosas en las estanterías—. Además, si es un hombre, pues sin problema. Yo solo voy a dormir allí, tampoco es que vayamos a vernos todo el día, ¿no? —Esa pregunta me la hice a mí misma.

—No lo sé, tú sabrás, que eres tan liberal.

Me dejó comiéndome la cabeza para irse a atender a unos clientes que habían entrado. No había pensado en eso. Sí, yo iba a alquilar una habitación, pero por mucho que solo sea eso, viviría con esa persona, compartiríamos todo: baño, cocina, salón, sofá. ¿Y si era con un tío? ¿Y si no me gustaba? ¿Y sí? ¿Y sí? «Joder, cállate ya». Si es un hombre no pasaría nada, yo podría vivir fácilmente con quien sea.

## Capítulo 4

Comí con mis padres tal y como le había dicho, y no tendría que haberlo hecho, porque vaya hora más mala. Mi madre comiéndome la oreja por un lado y mi padre por el otro. Bastante nerviosa estaba ya para tener que escucharlos a ellos.

Sobre las tres de la tarde, me fui, estaba agotada. Mi madre no hacía más que decirme que esa noche me esperaba, que fuera a dormir, pero no, no lo haría. Qué perra les había entrado con que me fuera a vivir con ellos, coño. No estaba dispuesta, regresar a casa de mis padres después de tantos años era como tirar la toalla. Tenía suficiente edad como para salir adelante por mí misma, y se lo iba a demostrar a todos.

Conduje hasta el barrio donde estaba la casa, no estaba demasiado lejos, así que llegué rápido. No obstante, como había llegado antes, me quedé unos minutos en el coche para hacer tiempo. Cuando faltaban solo diez minutos, salí y caminé hasta el portal, le di al número cinco y se escuchó la voz de un tío.

—Mierda —dije más alto de lo que habría querido.

—¿Perdona?

—Nada, nada. Soy la chica que viene a ver la habitación. —Suspiré.

—Vale, te abro.

Entré y subí en el ascensor hasta el quinto. Por el altavoz del ascensor se escuchó «cerrando puerta». «Joder, que nivel, Maribel», me dije a la vez que subía. «Abriendo puerta». Flipé con las calidades. Salí y arrastré los pies hasta la puerta, esta estaba entreabierta.

—¿Hola? ¡Entro! —exclamé.

—Sí, pasa. —Escuché desde lo que creí, sería la cocina.

El chico salió y caminó hasta mí decidido. Mis ojos se abrieron desorbitadamente cuando, delante de mí, me encontré con el mismo tío que

había visto esa misma mañana en Instagram. Comencé a negar incrédula y él se percató. Pero entonces, él mismo fue quien habló.

—¿Daniela? —preguntó, y ahí sí que me quedé helada.

—¿Saúl? —Mi boca se abrió tanto que casi llegó a desencajarse.

—¡Sí, soy Saúl! —Movía la cabeza de arriba abajo rápidamente—. No puedo creer que seas tú, porque eres tú, ¿verdad?

—Sí, soy yo, Daniela. —Me abrazó sin esperármelo.

Entonces, emocionada por reencontrarme con mi mejor amigo de la infancia, comencé a llorar como una magdalena.

—Ay, mi Saulito. —Suspiré.

Me cogió en volandas y dio dos vueltas conmigo en brazos. Yo me enganché a su cuello con miedo a caerme, con la mala suerte que tenía, seguro que me caía y me partía una pierna. Una nunca sabía. Me dejó en el suelo y cerró la puerta sin soltarme la mano y yo seguía flipando de que fuera él y de que estuviera tan bueno. ¿En serio este era mi mejor amigo?

—Dios mío, ¿cuántos años han pasado? ¿Quince?

—Casi, casi. Te largaste con quince y ahora tienes... —moví los dedos echando cuentas—. Veintinueve.

—Qué memoria tienes, ¿no? Por algo te decían empollona en el instituto. —Nos reímos.

—Sigo sin creermelo que seas tú, de verdad. ¿Sabes que te encontré ayer por Instagram? Claro que jamás me habría imaginado que fueses tú, y míranos, esto es el destino —asintió sin borrar esa sonrisa tan suya.

Me quedé mirándolo fijamente, buscando algún detalle que me hiciera recordar a mi amigo, y ahí estaba su mirada, esa mirada tan especial que hacía que me abriese en canal con él. Me había hecho tanta falta, lo había echado tanto de menos estos últimos meses. Estaba segura de que, de estar a mi lado, no habría sido tan dura la separación con Fran. En él siempre tuve un apoyo, alguien con el que desahogarme.

—Yo cuando vi tu mensaje y leí tu nombre, me acordé de ti, pero claro, habiendo tantas Danielas en el mundo, no me imaginaba que fueras tú la que vendría a ver la habitación.

Se percató de que lo miraba y conectó sus ojos con los míos. Por un momento nos quedamos en silencio, supuse que hacía lo mismo que yo, recordando, rememorando esos momentos vividos juntos. Entonces volvió a acercarse a mí para abrazarme fuerte y yo volví a llorar porque necesitaba hacerlo. Era demasiada la presión día a día desde que me fui de mi casa.

—¿Estás bien? —Se preocupó. Comencé a negar.

—Mi vida es un caos —declaré inconscientemente.

—Tranquila, tenemos todo el tiempo del mundo cuando te mudes. —Abrí los ojos sorprendida—. ¿Te quedas conmigo? —Su pregunta fue como un soplo de aire fresco y sentí que llevaba un significado diferente. Me encogí de hombros a la vez que sonreía.

—¿Me ayudas con la mudanza? Tengo todas mis cosas en el coche. —Le enseñé los dientes como hacía cuando éramos niños, cuando quería convencerle de algo, y se echó a reír.

—No has cambiado nada, pequeña. —Me apretó contra su pecho.

—No te creas, tengo más manías.

—Vamos, anda. —Se levantó y salimos de la casa para ir a por mis cosas.

Nos tiramos toda la tarde subiendo cosas y colocando en su sitio. Ni siquiera había visto la habitación, pero no me hacía falta, quería vivir con Saúl, él era mi salvación, la persona que necesitaba a mi lado para dejar atrás el dolor que sentía por culpa de mi ex. Él sería mi amigo, mi apoyo, así como cuando éramos niños y siempre me protegía de todo el mundo.

Por la noche, después de terminar agotados, pedimos unas *pizzas* y cenamos mientras nos poníamos al día. Nos habían pasado tantas cosas en todos estos años, que nos faltarían horas, menos mal que teníamos bastante tiempo para volver a conocernos.

Saúl y yo habíamos cambiado gracias a la vida, a nuestras experiencias, pero en el fondo, seguíamos siendo los mismos.

—¿Sabes a quién me encontré? —negó—. Jorge. —Abrió los ojos, sorprendido—. Él fue quien vino a mí. Tengo su número, si quieres lo llamo para cenar los tres y así volver a unir al grupo.

—Me parece buenísima idea. La verdad es que, al llegar aquí, todo ha sido un desastre.

Me contó el motivo por el que se marchó y no le dio tiempo ni a despedirse. Su madre, cansada de recibir el maltrato de su padre, se marchó a su país, Ecuador, para rehacer su vida lejos de ese hombre tan malvado que le hacía la vida imposible. Cuando él llegó a su casa, se encontró con su madre esperándole con todo preparado, maletas, viaje. No pudo hablarle a nadie y se marcharon.

—Llevo aquí unos meses, mi madre falleció y pensé que, si venía, podría recuperar el tiempo perdido con mi padre. Claro que no me esperaba que ese señor siguiera siendo el mismo.

—Lo siento mucho, Saúl. No sabía nada de todo eso, jamás me contaste nada. —Puse mi mano sobre la suya.

—No lo hice porque, para mí, pasar tiempo contigo era como escapar de toda esa pesadilla. Me dabas la vida, Daniela.

Escucharle decir eso fue lo que necesitaba. Saber que alguien era feliz gracias a mí, me devolvió la sonrisa. Saúl siempre supo cómo conseguirlo y en eso no había cambiado.

Seguimos hablando, nos tiramos horas y casi no nos dimos cuenta de que ya eran las cuatro de la madrugada. Comencé a bostezar y al percatarse de ello me pidió que me fuera a dormir.

—No, qué va, estoy bien —musité a la vez que los ojos se me cerraban despacio.

—Pero si te estás quedando dormida. —Sonrió—. Anda, ve a la cama, que ya recojo yo todo esto. —Señaló la mesa.

—Vale, pero que conste que me voy porque me lo estás pidiendo tú que, si no, me quedaba aquí hasta las ocho. Lo único que mañana iba a estar bonita... —Me levanté.

—Tú siempre estás bonita.

Ese piropo me hizo ponerme nerviosa y lo sentí en mis mejillas, el calor me había subido tanto que estaba segura de que me había puesto colorada. Saúl no se dio cuenta, así que me giré y me encerré en la que sería mi habitación. «A ver quién duerme ahora», pensé tumbándome en la cama.

Me quedé un buen rato boca arriba, aún no me creía que me hubiese reencontrado con Saúl y que, para qué negarlo, estuviese tan bueno. ¿En qué momento había cambiado tanto? Lo que recordaba de él era que era un chico normal, gordito y con la cara llena de granos, ninguna chica se fijaba en Saulito y la única que lo acompañaba a todo era yo.

Miré a mi alrededor, fijándome en cada detalle de la habitación. Era bonita, un poco sosa, pero suficiente para mí. Total, no tenía un mejor lugar adónde ir.

Me giré para ponerme de lado y un suspiro se me escapó al percatarme de que, por mucho que yo quisiera pasar página, Fran siempre regresaría a mi mente. Lo extrañaba demasiado.

—¿Por qué me hiciste esto? —pregunté al aire, como si alguien me estuviera escuchando.

Hablar sola era la manía que había cogido desde que me separé, y todo por culpa de él. ¿Por qué no era capaz de hacer lo mismo, olvidarme de nuestro amor como si no fuese importante? Fran desechó a la basura lo que habíamos construido y yo seguía recogiendo los pedazos como si fuese capaz

de unirlos de nuevo. Qué estúpida era y cuánto tenía que aprender de esta vida.

Por la mañana, me desperté gracias al despertador. Me levanté como un resorte y corrí hasta el baño para comenzar la rutina mañanera antes de irme a trabajar. La puerta estaba cerrada, así que empecé a golpearla como si el mundo se estuviera acabando.

—¡Joder, Mónica... sal ya, que llego tarde! —conforme lo decía me daba cuenta de que mi hermana no era la que estaba en el interior del baño.

Mis ojos viajaron por todo el salón y los recuerdos de la noche anterior se proyectaron en mi mente. ¿En qué momento había perdido la noción del tiempo? No bebí anoche como para olvidarme de que estaba viviendo con mi mejor amigo.

La puerta se abrió y un Saúl, mojado con una toalla alrededor de la cintura, salía con una sonrisa pícara. No quería mirarle, pero mis ojos tenían vida propia y repasé cada centímetro visible de su cuerpo. Tragué saliva a la vez que llegaba a sus ojos. Suspiré y, sin darle tiempo a decirme cualquier cosa, entré en el cubículo con la esperanza de que una ducha fría me ayudase a quitarme estos pensamientos impuros que se habían colado en mi cabeza.

—¡Vaya! ¡Tenemos mal despertar! —Se escuchó su carcajada—. Voy a vestirme, Daniela.

—Vale, tranquilo —respondí—. Joder, joder. ¿Por qué le habré mirado así? Va a pensar que estoy más salada que el pico de una plancha.

Me duché rápidamente y al salir me di cuenta de que no había cogido ropa y mucho menos una toalla lo suficientemente grande para tapar mi cuerpo. Busqué una que, al menos, me tapase hasta las nalgas. Claro que esa era la única que había. La cogí y me tapé con ella a la vez que me miraba al espejo.

—No puedo salir así, se me ve todo. —Comencé a negar—. Venga, Daniela, no seas cobarde —me dije.

Caminé hasta la puerta y la abrí despacio, sacando primero la cabeza para comprobar que no estuviera Saúl cerca. Salí al asegurarme y caminé despacio hasta mi habitación, no había cogido tampoco las zapatillas por lo que tenía miedo a resbalar y caerme de culo. Más pronto lo decía, más pronto me caía. Pegué un resbalón y ¿dónde fui a parar? A los brazos de mi mejor amigo. Miré hacia arriba y su sonrisa me deslumbró.

—Lo siento, lo siento. —Me separé—. ¿Qué miras? —pregunté arrugando la frente.

Sus ojos me repasaban de arriba abajo y yo solo necesitaba respirar.

—La toalla, se te ha caído. —Se agachó para cogerla y me la dio.

—¡Joder! Lo siento, perdona. Ay, pero deja de mirarme, por favor. —Mis mejillas volvían a estar rojas, estaba segura de ello.

—Tranquila, pequeña... no eres la única mujer que he visto desnuda.

Pasó por mi lado como si nada, como si verme así fuese algo normal. Entonces, lo escuché.

—Bonito culo.

Mi boca se desencajó y me giré para responderle, pero ya se había metido en la cocina.



## Capítulo 5

### Saúl Meses antes

No tenía pensado regresar a España después de tantos años, y mucho menos después de tener mi vida hecha en Ecuador, pero la pérdida de mi madre hizo que me sintiera solo, que necesitara tener cerca a mi padre. Llegué pensando que volvería a ver a ese hombre que un día me hizo sentirme orgulloso de ser su hijo, pero me equivoqué.

Cuando toqué el timbre, me abrió alguien del que solo podía sentir rencor, odio. Mi padre no había cambiado nada desde la última vez que nos vimos; seguía siendo un alcohólico, un despojo... un desgraciado.

—¿Saúl, eres tú? —preguntó al verme.

—Sí, papá. —Quiso acercarse, mas me alejé.

—Hijo mío... —arrastró las palabras.

Podía jurar que era por otro motivo, pero su semblante y que no se mantenía en pie, lo delataron.

—¿Estás borracho?

—Claro que no... —le miré fijamente—. Bueno sí, ¿qué quieres? —escupió con chulería.

Con las mismas, me giré para largarme a otro lugar lejos de él, lejos de mi padre.

—¡Espera, hijo! No te vayas, por favor... necesito tu ayuda. —Cogió mi brazo—. ¿Tienes dinero?

Mis ojos se abrieron desorbitados. No me veía desde hacía casi quince años y lo único que le interesaba era saber si tenía dinero. ¿Qué padre hacía eso? Negué cabreado, furioso mas bien.

—No, no tengo dinero, y mucho menos para ti.

—Por favor, ayúdame. Debo dinero, mucho dinero, y tú eres mi única esperanza.

Me solté de su agarre con tanta fuerza que casi se cayó. Se agarró al umbral de la puerta y aproveché para poder largarme de una vez. No volvería a buscarle, no quería saber nada de él.

Me fui destrozado y decepcionado. Supuse que los años lo habrían hecho cambiar, que el que llevase tiempo sin saber de mí, le haría cambiar para bien y dejar el alcohol. Ahora no solo bebía, también debía dinero. Claro que tampoco sabía que eso no fuera algo que ya tenía antes, pues mi madre jamás me contó nada de él. Ella huyó, solo escapó y me sacó de ese infierno en el que vivía. Pobrecita, aún recordaba cómo lloraba el día que nos fuimos.

Después de ese suceso, pensé en irme de nuevo a Ecuador, pero tras pensarlo fríamente, me di cuenta de que no quería, prefería quedarme en España, así que me busqué un piso y, aunque podía pagarlo gracias a los ahorros que tenía, llegaría el momento en que tendría que compartir gastos.

Tras encontrar trabajo en un *pub* de copas, puse un anuncio para alquilar una habitación. Pensé que nadie estaría interesado, y mucho menos una mujer, pero me encontré con el mensaje de una chica llamada Daniela e inmediatamente pensé en ella, mi mejor amiga, la chica que dejé en este lugar sin explicación. No éramos novios, solo los mejores amigos, pero siempre había sentido un cariño muy especial por ella y la recordaba como si fuese ayer la última vez que nos vimos. No obstante, no creía que fuese Daniela, mi Daniela.

Le respondí programando una cita para el siguiente día y, por raro que pareciera, estaba bastante nervioso. Tenía que esperar, pues si no fuera porque esa noche tenía que trabajar, le habría pedido que viniese ese mismo día.

Me duché y vestí en tiempo récord, el *pub* estaba a punto de abrir y yo, siendo el *barman*, tenía que llegar de los primeros para cuando llegase la clientela, estuviese preparado en mi puesto de trabajo. Cuando llegué, Lidia, mi compañera, ya me esperaba en la puerta para entrar juntos, siempre nos fumábamos un cigarro antes.

—Hola, guaperas. ¿Qué tal tu día? —Me dio dos besos.

—Aburrido, menos mal que aquí no nos da tiempo para eso. —Sonrió coqueta.

—¿Esta noche me invitarás a tu casa? —me propuso a la vez que se acercaba peligrosamente.

Sí, teníamos un rollito que, para qué negarlo, me encantaba. Lidia era muy atractiva; ojos negros, cabello rojo, labios carnosos y un cuerpo de escándalo.

Además de ser una fiera en la cama.

—Cuando quieras, pelirroja —respondí en su oído.

Tras fumarnos el cigarro, entramos y una vez que nos metíamos en nuestros puestos, todo se volvía frío entre nosotros. Éramos muy profesionales y debíamos guardar la compostura en el trabajo.

La música se encendió a toda pastilla y sobre las diez y media de la noche, comenzaron a entrar los primeros clientes. Solo esperaba que no hubiera demasiado, aunque si eso pasaba, estaría más entretenido y la noche se me haría más corta.

—¿Me pones una cerveza? —pidió un señor de, más o menos, cincuenta años—. Así no se me hará eterna la espera —expresó, dándole el primer sorbo tras ponerla ante sus ojos.

—¿Una cita? —me interesé.

—Bueno, diríamos que sí. Aunque ya es la quinta vez que quedamos.

Empatizar con los clientes y darles conversación era una de las cosas que teníamos que hacer. A veces nos contaban unas cosas que era para echarse las manos a la cabeza. Quitando eso, todo iba sobre ruedas. También había broncas, pero no demasiadas, ya que teníamos una seguridad bastante aplicada que no se andaba con chiquitas.

Esa noche fue sobre ruedas, clientela de diferentes edades y con ganas de pasarlo bien, ninguna bronca por señalar. Parecía que estaba dando un parte, pero es que eso también lo hacíamos al acabar la noche, políticas de la empresa. El dueño no se pasaba por aquí nunca y necesitaba que la encargada, Lidia, enviase un *e-mail* con lo sucedido cada noche. Más que nada por si tenía alguna denuncia, queja o ambas cosas.

Sobre las cinco de la madrugada, echamos el cierre y mi compañera se vino conmigo hasta mi moto para calentar un poco más que nada y después irse hasta mi casa en su coche.

—Estás para comerte —mencionó a la vez que pasaba su lengua por mi cuello.

La apreté a mi cuerpo con fuerza y hacerla conocedora de mi erección. Esbozó una sonrisa mientras un jadeo involuntario se le escapaba.

—Mira cómo me tienes —susurré atacando su boca.

Nos besamos apasionadamente unos segundos y se separó de mí para que pudiéramos ir a terminar la noche como acostumbábamos, en mi cama.

Entramos en mi casa y se quitó la camisa despacio, botón por botón, dejando a la vista el corsé de encaje que llevaba debajo. Fui hasta ella y la alcé para que enroscase las piernas alrededor de mi cintura. La llevé hasta mi

habitación y la tumbé en mi cama para poder desvestirme yo y después ayudarle a desnudarse ella. Una vez que nos quitamos todo, cogí un preservativo del cajón de mi mesita de noche y entré en ella de una sola estocada.

Nuestra relación era puramente carnal, sexo, sexo y más sexo. No había amor, no había cariño, solo pasión y ganas de pasarlo bien juntos.

Lidia alzó las piernas para cruzarlas en mi cintura, buscando más profundidad. Me moví duro, como le gustaba, a la vez que ella me arañaba la espalda de puro gusto.

Los jadeos no eran atrapados por besos, resonaban en toda la habitación. No podía negar que me gustaba pasarlo bien, follar y punto, pero a veces pensaba que no todo debería ser así, también me gustaría sentir algo más. Sin embargo, no podría sentirlo por Lidia. Ella no era de esas mujeres que deseaban flores, pasear cogidos de la mano por la playa o salir a cenar, una noche romántica. Los sentimientos no entraban en su vida, por eso era tan fácil para ambos.

En un movimiento maestro, Lidia quedó encima de mí y con un vaivén tortuoso, tomó el control. Alzó los brazos para cogerse el cabello, le encantaba exhibirse mientras follábamos y a mí me ponía a cien observar cada uno de sus movimientos. Subía y bajada rápidamente, sin miramientos, y cada vez gritaba más y más. Estábamos a punto de estallar. Subí mis manos hasta sus pechos, abandonando sus nalgas, y pellizqué sus pezones con suavidad para volverla jodidamente loca. Eso hizo que se excitara más, tanto que se corrió tras dos estocadas más. Eso no hizo que parase, eso no hizo que dejara de subir y bajar como una auténtica loca, no hasta que yo no terminase también y solo cuando yo llegaba, ella paraba.

Cayó a mi lado con la respiración agitada, ambos lo estábamos.

—Ha sido... —suspiró—. Joder, Saúl. Qué bien follas.

—Me alegro de que te guste, pelirroja.

Estuvo unos minutos más, hasta que se recuperó y comenzó a vestirse para marcharse, nunca se quedaba a dormir. Otra ventaja de ser amigos con derecho a echar un polvo cuando queríamos.

Cuando me quedé solo, sin darme cuenta, me quedé dormido; estaba agotado y no solo por el sexo, trabajar de noche era bastante duro.

Por la mañana, más bien, a la una de la tarde, me levanté y fui directo al baño para darme una ducha rápida y así poder comer, estaba hambriento. Fui hasta la cocina y me preparé unos macarrones a la carbonara y, cuando lo tuve preparado, me senté en el sofá, encendí la tele y comencé a comer viendo

*Pasapalabra*. No es que me gustase demasiado el programa, pero las noticias comenzaban a las tres de la tarde.

A las tres y media, estaba nervioso por la visita, venía la chica interesada en la habitación y no entendía muy bien el porqué, pero me inquieté al saber que venía una tal Daniela. ¿Y si era ella? No, no creía que tuviese la suerte de encontrarla. La había buscado tanto en las redes sociales que ya había perdido la esperanza de volver a verla.

Miré el reloj y, cuando me di cuenta, sonó el telefonillo. Fui a abrirle, aunque al hablarle, escuché un «mierda» que me hizo gracia.

—¿Perdona?

—Nada, nada. Soy la chica que viene a ver la habitación.

—Vale, te abro.

Dejé la puerta de la casa abierta mientras iba a la cocina y unos minutos después, escuché su voz. Me acerqué y al verla, me quedé pensativo unos segundos, solo unos segundos en los que no podía dejar de observarla, de reconocerla.

—¿Daniela? —pregunté, temeroso de que me dijera que no, que no era ella.

Aunque era improbable, era ella. La reconocería con los ojos cerrados. Además, ese flequillo era solo de ella.

Cuando se dio cuenta, me preguntó si era yo y por poco me daba algo al escucharle decir «Saulito». Solo ella podría decirme un diminutivo tan estúpido y que se escuchase tan perfecto. Nos abrazamos con fuerza, con cariño, con desespero.

La había encontrado, tenía a mi mejor amiga conmigo y, lo mejor de todo, íbamos a vivir juntos. «Sí, vais a vivir juntos y está preciosa», mi conciencia no perdía el tiempo para joderme un poquito. Aunque no podía negarlo, Daniela estaba demasiado hermosa, mucho más de lo que recordaba. Un suspiro estúpido se me escapó, y más después de ese abrazo que nos había llenado tanto a ambos.

Nos pasamos la tarde subiendo sus cosas que, increíblemente, estaban en su coche. Eso me hizo gracia, aunque no verla llorar. Parecía infeliz y eso me dolió, lo que recordaba de aquella chica, siempre fue su sonrisa infinita, lo contenta que iba a diario al colegio e instituto. A veces, yo mismo no me creía que una persona pudiese ser tan feliz y esa felicidad hacía que mi mierda de vida se escondiera; me hacía mis días más llevaderos, más animados y su cariño le daba una patada a mis miedos.

Si ella era la felicidad en persona, ¿por qué sus ojos no brillaban de la misma manera? Estaba claro que Daniela no estaba pasando por su mejor momento y necesitaba saberlo, saber todo de ella.

## Capítulo 6

### Daniela

Saúl me había visto desnuda y lo que para él era algo gracioso, para mí fue lo más vergonzoso que había vivido en toda mi vida. Bueno, estaba exagerando, pero es que aún tenía las mejillas rojas.

Llevaba vestida un buen rato, sentada en la cama. Miré el reloj, tenía que irme a trabajar. ¿Cómo iba a salir ahora? No iba a poder ni mirarle a la cara.

Tras unos larguísimos minutos, me armé de valor y me levanté para salir de una vez. No iba a llegar tarde por culpa de una tontería, ¿no? Vale, me había quedado en pelotas delante de mi mejor amigo, el mismo que no veía desde hacía más de catorce años, el mismo que estaba como un queso y el que me había dicho que tenía un bonito culo. Comencé a negar a la vez que me acercaba a la puerta para abrir y salir de una vez.

—Venga, Daniela... ya eres muy mayor para estas gilipolleces —me dije abriendo.

Saqué de nuevo la cabeza, como hice al salir del baño, y respiré con tranquilidad cuando no escuché movimiento; al parecer no había nadie. Saúl habría salido, así que aproveché el momento para ir a la cocina a tomar un café, la cabeza me dolía por culpa de la noche anterior. Arrastré los pies, pasando por el salón y antes de entrar en la cocina, escuché su voz detrás de mí.

—Menos mal que has salido, ya iba a ir a buscarte. ¿Estás bien?

Me quedé de espaldas a él, me daba vergüenza mirarle.

—Daniela, ¿me estás escuchando? —Cogió mi brazo para obligarme a girar.

—Oh, hola. No te había escuchado —hablé desviando mi mirada.

—¿Te pasa algo? ¿Por qué no me miras a la cara? Daniela. —Me zarandeó.

—¿Qué? Que sí, que te miro. ¿Ves cómo te miro? —No quería sonar tan desagradable, pero me estaba poniendo más nerviosa.

Frunció el ceño sin apartar sus ojos de los míos y comenzó a negar esbozando una sonrisa que le borraría de un tortazo si no fuera porque le quería demasiado. Era muy pronto para enseñarle el mal carácter que me gustaba, aunque tarde o temprano iba a ser testigo de mis cambios de humor.

—¿No estarás así por lo de antes? —su pregunta no me sorprendió. Negué efusivamente—. ¿Segura? —volví a negar—. Oye, que, si te ha molestado el piropo, lo retiro. No me gusta mentir, pero por ti lo haré.

—¿Mentir? ¿Por qué me vas a mentir? —Sí, a veces también era un poco lerda.

—Déjalo, creo que sigues dormida. —Enarqué una ceja y él se rio—. Bueno, tengo que salir. ¿Nos vemos después? —asentí. No me salían las palabras—. ¿No me vas a responder? —negué sin darme cuenta.

Saúl iba a salir sin decirme nada más y no lo dejé. Me estaba comportando como una tonta, como si fuera la primera vez que alguien me veía desnuda, tampoco era para tanto. Entonces, ¿por qué me sentía así? No podía negar que verle había sido una sorpresa, reencontrarme con una persona tan importante en mi vida era un regalo, y más comprobar con mis propios ojos el cambio físico de Saúl.

—Lo siento, Saúl —me disculpé—. Estoy un poco desquiciada, ya se me pasará.

—No te preocupes, Dani. Nos vemos más tarde. —Me dio un beso en la mejilla—. Y tranquila, tu culo está a salvo conmigo. —Me guiñó un ojo antes de salir.

Volvió a dejarme con la boca abierta sin poder responderle. Estaba claro que mi mejor amigo se había convertido en un seductor que iba a conseguir volverme loca.

Cogí mis cosas y salí de la casa para ir al trabajo. Cuando llegué, mi padre ya había abierto la ferretería. Pasé por su lado dándole los buenos días y no me respondió, parecía enfadado. Dejé el bolso en la oficina y me cambié. Fui hasta él y le pregunté que le pasaba, no me gustaba que mi padre se cabreara conmigo, y mucho menos sin saber el motivo.

—¿Dónde has dormido esta noche? —preguntó sin responderme.

—Te lo dije, ayer fui a ver una habitación. Voy a compartir piso con...



—¿Con quién? ¿Estás loca? Daniela, tienes que vivir con nosotros, no puedes vivir con cualquiera —me interrumpió.

—Papá, papá... déjame hablar, por favor.

—No, es que no sé qué cojones te está pasando. Desde que te has separado vas a tu bola y no puede ser. Daniela, eres una adulta y tienes...

—¿Si soy una adulta por qué pretendes darme ordenes? No voy a hacer lo que vosotros queráis, papá. ¿Queda claro? —Se quedó callado—. Voy a vivir con Saúl. ¿Te acuerdas de él? Era mi mejor amigo de niños.

—¿Cuándo ha vuelto? No sabía nada.

—Yo tampoco lo sabía, fue casualidad que él estuviese buscando compañera de piso.

—Bueno, vale. Aunque no me parece bien que vivas con un hombre sin ser pareja. —Me encogí de hombros.

—Eres muy antiguo, ¿lo sabías? Además, Saúl y yo solo somos amigos.

«Muy a tu pesar, guapita», conciencia de los huevos. ¿Por qué se empeñaba en decirme los pensamientos que yo escondía? No podía pensar en tener una relación con nadie en ese momento, y mucho menos con mi mejor amigo. Estaba claro que yo no podía ser su tipo. Él era tan... y yo, yo solo era una divorciada que no había sido capaz de hacer que su marido se quedara con ella. Me habían cambiado por otra más guapa, de eso estaba segura.

Ese día, el trabajo estuvo bastante pesado. No solo por la cantidad de gente que entró, también porque se había roto el aire acondicionado y nos estábamos muriendo de calor. Sobre la una de la tarde, mi padre cerró y yo me despedí de él, iba a comer en mi casa tranquila, ahora que podía. No estaba muy segura de si Saúl iba a estar, pero me arriesgaría. Además, no teníamos que hacerlo todo juntos ahora que nos habíamos reencontrado, cada uno tenía su propia vida.

Decidí mandarle un wasap a Jorge para invitarle a cenar esa noche, quería que viese a Saúl y pasar un rato juntos. Ahora mismo eran los únicos amigos que tenía y no tenía nada mejor que hacer, así que lo aprovecharía.

*Hola, Jorge. Te invito esta noche a cenar a mi casa. Tengo una sorpresa para ti.*

Esperé unos minutos, sentada en el coche, antes de arrancar y su respuesta llegó.

*Hola, preciosa. Miedo me das. ¿De qué se trata? Las sorpresas me dan miedo. Cada vez que mi ex me decía eso, me costaba el dinero.*

Solté una carcajada, era un cachondo.

*Tranquilo, esta es gratis. Te mando ubicación cuando llegue. Te espero a las nueve.*

Sin esperar respuesta, arranqué y me dirigí a la casa. Dejaría el coche aparcado y me iría al Mercadona a comprar algunas cosas para esa noche.

Tardé en el supermercado media hora y cuando llegué, pensaba que Saúl no estaría, pero escuché ruido en su habitación. Iba a saludarle cuando un gemido me hizo parar en seco delante de la puerta. ¿Estaba con una tía? No me lo podía creer.

Giré sobre mis talones y fui a la cocina para guardar la compra. Me calenté la tortilla de patatas que había comprado y me senté en el sofá para almorzar con la tele puesta, aunque tuve que subirle el volumen cuando los gemidos se elevaron tanto que no había cojones de escuchar las noticias. «Como si a ti te importara lo que estuviera diciendo Mónica Carrillo». ¡Joder! «Lo que te jode es otra cosa, bonita».

—¡Vete a la mierda ya! —alcé la voz cabreada.

Escuché el sonido de una puerta abrirse y unas pisadas ligeras acercándose al salón.

—¿Daniela? ¿Qué haces aquí? Pensé que llegarías más tarde. —No quise mirarle, ¿para qué?

—Yo pensaba que tú no estabas —respondí.

Y como no le miraba, se puso delante de mí en calzoncillos.

—Joder, pero tápate —me quejé—. Hijo de mi vida. —Suspiré abanicándome.

Mis ojos no subían de su paquete, me era bastante imposible al ver lo que ese hombre tenía entre las piernas. Aún estaba cachondo, se le notaba por cómo tenía todo el asunto.

—Daniela, mis ojos están arriba. —Alcé la mirada y su estúpida sonrisa me deslumbró.

—Lo siento, no quería mirarte... eso. —Lo señalé—. Si te vistes, mejor.

—Sí, perdona. Es que estaba... bueno, hay una...

—No tienes que darme explicaciones, Saúl. Vete con tu chica.

Me levanté para ir a la cocina a echarme un poco de agua fría, se me había quedado la garganta seca.

—No es mi chica —le escuché decir, de nuevo detrás de mí.

—Bueno, lo que sea. Te estará esperando más caliente que una mona, así que vete con ella ya, por favor —mi voz sonó suplicante y captó el mensaje, porque se dio la vuelta y se encerró en la habitación de nuevo.

Terminé de recoger todo, fregué lo que había utilizado para comer y me fui a mi habitación para acostarme un ratito, estaba bastante cansada.

Pensé que iba a poder dormir, pero escuchar a mi compañero de piso follando como si no hubiera un mañana, no me lo puso nada fácil. Cogí el móvil y me puse los auriculares para escuchar música, al menos así tendría mis oídos tapados con otro tipo de sonidos menos desagradables.

Al final, después de cuatro canciones, caí en los brazos de Morfeo.

—Daniela —escuchaba mi nombre lejano—. Oye, Daniela. —Sentí una cálida mano en mi mejilla.

Mis ojos se abrieron poco a poco a la vez que seguía escuchando mi nombre. Me costó acostumbrarme a la luz del techo. Cuando los abrí del todo, vi a Saúl sentado a orillas de mi cama cerca, muy cerca de mí.

—Por fin, vaya si eres dormilona. Llevo un rato llamándote.

—¿Qué hora es? —pregunté a la vez que me sentaba.

—Las ocho. —Abrí los ojos.

Me levanté como un resorte y al hacerlo, tuve que volver a sentarme, me había mareado.

—¿Qué pasa? —se interesó.

—He invitado a Jorge a cenar, le dije que viniera a las nueve y no he preparado aun nada —expliqué levantándome de nuevo, pero esta vez despacito.

A veces parecía una anciana, pero es que cuando me levantaba tan rápido era como si mi cabeza cogiera vida propia y me mareaba. Cosas de la edad, supongo. «Pero si no tienes ni treinta años».

—Bueno, no te preocupes. ¿Para qué estoy yo aquí? Te puedo ayudar —propuso pisándome los talones.

Habíamos salido de la habitación y nos dirigimos a la cocina. Lo miré con una ceja alzada y una sonrisa sarcástica que no pasó desapercibido por él. Arrugó la frente cuando vio mi gesto y se cruzó de brazos a la vez que descansaba su cuerpo sobre la nevera; tenía la pierna cruzada y ese estilo chulesco lo hacía ver más atractivo.

—¿Qué? Yo soy un cocinillas.

—Ajá.

—De verdad. ¿No me crees? —negué riéndome de él—. Prepárate para degustar mi receta especial, guapita —anunció caminando peligrosamente en mi dirección—. Esta noche cocinaré yo.

—Bueno, tendré en marcación rápida el número de los bomberos por si acaso —me burlé de él.

Salí de la cocina riéndome a carcajadas por la cara que puso, era demasiado gracioso poder dejarlo sin palabras a él.

Mientras que Saúl se encargaba de la cena, yo me dediqué a recoger la casa, preparar la mesa y poner algo de música. Íbamos a pasarlo muy bien y tener a esos dos hombres para mí sola, esa noche, iba a ser muy tentador. «Chica, estás desatada. ¿Qué quieres hacer con ellos?», fruncí el ceño al escuchar a mi conciencia. Nada, no quería hacer nada con ellos. «Mentirosa».

—Tú y yo vamos a tener un problema un día de estos —dije en voz alta.

—¿Decías algo? —preguntó desde la cocina.

—¡No, nada! Qué voy a poner música.

—¡Vale!

Me pasé las manos por el rostro y encendí la tele para poner YouTube. Busqué música actual y la primera que encontré fue *Quieres* de Aitana, Emilia y Ptazeta. Me gustaba mucho Aitana, la escuchaba mucho y hasta pensaba que nos parecíamos un poco; ambas teníamos flequillo, ¿no?

## Capítulo 7

### Saúl Antes

Tuve que marcharme para no perder el control. Ver a Daniela desnuda hizo estragos en mí. Me fijé en su cuerpo por completo, repasé cada línea como un auténtico gilipollas. ¿Cómo no hacerlo si era preciosa? Tenía los pechos pequeños, redonditos y estaba seguro de que cabían en mis manos a la perfección. Era delgada, pero con unas curvas perfectas. Se me secó la boca al recordar su... ni siquiera podía decirlo porque me ponía cardíaco. Y para rematarlo, tenía el mejor culo que había visto en toda mi jodida vida. Pero no, no podía pensar en ella de una manera lasciva, éramos amigos, por el amor de Dios.

No tenía mucho que hacer, pero era eso o quedarme en casa sufriendo. Yo no estaba preparado para compartir piso con ninguna mujer, y menos con Daniela. Sin embargo, decirle que no viviéramos juntos después de tantos años sin vernos iba a ser muy complicado. Además, ¿si no quería compartir con una mujer, por qué cojones puse el puto anuncio? A veces era para darme de hostias yo mismo, así, con la mano abierta.

Fui a correr por la playa, era algo que me encantaba hacer, y vivir enfrente de una me ponía las cosas muy fáciles.

Con la música a todo volumen, me dejé llevar tanto que por poco llego a La Malagueta. Cuando llevaba más de media hora, no pude más y me metí en el agua para refrescarme, estaba bastante buena y nadar haría que me sintiera mejor.

No podía quitarme de la cabeza el cuerpo de Daniela. ¿Cómo se podía estar tan buena? Eso o que yo estaba desesperado, algo que no debería ya que

tenía sexo a menudo con alguna que otra chica. No lo entendía, no me entendía a mí mismo. Seguramente, era por el hecho de volver a vernos.

Los recuerdos me atenazaron a la vez que me sumergía, quedándome bajo el agua algunos minutos. Supuse que eso haría que se me aclararan las ideas o se me quitara el calentón, sea lo que fuese, tenía que controlarlo.

Decidí regresar a mi casa, con la esperanza de que ella se hubiese ido. Sabía que trabajaba, aunque no tenía muy controlado su horario. Aún nos faltaban cosas de las que hablar, terminar de ponernos al día. Yo le conté lo más importante que había pasado en mi vida en todos estos años, pero ella se estaba guardando cosas, lo notaba.

Llegué y me fui directo a la ducha, estaba sudado y salado. Me tiré bastante rato debajo del chorro, dejando la mente en blanco, intentándolo más bien, porque cuando lo intentaba, su cuerpo volvía a irrumpir mis pensamientos. «Joder», pensé cerrando los puños a cada lado, estaba bastante cabreado conmigo mismo por pensar en mi mejor amiga de ese modo.

El sonido del timbre de casa me despertó y salí de la ducha para después enrollar una toalla alrededor de mi cintura. No esperaba a nadie, pero pensé que podría ser Daniela. Al abrir, enarqué una ceja al encontrarme frente a mí a Lucía.

—Hola, morenito mío —me saludó a la vez que entraba sin permiso.

—Lucía, ¿qué haces aquí? ¿Habíamos quedado? —No recordaba que eso hubiera pasado, pero podría ser. Yo era muy olvidadizo con las cosas que no tenían demasiada importancia.

—No, pero hace más de una semana que no hablamos y he pensado en hacerte una visita.

Se acercó a mí peligrosamente con la clara intención de buscar algo más que un saludo. Se abalanzó sobre mí para besarme ferozmente. Por un momento, me quedé estático, aunque me duró muy poco cuando Lucía metió su lengua juguetona, buscando la mía. Alejó sus labios de los míos y, mirándome de arriba abajo, me quitó la toalla, dejándome completamente desnudo.

—Ups, se te ha caído.

—¿Tienes ganas de jugar? —asintió, regalándome una mirada pícara a la vez que se mordía el labio inferior.

La alcé, obligándola así a que enroscase las piernas alrededor de mi cintura. Caminé con ella hasta la mesa y, tras echar a un lado el tanga que llevaba puesto, entré en ella de una sola estocada. Un gemido lleno de placer fue su respuesta. Acerqué mi boca a su cuello y lo repasé con mi lengua

despacio, bajando hasta su canalillo mientras me movía despacio, buscando volverla loca.

—Quítame el vestido de una vez —me pidió con la voz entre cortada.

—Ahora mismo. —Le guiñé un ojo.

La desnudé y me sorprendí al ver que no llevaba sujetador, eso me ayudó bastante para seguir bajando con mi lengua hasta sus pezones. Los jadeos de Lucía se escuchaban en toda la casa y tuve que buscar las fuerzas para no seguir ahí y llevármela a la cama. No quería que nos pillara mi amiga en pleno acto.

Salí de ella, hecho que no le gustó, y cogí su mano para llevarla a la habitación. Cerré la puerta mientras que ella se quitaba el tanga. Cogí un preservativo del cajón y volví a penetrarla, esta vez con más ganas, con más fuerza.

—Joder, Saúl —dijo mi nombre unido a un jadeo que hizo que se me desquiciaran las neuronas.

Entraba y salía de ella con locura, con desesperación, algo que nos encantaba a ambos. Lucía me pedía más, mucho más. Yo, que era un caballero, se lo daba. La cogí en brazos y la pegué a la pared para seguir sin descanso, sin parar, sin pensarlo. Solo con el deseo, con las ganas de perder el control, de follar, de vivir. Sin sentimientos, solo pasión. Nuestros cuerpos sudaban, se agarraban, se arañaban. Lucía era muy fogosa y me gustaba que lo fuera.

—Sigue, sigue... —gimió cuando sintió mi lengua recorrerla de nuevo.

Tiró de mi cabello buscando mi boca para que la besara, pero no quería volver a besarla. Para mí, besar a una mujer por la que no sentías nada más que atracción era como prometerle algo más de lo que teníamos. Era así de gilipollas. No obstante, a mis amantes le encantaba y no entendía muy bien el porqué.

De pronto, se escuchó la puerta de la casa y unas pisadas acercándose a la puerta de mi habitación. Por un momento pensé que iba a entrar, pero los gemidos de Lucía hicieron que se diera para vuelta para ir a otro rincón de la casa.

Comencé a desconcentrarme y Lucía se dio cuenta, por lo que se quejó.

—Dame un minuto, ahora vuelvo —dije saliendo de ella.

—¿En serio? ¿Tiene que ser ahora? —Asentí—. Bueno, pero no tardes que me enfrió.

Me puse unos calzoncillos para salir y busqué a Daniela para hablar con ella. No es que quisiera disculparme por estar follando con una mujer

mientras estuviese ella, pero sí necesitaba explicarme, aunque no sirviera de mucho.

—¿Daniela? ¿Qué haces aquí? Pensé que llegarías más tarde.

—Yo pensaba que tú no estabas —respondió sin mirarme.

Me puse delante de ella y, roja como un tomate, me pidió que me tapara a la vez que se abanicaba. Era muy cómica y estaba claro que debíamos tener unas normas de convivencia para no tener este tipo de encuentros. Entre esto y verla desnuda, íbamos a acabar muy mal.

Me pidió que me marchara con «mi chica» cuando intentaba explicarme. Me dejó claro que no le importaba, aunque sus gestos me demostraban todo lo contrario. Claro que tampoco pensaba que fuera porque estuviera celosa, eso sería una tontería, pero sí era posible que se sintiera algo incómoda escuchándome, echando un polvo como si no hubiera un mañana. No obstante, regresé a la habitación para seguir.

Su aclaración hizo que me dejase llevar de nuevo al placer, aunque su rostro irrumpió mi mente, sus mejillas rojas, su media sonrisa y esa arruguita que se le formaba en la frente cuando no sabía que decir.

Lucía y yo llegamos al clímax un rato después y ambos caímos desplomados en la cama. Estaba agotado, no solo por el rato de sexo, también por el *footing* de horas antes.

—Ha sido espectacular —musitó respirando con dificultad.

—Sí que lo ha sido.

—Por cierto, ¿con quién hablabas? ¿Estás con otra tía? —Su pregunta me sacó de mis casillas.

—¿A qué viene esa pregunta? —Me incorporé para vestirme.

—Curiosidad, guapo. Ya sabes que no me importa que estés con otras, yo también tengo otros rollos por ahí.

—Es una amiga, compartimos piso —aclaré, solo por quitármela de encima, no porque quisiera darle algún detalle de mi vida personal.

—¿Es guapa? Lo mismo le apetece un trío un día de estos. —Fruñí el ceño.

—No lo creo, Daniela no es de esas.

Se levantó como un resorte, parecía cabreada por mi comentario.

—¿De esas? ¿De qué clase de mujeres es tu amiguita? ¿Acaso es una mojigata? Aunque claro, estás diciéndome que yo sí que soy de esas, ¿no?

—No desvaríes, Lucía. Solo digo que ella es más... ¿Cómo lo digo para que no te molestes? No va de polla en polla.



—Tú eres un gilipollas. —Comenzó a vestirse—. Ahora recuerdo por qué no nos vemos más seguido. ¡Eres un capullo!

—Venga, no te enfades —dije antes de que saliera de la habitación.

—Vete a la mierda.

Fue lo último que dijo antes de salir de mi casa.

—Esta no me busca más. —Me encogí de hombros.

Fui al baño para asearme, me había vestido antes de hacerlo solo porque creía que Daniela iba a estar en el salón, pero cuando salí, no la vi por ninguna parte. La busqué en su habitación y la encontré dormida. No quise despertarla, se veía tan tranquila que me dio no sé qué hacer que se levantara, así que salí de la habitación y me fui al sofá a ver la tele. Con suerte, en un rato se despertaría y cenaríamos juntos.

Sobre las ocho menos cuarto, me levanté cansado de esperar. Llevaba durmiendo más de dos o tres horas, había perdido la cuenta. Si no se despertaba, no iba a dormir nada esa noche, no me quedó otra que ir a despertarla.

—Daniela, despierta —le pedí en voz baja.

Me senté a orillas de la cama y comencé a zarandearla mientras decía su nombre. No había quien la despertara, tenía un sueño demasiado profundo. Seguí un poco más hasta que comenzó a abrir los ojos despacio. Había encendido la luz, porque tenía la persiana bajada completamente.

—Por fin, vaya si eres dormilona —le dije cerca.

—¿Qué hora es? —preguntó algo desorientada.

—Las ocho —respondí tras mirar el reloj.

Se levantó rápidamente y tuvo que sentarse de nuevo gracias a un mareo que casi la tumba de nuevo.

—¿Pasa algo con la hora? —Me interesé.

Me comentó que había invitado a cenar a Jorge para que nos juntásemos los tres amigos y me gustó la idea. No había buscado a mi amigo, pero agradecía que ella lo hubiese encontrado por mí.

Salimos de la habitación para ir a la cocina, pero se burló de mí porque pensaba que no sabía cocinar, así que le dije que me encargaría yo de la cena. Se iban a chupar los dedos con mi receta estrella: haría unas tortillas de papas con salsa de maní y carne asada. Eso, con un poco de arroz al lado, era un plato redondo.

Ella se encargó de arreglar el salón mientras que yo hacía la cena. Escuché la música y sonreí, esa noche iba a ser bastante divertida.

Sobre las nueve de la noche, sonó el telefonillo y ella fue a abrir con una sonrisa de oreja a oreja. Por un instante me molestó que se pusiera tan contenta de recibir a nuestro amigo Jorge. ¿Por qué sonreía tanto? Eso no me gustaba demasiado, aunque no debería molestarme, ¿verdad?

—Ya está subiendo —anunció—. Deberías esconderte en la cocina y salir cuando yo te lo diga. ¿Te parece? —propuso sin borrar su bonita sonrisa.

—Me parece bien —respondí más serio de la cuenta.

—¿Te pasa algo? —Se interesó acercándose a mí.

Negué, elevando las comisuras de mi boca a la vez que me iba a la cocina. No quería demostrarle lo que me molestaba su alegría al ver a Jorge. «Qué gilipollas eres, Saúl. Ni que Daniela te interesara», pensé mientras me sentaba en un taburete.

—No me interesa —me dije autoconvenciéndome.

## Capítulo 8

### Daniela

Esperé a Jorge en la puerta y unos minutos después lo vi salir del ascensor. Nada más verme, me sonrió de esa manera tan especial y me puse nerviosa sin saber muy bien por qué.

Llegó hasta mí y me dio un beso en la mejilla a la vez que me abrazaba efusivamente.

—Hola, belleza.

—Hola, que puntual.

—No me gusta hacer esperar a mujeres tan guapas como tú —me piropeó.

Entramos en casa y cerré la puerta tras de mí. Escondí un poco mi rostro para que no viera que me había puesto roja por culpa de su piropeo.

—Exageras —dije sin poder controlar los nervios—. Siéntate, estás en tu casa.

Jorge me hizo caso y se sentó en el sofá. Dio unos golpecitos a su lado para que me sentara.

—Espera, ¿quieres algo de beber? Cerveza, ¿tal vez?

—No, tengo que conducir después. Un refresco está bien, gracias. —Giré sobre mis talones—. Muy bonita la casa.

—Gracias —respondí entrando en la cocina.

Vi a Saúl con cara de pocos amigos. Alzó una ceja nada más verme y abrí la nevera para sacar las bebidas. Le pregunté si él quería y asintió sin decirme nada. Parecía molesto, algo extraño, dado que la persona que nos esperaba en el salón era nuestro amigo, de ambos.

—Es hora de que salgas —anuncié acercándome a él.

—Muy bien.

—Espera, Saúl. —Cogí su brazo antes de que saliera—. ¿Estás cabreado por algo que hice? —Me miró y suavizó el rostro al percatarse de mi semblante.

—¿Cómo me voy a enfadar contigo? Es imposible hacerlo —respondió abrazándome—. Es solo que... bueno, yo... Nada, no es nada.

Cogió las bebidas y salió sin dejarme decir nada. Parecía nervioso y enfadado, aunque no sabría decir muy bien por qué. Vale, a lo mejor tendría que haberle preguntado antes de invitar a Jorge, pero pensé que no le molestaría y que tendría ganas de verle. Al parecer, me había equivocado, ahora no sabía cómo hacer para que se le quitara el enfado. Intentaría que la noche fuese amena.

Salí tras él y vi cómo se abrazaban felices por el reencuentro. Sonreí a la vez que notaron mi presencia y se separaron para poner toda su atención en mí.

—¿Esta era la sorpresa? —preguntó Jorge. Yo asentí—. Pues muchas gracias, me ha encantado y ha sido gratis. —Me guiñó un ojo.

Saúl frunció el ceño a la vez que se sentaba en el sofá sin dejar de mirarnos de hito en hito, como si estuviera viendo un partido de tenis. Lo que fuera que estuviese pasando por la cabeza de mi amigo tendría que aclarárselo para que no pensara nada erróneo. Jorge y yo no teníamos nada más que una amistad, al igual que él. Bueno, con Saúl la amistad era mucho más fuerte e importante, siempre había sido así y siempre lo sería.

Me acerqué al sofá y me senté al lado de Saúl. Jorge nos imitó y se sentó al otro lado, dejándome así en medio de esos dos bombones. Suspiré a la vez que notaba la tensión que se había creado y cogí mi refresco para beber un sorbo y que se me quitara la tontería.

—Bueno, ¿qué has preparado para cenar, Saulito? —Puse mi atención en él, algo que le gustó.

—Es una sorpresa —respondió cogiendo mi mano.

—¿Otra sorpresa? —preguntó Jorge a la vez que cogía mi otra mano.

Mi respiración se volvió pesada cuando vi mis manos a cada lado, agarradas por ambos. Miré a la izquierda y luego a la derecha. Sentí mis mejillas arder y estaba segura de que se me notaba el color rojo en todo su esplendor.

Me solté de los dos y me levanté para coger el mando del aire acondicionado y encenderlo. No sabía si el calor que tenía era por el jodido verano o por tenerlos a los dos en esa tesitura.

—¿No hace mucho calor aquí? —dije con la voz entre cortada.

—Un poco —respondió Saúl a la vez que se levantaba—. Voy a ver cómo va la cena.

Me quedé en el salón con Jorge, que me miraba extrañado. Pensó que Saúl se pondría más feliz de verle, pero se dio cuenta de que no había sido así y no entendía muy bien el motivo, aunque se hacía una idea.

—Creo que le gustas —dijo de pronto.

—¿Qué? —pregunté en un hilo de voz, mirándole con los ojos achinados.

—Eso, o no le hizo mucha ilusión que viniera a cenar esta noche —comencé a negar, regalándole una sonrisa.

—No, que va. No creo que sea ni una cosa ni otra, créeme.

Podría jurar que lo que decía era más para mí que para él, pero quise olvidarme de lo que había dicho Jorge para no hacerme pajas mentales. «Claro, prefieres otra clase de pajas». Rodé los ojos cuando mi jodida mente cogía vida propia y me decía lo que en realidad pensaba, solo que no era tan valiente para reconocerlo.

Nos quedamos unos minutos en silencio, unos larguísimos minutos, porque yo no era capaz de decirle nada más. ¿Y si tenía razón? ¿Y si era cierto que yo le gustaba a Saúl y por eso se había enfadado de que viniera Jorge? Si era eso, no lo entendía. Yo no era, ni por asomo, como las mujeres de las que estaba segura, le gustaba a él. Me sentía una del montón, normalita... ni guapa ni fea.

—¡Daniela! —Escuché la voz de Saúl llamándome desde la cocina—. ¿Me ayudas?

—¡Voy! —Me levanté—. Vuelvo enseguida.

—Si quieres, puedo ayudaros —comencé a negar.

—Tú eres nuestro invitado, así que te quedas aquí. —Le sonreí.

—No importa, de verdad —insistió a la vez que se levantaba para seguirme.

—Está bien. —Suspiré.

Entré en la cocina con Jorge pisándome los talones. Saúl, al vernos, cambió su semblante y ya sí que estaba siendo muy descarado. Estaba claro que la presencia de nuestro amigo no le gustaba, no era capaz de esconder su incomodidad.

Saúl comenzó a servir y Jorge a llevar los platos a la mesa. Ese tiempo, los pocos minutos que nos quedamos solos, me acerqué a él para preguntarle.

—A ver, dime qué te pasa con Jorge —le exigí alzando una ceja mientras que cruzaba de brazos.

—No me pasa nada, de verdad —habló sin ser capaz de mirarme a los ojos.

—No te creo, Saúl. Se te nota demasiado y él mismo se ha dado cuenta, me lo ha dicho.

Fue ahí cuando me miró a los ojos y suavizó su gesto a uno más relajado; estaba contraído desde hacía un rato.

—No es por nada en especial, Dani. Es solo que me he dado cuenta de que le gustas y no creo que Jorge sea el hombre indicado para ti. —Agachó la mirada—. Siempre ha sido un mujeriego y lo sabes. —Fruncí el ceño—. En el instituto se liaba con toda la que se ponía a tiro.

Otro diciéndome que le gustaba. ¿Qué les pasaba a los dos? Estaban muy equivocados y no se daban cuenta de que yo no estaba disponible para ninguno, y menos para ellos dos. «Pero qué mentirosa eres, guapita». Bufé, cabreándome. De verdad que había días que era mejor quedarse en la cama. ¿Para qué me despertó? ¿Por qué tuve la brillante idea de invitar a Jorge? Me podría haber ahorrado todas estas tonterías.

Comencé a negar, no podía pensar en eso en ese momento. Cuando le iba a responder, entró de nuevo el susodicho y salimos los tres con lo que faltaba en la mesa.

Miré la comida y lo cierto era que todo tenía muy buena pinta. No sabía que Saúl supiera cocinar tan bien. Claro que ahora faltaba probarlo para comprobar que estuviera bueno de verdad.

Nos sentamos en nuestras sillas y, en silencio, comenzamos a degustar la cena que Saúl había preparado con tanto empeño. Hubo un momento en que ambos me miraban mientras comía. Eso de gemir de puro gusto no había sido muy acertado por mi parte.

—Veo que te gusta —habló Saúl con una gran sonrisa en su rostro.

—Lo siento. —Me tapé la boca al responderle con la boca medio llena—. Está muy rico todo.

—Te dije que era un cocinillas. —Soltamos una carcajada sin dejar de mirarnos.

Jorge carraspeó para llamar nuestra atención y poder hablar con nosotros.

—¿Qué es esta salsa? —se interesó.

—Se hace con cacahuete. ¿Te gusta? —asintió, mojando la papa.

—Bueno, ¿qué es de tu vida? —comenzó Saúl, y le agradecí con la mirada que estuviera siendo más amigable.

—Muy normal, para qué te voy a engañar. Tengo una hija preciosa. —Sacó su móvil para enseñarnos una foto.

La pequeña Olivia tenía los ojos azules como su padre y el cabello castaño y liso; era preciosa. Mientras pasaba fotos, se le escapó el dedo y enseñó una de una mujer bastante guapa. Lo quitó enseguida y Saúl me pegó una patada por debajo de la mesa. Lo miré con los ojos bien abiertos y asintió para que recordara lo que me había dicho en la cocina: «Jorge es un mujeriego». Comencé a negar a la vez que me encogía de hombros. No me importaba cómo fuera, a mí no me interesaba tener nada con él. «Ja».

—¿Es tu novia? —siguió preguntando el Saulito.

—No, que va. Es una amiga...

—¿Con derecho a roce? —lo interrumpió moviendo las cejas sugestivamente.

—No, solo una amiga.

—Ya...

—¿Ya qué? No tengo por qué mentir, Saúl. Además, ¿qué te importa si es con derecho a roce o no? Ni que fueras mi padre. —La conversación se estaba poniendo bastante tensa.

Tenía que hacer algo para que estos dos no comenzaran a tirarse de los pelos como si fueran dos locas del coño peleando por su macho.

—Uy, la música se ha parado. Voy a ponerla de nuevo, ¿eh? —intervine intentando que me tomasen atención, pero no sirvió de nada porque pasaron de mi culo.

—No me interesa tu vida sentimental. No te equivoques...

—Vale, pues entonces no preguntes tonterías.

—No son tonterías, Jorge. Es que, si te gusta Daniela, debes tener en cuenta que no voy a dejar que la utilices como hacías en el instituto con las demás. —El rubio se levantó pegando un manotazo en la mesa.

—¿De qué cojones hablas, Saúl? Que yo sepa, yo no engañaba a nadie y... bueno, yo no soy ningún niño. ¿No será que te gusta a ti y por eso estás liándola? —Saúl iba a responderle—. No, no me respondas.

Se giró para venir hasta mí, que estaba delante de la tele como una estúpida viendo la pelea tan tonta que había tenido por algo que no tenía sentido. ¿De verdad se llevaban tan mal? Yo pensaba que eran amigos, que sería como antes. Me había equivocado.

—Siento el espectáculo, Daniela —se disculpó—. Parece que algunos no han madurado todavía. —Eso último lo dijo en voz alta para que el otro lo escuchara.

—¿Que yo no he madurado? —intervino a la vez que se levantaba y venía hacia nosotros.

Comenzaron a decirse más gilipolleces mientras que yo me sentaba agotada. Por un instante me quedé bloqueada, no sabía qué hacer ni qué decir para que se tranquilizaran y pudiéramos pasar una velada inolvidable. «Tranquila, inolvidable va a ser». Cansada de escuchar despotricar el uno del otro, me levanté como un resorte, gritándoles lo gilipollas que eran los dos por no saber quedarse calladitos.

—¡Callaos de una puta vez! —Enmudecieron—. Qué mierda de amigos sois, no recordaba que os llevarais tan mal. ¿De verdad queréis que esta cena acabe así? Si lo sé, os dejo a los dos en el pasado como estoy intentando hacer con mi exmarido. —Saúl frunció el ceño sin entender.

En cambio, Jorge agachó la cabeza, pues él sí que sabía de mi divorcio. Mi mejor amigo se cabreó y salió de la casa sin decir nada más. Yo me senté en el sofá y me eché a llorar como una tonta. ¿Por qué siempre me salían las cosas tan mal? Vale, no se lo había contado, pero tampoco me había dado tiempo. Seguramente estará pensando que tenía más confianza en Jorge que en él, pero es que tampoco me gustaba ir contándole a todo el mundo que hacía solo unos días que había firmado la sentencia de divorcio. Solo de recordarlo, me invadía la pena y volvía a sufrir por no estar con Fran. Aún le quería.

Qué estupidez, parecía que habíamos viajado al pasado y los celos volvieron para jodernos la amistad, como pasó una vez cuando le conté algo al rubio primero y él se cabreó porque se suponía que mi mejor amigo no era Jorge, sino Saúl.

Ahora me tocaba esperarle y rezar porque se le pasara pronto o íbamos a pasarlo bastante mal en nuestra convivencia.



## Capítulo 9

### Saúl

Me fui cabreado antes de romperle la boca al gilipollas de Jorgito, así lo llamaba yo cuando éramos unos críos. Caminé hasta la playa y me senté en la arena para pensar. La noche estaba estrellada y no había nadie alrededor, eso me serviría para aclararme las ideas, aunque no hubiera nada que aclarar. Solo intentaba proteger a mi mejor amiga, como hacía antes de desaparecer. Ya no era una niña y estaba seguro de que sabía defenderse sola, pero el simple hecho de saberla con ese subnormal me encabronaba. Estaba seguro de que habría otros hombres dispuestos a estar con ella y hacerla feliz. «Tú, por ejemplo», pensé a la vez que negaba para borrar esa estúpida idea.

No sabía nada de Daniela, de la mujer. Yo conocía a la niña y no a la mujer. ¿Por qué se habría separado? Ni siquiera me había contado que había estado casada y lo que más me jodió de todo era que Jorge lo supiera antes que yo. Vale, ya no tenía que contármelo todo como antes, pero me había perdido tantas cosas, que ahora me costaba entrar de nuevo en su vida, como antes.

Entré en la casa y todo estaba a oscuras. El reloj marcaba la una de la mañana, tampoco había estado tanto tiempo afuera. Encendí la luz y me encontré con Daniela sentada en el sofá.

—¡Joder! ¿Qué haces a oscuras? —le pregunté tras pegar un rebote.

—Esperándote, capullo. —Estupendo, estaba cabreada.

—¿Por qué? Ya soy mayorcito, Daniela. Te podrías haber acostado —dije acercándome al sofá para sentarme a su lado.

—No podía irme a la cama sin más, sin saber si estabas bien. Lo siento, soy así de tonta. —Su voz sonó entrecortada, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Daniela, quiero pedirte perdón por la estupidez tan grande que hice esta noche —me disculpé cogiendo sus manos—. Sé que tuviste buena intención, pero es que Jorge y yo no nos llevábamos bien, solo nos uníamos por ti y pensé que, siendo adultos, podríamos conseguir ser esos amigos que tú querías.

Me miró a los ojos y suspiré, era demasiado bonita para tener la mirada tan triste. La acerqué a mí para abrazarla, temeroso de que no se dejara, pero lo hizo y eso me ayudó a expulsar todo el aire que estaba reteniendo desde que salí hacía unas horas.

—Perdóname tú por haberte puesto en el compromiso de tener que aguantar en tu casa a Jorge. No sabía que...

—Es tu casa también y puedes traer a quien quieras. Yo lo hago a menudo. —Sonreí de lado y ella me dio un puñetazo en el brazo mientras elevaba las comisuras de sus labios—. Ya sé lo que necesitamos. —Me levanté para ir a la cocina.

No me respondió, solo se quedó ahí sentada con la mirada al frente. Cogí una botella de ron, dos vasos con hielo y el refresco. Los puse en la bandeja y salí de nuevo. Daniela elevó la cabeza unos milímetros, y al verme, se tapó el rostro con ambas manos a la vez que una carcajada se le escapaba. Sabía que le iba a gustar la idea.

Dejé todo sobre la mesa de centro y encendí la tele para poner el YouTube. Tenía la certeza de que lo que yo estaba haciendo era lo que Daniela quería para la noche y no la dejamos con nuestra tontería. Me sentía culpable por haberle jodido el plan y también por haber sido tan bocazas, en ese momento era cuando más claro lo veía. Le serví una copa a ella y luego me la serví yo. Daniela no me miró, la cogió y se la bebió casi de un sorbo y tuvo que cerrar los ojos porque me había pasado echándole ron, algo que me hizo bastante gracia.

—No te rías de mí, que todo esto es tu culpa. Si me hubieras dicho que no querías que viniera Jorge yo...

—No me diste tiempo. —Enmudeció—. Le invitaste sin decirme nada, prácticamente haciéndome una encerrona.

—Es verdad... es mi culpa. —Volvió a beber.

Antes de que yo le sirviera otra, lo hizo ella. La noche iba a ser muy larga o corta, según se mire. Daniela tenía intención de beberse toda la botella entera y yo tenía que cuidarla, así que no iba a beber demasiado.

—Por cierto, ¿tú no deberías estar trabajando? —dijo de pronto.

—Tranquila, esta noche no. —Esbozó una preciosa sonrisa.

—Siento no haberte contado lo de mi divorcio, pero es que... aún duele, ¿sabes? Solo hace unos días que firmamos y no es fácil.

—¿Por qué te has divorciado? —Me miró—. Si no quieres contármelo, no pasa nada —asintió.

Me contó todo lo que había pasado meses atrás, cuando su exmarido le dijo que se había enamorado de una compañera del trabajo. No peleaban y estaban muy unidos, por eso el palo había sido más duro. La abracé cuando las lágrimas hicieron su aparición, ese hijo de puta le había hecho daño a mi Daniela y no se lo merecía. ¿Quién en su sano juicio dejaba a una mujer como ella? Era perfecta, hermosa, buena y... «Para de una vez, Saúl o acabarás mal». Mi conciencia alertándome era más efectiva que dándome por culo.

—Bueno, dejemos de hablar de cosas tristes, ¿vale? —Se encogió de hombros.

—¿Sabes? Jorge me dijo exactamente lo mismo que tú.

—¿El qué?

—Que yo te gusto. —Abrí los ojos desorbitadamente y me alejé de ella unos milímetros—. ¿Yo te gusto, Saúl?

—No, no, no. Qué va, mujer. A ver, eres una mujer muy guapa y tienes un cuerpazo, pero yo tengo una regla muy importante en mi vida. —Me puse nervioso. Alzó una ceja—. Nunca me liaría con una amiga, eso no va conmigo.

—¿Entonces qué etiqueta le pones a tus chicas? —Era demasiado curiosa.

—¿Por qué lo dices en plural? Tampoco es que me tire a todo lo que se mueve, Daniela.

—Ajá, claro. No sé con cuántas te acuestas, pero estoy segura de que es con más de una y... de dos.

Solté una carcajada al escucharla, lo decía como si fuera algo demasiado rocambolesco eso de tener diferentes rollos. Estaba claro que ella no era como las mujeres con las que yo me acostaba, y sabía a ciencia cierta que en su vida había tenido nada diferente a un novio formal.

—Pues ellas no son amigas, son rollos de una noche o dos. Todo depende de cómo nos lo pasemos. —Sus mejillas se pusieron rojas y me pareció lo más tierno que había visto en mi vida—. ¿Nunca has tenido un amigo con derecho a roce? —Le guiñé un ojo y negó, volviendo a taparse el rostro, avergonzada.

—Yo es que eso de acostarme con un tío así, sin más, no lo veo. Que no digo que sea una estrecha, pero no me abro con cualquiera —expresó arrastrando un poco las palabras, estaba algo achispada.

Seguíamos bebiendo mientras hablábamos de mil cosas. La primera botella se acabó antes de lo esperado, así que fui a por otra. Yo quería contenerme, pero estaba tan a gusto, que acabé bebiendo como ella, sin pensarlo, dejándome llevar por el momento.

La risa de Daniela resonaba en toda la casa y me encantaba ser el causante de ello, aunque se estuviera riendo de mí y no conmigo. Hubo un instante en el que tuve que levantarme para esconder mi vergüenza, pues con el alcohol, se le estaba yendo la lengua y había dicho algunas cosas de las que prefería no acordarme para no perder el control. Cuando regresé, pensé que se habría olvidado del tema, no fue así.

—Entonces, para que yo me entere, ¿tú y yo no podemos ser amigos con derecho a roce? ¿Es así? —No dejaba de sonreír.

—Eh, yo... claro que no, Daniela. Yo te respeto y eres mi mejor amiga, la única que tengo. ¿Es que quieres tener un rollo conmigo? —No quería hacerle esa pregunta, y me arrepentí en cuanto la hice.

—No sé, me costaría bastante... —Se acercó un poco más a mí—. Besarte.

Mi semblante se puso de todos los colores y eso provocó que Daniela se carcajeara como si no hubiera un mañana.

—¡Es broma, tonto! —exclamó alejándose de nuevo.

—Ya me había dado cuenta —mentí descaradamente.

—Sí, ya. ¿Te has visto la cara? Estás rojo como un tomate. No me lo puedo creer, he conseguido que el guaperas de mi amigo se avergüence. —Seguía sin poder parar de reír y tuve que unirme a ella.

Otra cosa que estaba conociendo de Daniela: cuando bebía se ponía muy graciosa y bromeaba mucho.

Conseguimos calmarnos y nos pusimos algo más serios, era momento de acostarse, o eso creía yo. Eran ya las cuatro de la mañana y, aunque al día siguiente ella no trabajaba, era mejor dejarlo antes de cometer alguna locura. El alcohol ya me estaba afectando más de la cuenta, más que a ella misma, y eso que había bebido más que yo.

—Creo que me he perdido muchas cosas por unir mi vida tan pronto a un gilipollas —dijo tras un largo silencio—. No he disfrutado de mi soltería, de vivir la experiencia de acostarme con un tío porque sí, porque me apetecía.

—Aún eres joven. —Cogí su mano y entrelazamos los dedos sin darnos cuenta.

—Sí, pero me casé con veinticuatro y ya llevaba tres años con Fran. ¿En qué momento dejé que me enamorara? Que estúpida soy. Lo peor de todo es

que, como nunca lo he hecho, ahora me cuesta, y eso no es demasiado atractivo para ningún tío. ¿Quién se va a fijar en una estrecha de mente como yo? —Volvió a beber.

El alcohol era un suero de la verdad de cojones, nos hacía decir cosas que guardábamos en nuestro interior por miedo a cagarla. Y justamente es lo que yo iba a hacer, porque no podía quedarme callado después de escucharle decir eso. ¿Cómo podía pensar que nadie querría nada con ella si era una mujer espectacular? «Saúl, para antes de que sea demasiado tarde». Negué para no escuchar a mi conciencia, en ese momento no era buena compañía y yo no estaba por la labor.

—Si te sirve de consuelo, yo tendría un rollo contigo —declaré en voz alta, y no, no tendría que haber sacado para afuera lo que pensaba.

Daniela me miró con los ojos muy abiertos y cuando pensé que se iba a acercar a mí para besarme, se echó a reír sin control. Así qué, para no quedar como un auténtico capullo, la imité para que pensara que era una broma, aunque no lo fuera.

—Anda, es mejor que nos acostemos ya, que estamos diciendo muchas tonterías. —Hizo el intento de levantarse, sin éxito.

Me levanté para ayudarla, y al hacerlo, nos quedamos mirando fijamente. Daniela estaba muy cerca de mí, demasiado, tanto que prácticamente estábamos respirando el mismo aire. Tragué saliva a la vez que ella se mordía el labio inferior y me dieron ganas de ser yo quien se lo mordiera. Por primera vez en mi vida, tenía la necesidad de besar a alguien hasta quedarnos sin aliento.

Fue ella la que desvió la mirada, la que se alejó y tras un «buenas noches» bastante escueto, caminó hasta su habitación para encerrarse en ella. Me quedé anclado al suelo unos minutos, intentando reaccionar, porque me estaba costando horrores. No obstante, me era imposible hacerlo. La había tenido demasiado cerca, casi podía rozar sus labios, pero me contuve porque una parte de mí me decía que no podía. Por eso no podía tener nada con ninguna amiga, no quería perderla si las cosas no salían bien. Daniela era demasiado importante para mí, siempre lo había sido, y no quería hacerle daño.

Tenía que ser fuerte y guardar en mi interior todo lo que me estaba haciendo sentir por culpa de mi mejor amiga. «Recuérdalo, Saúl... Daniela y tú solo podéis ser amigos».

## Capítulo 10

### Daniela

Me encerré en mi habitación con la respiración agitada. Casi creí que podría besarle, que sería capaz, más no pude. Me di cuenta de que todo era fruto de la borrachera, de no estar alcoholizada, no tendría tanta valentía para ponerme delante de él así, tan cerca. Antes de entrar le miré por última vez y pude comprobar su decepción, se había quedado quieto, con la mirada perdida y suspirando, al igual que yo.

¿Qué estaba pasando? ¿Cómo podía pensar siquiera que Saúl y yo pudiéramos ser más que amigos? Estaba loca, ni se me podía pasar por la cabeza. «Pero se te pasó y muchas más veces de las que quisieras». Agotada, y con un mareo de cojones, me acosté para dormir la mona. Mañana sería otro día y tenía la esperanza de que no nos acordáramos de nada de lo que habíamos hablado, y mucho menos de lo que casi habíamos hecho. Lo peor de todo es que yo jamás iba a poder olvidarlo, por mucho que perdiera el sentido gracias a una borrachera.

Sus ojos eran tan bonitos, sus labios tan deseables.

—Joder, olvídate del tema ya —me dije boca arriba.

Suspiraba a cada segundo, como si tuviera la necesidad de salir a la calle y respirar, como si no tuviera aire en ese cubículo que tenía como habitación. Quise levantarme y salir corriendo, escapar. Sentía, sentía demasiadas cosas y justo por eso no podía permitirme seguir haciéndolo. Guardé mis sentimientos en lo más profundo de mi alma y recordé, quise recordar, los momentos de felicidad de hacía unos meses, años... los únicos momentos felices, cuando estaba con Fran. ¿Por qué tenía que pensar en él otra vez? ¿Qué tenía él que ver con lo que mi corazón percibía cuando estaba cerca de Saúl?

Posiblemente solo era la necesidad de sentirme valorada por alguien, aunque este fuera mi mejor amigo. Claro, eso era, eso tenía que ser.

Estaba echa un lío, mi cabeza no paraba de dar vueltas y en todas ellas tenía a Fran y a Saúl, como si los quisiera a los dos, y no, eso no podía ser. Ya no podía sentir ese amor tan irrompible por mi ex, y tampoco podía sentirlo por mi amigo. Ya no más... Se acabó pensar en ambos.

De tanto pensar, al final me quedé dormida y no supe ni qué hora era.

Por la mañana, la luz del sol se colaba por las cortinas, me había dejado las persianas abiertas. Mis ojos comenzaron a abrirse despacio, acostumbrándome poco a poco a la claridad. Miré el reloj en el móvil y comprobé que solo eran las nueve de la mañana. Joder, para un día que no tenía que madrugar.

Me incorporé en la cama, quedando sentada, y me pasé las manos por el rostro a la vez que un bostezo se me escapaba.

Decidí levantarme, aunque no tuviera ganas. Total, ya no iba a poder dormir, así que era mejor eso a quedarse en la cama sin hacer nada.

Salí de debajo de las sábanas y, descalza, caminé hasta la puerta para abrirla despacio. No sabía si Saúl seguiría dormido y, ciertamente, lo prefería. Como me dije a mí misma la noche anterior, las cosas que nos dijimos seguían muy presentes en mi mente. Sabía que no iba a poder olvidarlo. Claro que, después de la borrachera, me sentía avergonzada. De haber estado en mi sano juicio, no habría sido tan descarada.

Salí de la habitación descalza, era una manía que tenía. Hasta que no tuviera un accidente, no iba a parar. Bueno, ya lo tuve el primer día, me quedé en pelotas delante de él. Negué, desechando ese recuerdo, y caminé decidida hacia la cocina para hacerme un café bien cargado.

—Buenos días. —Escuché la voz de Saúl en la cocina. Ni siquiera lo había visto—. Qué madrugadora.

—Buenos días. —Bostecé de nuevo.

—Veo que tienes sueño. ¿Por qué no sigues durmiendo? —me propuso.

Aún no había sido capaz de mirarle, pero tendría que hacerlo para que no creyera que me acordaba de todo. Seguramente él ya no lo recordaba.

—No puedo dormir. —Le miré al fin—. Una vez que me despierto, no soy capaz.

Me senté frente a él con una taza de café en la mano y comencé a darle sorbitos, estaba ardiendo. Vi que Saúl había comprado churros y cogí uno para, inmediatamente, llevármelo a la boca. Cerré los ojos tras darle el primer mordisco a la vez que se me escapaba un gemido de puro placer.

—¿Siempre gimes cuando comes? Es por ir acostumbrándome a esos ruiditos.

—Perdón —musité soltando el churro, y él se carcajeó.

—Daniela, era broma.

—Vale, vale. Es que disfruto mucho comiendo. —Le enseñé los dientes.

Comenzó a recogerlo todo y a fregarlo. Se le veía muy bien como amo de casa, eso me gustó. Le ayudé, secándolo para guardarlo y así no tener que hacerlo más tarde, cuando se escurrieran.

Cuando acabamos, yo me fui a mi habitación para coger una toalla grande que me tapara el cuerpo y así no tener el mismo problema que el primer día. Necesitaba una ducha con urgencia. Iba a coger ropa de calle, pero al no tener nada que hacer, cogí un vestido playero para estar en casa más cómoda.

Antes de encerrarme en el baño, Saúl me habló desde el salón.

—Por cierto, ¿qué planes tienes para hoy?

Caminé hasta él y me senté a su lado en el sofá. La verdad es que ninguno, aunque tenía ganas de ir a la playa, tenía que aprovechar que la tenía enfrente, ¿no?

—Creo que iré a la playa después de comer.

—¿Por qué después de comer? Podemos hacernos unos bocadillos e irnos en un rato —me propuso sonriente.

Era una opción, y así no iría sola. Asentí y me levanté como un resorte para asearme y ponerme el bikini. Él me imitó, pero para preparar los bocadillos.

Al salir del baño, ya lo tenía todo preparado, incluso tenía el bañador puesto. Extendió su brazo para que agarrara su mano y salimos de la casa de ese modo, sin soltarnos. Era extraño ir así con alguien con el que solo tenías una preciosa amistad y recordé que, cuando éramos niños, íbamos agarrados por la calle y todo el mundo pensaba que éramos novios.

Llegamos enseguida, colocamos las toallas y él abrió la sombrilla para protegernos del sol, aunque a mí me gustaba broncearme.

—¿Vamos al agua? —preguntó a la vez que se quitaba la camiseta.

Me fijé en sus tatuajes, las estrellas que tenía desde el costado hasta el ombligo. También tenía dos líneas en el brazo derecho con números romanos. Los tatuajes le hacían más atractivo.

—Yo necesito mi tiempo para entrar en el agua, pero ve tú y me dices si está fría.

—Venga, no seas así. Seguro que está buenísima. —Puso delante de mí su mano para ayudarme a levantarme y así lo hice.



Caminamos hasta la orilla y metimos los pies. Estaba bastante fría y casi llegué a escaparme, pero Saúl se adelantó y me cogió en brazos para después, ignorando mis gritos, zambullirse conmigo agarrada a su cuello como si fuera un mono.

Fue algo rápido, pero cuando sacamos la cabeza, comencé a gritarle como una energúmena, algo que le hizo bastante gracia, ya que no dejaba de descojonarse.

—¿Estás loco? Está helada. ¡Joder! Que frío. —Estaba tiritando.

—Anda, ven, que te caliento con mi cuerpo.

No me dio tiempo a reaccionar; ya lo tenía rodeándome con sus brazos. Tenía el cuerpo en tensión y no sabía si era por el frío o por la cercanía. Mi mente comenzó a divagar la manera de escapar de él, de ese abrazo, del silencio que se había creado entre ambos y de la mirada que me regalaba mientras tanto.

—¿Mejor? —Se interesó sin dejar de mirarme a la vez que tragaba saliva. Yo asentí, no podía hacer otra cosa.

Se alejó de mí otra vez, dejándome completamente descolocada y, sobre todo, abandonada. Era como si al estar entre sus brazos sintiera esa paz que había perdido en mi vida desde hacía meses. Sin decirme nada, comenzó a nadar para el fondo y a mí no me quedó otra que salir del agua y tumbarme en la toalla para tomar el sol. Era eso, o seguirle. Y no, en ese momento lo mejor sería que cada uno fuera por su lado.

Me coloqué los auriculares y puse música en el móvil para relajarme mientras tanto, así, cuando él llegara, estaría más tranquila.

No sabía el tiempo que había pasado cuando sentí que alguien me tapaba la luz del sol.

—Te vas a quemar, Daniela. —Escuché su voz.

—Me eché crema por delante, pero a la espalda no me llego.

—Venga, siéntate que te la echo yo.

Se sentó detrás de mí para, después de unos segundos, sentir sus manos acariciar mi espalda con la crema. Me estaba poniendo muy nerviosa, ya todo lo que pasaba entre nosotros me parecía que tenía diferentes significados. Eso o que yo estaba muy necesitada.

—Listo, ahora por delante. —Abrí los ojos desorbitadamente.

—No hace falta, por delante ya puedo yo —me negué, alejándome.

—No seas tonta, no me cuesta nada. Además, yo lo hago mejor. —Me guiñó un ojo.

—Claro, claro. Es mejor que me la ponga yo, tranquilo. Tú tumbate y relájate, ¿vale? —Se encogió de hombros a la vez que se tumbaba, haciéndome caso.

Al terminar, volví a tumbarme en la toalla, al lado de él. Saúl tenía los ojos cerrados, pero estaba segura de que no estaba dormido, más bien me estaba evitando, al igual que yo a él. Por muchos años que hubieran pasado, seguía siendo el mismo chico cariñoso y atento, solo que ese cariño, siendo adulto, se había intensificado hasta el punto de parecer otra cosa. «Vaya, que a ti no te gusta nada de nada que te abrace de esa manera». Rodé los ojos y volví a cerrarlos para relajarme con la música.

El tiempo comenzó a pasar sin darnos cuenta. También fue porque me había quedado dormida un buen rato y abrí los ojos al escuchar el sonido del papel de aluminio; Saúl estaba comiendo. Me incorporé y me percaté de que había puesto la sombrilla sobre mí, supuse que para que no me convirtiera en una gamba andante.

—¿Qué hora es? —pregunté algo desorientada.

—Vaya sueñecito te has echado —mencionó—. Son las tres. ¿Tienes hambre? —asentí y sacó mi bocadillo y una lata de Coca-Cola.

Comimos en silencio, tampoco es que me gustase hablar con la boca llena; había momento para todo. Había preparado los bocadillos de jamón serrano y queso, aunque el queso estaba derretido; fallo técnico. Demasiado calor para eso.

—¿Qué vas a hacer esta noche? He pensado que podrías venirte al *pub* donde trabajo a tomarte algo, así no estarás sola —dijo tras dar el último bocado—. También puedes llamar a Jorge, si quieres.

—¿No te importa que vaya con él?

—Prefiero que vayas con un conocido, aunque sea el capullo de Jorge, antes de que estés sola y se te acerque cualquier gilipollas —declaró enarcando una ceja—. Además, es nuestro amigo, ¿no? —Me encogí de hombros—. Si no quieres venir, no pasa nada. Es solo que me gustaría que vieras donde trabajo.

—Está bien, iré y llamaré a Jorge para que me acompañe, aunque a lo mejor no puede.

Cogí el móvil y mandé un wasap antes de nada, ya que no sabía si estaría trabajando y no quería molestarle.

*Hola, Jorge. ¿Tienes planes para esta noche? Voy a ir al pub donde trabaja Saúl. ¿Te apuntas?*

Dejé el móvil sobre la toalla para seguir comiendo y unos segundos después, me llegó la respuesta.

—Mira que rapidito —ironizó mi mejor amigo.

—Saúl, si no quieres que vaya con él...

—No, no, tranquila. No me importa que vayas con él —me interrumpió.

Abrí la aplicación para leer su respuesta y sonreí.

*Eso no se pregunta, preciosa. Te recogeré a las nueve y así cenamos juntos antes. ¿Te parece?*

Tras teclear un «sí» guardé el móvil en el bolso y seguí comiendo mientras disfrutaba de las vistas, que eran la cara de desconcierto de mi mejor amigo. Por mucho que dijera que no le importaba, estaba claro que mentía. Lo que aún no sabía era el motivo real de todo.

## Capítulo 11

### Daniela

Sobre las siete de la tarde, decidimos que era hora de regresar. Saúl tenía que trabajar y yo había quedado a las nueve con Jorge.

En casa, estuvimos sorteando quién se duchaba primero, parecíamos unos niños pequeños. Las horas junto a Saúl se me hacían demasiado cortas. Sus comentarios, risas, confesiones y miradas me las hacían más llevaderas. No recordaba lo bien que se sentía estar bien con alguien.

—Venga, dúchate tú primero, que tienes que irte a trabajar —le dije.

—No, tú, que has quedado con Jorgito a las nueve —ironizó y alcé una ceja.

—No insistas, Saúl, y métete en la ducha ya. Qué pesado.

—¿Y si nos duchamos juntos? Así terminaremos antes. —Enarcó una ceja.

Le miré con las mejillas ardiéndome por la vergüenza y se carcajeó, el muy capullo.

—Era broma, tranquila.

—Pues ahora, por listo, me ducho yo primero.

Caminé hasta el baño y cerré tras de mí escuchando las carcajadas de mi mejor amigo. No quería demostrarle lo mucho que me hacían reír con sus comentarios. Sin embargo, me metí debajo del chorro con una sonrisa de oreja a oreja.

Estuve más o menos media hora y cuando me di cuenta, se me había olvidado coger una toalla en condiciones otra vez. Suspiré a la vez que cogía la pequeña y tapé mi cuerpo todo lo que pude con ella. Abrí la puerta despacio, haciendo exactamente lo mismo que aquel día y comprobé que no

estuviera. Cuando creía que había vía libre, Saúl apareció de la nada poniéndose frente a mí.

—¿Sales ya? —preguntó.

—Cierra los ojos —le pedí, provocándole una sonrisa pícaro que me puso más nerviosa.

—Vamos, Daniela. Ya te he visto desnuda —mencionó cogiéndome del brazo para obligarme a salir de una vez.

—¿Qué haces? Que se me va a caer la toalla otra vez —hablé, recordando el primer día y volví a ponerme roja.

—Te pones muy guapa cuando te sonrojas.

Fue lo último que me dijo antes de entrar él en el baño y cerrar la puerta. Otra vez me dejaba perpleja con un grandioso comentario. Otra vez me dieron ganas de esconderme y... nada, no me dieron ganas de nada más. «Qué mentirosa eres, bonita». Puse los ojos en blanco a la vez que me encaminaba hacia la habitación para vestirme de una vez. Si Jorge era igual de puntual que la noche anterior, estaba segura de que llegaría a las nueve en punto.

Miré la ropa para elegir qué ponerme y cogí un vestido de florecillas, corto hasta las rodillas, tenía varios colores, rosa, celeste, beis y blanco; además de un escote bastante sugerente tanto por delante como por detrás. Lo combiné con unos zapatos de cuña de esparto en color beis. Terminé de maquillarme, algo ligero y dejé mi cabello suelto para que se secara con el aire. Total, iríamos en moto y con el casco, cualquier recogido se me iría a la mierda. Antes de salir de mi habitación, me miré en el espejo que tenía en la pared y, tras coger el bolso, salí, encontrándome con Saúl ya vestido.

Me recorrió de arriba abajo y no sabría descifrar lo que pasaba por su mente en ese momento. Sus ojos me escrutaban y, por un momento, sentí un calor sofocante en todo mi cuerpo. No era la primera vez que una mirada de Saúl me hacía sentirlo y tenía la certeza de que no sería la última.

—¡Vaya! —exclamó—. Estás preciosa, pequeña.

Se acercó a mí y me rodeó la cintura con sus brazos para después, como si estuviese siendo atraído por un imán, pegarme a su cuerpo. Noté su respiración agitada, y eso me dejó desconcertó.

—Gracias —musité sin poder alejarme.

Nos miramos a los ojos unos largos minutos, aunque para nosotros fue como si el tiempo se hubiese parado en ese momento. Todo sucedió muy rápido, tanto que casi me dio vértigo. Saúl acercó su rostro al mío en un intento fallido de alejarse y cuando pensé que iba a pegar sus labios a los

míos, el sonido del telefonillo nos despertó de ese trance en el que nos encontrábamos.

—Lo siento —se disculpó—. Tu cita ha llegado.

Todo lo dijo sin poder apartar su cuerpo del mío. El telefonillo volvió a sonar y, sacando fuerzas de donde no creía, me alejé para poder abrirle a Jorge. No obstante, no subiría, me esperaría abajo.

Caminé hasta mi mejor amigo y le di un beso en la mejilla.

—Nos vemos luego, ¿vale? Mándame la ubicación. —Asintió sin poder pronunciar palabra.

Giré sobre mis talones y salí de la casa. Me quedé unos segundos con la espalda pegada a la puerta, respiraba con dificultad. La cercanía con Saúl me había puesto demasiado ansiosa y no sabía cuánto tiempo más íbamos a aguantar sin llegar a besarnos. No era la primera vez que habíamos estado a punto de pegar nuestros labios y, aunque una parte de mí lo deseaba, la otra se negaba. Saúl y yo solo éramos amigos, los mejores. «Eso era antes, Daniela. Ahora sois dos adultos que se atraen». Tenía que darle la razón a mi conciencia, pues la tenía.

Salí del edificio y, reposando su cuerpo en la moto, estaba Jorge. Aproveché para observarle desde mi lugar; estaba muy guapo. Comencé a acercarme poco a poco y unos segundos después sus ojos conectaron con los míos. Elevó las comisuras de sus labios, regalándome una amplia sonrisa que me emocionó. Jorge tenía algo especial, era de esos hombres que se hacían querer con poquitos detalles.

—Wow, qué guapa estás esta noche. —Me dio un beso en la mejilla en cuanto llegué hasta él.

—Tú también estás muy guapo. —Le sonreí.

—Vaya, creo que voy ganando puntos —mencionó, haciéndome fruncir el ceño—. Para conquistarte.

—¿Cómo? ¿Quieres conquistarme? —titubeé nerviosa.

—Si te dejas, esa es la idea. —Mi rostro se puso de todos los colores. No se cortaba un pelo—. Es broma, Daniela.

Solté todo el aire que no sabía que retenía y le di un manotazo en el hombro.

—Sí que estáis bromistas hoy —mencioné, recordando lo sucedido con Saúl.

—¿Qué?

—Nada, nada. —Me encogí de hombros—. ¿Nos vamos?

Nos subimos a la moto y Jorge arrancó. No sabía adónde me llevaría a cenar, pero tampoco me importaba. A veces, era bueno dejarse llevar y disfrutar en buena compañía.

Llegamos a una pizzería cerca de La Malagueta y nos bajamos de la moto. Jorge guardó los cascos y agarró mi mano para llevarme hasta nuestra mesa. Me puse nerviosa, pero a la vez me sentí a gusto con nuestras manos unidas. Era una sensación extraña. Inmediatamente pensé en Saúl, sin saber muy bien el motivo, percibí algo dentro de mí, como si estuviese engañando a alguien. Eso provocó que tuviera la necesidad de soltarme del rubio y, haciendo como que me picaba la pierna, me solté para rascarme.

Nos sentamos y miramos las cartas para elegir la *pizza* que nos comeríamos.

—¿Sabes ya qué vas a pedir? —se interesó a la vez que, con su mano, bajaba mi carta para mirarme.

—No lo sé, tiene todo muy buena pinta.

—Yo voy a pedir una caprichosa. —Me guiñó un ojo.

—Yo... no sé. Pediré una hawaiana. —Frunció el ceño—. ¿Qué? Así como fruta. —Se carcajeó—. Lleva piña, ¿no?

—Sí, pero ¿piña en una *pizza*? O sea, es algo que no tiene ni pies ni cabeza.

—A mí me gusta.

Algo en lo que no éramos compatibles, no nos gustaba la misma *pizza*. «¿Qué tiene que ver eso? ¿Estás mirando la compatibilidad con él? Eso es que te gusta». Ya estaba mi conciencia comiéndome la oreja.

Tras decirle al camarero lo que queríamos, volvimos a quedarnos solos y Jorge volvió a coger mi mano por encima de la mesa. Notó mi incomodidad porque me la soltó enseguida. Me había dado cuenta de que no era broma eso de querer conquistarme y, aunque él era muy guapo y simpático, además de estar muy bueno, no entraba en mis planes dejarme llevar tanto. Acababa de separarme de alguien con el que había estado siete años y no era fácil pasar página así de rápido. Solo podía ser su amiga y que el tiempo decidiera lo que pasara entre ambos.

—Lo siento, creo que voy muy rápido contigo —se disculpó.

—No es eso, Jorge. —Suspiré—. Ahora mismo no estoy muy abierta a tener nada con nadie y no sé lo que tardaré en recomponerme —declaré mientras le sonreía.

Tampoco quería que se sintiera mal, y menos después de lo bien que me trataba. Que sí, que a veces pensaba que liarme con él tenía que ser algo... ni

siquiera me salían las palabras. Claro, que después pensaba en Saúl y me sentía tan extraña. Estaba demasiado confusa y era por eso por lo que prefería ser solo amigos y nada más que amigos.

—Lo entiendo, Daniela —respondió, se le veía nervioso—. Es que me gustas mucho. —Abrí los ojos sorprendida, para nada me esperaba esa declaración por su parte y tan pronto.

—No me conoces de nada, Jorge.

—Te conozco desde hace años.

—Bueno, pero solo me conociste siendo una adolescente, pero no como mujer —aclaré, intentando que pensara bien las cosas antes de querer dar un paso más allá conmigo.

Se levantó para sentarse en la silla de mi lado, así estaríamos más cerca.

—Es cierto, no conozco a Daniela como mujer y precisamente es lo que quiero, conocerte. —Acercó su rostro al mío para besarme y, si no fuera porque no estaba segura de nada, le habría dejado—. Lo poco que he visto de ti, me encanta; y sí, puede que sea muy rápido, pero me gustaría que me dejaras demostrarte que soy bueno para ti.

—¿Has pensado que puede que yo no sea buena para ti? —rebatí en un intento fallido de que abriera los ojos, pero agachó la cabeza negando—. Vayamos despacio, por favor —mi voz sonó suplicante.

Eso pareció convencerle, porque regresó a su sitio y justo llegó la comida, así que comenzamos a comer sin decir nada más.

Cambiamos de tema, algo que agradecí. Comenzó a contarme cómo conoció a la madre de su hija y el motivo por el que se habían separado; al parecer su relación se murió poquito a poco, la monotonía los devastó y cuando llegó su hija al mundo pensaron que podrían seguir juntos, pero no, y decidieron separarse de mutuo acuerdo. Se llevaba bien con ella y eso era algo favorable para la niña.

—¿Y tú? ¿Cómo acabaste trabajando con tu padre? —Se interesó a la vez que bebía un sorbo de su refresco.

—Pues me gradué en contabilidad con otra idea, pero la ferretería iba mal y mi padre la iba a cerrar —comenté—. Pensé que ayudándole podríamos conseguir que volviese a ser viable mantenerla abierta y ahí seguimos. Ya llevo tres años y, bueno, no me disgusta el trabajo.

Me gustó que quisiera saber cosas de mí sin intereses ocultos, solo por conocerme. Tampoco es que fuera la mujer más guapa de esta ciudad y él podría tener a la que quisiera.



Había algo en mí que me bloqueaba a la hora de gustarle a alguien, y eso era porque no llegaba a valorarme yo primero, y hasta que eso no pasase, no iba a dejar que lo hicieran por mí. Primero, tenía que quererme yo para que me quisieran, ¿no? Supongo que, después de una relación larga y fallida, venía la parte en la que me desmoralizaba. ¿Cuándo llegará el momento de resurgir y querer comerme el mundo? Esperaba que no tardase demasiado, para poder seguir adelante sin miedo a mirar hacia atrás.

## Capítulo 12

### Saúl

Cuando le dije que podía llamar a Jorge, una parte de mí deseó que dijera que no, pero lo aceptó muy pronto y eso me jodió. Pensé que a Daniela no le gustaba nuestro amigo, me equivocaba. Ahora me tocaba aguantarlo en el *pub*. Tendría que ver cómo se arrimaba a ella, cómo la sacaría a bailar. Iba a pasar una noche de mierda, y todo por ser tan bocazas.

Estaba preciosa con ese vestido, jamás había una mujer tan bonita. Intenté de nuevo besarla, mis labios deseaban rozar los suyos. Me estaba volviendo loco y no entendía el porqué. Nunca me había sentido de este modo tan estúpido por una mujer. Joder, fue como si mis sentimientos, los que tenía por Daniela cuando éramos unos críos, hubiesen estado todos estos años dormidos y despertasen en cuanto nuestros ojos se encontraron de nuevo. Porque sí, me había pasado la mitad de vida enamorado de aquella pequeña de flequillo y ojos marrones, me volvía loco, y ahora, ahora iba a peor porque no sabía si seguía enamorado o solo la deseaba como un gilipollas.

La abracé con desespero, las manos me picaban por tocarla, deseaba hacerla mía... que fuera mía. No obstante, éramos amigos y no quería estropearlo con algo que podía no funcionar. Nos queríamos mucho y no quería perderla por un calentón. «¿Y si no es un calentón?». Claro, podría no ser eso. Podría seguir enamorado. ¿Era eso? No tenía ni puta idea.

Llegué al *pub* y Lidia me esperaba en la puerta, como siempre. Se acercó a mí y cuando iba a darme un beso en la boca, me alejé unos milímetros.

—¿Me has hecho la cobra? —Alzó una ceja.

—No es eso, Lidia. Es que no estoy de humor esta noche —declaré, siendo totalmente sincero.

—¿Qué te ha pasado? Pensé que esta noche volveríamos a pasar un buen rato. ¿No te apetece? —Volvió a acercarse.

—No sé, Lidia. No lo sé.

Me dio un cigarro y me lo fumé rápido para entrar de una vez y que acabase la noche lo más rápido posible. Aunque estaba seguro de que sería de esos días en los que se te hacía mucho más largo de lo que era normalmente.

—Cuéntame que te pasa, Saúl. —La miré—. Somos amigos, ¿no? Independientemente de la relación sexual que tengamos, también me preocupo por ti.

Reposé la espalda en la puerta del *pub* a la vez que le daba una calada al segundo cigarro. Expulsé el humo con la cabeza gacha, pues no entraba en mis planes contarle a mi rollo que estaba rabioso, celoso de un estúpido que se estaba llevando a su mejor amiga. Parecía estúpido, pero solo hacía unos días que Daniela había regresado a mi vida y ya tenía la necesidad de encerrarla conmigo para siempre. ¿Estaba obsesionado? No, esto que estaba sintiendo no era una absurda obsesión.

—¿Recuerdas que iba a venir una chica a ver la habitación? —asintió—. Pues resulta que es mi mejor amiga de la infancia, la mujer más espectacular que he conocido en toda mi vida —declaré con la voz cargada de agonía. Lidia puso cara de asco—. Lo siento, no quería ofenderte a ti. Tú también eres increíble.

—No, si no me ofendes, guaperas. —Sonrió—. ¿Estás enamorado de ella? —Se interesó. Negué, asentí y me encogí de hombros—. Vaya, que lo tienes muy claro.

—Es que, después de tantos años recordándola... volvimos a vernos y todos los sentimientos bulleron con tanta fuerza que me está sobrepasando.

Se puso a mi lado y siguió escuchándome, al menos eso era agradable, poder contarle a alguien todo lo que pensaba y sentía. Me gustaría poder hacerlo con Daniela, pero no estaba preparado para que supiera todo lo que su presencia me hacía sentir.

—Encima hay otro gilipollas que está todo el rato comiéndole la oreja, el muy... —bufé cabreado.

—Eso se llama celos, ¿sabías?

—Yo no soy celoso.

—No, que va.

—¿Qué hago, Lidia? Yo estaba bien, tranquilo. Sí, pensaba en ella, en las ganas que tenía de volver a verla, pero no sabía qué me iba a joder tanto.

Jamás en mi vida había tenido tanta necesidad de estar con alguien, de besarla, de... —Me quedé en silencio.

—Mira, Saúl. Soy la menos indicada para darte consejos, más que nada porque no tengo ni puta idea de relaciones, pero si es tan complicado desde el principio es mejor que lo dejes y que cada uno siga con su vida.

No, eso no entraba en mi cabeza. Ahora que había recuperado a Daniela, no iba a perderla y si para que siguiera siendo mi amiga tenía que guardar en un rincón mis sentimientos, lo haría. Teníamos que recuperar el tiempo perdido, volver a ser esos amigos inseparables que se contaban todo, que se confiaban hasta el secreto más inconfesable. Aunque solo fuera eso lo que ella quisiera, lo aceptaría si así se quedaba en mi vida.

Unos minutos después, abrimos el *pub* y entramos para que empezara la noche de una jodida vez. Cuanto antes empiece, antes terminará, ¿no? Al menos, estaría ocupado y no estaría pensando tanto en ella.

La música retumbaba en todo el lugar, la gente estaba pasándolo bien y teníamos el suficiente trabajo como para no estar pendiente de la puerta. Sin embargo, mis ojos viajaban hasta allí cada dos segundos, esperándola. Quería verla, aunque fuera de lejos.

—¿Qué te pasa, Saúl? Estás muy distraído esta noche —mencionó Lidia en mi oído.

—Nada, tranquila.

—¿Es que ella va a venir esta noche? —preguntó, y la miré asintiendo—. Espero que estés con todos tus sentidos puestos aquí, por favor. —Volví a asentir.

Lidia tenía razón, estaba trabajando y no podía permitirme estas distracciones, así que no me quedó otra que concentrarme en los clientes que venían a pedir copas. Vale, iba a venir, pero ella estará con Jorge y yo no podía hacer nada para evitarlo, mucho menos porque fui el culpable de ello por darle la idea de invitarle. «Seré gilipollas», pensé.

No sabía el tiempo que había pasado, ni la hora que era cuando Daniela se puso frente a mí en la barra con su bonita sonrisa. Fue verla y alegrarme la noche. Y joderse en cuanto Jorge apareció a su lado.

—Buenas noches, camarero. ¿Me pones una copa? —alzó la voz.

—Ya pensaba que no vendrías. —No quería que sonara a reproche, pero lo era.

—Lo siento, nos hemos entretenido en la pizzería. Pero te dije que vendría y aquí estoy. —Alzó los brazos, arrancándome una carcajada.

Lidia se percató de la presencia de Daniela y vino hasta nosotros. Supuse que sería para echarle el ojo y poder criticarla después.

—Daniela, te presento a mi encargada, Lidia. —Mi amiga la saludó con una sonrisa y esta se la devolvió para luego desaparecer de nuevo.

Escuché la voz de Jorge saludándome a la vez que alzaba la mano y lo imité, haciendo lo mismo. No tenía muchas ganas de hablar con él, mi atención estaba puesta enteramente en mi mejor amiga, que estaba preciosa.

Le serví la copa a ambos y me dijo que estarían en la mesa de la esquina. Asentí y los vi encaminarse hacia ella. Jorge posó su mano en la espalda de Daniela y se me revolvieron las tripas tanto que me dieron ganas de ir a patearle el culo. ¿Cómo se atrevía? La noche iba a ser una enorme mierda.

Los clientes se me arremolinaban delante y me estaba agobiando. Mis ojos no podían apartarse de aquella mesa en la que Daniela estaba con Jorge. A veces nuestros ojos conectaban y me sonreía y era en esos instantes cuando deseaba ir hasta ella y llevármela, pero debía ser fuerte. Mientras tanto, Jorge no paraba de acercársele, de susurrarle al oído cualquier gilipollez y de seguir ganando terreno. «¿Cómo quieres que le hable si no se escucha con la música?». Como siempre, mi conciencia tenía razón, pero no me gustaba ver esa cercanía, me encabronada demasiado.

Me obligué a dejar de observarles para que no me echaran del trabajo por no atender a los clientes y así pude pasar la noche mejor.

Las horas pasaban lentas, a pesar de haber muchísima gente, se me estaba haciendo insufrible. Cuando creí que iba a acabar el turno, seguían llegando más clientes y me estaba agobiando. Le pedí a Lidia que me cubriera unos minutos, necesitaba salir a tomar el aire o me daría algo. No se quedó muy conforme, pero lo hizo, así que salí del *pub* sin pasar por la mesa de Daniela.

En la calle pude respirar tranquilo y pude relajarme, hasta que sentí que una mano me agarraba el brazo. Giré sobre mis talones y ahí estaba Daniela, con su maravillosa sonrisa, mirándome.

—¿Estás bien? Te he visto salir y parecías agobiado. —Estaba preocupada, se lo notaba.

—Sí, tranquila. Es que esta noche hay muchas personas y hace bastante calor —respondí omitiendo el primer motivo por el que había salido: ella.

—¿Seguro que no es por otra cosa? —insistió, y negué.

—No te preocupes, Dani —me acerqué para abrazarla—, vete adentro con tu cita, disfruta.

—No es mi cita, Saúl. Solo es un amigo.

—Vale, lo que tú digas. —No quería sonar borde, pero del dicho al hecho solo había un trecho.

—Bueno, será mejor que me vaya adentro, así te dejo tranquilo.

Se giró y antes de que pudiera responderle, entró en el *pub*.

—¡Joder!

Me quedé unos segundos más antes de entrar y seguir con mi trabajo para que Lidia no pensara que había salido para hablar con Daniela, ni siquiera sabía que ella iba a salir para ver cómo estaba.

Entré y volví a mi puesto de trabajo sin mirar a nadie, sin ponerle atención a nadie más que no fuera mi encargada, que me miraba como si tuviera ganas de matarme. ¿Qué le pasaba? A veces pensaba que quería algo más conmigo que una simple relación carnal, pero lo dejamos muy claro al comenzar.

De pronto vi cómo Daniela hablaba con otro tío, parecía enfadada. ¿Se habría sobrepasado con ella? Jorge la cogió del brazo y se la llevó para la calle cuando la conversación se estaba calentando. Me habría gustado ir para saber que había pasado, pero no podía, Lidia no me quitaba el ojo de encima y ya me estaba cansando. Nunca había estado tan encima de mí, laboralmente hablando.

Unas horas después, acabó la noche al fin, estaba deseando llegar a mi casa. Cuando Daniela y Jorge se fueron, pensé que regresaría, pero no lo hicieron y eso me jodió.

Estábamos en la puerta, fumándonos el último de la noche antes de irnos. Lidia se acercó a mí e intentó calentarme.

—Esta noche has estado demasiado disperso, Saúl. ¿Quieres que te quite la tontería? —Me guiñó un ojo a la vez que pasaba su lengua por mi cuello.

—No estoy de humor, lo siento —me disculpé alejándome de ella.

—Nunca me habías rechazado. ¿Qué cojones te pasa? —Estaba cabreada.

—No me pasa nada, Lidia. Solo te digo que no estoy de humor, no tenemos que follar todas las noches después del trabajo.

—Eres un gilipollas, ¿lo sabías?

—Sí, tranquila, ya lo sabía.

Sin decirle nada más, caminé hasta mi moto y me subí para, enseguida, arrancar e irme a mi casa de una puta vez. Sabía que era tarde, que Daniela estaría dormida, pero una parte de mí deseaba que estuviera esperándome.

Entré en la casa y todo estaba oscuro, encendí la luz y me senté unos minutos en el sofá, estaba agotado. Miré el reloj y eran casi las siete de la mañana. Hacía mucho que no llegaba a esta hora. Me levanté unos minutos después para irme a la cama y, antes de entrar en mi habitación, abrí la de

Daniela para verla dormir. No entré, solo la observé desde la puerta. Iba a cerrar cuando escuché su voz.

—Saúl.

—Lo siento, no quería despertarte.

Caminé hasta su cama y me senté a orillas de la cama.

—Estaba despierta. —Se sorbió la nariz.

—¿Estás bien? —Se encogió de hombros a la vez que negaba.

—¿Te quedas conmigo? —Fruncí el ceño—. Por favor. No quiero estar sola.

No le respondí con palabras, no me salían. Me tumbé a su lado y ella se pegó a mi cuerpo para abrazarme. No sabía lo que le había pasado, pero estaba seguro de que aquel tío con el que la había visto hablando, había sido el culpable de que se encontrara así.

## Capítulo 13

### Daniela

Lo estábamos pasando muy bien, hacía mucho tiempo que no me relajaba tanto y disfrutaba. El *pub* estaba muy animado, la música era muy buena, y bueno, no podía negar que Jorge se estaba comportando como un amigo. Aunque a veces aprovechaba para sacarme a bailar para abrazarme, siempre lo hacía con las canciones más lentas. En esos momentos, los nervios me controlaban y más cuando, de vez en cuando, mi mirada viajaba hacia la barra para mirar a Saúl.

A veces, nuestros ojos conectaban, pero él la desviaba en cuanto veía a nuestro amigo pegado a mí. No podía esconder lo que le enfadaba esa situación y, aunque quería entenderle, me era imposible. ¿Qué le pasaba?

—¿Te lo estás pasando bien? —dijo Jorge en mi oído. Yo asentí, regalándole una sonrisa—. Me alegro.

La canción terminó, dando paso a la siguiente, pero al ser más movida, regresamos a la mesa para descansar y beber algo; hacía demasiado calor.

Tras varias canciones pegadizas del verano, volvió a sonar una lenta, y Jorge no perdió la oportunidad de volver a sacarme a bailar. Yo negué, estaba agotada, pero insistía tanto que no pude negarme, así que volvimos a la pista. Normalmente en los *pub* no se bailaba tanto, eran lugares para sentarte a beber y escuchar música sin la locura de las discotecas. Había mucha gente y apenas podíamos movernos.

—¿Por qué no nos sentamos? —le pregunté.

Jorge paró para que fuéramos a la mesa y justo cuando me giré choqué con alguien que me echó la copa encima, sin querer, claro. Comencé a pasarme las manos por el vestido y al levantar la cabeza, Fran estaba frente a



mí. Mis ojos se abrieron desorbitadamente y más cuando me fijé en su mano entrelazada con la de su compañera.

Nos quedamos mirando unos segundos, los más largos de toda mi vida. Solo hacía unos días que no nos veíamos y teníamos que hacerlo en ese lugar. El destino era muy caprichoso.

—Fran —musité su nombre.

—Lo siento —se disculpó, y no sabía si era por echarme la copa encima, por haber chocado conmigo o por hacerme pasar el mal trago de verle con la otra, feliz de la vida.

—¿Quién es? —Escuché la voz de Jorge.

—Mi ex —respondí cabreada.

Cogí la mano de mi amigo para volver a la mesa y así dejar de verle la cara al cabrón que me partió el corazón, pero mi ex no tenía intención de dejarme ir sin hablar conmigo. Agarró mi brazo para prohibirme la huida y volví a mirarle con rabia.

—¿Qué cojones quieres, Fran? —En realidad no me interesaba lo que tuviera que decirme—. Lo que sea, dilo rápido.

—Por favor, Daniela —me suplicó—. No podemos seguir así cada vez que nos vemos. Yo quiero tener una relación cordial contigo, por todos los años que hemos estado juntos, que fuimos felices.

Escupí un «ja» que no pasó desapercibido para su amiguita, aunque se mantuvo al margen y lo agradecí. Yo no era una persona conflictiva, y mucho menos había golpeado jamás a nadie, pero me estaban entrando muchas ganas de agarrarla del moño y arrancarle los cuatro pelos que tenía. Es que encima era un horco, que no es que yo fuera una belleza, pero pensé que me dejaba por otra más guapa que yo, y no. «No hablas tú, lo hace tu rencor». Sí, era cierto, no era fea y eso me jodía mucho más. Comencé a negar y me giré de nuevo para coger mis cosas e irme de una vez, no iba a aguantar estar en el mismo sitio que estuvieran ellos. No los había visto en toda la noche, y con tantas personas iba a ser imposible que nos volviéramos a cruzar, pero bastaba que no quisiera para cruzarnos cada vez que me moviera. Era mejor volver a casa. Además, estaba agotada y ya no tenía ganas de fiesta, Fran me la había amargado.

—Espera, Daniela. —Era Jorge—. ¿Por qué nos vamos? No tienes por qué.

—Lo siento, Jorge. No puedo estar en el mismo lugar que ese tipejo asqueroso.

Estaba demasiado cabreada y se lo estaba demostrando, poniendo verde al estúpido de Fran. Me quedé en silencio, no quería seguir hablando de alguien que no se merecía si quiera que pensara en él.

—Llévame a mi casa, por favor —le supliqué.

—Está bien.

Nos montamos en la moto y arrancó. Jorge no tenía la culpa de nada, él estaba siendo muy agradable y bueno conmigo, pero tenía que entender que había veces que no podía mirar hacia otro lado como si nada.

Me jodió verle con ella, que estuviera agarrado de su mano como si no importase nada. Joder, solo hacía unos meses era mi mano la que estaba agarrada de la suya. Solo hacía unos meses que estábamos juntos, que se suponía que éramos felices. ¿En qué momento dejó de quererme? A veces creía que, la última vez que hicimos el amor, ya no me quería, ya no sentía por mí ese gran amor que aseguraba tenerme. A veces, solo a veces, deseaba echar el tiempo atrás para poder evitar la separación. No obstante, no había que mirar hacia atrás ni para coger impulso.

Llegamos enseguida. Me bajé de la moto en cuanto aparcó y me quité el casco para dárselo. Jorge me imitó, tenía intención de acompañarme al portal.

—No hace falta —le dije.

—No me cuesta nada, Daniela.

Una vez en la puerta del edificio, paramos. Estábamos en silencio, no tenía muchas ganas de hablar, más bien de encerrarme en mi habitación lo que quedaba de fin de semana.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —declaró a la vez que me enseñaba sus dientes.

—Yo también —respondí algo seria.

—Se te da fatal mentir, ¿sabías? —Sonreí—. Eso ya me gusta más. Tienes una sonrisa preciosa, no la escondas nunca.

Acercó su rostro para darme un beso en la mejilla, pero sus labios no llegaron a esa zona y los sentí en los míos. Me quedé bloqueada, no sabía qué hacer.

Jorge llevó sus manos a mis mejillas para profundizar el beso, acto que hizo que me dejara llevar unos instantes. Pero me di cuenta del error que estábamos cometiendo y aparté mis labios de los suyos, no estaba para andar besándome con nadie y mucho menos después de haber visto a mi ex. En ese momento, no era una buena compañía, y él debía darse cuenta.

—Lo siento, Daniela. No quería...

—No pasa nada —lo interrumpí—. Será mejor de que suba ya.

—Buenas noches —se despidió.

Giró sobre sus talones y caminó hasta su moto. Antes de que arrancara, corrí hasta él para disculparme. No tenía la culpa de nada, de mi mal humor, de que no pudiera corresponderle, de que jodiera la noche.

—Perdóname, Jorge. De verdad que no quería que esto acabase así, es que...

—No te preocupes, ¿vale? Necesitas tiempo y lo entiendo.

—No creo que sea solo eso... Yo, eh... Creo que...

—Te gusta otra persona. —Enmudecí—. Ya me había dado cuenta, pero no pasa nada. —Me guiñó un ojo—. No me rendiré, preciosa.

Regalándome la sonrisa más sincera que había visto en mi vida, arrancó y se marchó. ¿Por qué decía que me gustaba otra persona? El único hombre aparte de él, al que trataba, era Saúl y... bueno, éramos amigos y por mucho que nos gustemos, cosa de la que no estaba segura, no íbamos a ser más que amigos. «¿Y amigos de más?». Negué cabreada con mi conciencia, que siempre tenía que meter la puntilla a todo.

Entré en el portal y subí a la casa. Entre suspiros, me quité los zapatos y caminé con ellos en la mano hasta mi habitación; me dolían los pies de tanto bailecito.

Sin quitarme la ropa, me eché en la cama boca arriba. El cansancio de mi cuerpo era mínimo al cansancio mental que tenía. Pensar que mi vida era la mejor y ya no, me derrumbaba. Luego recordaba que tenía todo para ser feliz, pero no a Fran, y volvía a derrumbarme. «Tienes salud, familia, amigos, trabajo y amor. ¿Qué más necesitas?».

—¿Qué más necesito?

Claramente tenía un cacao mental que me agotaba, porque sí, pensaba que necesitaba a Fran, pero la realidad era otra que no podía aceptar. Un hombre que me había dejado no merecía que llorara por él, ¿verdad? Debía buscar la fuerza donde fuera para olvidarme de él de una jodida vez y poder seguir con mi vida sin recuerdos insufribles. Sin embargo, aún me costaba. Comencé a llorar de rabia, de dolor, porque aún dolía... menos, pero dolía.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero no podía dormir. Además, estaba esperando a Saúl. De pronto, escuché la puerta de la casa cerrarse y unos minutos después, Saúl abrió la mía para ver si estaba dormida. Iba a cerrar, pero lo llamé. Necesitaba a mi mejor amigo, que me cobijara, que me dijera que todo iba a estar bien.

—Lo siento, no quería despertarte.

Caminó hasta mí y se sentó a orillas de la cama.

—Estaba despierta. —Me sorbí la nariz.

—¿Estás bien? —me encogí de hombros a la vez que negaba.

—¿Te quedas conmigo? —frunció el ceño—. Por favor. No quiero estar sola.

Se acostó a mi lado y me abracé a su cuerpo buscando calor, apoyo, protección. Saúl estaba tenso, lo notaba. Podría haber dejado que se fuera a su habitación para que no estuviera incomodo, pero no podía hacerlo. Era en sus brazos cuando me olvidaba de todo, cuando podía sentirme fuerte y segura.

—¿Qué te ha pasado en el *pub*? —preguntó—. Te vi discutiendo con un hombre.

—Era mi ex —respondí con la voz entre cortada.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar. Asentí, negué... no lo sabía—. Tranquila, ya estás en casa —murmuró apretándome más a su cuerpo.

Estar en casa, para mí, no era un lugar donde vivir. Estar en casa era estar rodeada por sus brazos y no sabía que era así hasta esa noche en la que me estaba percatando de que solo me sentía bien, cuando él me abrazaba. ¿Por qué la vida se complicaba tanto con lo fácil que era vivirla sin más?

No sabía hasta qué punto me había trastocado volver a ver a Fran, pero Saúl hizo que me olvidara de su rostro, de su presencia, de todo. Poco a poco, mis ojos se fueron cerrando, hasta que me quedé dormida abrazada al pasado, presente, y rezaba porque fuera mi futuro.

Por la mañana, sentí un calor sofocante por algo que me aprisionaba. Abrí los ojos despacio y me encontré con el rostro de Saúl frente al mío. Recordé que se había acostado conmigo por la noche y seguramente se quedaría dormido antes de irse a su habitación.

Mis ojos se iluminaron y sentí algo en el pecho que no había sentido antes. Era extraño, pues, aunque nos conocíamos desde niños, jamás lo había mirado de la manera en la que lo hacía en ese momento. Quise levantarme, pero me tenía agarrada de la cintura y no veas la fuerza que tenía. No me quedó otra que quedarme un poco más acostada a su lado y verle dormir; era placentero.

—Deja de mirarme, me pones nervioso —musitó sin abrir los ojos, pero sonriendo de esa manera tan especial.

—¿Desde cuándo estás despierto?

—Mmm, no sé.

—¿Por qué no te has levantado?

—Porque estabas tan a gustito que no quería molestarte.

Me mordí el labio inferior a la vez que abría los ojos. Su mirada se clavó en mi boca, en lo que estaba haciendo, y sentí una punzada en un lugar prohibido cuando noté su mano derecha bajar y rozar mis piernas. Me percaté de que tenía el vestido subido hasta la cintura y se me veía la ropa interior. Saúl me pegó más a su cuerpo, más de lo que podía soportar.

—Estás preciosa recién levantada —susurró en mi oído.

—Yo, tú... gracias.

Estaba atacada, mi corazón iba a mil y mi respiración no me daba tregua. Tragué saliva cuando cogió mi pierna y la subió a su cadera para pegarse más, mucho más.

—¿Qué estás haciendo, Saúl? —No me salían las palabras.

—No lo sé —respondió en un hilo de voz.

No sabía cómo ni por qué, pero me estaba dejando llevar por la corriente, por el deseo que sentía por él y del que no quería sentir para no perder la razón. No podíamos, pero queríamos. No podíamos, pero lo necesitábamos. No podíamos, pero lo deseábamos.

## Capítulo 14

### Saúl

Despertar a su lado fue lo más hermoso que había vivido en toda mi vida. Me desperté antes que ella, algo que me ayudó para poder observarla. Seguíamos abrazados, no nos habíamos separado desde que me acosté con ella en su cama, y me encantaba sentirla cerca de mí. Mis ojos viajaron por todo su cuerpo y vi que el vestido se le había subido hasta la cintura, dejando a la vista sus piernas, la ropa interior. Era preciosa.

Quise quedarme dormido un rato más, pero me costó bastante. Aun así, cerré los ojos con la intención de lograrlo. Entonces, noté cómo se removía, abrí un poco los ojos, lo suficiente para verla, pero no para que ella se diera cuenta de que estaba despierto.

Le pedí que dejara de mirarme, que me estaba poniendo nervioso. Al escucharme, se tensó y podría jurar que se había sonrojado, se avergonzaba muy rápido por cualquier situación y eso me encantaba de Daniela. Aún mantenía la inocencia de cuando era niña, pero el cuerpo y alma de una mujer hecha y derecha.

Abrí mis ojos y nos miramos, inmediatamente oteé sus labios, se estaba mordiendo el inferior y eso hizo que mi miembro se despertara, tampoco ayudaba tenerla tan cerca. Quería acercarme más, pegarla por completo a mi cuerpo, besarla, hacerle el amor. Lo deseaba como un puto loco. Lo hice, la pegué más a la vez que bajaba mi mano hasta su pierna para subirla sobre mi cadera. Daniela pegó un respingo cuando notó la dureza de mi polla, esta deseaba salir y rozar su sexo, entrar en ella.

—¿Qué estás haciendo, Saúl? —preguntó con la voz entre cortada.

—No lo sé —respondí en un hilo de voz.

Y no lo sabía, solo quería sentirla por completo, desnudarla y rozar mi piel con la suya. Acerqué mis labios hasta su cuello y lo besé con delicadeza, provocando que un gemido lastimero saliera de lo más profundo de su garganta.

—No, no, por favor. ¿Pretendes volverme loco? —musité en su oído, rozando después el lóbulo de su oreja.

—Y tú. ¿Qué pretendes tú? —no le salían las palabras, estaba excitada, ambos lo estábamos.

—Pretendo hacerte mía. —La miré a los ojos—. Pretendo besarte, Daniela. Necesito hacerlo.

Solo un roce de nuestros labios, solo eso hizo falta para perder la cordura, la poca que me quedaba, que perdí cuando ella regresó a mi vida.

No era un beso, solo un roce pequeño y nada más con eso, ya necesitaba más, mucho más. Cuando pretendía besarla de verdad, sonó el timbre de la casa.

—¿Esperas a alguien? —preguntó con los ojos cerrados.

—No, ya se irá.

Pero la persona que pretendía interrumpir el momento más maravilloso no se daba por vencido e insistió. Daniela, agotaba de escucharlo, se levantó para abrir.

—Ahora vuelvo.

Salió de la habitación y yo me levanté para seguirla y así ver quién era la persona que estaba jodiendo la mañana de esa manera. Mientras me acercaba al salón, ella abrió y escuché la voz de una mujer que decía «hola, papito. ¿Me echabas de menos?». Me pasé las manos por el rostro.

—No puede ser —me dije.

—Oh, lo siento —se disculpó, parecía ser Carolina, otra de las chicas con las que pasaba alguna noche—. ¿Eres la novia de Saúl?

Daniela me miró con la ceja alzada y la boca desencajada; se había cabreado, y con razón. Aunque no tenía por qué, ella y yo no teníamos nada, ¿no? Aún no sabía en que punto estábamos y habíamos estado a punto de besarnos varias veces y, esa mañana, íbamos a llegar a más. No podía venir esta mujer a joderme lo que conseguí con Daniela.

—No, tranquila. Saúl y yo solo somos amigos —eso lo dijo mirándome a mí.

Se giró, dejando así pasar a Carolina, y pasó por mi lado para entrar en el baño. «Joder. ¿Por qué ahora?».

—Espera, Daniela. —Cogí su brazo.

—No hagas esperar a tu chica, Saúl. —Se soltó de mala manera.

—No es mi... —no me dio tiempo a terminar y pegó un portazo.

Me acerqué a Carolina y la cogí del brazo para llevarla a la cocina y así poder hablar con ella sin que Daniela me escuchase. Lo único que me hacía falta es que se cabrease más de lo que ya estaba.

—¿Qué haces aquí?

—Ay, papito, no te pongas así. No sabía que tenías compañía. —Se acercó a mí enseñándome de nuevo la ropa interior.

Había llegado con un vestido de cremallera y se la había abierto antes de pegar en el timbre. Normal que Daniela se cabreara. Rodé los ojos a la vez que me alejaba de ella, no estaba para aguantar tonterías. Me senté en la silla y ella se quedó delante de mí, intentando convencerme. ¿No tenía otra hora para venir? Hacía mucho que no nos veíamos y claro, tampoco quedábamos tan seguido como antes. Lo pasábamos muy bien, sí, pero eso no le daba derecho a venir cuando le diera la gana.

—Tienes que irte —sentencié.

—¿Por qué? Ya que estoy aquí, puedo darte el desayuno —coqueteó de nuevo, y me estaba cansando.

—¡No! He dicho que tienes que irte y espero que no vuelvas, por favor.

—Tengo que darle la razón a Lucía, te has convertido en un gilipollas. —Fruncí el ceño. ¿Hablabas con Lucía, mi otro rollo, de mí? No me lo podía creer.

—Estáis como cabras, las dos. Y sí, soy un gilipollas, pero bien que venías a follarte a este gilipollas. Ahora, por favor, lárgate de mi casa.

Se giró cabreada y se encaminó hacia la puerta para salir, pero claro, antes tenía que decirme algo más, porque si no, no se iría tranquila. A veces no entendía a las mujeres y podía parecer que yo las utilizaba, pero eran ellas las que me utilizaban a mí. Estaba soltero, me gustaba pasarlo bien y ellas estaban dispuestas, sabían claramente que solo era sexo. ¿Qué cojones les pasaba? No podían venir y hacer que me acostase con la que viniera así, sin más. «Antes lo hacías. ¿Por qué no ahora?». ¿Hacía falta responder a esa mierda de pregunta? Pues por Daniela, porque estaba enamorado de ella y quería estar solo con ella. «Sois amigos. Sois amigos», pensé cabreado. Sí, éramos amigos, pero llevaba enamorado de mi amiga desde niños y nunca había tenido los cojones de declararme, de besarla. Necesitaba hacerlo, demostrarle que podía ser digno de ella, de hacerla feliz.

—El amor te ha cambiado, Saulito.

—No me digas Saulito, ese diminutivo solo puede salir de los labios de...



—¿De la chica que ha abierto la puerta? —me interrumpió.

—No te interesa.

Carolina se fue y yo fui al baño a buscar a Daniela, pero la escuché hablando por teléfono en su habitación. Quería entrar, pero no sabía si me dejaría hacerlo. Esperé a que terminase y saliera, y cuando lo hizo, me miró de arriba abajo, supuse que comprobando si me había desnudado y enrollado con la loca de Carolina.

—Daniela, espera. —Cogí su brazo.

Iba para la puerta con la intención de salir de casa.

—Déjame, Saúl. Necesito salir de aquí, por favor. —No me miraba.

—Mírame, te lo suplico.

—No puedo... no puede ser —comenzó a negar.

—¿El qué? ¿El qué no puede ser? —Mi voz sonó cargada de agonía, de una angustia que no sabía que podía llegar a sentir.

Me miró y me hundí al comprobar que había llorado. No era lo que pretendía, hacerle daño no entraba en mis planes.

—Esto. —Nos señaló a ambos—. No podemos ser más que amigos, Saúl. —Agaché la cabeza—. Yo te quiero, te adoro, pero no quiero perderte como amigo y sé que, si llegamos a más, acabaremos perdiéndolo todo y no estoy dispuesta a eso.

Me senté en el sofá, estaba muy cansado y no solo por lo que estaba pasando, también de lo que ya me había pasado tiempo atrás. Me arrepentía por no haber sido valiente años atrás, por haberme ido sin darle algún dato mío para seguir en contacto. Me arrepentí de inmediato de haber intentado algo con Daniela, cuando estaba claro que ella no sentía lo mismo por mí.

—No estoy preparada para sufrir de nuevo —declaró en un hilo de voz—. Hace unos meses estaba casada y ahora... Ahora no sé lo que siento. Por eso es mejor dejarlo estar. ¿Lo entiendes?

Alcé la mirada para poder verla otra vez antes de que se marchara a no sabía dónde. Una parte de mí la entendía y, sobre todo, la respetaba. La otra, la parte del corazón, quería luchar por conquistarla, por estar a su lado siempre. Pero prefería tenerla en mi vida, aunque fuera como amiga, que no tenerla.

—Está bien, lo siento. —Me levanté—. A partir de ahora, seré Saulito, tu mejor amigo.

—Mi único amigo. —Sonrió, los ojos le brillaban—. Quiero seguir viviendo contigo, pero necesitamos unas normas de convivencia para que...

—Para que no pasemos la línea —terminé la frase por ella y asintió—. Vale, se hará como tú digas.

—Gracias por entenderlo. —Besó mi mejilla—. Ahora me voy a comer a casa de mis padres, mi hermana tiene algo que contarnos y cuando se pone tan misteriosa, me da miedo. —Iba a salir, pero se giró—. ¿Quieres venir conmigo? Así verás a mi familia.

Me gustó la idea, así que asentí y me fui al baño para asearme y vestirme de inmediato. Cuando salí, estaba sentada en el sofá esperándome. Cogí los cascos para irnos en mi moto, pero negó rápidamente. Prefería ir en su coche y, como no quería volver a discutir, lo acepté.

Llegamos hasta su coche y nos montamos. Daniela arrancó y se introdujo en el tráfico rápidamente. No estábamos muy lejos, yo habría ido caminando, pero estaba cansada y por eso cogimos el coche.

Nos tiramos bastante tiempo buscando aparcamiento y me estaba mareando de tantas vueltas, pero a ella se la veía relajada, parecía estar acostumbrada a todo eso.

—Si hubiéramos venido en moto, ya habríamos aparcado. —Me miró con una ceja alzada—. Perdón. Qué humos.

—Cállate, que me desconcentras.

—¿Necesitas concentración para aparcar? —Volvió a mirarme y me hizo reír.

Terminó aparcado a dos calles de la casa de sus padres y caminamos en silencio, se había enfadado, o eso pensaba, porque no me hablaba, y mucho menos me miraba. Tenía unos cambios de humor que me volvían loco, toda ella me volvía loco, pero me aguantaría para no fallarle.

—Mis padres no saben que vienes, así que entraré yo primera para darle la sorpresa, ¿vale? —asentí, quedándome en la puerta.

Tocó el timbre, escuchamos unos tacones acercarse y me miró.

—Mi hermanita ya ha llegado.

—¿No te llevas bien con Mónica?

—¿Me he llevado bien alguna vez? —ironizó, yo negué recordando lo mal que se habían tratado siempre—. Pues eso. Escóndete.

La puerta se abrió y saludó a su hermana con un escueto hola que me hizo carcajearme, algo que no debía haber hecho, ya que Mónica me escuchó y salió para ver quién había sido la persona que estaba escondida.

—¿Tú quién eres? —se interesó.

Daniela, al escucharla, salió para salvarme de la víbora de su hermana. Así la llamaba ella cuando éramos niños.

—Mónica, es Saúl. ¿Te acuerdas? Mi mejor amigo de la infancia. —Abrió los ojos sorprendida.

—Joder, Saúl. No te había reconocido, has cambiado mucho. Estás más viejo —dijo sin un ápice de remordimiento.

—Es lo que tiene cumplir años —hablé sarcásticamente, no iba a cambiar nunca.

—Anda, entra, que ya se ha fastidiado la sorpresa.

Daniela agarró mi brazo y tiró de mí para meterme en la casa. Miré a mi alrededor y sentí una nostalgia que me emocionó. Hacía tantos años que no pisaba esa casa, que casi me echaba a llorar. Sus padres estaban sentados en el sofá junto a un tío que, supuse, sería el novio de Mónica. Extraño que alguien la soportase, seguramente sería igual de insoportable que ella.

## Capítulo 15

### Daniela

Habíamos estado a punto de cagarla. Besarnos y acostarnos juntos no era lo que nuestra amistad necesitaba. Me dejé llevar porque le necesitaba, porque deseaba que me hiciera suya, pero fuimos interrumpidos por una petarda que venía a darle el desayuno en la cama y no estaba dispuesta a pasar por algo así. Saúl tenía una vida antes de que yo llegase de nuevo e iba de flor en flor y lo entendía, no podía recriminarle nada, pues era soltero, no tenía compromisos con nadie y era normal que tuviera otras mujeres con las que pasar un rato. No obstante, su vida y la mía no eran compatibles y prefería que siguiéramos como estábamos antes de estropear algo tan bonito como era nuestra amistad.

—Hola, mami. —Me acerqué a ellos y los besé.

Mi cuñado estaba sentado con ellos y, aunque lo que me hubiera encantado era darle un sopapo, no me quedó otra que saludarle. Al fin y al cabo, era mi cuñado, ¿no?

—Mira quién ha venido a comer con nosotros —anuncié.

Mi madre se levantó y escrutó a Saúl, intentaba reconocerle, pero le era imposible. No obstante, mi padre sabía de él, ya que se lo había mencionado. Supuse que mi progenitora sabría de su llegada a España, pero al parecer no.

—¿Quién es? ¿Te has echado otro novio, Daniela? —me regañó.

Saúl y yo nos miramos al recibir esa pregunta de mi madre, fueron unos largos segundos en los que no podíamos apartar la mirada y, tras un suspiro, cogí fuerzas para poder apartar mis ojos de los suyos. Me acerqué a mi madre y negué con una sonrisa, era eso o ponerme más nerviosa de lo que ya estaba.

—Es Saúl, mamá. ¿Te acuerdas de él? Es mi mejor amigo de la infancia.  
—Abrió los ojos sorprendida.

—Pero criatura, ¿qué has hecho para estar así? Madre mía, que guapo estás. —Caminó hasta él y le dio un fuerte abrazo.

Mis padres lo querían mucho, nos habíamos criado juntos e incluso nuestras madres fueron amigas.

—Usted sigue igual, Manuela —respondió regalándole su mejor sonrisa, la de conquistador.

Porque sí, Saúl tenía varias sonrisas y yo se las había visto todas: la de conquistador, la de recién levantado, la de mejor amigo, la cariñosa y la que me volvía loca... La que estaba llena de un gran amor. Creía que incluso tenía una de cabreo, pero eso ya eran cosas mías. Volví a suspirar como una tonta, porque eso me pasaba con él desde que nos volvimos a ver, cuando nos abrazamos fue como recuperar algo que no sabía que había perdido. Incluso, pensé, que mi corazón regresó a mi pecho.

—Niño, no me hables de usted. —Le dio un capón.

Saúl me miró con el ceño fruncido y yo me encogí de hombros. Soltamos una carcajada delante de todos, como si nos hubiéramos contado un chisme malo que ninguno lo hubiera cogido. Nosotros, con la mirada, ya sabíamos que pensaba el otro. «Joder, Danielita, déjate de polladas ya», pensé, a la vez que caminaba hasta la cocina con mi madre y hermana para ver si la comida estaba lista.

Mientras tanto, mi padre le presentó a Saúl a mi cuñado Víctor. Se sentaron en el sofá para hablar de algunas cosas de las que no estaba poniendo atención, pero sí me asomaba de vez en cuando para verlos. Era como si buscara la aprobación de mi familia y, en realidad, no la necesitaba.

—¿Te gusta Saúl, hermanita? —Escuché la voz de Mónica detrás de mí.

Me giré y la miré con los ojos achinados, casi veía borroso. Puse cara de pocos amigos a la vez que negaba. ¿Cómo se atrevía a pensar eso? «Será porque no paras de babear por tu mejor amigo, bonita». Rodé los ojos por culpa de mi conciencia, que no dejaba de enseñarme mis pensamientos más ocultos.

—¿Cómo le va a gustar? Son amigos y los amigos no pueden gustarse —intervino mi madre.

Otra antigua. Estaba delante de una familia que no avanzaba.

—Mamá, por favor. No sabía que fueras tan...

—¿Antigua? —terminé la frase por ella.

—Lo que queráis, pero no creo que te guste. ¿O sí? —Puso toda su atención en mí.

—Dejemos de hablar de mí ya, ¿vale? —Necesitaba encontrar otro tema para que se olvidara de mí—. ¿A qué se debe esta comida hoy? Es por algo por lo que tienes que contar tú, ¿no, hermanita? —Sonreí falsamente y ella asintió con los labios apiñados.

—Qué bien te ha venido mi tema, ¿verdad? —Me encogí de hombros—. Está bien, hagamos una tregua, pero después tienes que responder a mi pregunta. —Caminó hasta mí para salir al salón con dos platos—. Hoy no te escapas, guapa —murmuró para que solo la escuchara yo.

Nos sentamos una vez que pusimos todo en la mesa y comenzamos a comer. Bueno, ellos comían, yo solo miraba a Mónica. No era por ser cotilla, pero me moría de curiosidad por lo que tenía que decir.

Mi hermana me ignoraba y seguía comiendo, así que dejé de ojearla y me centré en la comida. Tampoco iba a estar sin probar bocado por su culpa.

Seguimos comiendo el pollo asado que mi madre había preparado con las papas a lo pobre que tanto me gustaban de mi padre, mientras escuchábamos a nuestros padres tirarse pullitas de quién sabía cocinar mejor de los dos. La verdad es que no había uno que cocinase mejor, ambos lo hacían muy bien, aunque mi progenitora siempre recalcaba que le había enseñado todo lo que sabía. Cuando soltaba esa frase, nos reíamos, eran un caso serio. Supuse que, que fueran así entre ellos, era el secreto de una larga vida juntos.

—Ay, Saúl, que no te he preguntado por tu madre. ¿Cómo está ella? —Cuando escuchó esa pregunta, noté la tristeza en su mirada.

Tenía que haberles avisado del fallecimiento de la madre de Saúl, habríamos evitado esa pregunta.

—Falleció hace unos meses, por eso regresé a España —respondió mientras que tragaba saliva.

—Bueno, por eso y porque querías volver a ver a mi hermana, ¿no? —Si mi hermana no metía la pata, no era ella.

Éramos tan distintas... Mientras que Mónica soltaba comentarios hirientes, yo decía verdades como puños sin hacerle daño a nadie. Lo peor de todo es que no se parecía a ninguno de nuestros padres. A mi madre a veces se le iba un poco la boca, pero no dañaba a nadie y mi padre era un cachito de pan blandito. ¿A qué rama de la familia había salido esta? A saber.

—Sí, la verdad es que otro de los motivos era volver a ver a Daniela. La extrañé demasiado todos estos años y me hizo mucha falta. —Todo lo dijo sin apartar la mirada de mí.

—Bueno, habla tú de una vez —le dije a Mónica para que no se pusiera otra vez con el tema de Saúl.

—Está bien, pesada. —Cogió la mano de Víctor y me fijé en el anillo que tenía en el dedo anular derecho.

Abrí los ojos sorprendida y mi hermana, al percatarse de ello, comenzó a asentir con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Nos casamos!

Mis padres se pusieron felices y se levantaron para felicitar a la feliz pareja. Yo también me puse muy contenta por ellos, aunque sabía que no iban a durar. Mi hermana y Víctor se parecían mucho y justamente ese era el problema, en algún momento se estropearía todo, siempre pasaba. «Daniela, que no te haya ido bien a ti, no significa que le ocurra a tu hermana», pensé, dándome cuenta de esa gran verdad. Tenía que comenzar a dejar de ser tan negativa y pensar en la posibilidad de ser feliz de una vez, aunque no sea por mí misma y sí por las cosas buenas que le pasaban a mi familia.

Me levanté y fui a felicitar a mi hermana con una sonrisa sincera, aunque ella y yo no fuéramos las mejores hermanas, pero tampoco quería nada malo para su vida y si mi cuñado era bueno, adelante.

—Esto hay que celebrarlo —anunció mi padre, sacando una botella de champán que, casualmente, tenía guardada en la nevera.

—¿Por qué tenías el champán en la nevera, papá? Se supone que esta noticia no la sabía nadie, ¿no? —Los miré a todos que, sorprendentemente, estaban callados como putas—. Entiendo. —Me cabreé.

—Espera, cariño. —Mi madre me cogió del brazo.

—No, mamá. Está claro que soy la última mierda de esta familia y lo peor de todo es que he tardado en darme cuenta —escupí, dejando escapar toda mi frustración.

A lo mejor estaba exagerando, pero me jodía cuando me dejaban para la última. Si ya sabían la noticia, ¿por qué hicieron como se acababan de enterar? Era absurdo y se lo podrían haber ahorrado, el numerito les quedó fatal.

—Venga, Daniela, no te enfades —me pidió mi hermanita.

—¿Que no me enfade? Es muy fácil decir eso cuando eres la hija favorita. —Puse toda mi atención en ella—. ¿Sabes qué es lo peor? Que siempre he intentado ser mejor para todos. Me casé con mi novio, aunque podría haber esperado unos añitos para afianzar más la pareja, pero quería que mis padres se sintieran orgullosos de su hija que era capaz de tomar decisiones en esta mierda de vida...

—Te casaste porque querías a Fran, no nos echas la culpa de eso —me interrumpió.

—Sí, es cierto, quería a Fran... —miré a Saúl de nuevo—, pero si no fuera porque nuestros padres no me dejaban irme a vivir con él sin que nos casáramos, habría esperado. En cambio, tú, ¿cuánto tiempo llevas viviendo con Víctor? —me iba a responder—. No, mejor no digas nada. Todo lo que haces tú está bien, Mónica.

Me quedé callada unos largos minutos sin dejar de negar, estaba cansada. Sabía que mis padres me querían, pero Mónica era la hija favorita, aunque ella renegara de ellos como si fueran una mierda. Claro que eso no lo sabían y no sería yo quien se lo dijera, tenían que darse cuenta ellos solitos.

Me giré para marcharme de una vez, ya no aguantaba más delante de personas que no me valoraban como me merecía. A partir de ese momento, haría lo que me diera la gana sin esperar la aprobación de nadie, solo porque a mí me apeteciera.

—Hija, no te vayas así —intervino mi padre.

Cogió mi brazo y me llevó hasta la cocina. Me obligó a sentarme y él hizo lo mismo, frente a mí.

—Lo siento —se disculpó—, pero reconoce que estás exagerando un poco.

—Tienes razón, haber soltado todo lo que guardaba por culpa de una tontería ha sido una exageración, papá. —Le miré—. Todo lo que he dicho lo guardaba en mi corazón desde hacía tiempo, y sí, lo he dicho todo gracias a esta tontería.

—Deberías pedirle perdón a tu hermana —comencé a negar, era la gota que colmaba el vaso.

—Ella no me ha pedido perdón por echarme de su casa —declaré haciendo que mi padre frunciera el ceño—. Como lo oyes. ¿A que eso no lo sabías? Claro que no, ella nunca cuenta las cosas malas que dice o hace. Que, por otro lado, son muchas. —Suspiré—. Mira, papá. No estoy enfadada contigo, creo que eres el único que me apoya en todo, pero me he cansado de tantos desplantes, de tener que ser la última...

—No lo digas otra vez, por favor. Esa frase no me ha gustado —me interrumpió. Yo asentí.

—Será mejor que me vaya. —Me levanté—. Te dejo mi dirección por si algún día quieres venir a verme. —Saqué una hoja del bolso y escribí la dirección—. Puedes venir cuando quieras. —Lo abracé.

—¿No volverás aquí? —Me encogí de hombros—. ¿Y el trabajo?

Eso era algo que tenía que pensar, necesitaba un cambio en mi vida y tenía que empezar por algo. Le pedí unos días de descanso para aclararme y



me los dio sin rechistar, igualmente sabía que los cogería por mí misma, así que era mejor hacerlo.

Tras despedirme de mi padre, llamé a Saúl desde la puerta. Se despidió de todos correctamente y salimos de casa de mis padres.

## Capítulo 16

### Saúl

Jamás pensé que Daniela guardase en su interior tanta rabia y me dolió ver que, en realidad, no había sido feliz nunca. Incluso podría jurar que, en realidad, no amaba a su ex y que solo se había casado para poder vivir con él. También sentí orgullo, pues una persona débil no habría sido capaz de enfrentarse a su familia como ella lo había hecho.

Caminábamos en silencio hacia el coche y no quise interrumpir los pensamientos que sabía tenía en la cabeza. Seguramente seguía dolida, con algo de desahogo, pero dolida.

—¡Espera, Daniela! —Cogí su brazo cuando me percaté de que iba muy rápido.

Al girarse, pude ver sus ojos llenos de lágrimas y me sentí muy mal. La atraje hasta mi cuerpo y la cobijé entre mis brazos.

—Tranquila, pequeña —dije en su oído—. No pasa nada. Shhh, ya pasó. —Acaricié su cabello con la mano derecha mientras que la otra reposaba en su espalda.

—Lo siento —se disculpó con la voz entre cortada.

—¿Te estás disculpando por llorar? —negó a la vez que yo secaba sus lágrimas con la yema de mis dedos.

Nos quedamos unos segundos mirando y eso provocó que nos quedáramos callados, no nos salían las palabras. Era en esos momentos cuando me moría por besarla, por hacerle ver lo que sentía por ella, pero me había pedido esa misma mañana que fuéramos solo amigos y no podía fallarle.

—Te pido perdón por todo lo que ha pasado, no tenía que haber dado ese espectáculo —comentó.

Volvimos a emprender camino, el coche estaba a solo dos vehículos.

—No tienes por qué pedir perdón, Daniela. Entiendo el motivo por el que has explotado, yo habría actuado peor, créeme.

—Le he pedido a mi padre unos días de descanso, necesito saber si quiero volver a trabajar con él o cambiar de una vez. —Nos sentamos en el coche—. Es como si mi vida se hubiera estancado y no quiero eso.

Arrancó y le dije que no fuéramos aún a la casa, que condujera hasta algún bar para tomar algo. Asintió y me llevó a uno de los sitios que frecuentaba antes cuando estaba con su ex. No es que me hiciera mucha ilusión estar en el mismo lugar con el que iba con el tal Fran, pero pensé que necesitaba ir y yo era un buen amigo, aunque quisiera ser algo más.

La camarera, al vernos, se acercó para saludarla. Al parecer iban mucho por ahí y desde la separación dejaron de hacerlo, algo que me gustó saber, así no habría posibilidad de encontrarnos con ese hombre.

—¿La mesa de siempre? —preguntó, y ella me miró.

—No, quiero cambiar de mesa —anunció, algo que me hizo sonreír como un estúpido.

Eso iba con segundas, ¿verdad? A lo mejor eran paranoias mías, pero me pareció eso.

Nos sentamos y le pedimos a la camarera dos refrescos con hielo, era un día caluroso. Menos mal que en el establecimiento había aire acondicionado.

Me percaté de que Daniela miraba hacia la mesa en la que se sentaba con Fran y sentí una punzada de celos en mi interior, una que nunca había percibido. Era extraño sentir celos por alguien que no conocía, pero así era esto del amor.

Cuando la camarera nos trajo los refrescos, ella volvió a conectar sus ojos con los míos.

—¿Estás mejor? —me interesé, ella asintió—. ¿Qué sientes al estar en este lugar? —Quise saberlo, necesitaba saberlo.

—Una de las cosas que me estoy obligando hacer es pasar página con respecto a mi ex, y por eso vinimos aquí. —Sonreí, complacido de escuchar esa aclaración—. Creo que ya es tiempo de que siga con mi vida, de dejar a Fran en el pasado.

—Me parece muy valiente, Daniela.

—¿Sabes? Anoche, cuando lo vi en el *pub*, creí sentir celos de la zorra que está con él, pero me di cuenta de que no eran celos. Tampoco sentí ese cosquilleo al volver a verle. ¿Y sabes quién hizo que me diera cuenta de ello? —Puse toda mi atención a la vez que negaba—. Tú, Saúl. —Tragué saliva.

Me puse nervioso al escuchar esa aclaración, pues solo podía significar que había algo entre nosotros, por mucho que quisiéramos negarlo, esconderlo para no estropear la amistad que teníamos.

—Yo, eh... No sé qué decir —titubeé.

—Por eso me dejé llevar esta mañana —siguió hablando—. Sin embargo... gracias a la visita de esa chica, me di cuenta de que no podemos ser nada más que amigos, Saúl. Sé que te lo he dicho antes y que puede sonar repetitivo, pero necesitaba aclararlo antes de volver a casa.

—Daniela, yo no tengo nada con ella —respondí con sinceridad—. Sí, me he acostado puntualmente con esa mujer y con otras más, pero estaba soltero y jamás he engañado a nadie...

—Lo sé y te juro que no te recrimino tu modo de vivir. Es solo que yo vivo y pienso de diferente manera y no creo que podamos. —Bebió un sorbo de su refresco—. Prefiero, necesito que seas mi amigo.

Estaba nerviosa, al igual que yo, y eso me demostraba que lo que decía era solo su manera de escapar de lo que estaba sintiendo por mí. Entendía que no quisiera perder mi amistad, yo tampoco quería, pero yo quería ser algo más y debía convencerla de que juntos era como deberíamos estar.

Me había pasado todos esos años de mujer en mujer, intentando borrar de mi mente y mi corazón a aquella niña de flequillo y *brackets* que me tenía loco y no lo conseguí. Se me hizo imposible porque la quería, amaba a Daniela, siempre lo supe y lo confirmé el día que llegó a mi casa y nos abrazamos. ¿Seré capaz de tirar el muro que ella misma estaba creando ante mí? No me iba a rendir, no lo haría. No iba a ser el mismo cobarde de antes que no fue capaz de declararle su amor a su mejor amiga.

—Está bien, pequeña. Prefiero ser tu amigo a no ser nada, por el momento. —Agaché la mirada.

—¿Cómo qué por el momento? —Volví a mirarla y cogí sus manos.

—Te voy a demostrar que puedo ser bueno para ti, Daniela. No voy a volver a esconder lo que siento por ti. —La vi tragar saliva—. Ya lo hice una vez y no pienso volver a hacerlo. Quiero que lo tengas claro.

—No te entiendo, Saúl. ¿Qué sientes por mí?

—Estoy enamorado de ti, siempre lo he estado —declaré lleno de nervios, como nunca en mi vida—. Desde pequeños lo supe, me robaste el corazón y desde entonces lo sigues teniendo tú.

Fue escucharme y levantarse para marcharse bajo la atenta mirada de algunas personas. Dejé dinero en la mesa y fui tras ella, no podía dejar que se

escapara así, que me dejara con la palabra en la boca, que me abandonara solo por haberle declarado mis sentimientos.

Gracias a que yo estaba acostumbrado a correr, la alcancé antes de que se metiera en el coche. Cogí su brazo y la atraje hasta mi cuerpo, aprisionándola para que no se marchase, no así, de ese modo.

—¿Por qué huyes? —Mi voz sonó entre cortada.

—No huyo de ti, Saúl... huyo de lo que sientes —respondió a la vez que alzaba la mirada para conectarla con la mía.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que te haga daño? Jamás lo haría, no es mi estilo.

—Tengo miedo de hacerte daño yo, de que esto se vaya a la mierda y no te tenga nunca más. ¿No te lo he dejado claro? No quiero perderte, y de esta manera, pasará, lo sé —hablaba con el corazón encogido, supuse que reprimía de nuevo, esas lágrimas que llevaban atenazándolas desde hacía un rato y era lo que menos quería.

—¿No sientes nada por mí? ¿Es eso?

—Yo... no sé lo que siento, Saúl. Ahora mismo, no sé nada y quiero irme.

No podía verla llorar por nada, y mucho menos por mi culpa. Me separé de ella y dejé que se montara en el coche. No me dijo nada más. No le dije nada más. Arrancó y se marchó, la dejé irse sin más. ¿Para qué retener a alguien que no sentía lo mismo por mí? Era lo que me temía desde que supe que la amaba, que ella no me amara a mí y se había cumplido.

Me giré y comencé a caminar, iría dando un paseo a la casa y, aunque estábamos un poco alejados, no lo suficiente. Eso me ayudaría a aclararme las ideas.

¿Qué haríamos ahora? Desde que regresó a mi vida, mi mundo se había trastocado tanto que no era capaz de seguir si ella no lo hacía a mi lado. ¿En qué estaría pensando el día que puse el anuncio? Hubiese preferido que Daniela no hubiera sido la chica que venía a ver la habitación. «No te mientas, Saúl», pensé reconociéndomelo a mí mismo. Claro que me mentía, pues de no haber sido ella, la habría buscado por cielo y tierra.

Podría haberlo hecho el primer día que pisé España, pero el miedo a encontrarla con otra persona a su lado se me instaló en el pecho y no me dejó hacerlo. Hubiese sido fácil encontrarla, después de todo, con solo ir a casa de sus padres lo habría hecho. Era un cobarde, siempre lo había sido y no iba a cambiar por mucho que yo quisiera. El Saúl adolescente, regordete y lleno de granos, siempre iba ser parte de mí, de lo que era. Tendría que seguir sentándome en el banquillo para ver pasar hombres por su vida, al menos

hasta que me llegase el turno a mí de salir a jugar, ¿no? La cuestión era, ¿me llegará el momento de estar con ella?

Una hora después llegué a la casa y fui directo al baño para darme una ducha, la necesitaba con urgencia después de haber caminado tanto. Parecía cerca, pero no tanto como pensaba.

Cuando terminé, me hice un bocadillo para cenar y me senté en el sofá para ver la tele un rato. Daniela aún no había llegado y estaba bastante preocupado. Quise llamarla, mandarle algún mensaje, pero volvió a invadirme esa cobardía y no lo hice, no quería atosigarla y darle su tiempo. Seguramente, necesitaría pensar al igual que yo, aunque yo lo tuviera más claro que ella.

No pude esperarla más, tenía que irme a trabajar, ya iba un poco tarde y jamás me había retrasado. Seguramente, Lidia me iba a echar la bronca, y con razón. Me subí a mi moto y puse rumbo al trabajo.

—Llegas tarde. —Escuché la voz de Lidia en cuanto pisé el *pub*.

—Lo siento, he tenido un pequeño problema —me disculpé mientras me giraba para mirarla.

—¿Otra vez tu amiguita? —negué, frunciendo el ceño—. Saúl, desde que ella ha llegado a tu vida, se está fastidiando la tuya y no me está gustando nada.

—¿A ti qué te importa lo que pasa en mi vida? —respondí de mala manera—. Entiendo que te cabrees por haber llegado tarde. —Miré el reloj—. Solo me he retrasado diez minutos, no es para tanto.

—Si me importa, Saúl. Eres un buen tío y creo que esa... no te conviene.

—Y quién me conviene, ¿tú? No jodas, Lidia. —No quería ser duro, pero tampoco iba a dejar que se pasara ni un pelo conmigo.

Que pasáramos buenos ratos juntos no le daba derecho a opinar de mi vida y no se lo iba a permitir. Me giré y me puse el delantal para ponerme a trabajar, era lo que más necesitaba, tener ocupada mi mente para no pensar en mi mejor amiga, aunque fuera completamente imposible dejar de hacerlo.

## Capítulo 17

### Daniela

Tuve que marcharme, de no hacerlo, caería de nuevo en sus brazos y no estaba preparada, no en ese momento en el que lo que más necesitaba era escapar de todo.

Conduje sin rumbo alguno, no tenía idea de dónde pararía, y mucho menos cuándo. Bueno, solo seguiría si la gasolina ayudaba, pero para eso no me quedó otra que pasar por una gasolinera y llenar el tanque.

Me metí en la autovía, puse música y me dejé llevar por la carretera, los kilómetros y todo lo que pudiera alejarme de todos.

Llegué a la playa donde había ido con Jorge para comer en el chiringuito, aparqué el coche y me bajé. El olor a mar inundó mis fosas nasales y me dieron unas inmensas ganas de sumergirme hasta que la necesidad de respirar me obligase a salir. Me quité los zapatos y me metí en la arena con ellos en la mano derecha. Caminé hasta la orilla e, importándome muy poco mojarme, me senté. Una pequeña ola me mojó y me relajé tanto que estuve ahí sentada horas.

El móvil no había dejado de sonar y casi todas las llamadas eran de mi padre, la única persona que, de verdad, me quería en esa familia que me había tocado. Quise cogerlo, al menos para que no se preocupara, pero no lo hice, necesitaba estar sola, pensar, aclarar mis ideas, las que me estaban volviendo loca.

Recibí un wasap de Jorge y fue al único que respondí. No por nada en especial, pero lo consideraba un buen amigo. «Sí, un amigo que también quiere conquistarte». De nuevo tenía razón. Era tan difícil poder desahogarse ahora con alguien de confianza, ni siquiera podía contar con mi hermana, a ella nunca le había importado nada de lo que pasase en mi vida.

*Jorge: Hola, guapa. ¿Cómo estás? ¿Nos vemos y tomamos algo?*

*Daniela: Hola, ahí vamos. Estoy en la playa a la que vinimos.*

*Jorge: Voy para allá.*

No le volví a responder, ¿para qué? Lo iba a ver en un rato. Miré la hora y eran casi las nueve de la noche, aunque aún era de día.

Por un momento mis ojos se quedaron clavados en la pantalla del móvil, esperando alguna llamada o mensaje de la única persona que me importaba de verdad en ese momento, Saúl. Nunca llegó y, aunque me dolía, también lo agradecí. No sabía cómo iba a lidiar con él cuando llegara a la casa, como íbamos a vivir a partir del momento en el que me dijo que estaba enamorado de mí, que siempre lo estuvo. ¿Cómo no me di cuenta? Éramos inseparables y siempre estaba para mí, pero jamás sentí que él me quisiera más allá de la amistad que teníamos. ¿Por qué me lo decía después de tantos años? Tampoco tenía la certeza de que, de haberlo sabido antes, hubiese cambiado algo entre nosotros.

—¿Daniela? —Escuché una voz detrás de mí.

Alcé la mirada y ahí estaba Jorge. Me miró extrañado al verme en esa tesitura, pero solo me sonrió y extendió su mano para ayudarme a levantarme.

—¿Estás bien? Te noto triste —se preocupó.

—No, no estoy nada bien —respondí entre sollozos.

Jorge me abrazó con cariño, me cobijó en ese momento tan triste por el que estaba pasando. Al separarnos, volvió a coger mis manos y me llevó hasta el chiringuito para que tomáramos algo mientras le contaba el suceso que hizo que me pusiera así de mal.

—No puedo sentarme así, tengo el culo mojado. —Sonrió a la vez que se encogía de hombros.

—No pasa nada, siéntate. Conozco al dueño, así que tranquila —dijo a la vez que se encaminaba al interior.

Al salir, lo vi con una toalla en la mano y la colocó en la silla donde yo me iba a sentar.

—Problema arreglado —mencionó, sentándose frente a mí.

—Gracias. —Agaché la mirada—. La verdad es que...

—No tienes que contarme lo que te ha pasado si no quieres, Daniela —recalcó, algo que me gustó—. Hagamos una cosa, nos tomamos algo tranquilos y así te despejas y si después quieres contármelo lo haces, si no, no pasa nada. —Cogió mis manos—. Quiero que sepas que soy tu amigo.

Lo que dijo hizo que volviera a llorar, no por el apoyo que tenía de él y que sabía que era de corazón, es que recordé de nuevo a Saúl y de cómo se



había fastidiado todo por culpa del amor.

Yo no era de las que se emborrachaban, no me gustaba perder la conciencia, pero esa noche lo necesitaba con urgencia. Jorge me pidió alguna que otra copa y bebí tranquila porque sabía que podía confiar en él, que no pasaría nada si yo perdía la conciencia gracias al alcohol. Además, era muy responsable y nunca bebía cuando tenía que conducir, otro punto a favor que me daba mucha tranquilidad.

Comencé a narrarle todo lo que había pasado, desde la noche anterior en casa, cuando llegó Saúl, y lo que estuvo a punto de pasar entre nosotros. También la bronca con mi familia y cómo mi mejor amigo se me había declarado. Obviamente, cuando le dije eso, no se sorprendió, pues él sabía que Saúl estaba enamorado de mí.

—¿Tú estás enamorada de él? —Su pregunta me la esperaba, pero no tan pronto.

Negué, me encogí de hombros y... me quedé en silencio porque no sabía qué responderle. Estaba claro que algo sentía por él, algo muy fuerte que no lograba descifrar, pero tenía miedo de que fuera amor, de que, por culpa de esos sentimientos, perdiéramos todo. Podría parecer una excusa, pero no lo era.

—Sí, Daniela, lo estás. —Fruncí el ceño—. Cuando una persona no sabe que responder, es porque tiene una lucha interna que no logra entender.

—Sí, eso justamente es lo que me pasa. ¿Cómo sabes tanto de eso? ¿Eres psicólogo? —Sonrió a la vez que negaba.

—También he sentido eso y se pasa muy mal —declaró con nostalgia—, pero también puedo asegurar que el miedo es el peor sentimiento que podemos sentir y que es el culpable de nuestra infelicidad.

Él tenía razón, el miedo podía jugarnos una mala pasada y provocar que no vivamos todo lo que quisiéramos, lo que necesitábamos. Pero era muy difícil no sentirlo cuando lo tenías tan presente. Si no quería perder algo por miedo, te convertías en una cobarde que no se arriesgaba, que no vivía de verdad.

—No quiero perderle, Jorge. —Y no hablaba yo, sino mi borrachera.

—No lo hagas, no lo pierdas.

—¿Y si se jode nuestra relación? ¿Y si después de darle una oportunidad nos damos cuenta de que no era lo que queríamos? Estoy segura de que lo perdería para siempre.

—¿Y si se acaba el mundo mañana? Si viviéramos pensando en el «y sí» no viviríamos, Daniela. —Bebió un sorbo de su refresco—. Yo me arriesgué

y te besé. ¿Para qué me ha servido? Para darme cuenta de que tú solo quieres ser mi amiga. ¿Pasa algo por eso? Pues no, porque me arriesgué, pero no perdí.

Jorge era un buen hombre, me lo estaba demostrando tanto con hechos como con palabras y eso lo valoraba mucho. Me habría gustado sentir por él, lo que mi corazón comenzaba a sentir por el gilipollas de mi mejor amigo. ¿Por qué era todo tan complicado? A lo mejor lo que Saúl sentía por mí era una simple atracción y, cuando nos acostásemos, se acabaría todo. No quería que, después de entregarme a él, me dejara tirada como si fuera un trapo sucio. Supuse que no era solo miedo a la pérdida, también al dolor, al engaño. Eso me llevaba a la confianza, posiblemente no confiaba en él, y eso también me echaba para atrás.

Acabamos cenando, ya era tarde y, desde el almuerzo, no comía nada y tenía el estómago vacío. Seguí bebiendo mientras cenaba, ya no me importaba nada y lo único que necesitaba era olvidar el día tan nefasto que había pasado.

Sobre las doce de la noche, no me tenía en pie, así que Jorge cogió mi coche y me llevó hasta mi casa. Supuse que me subió también, ya que sentí que mi cuerpo se tumbaba en algo blandito. ¿Sería mi cama? Seguramente. Percibí un cálido beso en la frente y como se cerraba una puerta tras unos segundos. Todo era confuso y estaba tan agotada que caí rendida.

Un ruido en el salón me despertó. No sabía qué hora era, pero debía ser de madrugada, aún era de noche. Me levanté, agarrándome a todo lo que encontraba en mi camino, seguía mareada por la borrachera. Abrí la puerta despacito para que Saúl no me viera, estaba segura de que era él y no estaba preparada aún para ello. Iba descalza, como siempre, y eso me ayudó a que no me escuchara. Todo estaba oscuro, pero no lo suficiente, así que pude ver la sombra de dos personas follando en el sofá.

—Sí, sigue... sigue. Joder, Saúl.

Me quedé anclada al suelo cuando oí los gemidos, cuando escuché cómo una tía nombraba a mi mejor amigo mientras cabalgaba sobre él. No sabía quién era, no podía reconocerla. Seguramente ni siquiera la conocería y sería otra de las mujeres con las que se acostaba.

Sentí una punzada en el pecho, tan fuerte, que me quedé sin respiración. Quería salir corriendo, encerrarme en mi habitación de nuevo, pero por mucho que mi mente quisiera, mis pies no se movían.

—Me voy a correr, Lidia.

Ahí fue cuando supe quién era ella, su compañera del trabajo. Mis ojos se llenaron de lágrimas al recordar que solo hacía unas horas me estaba diciendo

que estaba enamorado de mí. Si así me quería, prefería que me odiara.

—Alguien nos está mirando —dijo de pronto ella, a la vez que me miraba.

Eso fue lo que hizo que corriera hasta mi habitación y cerrara con pestillo. Pegué mi espalda a la puerta con la respiración agitada, con el corazón encogido y el alma rota. Unos toques en la puerta me despertaron e hice caso omiso. No iba a abrirle, no iba a hablarle y mucho menos verle. Me metí en la cama e ignoré la voz de Saúl llamándome. ¿Cómo se atrevía a mentirme de esa manera? Si no era cierto, ¿por qué me había dicho que estaba enamorado de mí? No sabía si iba a ser capaz de perdonarle.

—Daniela, por favor —suplicó.

—Déjala, Saúl y ven aquí.

—Lárgate de aquí, Lidia. Creo que ya hemos hecho bastante por esta noche.

Escuché un portazo y supuse que se había ido ella, porque la voz de Saúl seguía al otro lado de mi puerta, llamándome, suplicándome que le abriera. No lo hice, no podía.

Un rato después, no volví a escucharle y pude volver a respirar, aunque aún me costaba un poco, había sido demasiado para mí verle fornicar con otra tras su confesión. Y yo que pensaba darle una oportunidad.

—Tonta, más que tonta —me dije.

Las horas comenzaron a pasar y no pude volver a quedarme dormida. Cuando dieron las ocho de la mañana, me levanté sabiendo que él estaría dormido y me metí en la ducha para despejarme. Me vestí en el baño y cuando estuve arreglada, cogí mi bolso y salí de la casa. Tenía pensado ir a algunas empresas para echar el currículum, con suerte encontraría algún puesto de contable en alguna asesoría. No quería dejar tirado a mi padre, pero necesitaba un cambio y el trabajo era una de las cosas que tenía que cambiar. No obstante, ayudaría a mi progenitor a encontrar a alguien adecuado que cubriera mi puesto.

La mañana se me fue enseguida y cuando dieron las dos de la tarde me metí en un bar a almorzar. Cogí el móvil, lo había mantenido en silencio todo el tiempo, y comprobé las miles de llamadas y mensajes que mi compañero de piso me había dejado. Iba a abrirlos, pero no lo hice y borré el chat sin leer nada.

Lo que vi marcaba un antes y después entre nosotros y, aunque me dolía en el alma, iba a poner distancia entre ambos. Sabía que iba a ser complicado, ya que vivíamos juntos y yo no podía irme todavía a ningún otro lugar, así que lo evitaría todo lo que pudiera.

## Capítulo 18

### Saúl

Estaba mal y Lidia lo sabía. Lo peor de todo es que no podía recriminarle nada. Me pasé toda la jornada laboral hablando de Daniela, pensando en ella y bebiendo chupitos. No solía beber en el trabajo, no era mi estilo, pero lo necesitaba y mi compañera no puso ninguna objeción.

Hubo un momento en el que tuve que salir para tomar el aire y que se me quitara un poco la borrachera, pero era inviable, tenía una cantidad bastante elevada de alcohol en mi organismo y eso solo se me quitaría con un buen café y durmiendo.

Cuando acabamos de trabajar, no me podía mantener en pie, me era imposible. Por eso no sabía en qué momento acabé sentado en el sofá y con Lidia cabalgando sobre mi polla. Vale, no era un santo y una vez que estábamos en el lío, me dejé llevar. ¿Qué más iba a hacer? El alcohol hacía que las personas cometieran locuras de las que después se arrepentían, y eso me pasó a mí. Lo jodido fue que me percaté de la cagada cuando supe que Daniela estaba detrás, viendo cómo me follaba a Lidia, y fue lo que hizo que el alcohol desapareciera por completo y me hiciera ver la luz. ¿Qué había hecho? No me lo iba a perdonar, jamás lo haría.

—Lárgate —le pedí a Lidia.

—¿En serio me estás echando? —asentí, mirándole con altanería—. Eres un gilipollas, Saúl y no quiero volver a verte. Date por despedido.

Se vistió y largó enseguida, pegando un portazo que, estaba seguro, escuchó todo el vecindario.

—Daniela, por favor, ábreme la puerta. —Silencio—. Lo siento, de veras que lo siento. No sabía lo que hacía... Daniela.

Me quedé unos largos minutos delante de la puerta, con la vista clavada en el pomo con la esperanza de que abriera, pero no lo hizo. Agotado, me metí en mi habitación y me tiré en la cama boca abajo. Pensé que me iba a costar quedarme dormido, pero no fue así.

Por la mañana, me levanté sobre las once y lo primero que hice fue buscarla por toda la casa. No estaba, se había ido y no sabía adónde y mucho menos si volvería pronto. Le envié mensajes, la llamé, había perdido la cuenta de todas y cada una de las llamadas que le había hecho y no había respondido.

¿Qué podía hacer? Lo único que se me ocurría era buscarla en casa de sus padres, pero estaba seguro de que ellos tampoco sabrían nada de ella después de lo que pasó el día anterior.

Fui hasta la cocina para desayunar algo, tenía el estómago revuelto y necesitaba recuperarme para poder enfrentarme a ella.

Las horas comenzaron a pasar lentamente y, aunque no pensaba salir de la casa, pensé que ir a correr me abriría la mente, que era lo que más necesitaba. ¿Si no quería tener nada conmigo, por qué se enfadaba viéndome con otra? «Será porque te has follado a tu compañera el mismo día que le declaras tu amor, capullo». Sí, era lógico que se cabreara. Igualmente, Daniela tenía que sentir algo por mí, de no ser así, el cabreo sería menor, ¿no?

Corrí por la orilla como siempre, me encantaba sentir la humedad de la playa cerca cuando corría y bañarme al terminar.

Decidí regresar después de haber estado fuera unas dos horas, ya eran las seis de la tarde. Entré en casa y volví a buscarla sin éxito alguno, no había regresado. Cogí el móvil y volví a llamarla, me estaba preocupando. Hubiese llamado a Jorge, pero con la pelea que tuvimos, no le pedí su número y no estaba seguro de que me ayudase, así que lo descarté de inmediato. Me senté en el sofá unos minutos, pensando qué podía hacer para encontrarla y lo único que se me ocurría era ir a ver a su padre a la ferretería. Con suerte, si él la llamaba, le cogería el teléfono.

Me di una ducha rápida y me vestí, todo lo hice en tiempo récord. Caminé hasta la puerta, y al abrir, ella iba a meter la llave en la cerradura para entrar. Nuestros ojos conectaron unos segundos, solo unos pequeños segundos que ella aprovechó para mirarme con rencor. Pasó por mi lado para ir directa a su habitación, pero agarré su brazo.

—No me toques, Saúl —sentenció tajante a la vez que se soltaba de mala manera.

—Lo siento, no pretendía...

Volvió a emprender camino hacia su habitación y antes de que cerrara la puerta, puse el pie para que no lo hiciera y así poder entrar para hablarle, no me gustaba estar así con mi mejor amiga.

—¿Puedes salir de mi habitación? —dijo sin mirarme.

—Daniela, por favor... —Me puse delante de ella—. Habla conmigo, mírame —le pedí con la voz entre cortada.

—No tengo nada de lo que hablar contigo ahora.

—Está bien, espero a que te cambies y hablamos cenando. ¿Te...?

—No. —Me miró—. No. —Negó—. Necesito más tiempo, por favor.

Su súplica hizo que saliera de su habitación y entenderla. No podía presionarla, no cuando aún estaba cabreada. Solo esperaba que me diese la oportunidad de explicarme y que no se estropeará nuestra amistad. No soportaría que Daniela me echase de su vida por un error.

Los días comenzaron a pasar y Daniela y yo seguíamos igual. Me evitaba constantemente y yo no podía hacer nada. Lo único que sabía era que estaba trabajando en una asesoría de contable, y lo supe por su padre, que era con el único que ella hablaba de su familia. Yo también tenía otro trabajo, después de todo. Lidia me despidió y aunque fui a intentar que me readmitiera, ella tenía potestad para hacerlo y tuve que aceptarlo. En ese momento, me hundí pues el trabajo estaba complicado. No obstante, había una vacante en un bar cercano a mi casa y no dudé en presentarme para pedir el puesto.

Día tras día, intentaba hablar con Daniela. Hubo una noche en la que casi conseguí que cenara conmigo, pero volvió a cerrarse en banda en cuanto se acordaba del motivo por el que estaba cabreada. Así llevábamos ya tres semanas, y la convivencia era insostenible. Si no cambiaba, tendríamos que coger rumbos diferentes, porque era muy doloroso verla a diario y no poder acercármele. Ya no solo como amiga, también por lo que sentía por ella.

Era miércoles, me tocaba turno de mañana. Me levanté temprano para poder desayunar y ducharme antes de irme a trabajar. Ese día Daniela estaba libre, o eso le escuché decir cuando hablaba por teléfono. No sabía el motivo y tampoco le pregunté.

Al salir de mi habitación, me la encontré saliendo del baño. Pasé por su lado sin saludarla, ¿para qué si no me iba a responder? Entonces, escuché su voz.

—Buenos días, Saúl. —Abrí los ojos, sorprendido.

Giré sobre mis talones y la miré con una sonrisa.

—Buenos días, pequeña —respondí a la vez que ella me sonreía—. ¿Quieres café? —asintió.

—Voy enseguida, me voy a vestir.

—Está bien.

Fui corriendo hasta la cocina para preparar un buen desayuno y que pudiéramos desayunar juntos antes de irme. Ahora me jodía no aprovechar que volviese a hablarme. ¿Sería un farol? Me daba miedo que después volviese a ignorarme.

Cuando tuve todo preparado, me senté a esperarla mientras miraba la hora. Aún me quedaba una hora para irme y tampoco estaba lejos, por lo que aprovecharía el tiempo al máximo.

Daniela entró en la cocina y se sentó frente a mí y cogió su taza para beber un sorbo de café.

—Saúl, yo...

—No, Daniela —la interrumpí—. Siento lo que ha pasado, de verdad que lo siento —me disculpé—. Sé que he sido un gilipollas y un...

—No pasa nada, ya está olvidado —no me dejó acabar—. Yo tengo que pedirte perdón por haber sido tan dura e ignorarte todo este tiempo. Aunque no lo creas, me dolía no hablarte, me dolía muchísimo.

—A mí también me dolía demasiado que no hablásemos nada.

—¿Amigos? —Extendió su mano.

—Amigos. —Se la estreché.

—Por cierto, felicidades por tu nuevo trabajo. Pensé que estabas bien en el *pub*. ¿Por qué lo dejaste? —se interesó.

—No lo dejé, me despidieron. —Frunció el ceño—. Lidia me despidió aquella noche por echarla de la casa.

Por la cara que puso, supe que estaba bastante sorprendida a la vez que apenada. Supuse que lo sabía, pues yo se lo conté a su padre; lo del despido, no la razón, claro.

—Pero... ¿Cómo te va a despedir por...?

—Dilo, no pasa nada.

—Por no querer terminar de follártela. Es de locos. —Me encogí de hombros—. Bueno, ahora tienes un trabajo mejor, ¿no? —asentí.

Y era cierto, en el bar trabajaba las mismas horas y cobraba más. Además, tenía turno de día y así no trasnochaba. La verdad es que me gustaba el horario de noche, pero era muy cansado y me partía a veces los días por el cansancio que tenía.

Seguimos desayunando mientras me contaba lo contenta que estaba con su nuevo empleo. Me gustó que volviera a confiar en mí, que me contase sus cosas. Hubo algo más que me contó, pero eso me gustó menos, pues era que

se había estado viendo con Jorge, y eso hizo que sintiera celos, unos incontrolables que, si no fuera porque estábamos haciendo las paces, le habría dicho que no me gustaba.

Miré la hora y me quedaban unos quince minutos para irme. De pronto se escuchó el timbre de la puerta. Iba a ir a abrir yo, pero fue Daniela. Mientras tanto, yo recogí todo lo del desayuno. Cuando acabé, aún no había regresado, así que fui a buscarla para saber quién había venido.

—No quiero escucharte más, Fran, y será mejor que te vayas antes de que te vea mi novio. —Fruncí el ceño. ¿Novio? ¿Fran? ¿Qué hacía ese hombre aquí?

Caminé hasta ella y me puse a su lado. Daniela se giró y, sin esperármelo, se acercó a mí y me besó. Al principio me quedé bloqueado, no me lo esperaba, y mucho menos que ella profundizara a la vez que subía sus brazos para enroscarlos alrededor de mi cuello. Así que me dejé llevar, la pegué contra mi pecho, llenándolo de su esencia, de su aire. Su lengua rozó la mía, vergonzosa, y yo la recibí gustoso, feliz de la vida, y fue cuando ese beso se hizo intenso, apasionado, y lleno de algo que no podía explicar.

Cuando nos separamos, a ambos nos costaba respirar. Nos miramos fijamente los segundos que Fran nos dejó, pues con un carraspeo de su parte hizo que Daniela pusiera de nuevo su atención en él.

—Ya lo ves, Fran.

—¿Qué está pasando? —pregunté en su oído para que solo ella lo escuchara.

—Nada, cariño. Él ya se iba, ¿verdad?

¿Cariño? ¿De qué me había perdido? Daniela dejó a Fran en la puerta unos minutos y cogió mi mano para llevarme lejos de él y poder hablarme.

—Sígueme el cuento, por favor. —Juntó las manos como si estuviera rezando—. Necesito que seas mi novio de pega, solo para que me deje en paz. No sé quién le habrá dado mi dirección, pero ha venido para pedirme perdón el muy imbécil.

«Demasiado bonito para ser verdad», pensé a la vez que asentía. Me acerqué a ella y, haciendo lo que me había pedido, subí mis manos hasta sus mejillas y pegué mis labios a los suyos. ¿Se sorprendió? Posiblemente, pero aprovecharía esa pequeña mentira para acercarme a ella y entrar en su corazón. «Si no lo estás ya, ¿no?», volví a pensar y sonreí con nuestros labios pegados.

El beso duró solo unos minutos, unos largos minutos en los que su ex se había quedado en la puerta con cara de gilipollas y, aunque me encantaría



vérsela, prefería seguir besándola.

No sabía lo que iba a durar la mentira y si había algo de verdad en el beso. No sabía si ella estaría sintiendo lo mismo que yo, que me iba a explotar el corazón.

## Capítulo 19

### Daniela

Tres semanas sin hablarnos, viéndonos a ratos, pero sin mirarnos. Bueno, yo era quien no podía mirarle. Se me había pasado el cabreo, casi ni me acordaba ya del motivo... ¿A quién quería engañar? Claro que me acordaba, pero solo era importante si yo le daba la importancia, ¿verdad? Así que lo pasé a ultimo plano en mi vida para poder olvidarme del tema y volver a tener una buena relación con Saúl. Lo cierto era que lo echaba mucho de menos; reírnos mientras bebíamos algo, hablar de nuestras miserables vidas en las que no éramos capaces de conseguir lo que queríamos. No era lo mismo sufrir sola que acompañada, así que decidí levantarle el castigo.

Lo bueno de todo era que había encontrado un buen trabajo a la vez que mi padre tenía una nueva empleada que la ayudase en mi ausencia.

También hablé con mi hermana, algo que Saúl no sabía. Aunque claro, ¿cómo iba a saberlo si no hablaba con él?

Habíamos hecho las paces y la ayudaría con la boda, aunque Víctor le propuso contratar a una *wedding planner* que, justamente, él encontró. Eso o que ya la conocía y le quiso dar el trabajo. No importaba el modo, solo tener esa ayuda porque preparar una boda para después de tres meses era una locura que las dos solas no conseguiríamos.

Salí del baño a la vez que él de su habitación. Pasó por mi lado sin saludarme y fue cuando decidí hacerlo yo. No se lo esperó, pero se giró con una sonrisa que me llenó el pecho de alegría, una que no tenía desde aquella noche que no quería recordar.

—¿Quieres café? —me preguntó, y yo asentí.

Tenía que vestirme antes de que se me cayera la toalla. Vale, solo me pasó una vez, pero podía volver a pasar, yo era muy patosa. Me vestí rápidamente,

no quería perder tiempo, y más sabiendo que tenía que irse pronto al trabajo. En cambio, yo había pedido el día libre para poder ir con mi hermana a probar el menú para el convite. Víctor no podía ir por trabajo, así que iríamos mi madre y yo con Mónica. Mientras tanto, Jimena, la *wedding planner*, estaba con otros detalles.

Desayunamos poniéndonos al día, contándonos lo que habíamos hecho esos días que no nos hablábamos. Al principio nos pedimos perdón, era algo que necesitábamos y me gustó que fuera él el que comenzara. Después de todo, Saúl fue quien fastidió lo que teníamos, ¿no? «No seas tan dura, que un error lo comete cualquiera», me recordó mi conciencia, y tenía que darle la razón.

Me contó que él no fue quien dejó el trabajo en el *pub*, fue Lidia la que lo despidió aquella noche por echarla de nuestra casa. Me parecía increíble que una mujer hiciera eso con un buen trabajador solo por eso. Si no era capaz de separar el sexo del trabajo, mejor no tener nada. Al menos, eso pensaba yo.

De pronto, escuchamos el timbre. Se iba a levantar para abrir él, pero preferí hacerlo yo. Lo que no me esperaba era ver a Fran frente a mí después de tanto tiempo sin vernos, sin saber nada el uno del otro.

—Fran —musité.

—Hola, Dani —me saludó.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con el ceño fruncido.

—Necesitaba verte, hablar contigo. ¿Puedo pasar? —intentó acercarse, pero puse mi mano en su pecho para pararle.

—No, no puedes pasar y será mejor que te vayas. Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar.

—Por favor, Dani... escúchame. —Miró al suelo unos segundos—. Yo... Te echo de menos, amor.

Mis ojos se abrieron tanto al escucharle decirme amor, que comenzaron a arderme. Comencé a negar con una sonrisa cínica, pues no podía creerme que viniera para decirme todo eso. ¿Qué se creía? No podía jugar conmigo como si yo fuera una muñeca.

—Vete, Fran, por favor —le supliqué—. No sé quién te habrá dado la dirección de mi...

—No puedo irme sin que me escuches —me interrumpió—. Dame solo cinco minutos y me iré.

—Te doy un minuto y es más de lo que te mereces, así que aprovéchalo bien.

—Me vale —respondió con la voz entre cortada—. Sé que fui un estúpido, que debí pensar las cosas antes de dar el paso. Sé que... te quiero, Daniela, y necesito que me perdones, que me des una segunda oportunidad.

—¿A qué viene esto ahora, Fran? No puedes pedirme el divorcio, destrozando un hogar y regresar después de meses como si nada. ¿Qué te crees?

—Tienes razón y sé que no es justo para ti...

—No, no lo es —no lo dejó terminar—. Mira, Fran. Será mejor que...

—Sigo enamorado de ti, me di cuenta la noche que nos vimos en el *pub*... no pensé que verte con otro hombre me dolería tanto, pero así fue —mencionó a la vez que volvía a intentar acercarse.

—No quiero escucharte más, Fran. Será mejor que te vayas antes de que te vea mi novio, por favor.

No sabía muy bien por qué le dije eso y más porque no tenía novio, pero tenía que quitármelo de encima antes de que volviera a intentar joderme la vida. Me costó mucho aceptar que ya no estaríamos juntos, que se había ido con otra. Me había costado mucho aceptar mi nueva vida, y ya no sentía nada por él.

Sentí la presencia de Saúl a mi lado y, sin pensarlo, me giré y lo besé. En principio solo le iba a dar un casto beso, algo ligero para que Fran lo viese y se marchara, pero me dejé llevar como una estúpida y profundicé el beso a la vez que subía mis brazos para enroscarlos alrededor de su cuello. Percibí el nerviosismo de Saúl, aunque yo también lo estaba, y mucho. Pasó sus brazos por mi cintura y me pegó a su cuerpo, y ahí fue cuando los latidos de su corazón se mezclaron con los míos, demostrándome lo que yo tanto evitaba, lo que no quería saber, y eso era que lo que sentía por mi mejor amigo, era algo más fuerte de lo que yo creía.

Al separarnos, ambos necesitábamos respirar. Nos miramos a los ojos, conectándonos de un modo tan especial que hasta me olvidé de que tenía como espectador a mi ex. Entonces escuchamos su carraspeo y eso fue lo que me ayudó a desviar mi mirada y volver mi atención a Fran.

—Ya lo ves —le dije.

—¿Qué pasa? —me dijo Saúl al oído.

—Nada, cariño, él ya se iba.

Tenía que darle una explicación a Saúl, así que cogí su mano y lo alejé suficiente para que Fran no nos escuchara hablar.

Le pedí que se hiciera pasar por mi novio, que me ayudara a quitarme de encima a mi ex, que había venido a pedirme otra oportunidad. Saúl no daba crédito al descaro de este y obviamente me ayudaría y me lo demostró cuando

se acercó a mí, subió sus manos hasta mis mejillas y volvió a besarme. Podría decir que estaba ensayando, pero no lo sentí así. Nuestros labios se dieron ese calor que no sabía que necesitaban, que no entendía. Nuestras lenguas se encontraron y un gemido lastimero se me escapó cuando volví a notar su cuerpo pegado al mío. Estuve evitando esto mucho tiempo, lo evitaba por miedo a que se estropeará la amistad que poseíamos, pero ya no tenía fuerza y mucho menos voluntad para echarme atrás, para no volver a besarle.

Al separarnos, pegó su frente a la mía con los ojos cerrados, y así fue como percibí el amor que Saúl decía tenerme. ¿Sería bueno fingir algo que, en realidad, sentíamos? Iba a ser muy complicado, estaba segura de ello.

—Será mejor que vayamos a despedirnos de Fran —dijo entre susurros.

—Ya ni me acordaba de que estaba en la puerta. —Sonrió a la vez que abría los ojos.

—¿Estás segura de que es buena idea fingir que somos novios? —preguntó en un hilo de voz.

—No lo sé —musité mientras suspiraba.

—Va a ser muy difícil para mí, pequeña. —Me abrazó de nuevo—. Va a ser difícil saber que puedo besarte solo cuando esté ese tipo delante y no poder hacerlo cuando estemos a solas. —Tragué saliva y volví a besarle. Sí, fui yo quien lo besó de nuevo porque, como había dicho, ya no tenía voluntad para dejar de hacerlo.

—¿Daniela?! —Fran me llamó.

Dejamos de besarnos y mientras yo iba a echarle de nuevo, Saúl fue a coger sus cosas para irse a trabajar. Fran estaba desconcertado, se le notaba, y la verdad es que no me daba pena, ya no.

—¿Piensas irte en algún momento? Es que, como ves, ya está todo dicho.

—Sí, lo siento. Pensé que... Nada, no pensé nada. Espero que seas muy feliz, Daniela. —Extendió su mano para que yo la estrechara y lo hice solo por educación—. Quiero que sepas que te voy a esperar el tiempo que sea necesario.

—Pues espera sentado.

Noté la mano de Saúl en mi espalda y lo miré, ya se iba. Acercó su rostro al mío y volvió a besarme, pero esta vez fue más corto, se estaba despidiendo. «Le estaba cogiendo el gustillo», pensé.

—Nos vemos luego, pequeña —susurró en mi oído—. Vamos, Fran, por favor.

Saúl cerró la puerta para que Fran se viera obligado a marcharse de una vez. Caminé hasta el sofá con una sonrisa en el rostro, una que me iba a costar

esconderle al mundo y es que, aunque todo era una mentira, había algo de verdad en esos besos. No quería hacerme ilusiones, no, sabiendo el historial de mi mejor amigo. ¿Y si después volvía a acostarse con otra? Comencé a negar, intentando echar de mi mente esas tonterías. Desde aquella noche, esta casa no volvió a pisarla ninguna tía, y eso era bueno, ¿no? Aunque claro, tampoco tenía la certeza de que no estuviera con otras fuera de casa y tampoco quería saberlo.

Escuché el sonido de mi móvil y corrí hasta mi habitación, pues aún lo tenía cargando. Mónica me estaba llamando.

—Hola, Mónica —la saludé.

—Estoy con mamá abajo, ¿bajas ya? —Fruncí el ceño.

—¿No habíamos quedado en el restaurante?

—Vaya cabeza tienes. ¿No te acuerdas de que íbamos a ir antes a ver el vestido de novia? —Abrí los ojos.

—Sí, es verdad, lo siento. Bajo enseguida.

Colgué antes de que me dijera algo más, ya que mi hermana, cuando comenzaba, no la paraba nadie, y más cuando estaba nerviosa.

Cogí todas mis cosas y salí rápidamente de la casa y al bajar, ahí estaban las dos, esperándome en el coche de Mónica. Caminé hasta el vehículo y me senté en el asiento trasero con una sonrisa, la misma que tenía desde que Saúl y yo nos besamos.

—Menos mal que te he llamado —mencionó Mónica.

—Ya, ya, tranquila. Es que no me acordaba, son tantas cosas —le recordé—. Hola, mamá. —Me acerqué para darle un beso en la mejilla.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? ¿Ha venido Fran? —preguntó con una sonrisa llena de culpabilidad.

—¿Le diste tú la dirección? Te tengo dicho que no te metas en mi vida, mamá —la regañé—. Sí, ha estado aquí y con las mismas se ha ido porque no tenemos nada de lo que hablar.

—Perdón, cariño. Es que me llamó y me dio mucha pena, pensé que...

—No, no pienses más y, menos si es para esto. Te recuerdo que fue él quien me dejó por otra. ¿En serio pensaste que yo le escucharía? —la interrumpí, y se encogió de hombros—. Pues no, no quiero saber nada más de él, y espero que sea la última vez que hablemos del tema. —Asintió y mi hermana y yo nos miramos por el retrovisor.

Sabía que ella quería decirme algo, pero se quedó callada y lo agradecí. Lo que menos necesitaba era que me dieran consejos, que me dijeran que tenía que volver con él después del daño que me había hecho. A veces no las

entendía y parecía que estaban de parte de Fran en vez de la mía, al fin y al cabo, era mi familia y no la suya.

Ahora solo podía pensar en Saúl y lo que cambiaría nuestra relación después de los besos que nos habíamos dado. Una parte de mí deseaba repetir, que diéramos un paso más, que no fingiéramos... la otra tenía miedo a cagarla de nuevo, a volver a sufrir. Había veces que me sentía fuerte, una mujer valiente, y otras era como una niña asustada. La cuestión era que esa fuerza me la transmitía mi mejor amigo y todo eso me asustaba. ¿Tenía que dejarme llevar sin más?

## Capítulo 20

### Saúl

No me habría ido si no fuera porque tenía que trabajar. Dejarla en casa después de lo que había pasado me iba a martirizar toda la jornada. Decidí quitarme el reloj de la muñeca para no mirar la hora y no volverme loco por querer irme de una vez. Lo mejor era concentrarme en el trabajo, en atender las mesas y hablar con los clientes, era lo único que conseguía que dejara de pensar en Daniela. No obstante, se me iba a hacer eterno el día.

Los clientes comenzaron a llegar y mi trabajo se incrementó considerablemente. Menos mal que no era el único camarero y solo llevaba algunas mesas, aun así, había mucho trabajo.

En el descanso de la comida, cogí el móvil y le envié un wasap a Daniela, no podía esperar más para saber de ella.

*Saúl: Hola, pequeña. No puedo dejar de pensar en ti.*

Esperé a que lo leyera y unos segundos después, se conectó. Estuve mirando la pantalla todo el tiempo hasta que vi que escribía. La respuesta llegó muy rápido.

*Daniela: Hola, Saulito. Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti.*

Se me escapó un suspiro a la vez que sonreía como un gilipollas enamorado. No sabía que se podía querer tanto a una persona, como yo la quería a ella, y ahora que tenía la oportunidad de tenerla a mi lado, no podía desaprovecharla.

*Saúl: ¿Cenamos juntos esta noche? Prepararé algo rico.*

*Daniela: Me parece muy buena idea. Al final no cocinas tan mal como creía.*

*Saúl: Sabía que te gustarían mis artes culinarias. Te tengo que dejar, nos vemos luego.*



No pude leer su respuesta, tenía que regresar al trabajo. Volví a guardar el móvil y seguí con mis quehaceres con la esperanza de que terminase pronto y volver para estar con ella.

Sobre las ocho de la tarde mi turno acabó, cogí mis cosas y, tras despedirme de mis compañeros, me encaminé hasta mi casa. No sabía si Daniela habría llegado ya y ciertamente esperaba que estuviera. No tardé demasiado en llegar, estaba bastante cerca. Entré buscándola, pero no, no había llegado, así que me di una ducha rápida y, tras ponerme cómodo, fui a la cocina para preparar la cena, tal y como tenía pensado.

No había gran cosa, la verdad es que tenía que haber ido a comprar, pero no me daba tiempo a todo. Cogí la pechuga de pollo y la troceé para saltearla con verduras, era lo único más a mano.

Dejé la verdura y el pollo a fuego lento y fui al salón para poner música y preparar la mesa. Justo en ese momento, Daniela entró y, al verme poniendo la mesa, sonrió a la vez que alzaba una ceja.

—¿Celebremos algo? —preguntó, cerrando tras de sí.

—No lo sé... puede. —Caminé hasta ella.

Nos quedamos mirando unos minutos sin saber que hacer, ya que la última vez que nos vimos, nuestra despedida fue llena de besos, unos besos que deseaba volver a darle.

Estaba nervioso, demasiado, y lo que más quería era dejar el miedo a un lado para acercármele. ¿Por qué no lo hacía? ¿Y si se molestaba? Aunque, a decir verdad, presentía que ella se sentía igual. Lo noté en su mirada, en sus manos, que no las dejaba quietas.

Por un momento, se creó una burbuja a nuestro alrededor y, si no fuera porque comenzamos a oler a quemado, estaba seguro de que nos habríamos besado.

—¡Joder! —Corrí hasta la cocina.

—¿Qué pasa? —Me siguió.

—La comida... no, coño. ¿Por qué?

Maldecí una y mil veces a la vitrocerámica, que no me hizo ni puto caso cuando le bajé la temperatura, pues no se bajó.

—Ups —musitó ella.

Aparté la sartén y me senté cabreado en el taburete. Daniela se acercó a mí y se colocó entre mis piernas, quedando muy cerca de mí. Alcé la cabeza para mirarla, ella también lo hacía.

—No pasa nada, Saúl —habló con la voz cargada de deseo.

—Quería sorprenderte —respondí, atrayéndola hasta mí mucho más.

Mis manos se pasearon desde sus muslos, pasando por sus nalgas para llegar hasta su cintura. Al notarlo, pegó un respingo a la vez que soltaba un suspiro. Pensé que se apartaría, pero no lo hizo. En cambio, se sentó en mi pierna izquierda y pasó su brazo por mi cuello.

No podíamos dejar de mirarnos, de comernos con la mirada y, lo que más quería era comérmela a besos. Y como si ella hubiera escuchado mis pensamientos, acercó su rostro al mío para después pegar nuestros labios en un dulce beso.

Estaba pasando, sí, volvíamos a besarnos y esta vez no estábamos fingiendo, aunque yo no lo había hecho en ninguno de los besos que nos habíamos dado.

Su lengua entró en mi boca y se entrelazó con la mía, haciendo que el beso se volviera más apasionado y lleno de un deseo que ya no podíamos controlar. La cogí en brazos sin separar nuestros labios y caminé con ella hasta el salón. Le tumbé en el sofá y la miré de arriba abajo, admirando su belleza. Daniela me sonrió con esa sonrisa especial, la que estaba llena de algo bonito. ¿Sería amor? Yo estaba seguro de que la amaba, pero ¿y ella? ¿Me amaba?

Me coloqué sobre ella y volví a atacar su boca, devorándola como ansiaba porque ya no podía más. Daniela me volvía loco y lo sabía. La música nos envolvió de un modo abrupto, haciendo que deseáramos más, tanto que mis manos me picaban por tocar su piel, como aquel día que amanecimos juntos.

—Saúl —dijo mi nombre entre besos.

—Sí —susurré, separándome unos milímetros.

—Tengo hambre. —Le regalé una sonrisa—. ¿Pedimos una *pizza*? —me propuso y asentí.

Volví a darle un beso, un tierno y dulce beso... uno que no hacía más que incrementar mis ganas de hacerla mía.

Me senté y cogí el móvil de la mesa para después llamar a la pizzería y pedir su favorita.

—¿Hawaiana? —Asintió con una sonrisa.

—¿Lo recuerdas? —se interesó, yo asentí.

Colgué y dejé el móvil de nuevo en la mesa.

—Me acuerdo de todo lo que te gusta. ¿Quieres que te lo enumere? —Movié la cabeza en modo afirmativo—. Sé que necesitas tu dosis de cafeína nada más abrir los ojos y que te gusta con tres de azúcar y una gota de leche, fría a ser posible. Sé que odias la pasta al dente, la prefieres un poco pasada, aunque ya esté demasiado blanda.

—¿En serio? Sabes más cosas que mi familia...

—No he terminado. —Alzó las manos—. Te gusta la *pizza* con piña, aunque su sabor sea raro, pero la mezcla entre lo dulce y salado te pirra. Como comerse una palmera de chocolate con una Coca-Cola —asintió—. También sé que sientes algo muy fuerte por mí. —Comencé a acercarme para besarla—. El miedo a perderme en todos los sentidos hace que te alejes.

—Eso no es del todo así —me rebatió.

—¿Entonces por qué no te dejas llevar? —La besé—. ¿Por qué no me dejas amarte? —Abrió los ojos a la vez que comenzaba a respirar con dificultad, ambos lo hacíamos.

—Yo...

—No digas nada, no todavía.

La cogí para sentarla a horcajadas sobre mí y besarla, besarla hasta el cansancio. Metí mis manos por debajo de su blusa y acaricié su espalda. Daniela movió su cuerpo, haciendo prisión entre nuestros sexos. Mis labios viajaron hasta su cuello y lo besé, arrancándole un gemido que me volvió jodidamente loco.

La observé mientras que ella echaba hacia atrás la cabeza para dejarme mejor acceso a su cuello, así que volví a atacar su piel, pero esta vez pasé mi lengua por ella, provocando que se erizara.

Comenzó a moverse adelante y hacia atrás, buscando el placer de ambos a la vez que jadeaba. No contenta con todo eso, empezó a desabrocharse la blusa botón por botón. Sus ojos no dejaron de observarme a la vez que trocitos de su piel fueron apareciendo. Se quedó en sujetador, uno de algodón fino que no tapaba su excitación ya que se le marcaban los pezones.

—Joder —murmuré—. Eres preciosa.

Justo cuando iba a desabrocharle el sujetador, el timbre de la casa sonó.

—Vaya —dijo entre dientes—. Para una vez que tiene que tardar más, llega antes. —Solté una carcajada.

—Tranquila, pequeña, tenemos toda la noche —expresé en su oído a la vez que ella se levantaba.

Me levanté yo y se mordió el labio inferior sin quitar sus ojos de mi paquete. Por una vez me avergoncé y ella se rio. Le di un beso en la cabeza y fui a abrirle la puerta al repartidor.

Entré de nuevo y puse la *pizza* sobre la mesa para cenar. Daniela había ido a la cocina para coger los refrescos. Comprobé que tenía la blusa puesta, pero abierta, y se había recogido el cabello en un moño mal hecho. Caminé hasta

ella y la abracé, la estreché entre mis brazos con la esperanza de que se quedara ahí para siempre. Ella me rodeó el cuello con sus brazos.

—Vamos a cenar. —Cogí su mano y nos sentamos.

La cena estuvo llena de miradas, de caricias furtivas. Nos mirábamos con ganas de más, con ganas de regresar al sofá para seguir con lo que estábamos haciendo antes de que llegase la comida. Entrelacé mis dedos con los suyos y lo mejor de todo era que ella estaba bien conmigo, que no se alejaba; era un sueño lo que estaba pasando.

Cuando me pidió que fuera su novio de pega, tuve una sensación agri dulce porque para mí no lo sería y quería que para ella tampoco. Después de besarnos, de acariciarnos, no sabía en qué punto estábamos, y tenía miedo de saberlo. ¿Y si ella solo quería sexo y nada más? ¿Y si solo pensaba en lo que le dije? Tener un rollo no era nada malo, había veces que era mejor eso que tener una relación. No quería pensar en ello.

—Mmm —gimió, y tragué saliva.

—Menos mal que ya me estoy acostumbrando a tus gemidos placenteros al comer —mencioné haciéndola reír.

—¿Quién te dice que es por comer? —preguntó con la voz sensual—. Creo que ya hemos conmigo bastante, ¿no? —Se levantó.

Cogió mi mano y me llevó hasta el sofá, me obligó a sentarme y volvió a ponerse sobre mí. Su boca atacó la mía, metió su lengua para jugar con la mía y todo lo que me estaba reprimiendo, se jodió cuando volvió a moverse buscando rozar su sexo con el mío. La cogí en brazos y la tumbé en el sofá para después comenzar a desnudarla. Le quité los pantalones y bajé hasta sus piernas para besarlas lentamente. Comencé a subir por sus pantorrillas entre besos y lamidas, pasé por sus muslos provocando que cerrara las piernas buscando calmar su sexo de alguna manera.

No la haría mucho de esperar, así que subí con mi boca hasta su sexo y deposité un beso sobre él, por encima de la tela. Daniela jadeó mi nombre. Aparté la tela hacia un lado para después pasar mi lengua sobre su sexo en un intento fallido de contenerme un poco más, pero me estaba siendo imposible.

—Saúl —musitó entre jadeos—. Quiero...

—¿Qué quieres? Dímelo, pequeña —pregunté con mi boca cerca de su intimidad.

—Quiero... quiero más.

No esperé más para lamer su sexo sin control, haciendo que su cuerpo se curvara buscando más, mucho más. Llevó su mano hasta mi cabeza para tirar de mi cabello para que no me alejara. Estaba muy excitaba, ambos lo

estábamos. Miré hacia arriba y me encontré con la imagen más perfecta que jamás había visto. Daniela tenía los ojos cerrados, la boca entreabierta y se pasaba la lengua por los labios. Percibí cómo se creaba un gran orgasmo y unos segundos después, me bebí toda su esencia a la vez que convulsionaba.

Subí y besé sus labios mientras que me bajaba los pantalones y bóxer, no aguantaba más. Sin dejar de besarla, entré en ella de una sola estocada, llenándola al fin por completo, haciéndola mía de una jodida vez. Por un momento me quedé quieto, necesitaba saber que era cierto lo que estaba pasando y se sentía tan bien estar en su interior. Daniela subió sus piernas hasta mi cintura y así comencé a moverme despacio, haciéndole el amor como tanto deseaba. Arañó mi espalda con pasión mientras que bajaba mis labios por su cuello para después ir directo hasta sus pechos. Aprisioné uno de sus pezones con mis labios sobre la tela de algodón y eso hizo que se volviera loca.

Hicimos el amor como dos dementes, gimiendo al unísono con la música de fondo, una que no lograba saber cuál era porque solo estaba concentrado en ella, en nosotros dando rienda suelta a nuestro deseo.

Juraría que lo que estaba pasando era un sueño, pero era tan real como lo que yo sentía por ella.

## Capítulo 21

### Daniela

Pasé el día completo con mi madre y hermana, los preparativos de la boda iban a acabar con nosotros, eran demasiados detalles. Al menos, encontramos el restaurante, por lo que lo tachamos de la lista. En cambio, el vestido de novia aún se estaba complicando, Mónica era demasiado tiquismiquis para eso, aunque todos eran preciosos.

Estuve mensajeándome con Saúl y cada vez que leía sus respuestas, una sonrisa estúpida se dibujaba en mis labios. Cada vez sentía más y más por mi mejor amigo, algo que jamás creía que me pasaría tras divorciarme. ¿Sería demasiado pronto? Hacía meses desde que Fran y yo no estábamos juntos y, aunque conocía a Saúl de toda la vida, era la primera vez que percibía esta emoción por estar con él, por verle de nuevo.

Tras los besos que nos dimos esa mañana, supe que me iba a ser muy complicado fingir algo así, pues la realidad era que no estábamos fingiendo ninguno de los dos y deseaba con todo mi ser que volviera a besarme y... bueno, más cosas.

Por la tarde, estábamos agotadas, mi hermana quería ir a la oficina de Jimena para decirle lo del restaurante y si no fuera porque le dije que lo dejara para el siguiente día, nos habríamos plantado en su oficina; era demasiado ansiosa.

Llegué de noche a la casa y, al entrar, me encontré a mi mejor amigo poniendo la mesa. Me encantó verle en esa tesitura, aunque no me sorprendí ya que me avisó de que cenaríamos juntos. Lo que no me esperé fue que acabaríamos pidiendo *pizza* porque la cena se le quemó. Tampoco me imaginé que el sofá sería nuestro rincón del deseo, donde nos besamos hasta el cansancio y donde acabamos haciendo el amor. Sí, me había acostado con

Saúl y no me arrepentía. Mi mejor amigo era... uf, no me salían las palabras y necesitaba que volviera a hacerme suya por toda la casa, en cada rincón de esas cuatro paredes que fueron testigos de nuestra primera vez.

Acabamos en su cama durmiendo juntos, aunque después de devorarnos, de acariciarnos mientras sus labios y los míos seguían dándose calor.

Por la mañana, me desperté antes de que sonase el despertador, la luz del sol se coló por las persianas a medio echar y eso fue lo que hizo que mis ojos se abriesen. Miré a mi lado y ahí estaba Saúl, boca abajo y desnudo.

Mis ojos recorriendo su cuerpo por completo, quedándose unos segundos en su culo que, para qué negarlo, me encantaba.

—Si sigues mirándome así, te haré el amor como parte del desayuno. — Escuché su voz. Siempre me pillaba.

—Lo siento... no pretendía...

—¿El qué? —Se giró a la vez que abría los ojos—. Puedes mirarme todo lo que quieras, soy tuyo por completo, pequeña. —Besó mi nariz y una sonrisa estúpida lo deslumbró—. Estás preciosa por la mañana.

—Gracias, tú también estás muy... —Comencé a abanicarme, lo que provocó en él una risita que me llenó el alma por completo.

¿Era real lo que nos estaba pasando? ¿Era real lo que estábamos sintiendo? Tenía miedo de volver a darle mi corazón a alguien y volver a salir herida. «No empieces con tus miedos y déjate llevar», pensé a la vez que negaba para desechar de mi cabeza los malos pensamientos. Debía de hacerle caso a mi corazón y, por primera vez en mi vida, seguiría a mis sentimientos, y esos estaban por completo con Saúl.

—¿Quieres café? —me preguntó, levantándose.

Clavé mi mirada en su miembro y se me secó la boca. ¿Quería café? Lo cierto era que prefería otra clase de desayuno y Saúl captó el mensaje.

Volvió a la cama y se posicionó sobre mí y comenzó a acariciar mis piernas con delicadeza, obligándome a abrirlas para dejarle fácil acceso a mi sexo ya húmedo, este pedía a gritos sus mimos.

Repasó mi piel con sus dedos, creando círculos sobre ella y besándome a la vez. Su lengua entró en mi boca, buscando la mía, y esta lo recibió gustosa, deseosa de más. Profundizó el beso a la vez que su mano derecha bajaba a mi sexo para rozar mi clítoris con la yema de sus dedos, arrancándome un gemido de lo más hondo de mi garganta.

—Me encantan tus gemidos, pequeña... me vuelven loco, jodidamente loco —musitó con nuestros labios semiseparados.

Poco a poco, su miembro entró en mi interior, llenándome por completo. No sabía que me sentía tan vacía hasta que Saúl me hizo el amor por primera vez. Jamás me imaginé que acabaría follando con mi mejor amigo de la infancia, y me gustaba, me gustaba demasiado. ¿Me estaba volviendo una descarada? No lo sabía, pero estar a su lado hacía que me sintiera valiente, poderosa y sexi. Su modo de mirarme me calentaba, me erizaba y eso solo lo conseguía con sus ojos. Hice que parase para que se acostara y ponerme yo encima.

—Joder —susurró cuando volví a meterme su polla en mi interior.

Comencé a moverme despacio, buscando el placer de ambos. Sus manos apretaban mis caderas, obligándome a bajar más y así sentirle por completo. Mis gemidos resonaban por toda la habitación y los suyos, Dios, los suyos estaban siendo de lo más grandioso.

Mientras me movía, acaricié mi cuerpo bajo su atenta mirada, consiguiendo que se excitara más de lo que ya estaba. Llegué hasta mis pechos y me toqué los pezones, endureciéndolos por el roce. Saúl no aguantó mucho más así, siendo él quien tuviera que quedarse quieto, así que se incorporó y se levantó conmigo en brazos, me pegó a la pared y ahí, apoyándome en ella, mientras que con una mano agarraba mi nalga y con la otra acariciaba mi cuerpo, me follaba.

—Eres perfecta, preciosa... eres una diosa, Daniela. —Besó mis labios.

—Dame más, Saúl. Necesito más de ti, mucho más.

Mis palabras salieron entre jadeos y el significado no era solo por el sexo, estaba pidiéndole mucho más a él, a nosotros. Quería estar con él, ser suya por completo. Quería ser la novia de Saúl y que me hiciera el amor todos los días y, sobre todo, amanecer con él siempre.

Sus movimientos al principio fueron dulces, amorosos, hasta que ambos necesitamos subir de ritmo y Saúl se movió más fuerte, más rudo. Mi sexo se contraía, el orgasmo comenzaba a crearse y mi cuerpo estaba erizado. Su boca bajó hasta mis pezones y los lamió, primero uno y luego el otro y así sin parar. Estaba aguantándome, pues quería seguir disfrutando, pero cuando escuché un gruñido por su parte, no pude más y exploté con él, corriéndonos juntos.

Saúl me llevó hasta la cama en brazos y me depositó despacio, como si fuera una muñeca de porcelana a punto de romperse. Besó mis labios con dulzura.

—Eres un sueño del que no quiero despertar, pequeña —dijo de pronto.



—No es un sueño, Saúl... esto es real, tan real como lo que estoy sintiendo por ti. —Abrió los ojos sorprendido.

—¿Lo dices en serio? —asentí, mordiéndome el carrillo—. Daniela... —Suspiró y tragó saliva nervioso—. Te quiero.

No esperaba esa frase y, aunque antes me habría asustado, en ese momento me infló el pecho. Tanto así que yo también le respondí a ello, pues le quería y no sabía cuánto hasta ese instante en el que sus ojos me regalaban algo que no podía explicar. Saúl era ese alguien que yo necesitaba en mi vida, la persona que hizo que mis días llenos de dolor se convirtieran en la felicidad. Al principio pensé que no aceptaría mis sentimientos, pero después de las semanas en las que habíamos estado sin hablarnos, algo que hizo que lo pasase fatal, no podía seguir negando lo que era más que evidente y eso era que estaba enamorada de él.

—Yo... —estaba nerviosa, demasiado, a decir verdad—. Yo también te quiero, Saulito, y no sé cuándo comenzó a crecer este amor por ti, pero no quiero que nada ni nadie lo estropee.

Escucharme decir eso provocó en él una emoción que no pudo esconder y se recostó sobre mí para besarme de nuevo, pero esta vez despacio, haciéndome el amor con los labios. Nunca me habían besado así, ni siquiera sentí todo esto con Fran y eso solo significaba que este amor era diferente, yo me sentía diferente.

Acabamos en la ducha haciendo el amor de nuevo, nos estábamos volviendo insaciables. Cuando acabamos, nos duchamos y salimos para vestirnos rápidamente, ya que teníamos que ir a trabajar y, si no nos apresurábamos, llegaríamos tarde. Íbamos a tener que ponernos el despertador antes si queríamos llegar a tiempo a nuestros trabajos.

Al salir de mi habitación, Saúl ya tenía el desayuno preparado. Él era mucho más rápido que yo arreglándose y es que, las mujeres, entre una cosa y otra, necesitamos más tiempo, aunque yo no fuera de esas que se maquillaran como una puerta para ir al trabajo. Me senté y me tomé el café despacito, saboreando su sabor. Le di un mordisco a la tostada de mantequilla y mermelada y volví a gemir. Tenía que comenzar a contenerme si no quería tener a Saúl todo el día pegado a mí. Sus ojos se clavaron en los míos y sonreí sonrojada.

—¿Está rico? —se burló.

—Sí, muy rico. —Le guiñé un ojo.

Terminé y recogí todo con su ayuda. Me acerqué a él para despedirme y me apretó contra su pecho, besándome apasionadamente.

—Saúl, si seguimos así no vamos a ir a trabajar y no creo que quieras que nos despidan a los dos, ¿verdad? Después no vamos a poder pagar el alquiler. —Se separó unos milímetros mientras asentía.

—Es que no puedo, me tienes hechizado y no veo la hora de regresar a esta casa y hacerte el amor —dijo en mi oído.

—Yo también quiero eso —musité—. Nos vemos esta noche, Saulito. —Le di un casto beso.

Salí rápidamente de casa antes de que me enganchara de nuevo. Me subí a mi coche y arranqué para emprender camino a la asesoría. No podía llegar más tarde que la jefa, no le gustaba ser la primera.

Tardé más o menos quince minutos y otros cinco buscando aparcamiento. Me bajé del coche y caminé hasta la asesoría de la familia Gutiérrez; era una empresa familiar, aunque la que más estaba en la oficina, era Paula, mi jefa. Era una señora de unos cuarenta años, divorciada y con dos hijos. Me caía bien, aunque aún no teníamos la suficiente confianza como para saber más de nosotras, solo lo que a simple vista se veía.

—Buenos días, Antonio —saludé a mi compañero.

Antonio era un estudiante en prácticas que trabajaba como un negro para obtener los puntos suficientes para su carrera. A veces me daba pena, pues se cargaba con más trabajo del que necesitaba, pero parecía ser un adicto a lo que hacía y ahí nadie podía decirle nada, le encantaba.

—Buenos días, Daniela. —Me sonrió—. ¿Y esa sonrisa? Estás resplandeciente —expresó, y me encogí de hombros.

Me senté en mi puesto y vino corriendo hasta mí con una sonrisa de oreja a oreja. Era un buen chico y, por lo que me contó cuando nos conocimos, tenía pocos amigos por su condición sexual. Me daba bastante ternura, era muy joven y un chico muy tierno. Se sentó enfrente de mí esperando a que le contase algo más. Ya sabía sobre Saúl, aunque lo único que le había dicho era que estaba enfadada con él por lo que pasó aquella noche. Lo único que supo responderme era que estaba celosa y que por eso no era capaz de perdonar a mi mejor amigo. Al principio me negué, no podía estar celosa si no sentía nada por él, ¿verdad? Y la realidad era esa, que me moría de celos porque quería ser yo la que estuviese entre sus brazos.

—Saúl y yo... —Me quedé callada.

—¿Habéis hecho las paces? —Asentí con una sonrisa—. Creo que hay algo más. —Me encogí de hombros—. Venga, no te hagas de rogar. Quiero saberlo todo.

—Hemos pasado la noche juntos.

—Define juntos, porque no vale decir solo eso viviendo con él.

—Juntos, juntos, Antonio. —Abrió la boca y yo volví a asentir.

—Esto sí que no me lo esperaba. —Me dio un golecito en el brazo—. Me alegro mucho por ti, Daniela. Creo que estás feliz y te lo mereces.

—Gracias, guapo. —Me levanté y le di un beso en la mejilla.

Estuvimos unos minutos más hablando, hasta que la jefa llegó y tuvimos que sumergirnos en nuestros quehaceres.

Me iba a costar bastante concentrarme, pues la imagen de nosotros haciendo el amor no se apartaba de mi mente. Apreté las piernas buscando calmar a mi sexo, pero me estaba costando horrores. No sabía si algún día iba a conseguir calmar estas ansias de volver a estar con él, aunque deseaba que no fuera así, porque estar con Saúl era algo que adoraba.

## Capítulo 22

### Saúl

Aún seguía sin creermelo que estaba pasando entre Daniela y yo y no podía dejarla escapar, no después de escucharle decirme te quiero. ¿Me quería? Pensé que su amor por mí era solo de amistad y no de ese amor bonito, ese que te deja sin aliento cuando estás enfrente de la dueña de tu corazón.

Llegué al bar y una de mis compañeras, Melisa, me saludó como cada mañana. Éramos los que trabajábamos desde por la mañana y me caía bastante bien.

—Hoy te noto... —puso un dedo en su barbilla—, diferente. Se te ve feliz, Saúl. ¿Algo que contar? Dime que Daniela y tú... —La miré con una sonrisa de oreja a oreja.

No solía contarle mi vida a nadie, y mucho menos sin conocerla demasiado, pero la chica parecía de fiar y me transmitía confianza, por lo que decidí desahogarme con ella esos días en los que Daniela seguía sin dirigirme la palabra. Siempre me aconsejaba que le diera espacio, que seguramente necesitaba tiempo para aclararse, y así fue, mi mejor amiga... bueno, mi novia, ¿no? Todavía no sabía que éramos, solo que nos habíamos amados durante horas. Recordé todo lo acontecido y mi pecho se comprimíó. ¿Era posible amar a alguien tanto como yo amaba a Daniela? Eso me aterraba, me aterraba la idea de perderla, que para ella solo fuera un salvavidas. Después de todo, hacía unos meses estaba casada con alguien muy importante para ella. No obstante, sabía que sus sentimientos eran sinceros, solo esperaba que no se quedase en un espejismo nada más.

—Hemos pasado la noche juntos —mencioné sin dejar la estúpida sonrisa—. Me dijo que me quería...

—¿Pero? —preguntó al notar mi pausa.

—Tengo miedo. ¿Y si lo que ella siente por mí es solo un cariño especial? Yo sé que me quiere, que soy importante para Daniela. No sé, estoy algo confundido —declaré acongojado.

Comencé a negar para echar de mi mente esos pensamientos y seguí siendo el hombre feliz que despertó esa mañana con la mujer de su vida a su lado.

—Saúl, no te rayes por eso y deja que el tiempo sea quien te muestre lo que vaya a pasar. —Asentí agradecido.

Melisa era mayor que yo por unos pocos años, aunque tenía la madurez de una madre y eso fue lo que hizo que confiara en ella. Para mí, fue como la hermana que nunca tuve y me gustaba.

Mientras que ella se encargaba de abrir el bar al público, yo me metí en la barra para encender la cafetera, además de colocar los vasos que dejaron nuestros compañeros limpios en su lugar.

Pasé toda la mañana ocupado, ese día vinieron bastantes clientes y no me dio mucho tiempo para descansar. Menos mal que a medio día nos dejaban media hora para comer en el mismo bar, así que mientras almorzaba cogí el móvil y le envié un wasap a Daniela, ya que ella también estaría en su descanso.

*Saúl: Hola, pequeña.*

*Daniela: Hola, Saulito.*

Recibí su respuesta casi al instante, seguramente la había pillado con el móvil en la mano. Decidí llamarla, era mejor opción que estar mensajeándonos todo el rato, así perdíamos menos tiempo. Busqué su número en la agenda y le di a la tecla de llamada y al sonar el primer tono, lo descolgó.

—Hola —musitó.

—Hola, cariño. ¿Te pillo bien? —le pregunté con ternura.

—¿Cómo has dicho? —respondió con otra pregunta.

—¿El qué? ¿Si te pillo bien? —comencé a hacerme el loco, sabía a lo que se refería.

—No, lo de antes.

—¿Cariño? —respondió con un sí en un susurro—. ¿Te molesta que te diga cariño?

—Para nada. —Se escuchó un suspiro y juraría que hasta estaba sonriendo, así como yo. Parecíamos dos adolescentes—. Me gusta mucho.

—Me alegro de que te guste porque no dejaré de decírtelo por el resto de mi vida. Es más, cada mañana, te diré cariño, amor, cielo... porque eres todo eso y más para mí, pequeña.

Sentía que me quedaría sin aire en cualquier momento, como si llevase corriendo horas y tuviese que parar por ahogo. Claro que la sensación era perfecta, de júbilo... una felicidad que no sabía que existía y solo ella fue capaz de dármela.

—¿Es normal que sintamos esto? Es decir, se suponía que... te pedí ser mi novio de pega y ahora no quiero que seas eso, Saúl. ¿Me entiendes?

Me encantaba cuando se ponía tan nerviosa, aunque entendía a la perfección a lo que se refería. Yo mismo le iba a decir eso esa misma noche, cuando volviéramos a vernos. No quería ser su novio de mentirijillas, como si estuviéramos jugando. Yo quería ser su novio de verdad, con sus besos a diario, sus caricias a la vista de todos. Quería pasear con ella agarrada de mi mano, abrazarla cuando estuviéramos solos porque sí, porque la quería. Daniela y yo teníamos que estar juntos al fin, y no iba a dejar que nadie jodiera todo eso.

—¿Quieres ser mi novia? No era así como quería pedírtelo, pero ya que te me has adelantado, te lo digo. Si no quieres, lo entenderé...

—Sí, quiero, Saúl. ¿Cómo no voy a querer ser tu novia? —me interrumpió y solté todo el aire que no sabía que estaba reteniendo.

Seguimos hablando unos minutos más, hasta que ella tuvo que despedirse, tenía que volver al trabajo.

Yo seguí comiendo, estaba a punto de acabar. Me levanté unos minutos después y cuando me proponía seguir con mis quehaceres, escuché mi nombre, alguien me llamaba. Me giré para ver a la persona; era Jorge.

—Hola, tío. ¿Qué tal? —se interesó—. ¿Trabajas aquí? —asentí estrechando su mano.

—Bien, gracias. ¿Tú qué tal? No he sabido nada de ti —dije con sinceridad.

—Cierto, he estado bastante liado. ¿Qué tal Daniela? Tengo ganas de verla.

—Bien... bastante bien. —Sonreí, es lo que hacía cuando pensaba en ella.

—Me alegro, tío. Espero que nos veamos más seguido, llamaré a Daniela para que quedemos y así nos ponemos al día, si no te importa, claro —negué, mintiéndole descaradamente; mi rostro lo decía todo.

—Tengo que volver al trabajo —anuncié.

—Claro, nos vemos.

Tras eso, giró sobre sus talones y se marchó. Que volviera a aparecer este hombre no me hacía demasiada gracia, pero era amigo de Daniela y, bueno, mío también, pero no me fiaba de él. «Eso se llaman celos», dijo mi conciencia, como si no lo supiese ya. Pues claro que eran celos, demasiados. Estaba seguro de que a Jorge le gustaba Daniela y no podía permitir que se acercase a ella. ¿Y si pretendía conquistarla? «Te tocará confiar en ella. Además, ya sois novios, capullo». Comencé a negar, no iba a estar discutiendo conmigo mismo por algo que no venía al caso. Lo importante, en ese momento, era que ella y yo estábamos juntos, y eso nadie lo podía cambiar.

Por un momento me quedé pensando, podría haberle dicho a Jorge que Daniela y yo acabábamos de hacernos novios, pero después me di cuenta de que, de haberlo hecho, podría molestarle a ella. A veces era mejor que Daniela misma diera los pasos y no hacer nada sin consultarle.

Seguí trabajando, esta vez sin mirar la hora, así se me haría más rápida la tarde para marcharme.

—Saúl, dos cervezas para la mesa siete —la voz de Melisa me sacó de mis pensamientos.

Lo preparé y llevé a la mesa indicada para después seguir en la barra. Se suponía que yo solo estaría ahí, pero también tenía que ser camarero. En ese bar, todos hacíamos de todo, así era más fácil porque cuando faltase uno, podría cubrir cualquier puesto sin problema.

Terminó mi jornada y cogí mis cosas nada más llegar mi compañero Martín. Me despedí de todos y salí del bar para correr hasta mi casa. Estaba ansioso por llegar, por verla, besarla. Joder, me estaba volviendo loco y no llevábamos ni un día juntos. ¿Esto iba a ser así siempre? Esperaba que sí, me emocionaba saber que nos veríamos y pasaríamos el resto del día cerca del otro.

Llegué enseguida, abrí la puerta y nada más cerrar tras de mí, Daniela apareció y saltó hacia mí para que la cogiera en brazos. Enroscó la piernas alrededor de mi cintura y me besó con pasión, desenfreno, deseo y con algo más que todo eso... me besó con amor.

La apreté contra mi pecho y al hacerlo, se le escapó un jadeo de lo más tierno que hizo que mi polla pegase un brinco. Tampoco ayudaba que estuviese con unos pantalones por encima de las nalgas y una de mis camisetas; estaba preciosa. La miré a los ojos y me deshice de lo que impedía que nuestros cuerpos se tocaran. Le quité la camiseta y ella me imitó,

quitándome la mía. Nos quedamos desnudos de cintura para arriba y tragué saliva al verla en esa tesitura.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en toda mi vida, ¿te lo había dicho ya? —Se mordió el labio inferior a la vez que asentía—. Ven aquí. —Cogí su mano y la llevé hasta el sofá para comérmela a besos.

Daniela hizo que me sentara y ella se colocó a horcajadas sobre mí. Sus pechos estaban muy cerca de mi boca y no dudé en rozarlos con mis labios, buscando su excitación, aunque tenía la certeza de que ya lo estaba, al igual que yo. Acercó su boca a la mía en un intento fallido de no perder el control, algo que nos estaba costado, pues yo ya deseaba poseerla.

Bajé mis manos hasta sus caderas y la apreté contra mi erección, arrancándole un gemido de lo más placentero.

—¿Piensas volverme loco? —me interesé, enarcando una ceja.

—Pienso volverte loco, tan loco como lo estoy yo de ti —murmuró en mi oído.

Atrapó el lóbulo de mi oreja con sus dientes, despacio, tanto que mi cuerpo se erizó al instante. Daniela me estaba enseñando una parte de ella que no conocía, una parte que me estaba encantando y que no dudaba en seguir conociendo. Daniela era perfecta, preciosa, sincera y muchos apelativos más que no era capaz de decir, no cuando la tenía con su pecho desnudo, pegado al mío; estaba jodiendo la poca cordura que me quedaba.

Con un movimiento maestro, me posicioné sobre ella, tumbados en el sofá y ahí, mirándola a los ojos, repasé cada línea de su cuerpo con la yema de mis dedos. Cuando llegué a la cinturilla de su pantalón, metí la mano con la intención de seguir el recorrido, aunque quedándome unos minutos en un lugar en concreto. Introduje un dedo en su interior y ella jadeó a la vez que echaba la cabeza hacia atrás. Me percaté de cuán húmeda estaba, de cómo la tenía, y eso me encantó. Rocé su clitoris despacio, con movimientos tortuosos que nos volvía locos a ambos. Bajé la cabeza hasta su cuello... su olor entró en mis fosas nasales y ahí supe que, después de mucho tiempo perdido, buscándole sentido a mi vida, encontré mi hogar, ella lo era.

—Te amo —declaré en su oído mientras que seguía acariciando esa zona.

Me miró a los ojos y me di cuenta de su emoción al escucharme. Atrapé con mis labios unas lágrimas que se le escaparon, no quería que llorase, no cuando lo que yo le ofrecía era felicidad pura, lo que ella merecía y nadie supo darle.

—Eres la persona más importante de mi vida, Daniela... Nunca lo olvides.



—No lo olvidaré jamás.

Sus jadeos se hicieron míos, sus labios ya lo eran y, entre besos y caricias, llegó al clímax. No tardé en desnudarnos y hacerle el amor como tanto había deseado durante todo el día. No había parado de proyectar en mi mente ese momento en el que la tuviera debajo de mi cuerpo gimiendo y susurrando mi nombre pidiéndome más. Yo estaba dispuesto a darle más, todo lo que ella quisiera le daría, aunque me pidiera que le bajase la luna... si me lo pedía, daría mi vida por bajársela.

## Capítulo 23

### Daniela

Después de hablar con Saúl por teléfono, me dieron ganas de irme a buscarle. Aunque todavía me quedaban algunas horas de trabajo. Lo bueno era que yo llegaba antes que él, así que aprovecharía para preparar yo la cena.

Cuando salí del trabajo, Antonio quiso invitarme a un refresco, pero tuve que declinar la propuesta, no quería llegar tarde. Me despedí de mi compañero y me subí a mi coche.

Mientras conducía de camino a casa, me sonó el móvil. Descolgué sin mirar quién era, seguramente sería mi hermana para decirme algo sobre la boda, algo que se le olvidó. Pero no era ella, la voz de Jorge fue la que escuché, y me puse muy contenta, pues llevaba mucho tiempo sin saber de él. Incluso llegué a creer que ya no quería saber nada de mí después de aquel día en el que vino a recogerme a la playa. Era un buen amigo y no quería perderle.

—¡Jorge! Cuánto tiempo, hombre. ¿Qué te ha pasado? Me has abandonado, mal amigo. —Escuché su carcajada.

—Lo siento, preciosa. He tenido turnos muy jodidos en el trabajo y me tocó estar con mi hija —me explicó, algo comprensible.

—Bueno, al menos has estado con tu pequeña un tiempo. Seguro que has disfrutado de ella muchísimo.

—La verdad es que sí, me encanta estar con mi hija, aunque el trabajo me ha jodido un poco —expresó feliz—. ¿Tú cómo estás? Espero que mejor que la última vez que nos vimos.

—Bastante mejor, Jorge y todo gracias a tus consejos.

Comencé a narrarle lo sucedido desde el principio. Pensé que se pondría mal al escucharme decir que Saúl y yo éramos novios, pero me demostró que

era un amigo de verdad al felicitar-me; estaba contento por mí, por nosotros.

Me habría gustado poder corresponderle, pero cuando el corazón elegía, no había nada que hacer y el mío había elegido antes de percatarme si quiera. Ciertamente, aunque no pudiera asegurarlo, de haber sabido con quince años que Saúl estaba enamorado de mí, habríamos estado juntos, estaba segura de ello y eso era algo que ya había aceptado. Mi amor por él era más grande de lo que me imaginé, más que el que un día llegué a sentir por Fran.

—Espero que nos veamos pronto, Daniela. Tenemos que celebrar tu felicidad —dijo antes de despedirse.

—Si quieres puedes venir a cenar a casa, estaremos encantados de recibirte.

—¿Crees que le gustará a Saúl? Ya sabes cómo acabamos la última vez —me recordó.

—Sí, tranquilo.

Me comentó que seguía con ese turno tan malo y que me avisaría cuando tuviese un hueco. Colgué unos segundos después y casi había llegado al barrio. Busqué aparcamiento y aparqué cerca del portal.

Cuando entré en la casa, me quité los tacones y caminé hasta la habitación con ellos en la mano derecha. Me desnudé y cogí todo lo necesario para ir a darme una ducha. No obstante, al terminar, encontré una camiseta de Saúl en el baño y no dudé en ponérmela; olía a él. Salí del baño ya más cómoda y me dirigí a la cocina para preparar la cena.

Sin saber muy bien qué cocinar, me decanté por cocer pasta y hacer una ensalada. La dejé cocer y me fui al salón para recoger algunas cosas que no nos había dado tiempo por la mañana.

Entre cocina y limpieza, pasó el tiempo, y justo cuando dejaba que la pasta se enfriara, se escuchó la cerradura. Corrí hasta la puerta, y cuando Saúl cerró, me abalancé sobre él, obligándole a cogerme en brazos. Enrosqué las piernas alrededor de su cintura y nos besamos con ansias, con las ganas contenidas durante todo el día.

No dudó en desnudarnos de cintura para arriba y llevarme hasta el sofá, donde, entre besos, caricias y más, porque yo necesitaba más, me hizo el amor tras un te amo que me llegó al alma. ¿Podría ser más especial? En mi vida me habían tratado con tanto amor, con tanta devoción, y no quería que acabase. Parecía un sueño, uno del que no quería despertar... pero no, era real, muy real.

Tras acabar, ambos fuimos a la cocina para terminar de preparar la cena, estábamos hambrientos. Nos costó horrores separarnos, pero alimentarse

también era importante, ¿verdad?

—Vamos a cenar, Saúl —dije cuándo comenzó a darme besos en el cuello mientras me abrazaba por detrás.

Ya había terminado de hacer la ensalada y solo faltaba servir, pero él quería otra cosa. Intenté alejarme de él entre risas y me cogió en brazos.

—¡Bájame! ¡Saúl, bájame! —Me carcajeé.

—¡No hasta que me des un beso! —exclamó.

—¡No! Si te doy un beso no podremos parar y tenemos que alimentarnos —expresé intentando zafarme de sus brazos.

—Yo prefiero alimentarme de ti. Estás más buena y no engorda. —Me hizo gracia, tanta que me bajó y caímos al suelo, él sobre mí.

Agarró mis manos con una de las suyas y las colocó por encima de mi cabeza mientras que con la otra comenzaba a hacerme cosquillas. No paraba de moverme y no podía escapar, me tenía acorralada. Entonces acerqué mi boca a la suya y mordí su labio inferior con delicadeza. Ese acto hizo que parase y atacara mi boca con un beso apasionado. ¿Volví a caer? Claro, ¿cómo no iba a caer si sus besos eran como un bálsamo para mis heridas?

Crucé mis piernas por encima de su cintura, rodeando su cuerpo y él me agarró ambas manos con las suyas, en la misma posición, sobre mi cabeza. Besó mis labios, bajó a mi cuello y jadeé cuando sentí de nuevo su creciente erección. Alcé la cintura para pegarme más, buscando el roce entre ambos, y terminamos como me esperaba, haciendo el amor en el suelo sin parar.

—Me he vuelto adicto a ti, a tu cuerpo... —Mordió mi cuello con delicadeza—. Ahora que sé que puedo tocarlo. —Lo tocó—. Acariciarlo. —Lo acaricié, arrancándome un suspiro—. Ahora que sé que te tengo, no puedo dejar de amarte. Eres mía y yo soy tuyo, Daniela.

—Soy tuya, Saúl... Hazme tuya.

Me quitó el pantalón y de un tirón me arrancó la ropa interior para, unos instantes después, entrar en mí de una sola estocada. Se movió despacio, creando un momento delirante y placentero que nos llevó al cielo y al infierno al mismo tiempo. Llegué a pensar que caería en picado en cualquier momento, pero tenía la certeza de que él estaría abajo para cogerme antes de que siquiera rozara el suelo. Al igual que yo, de ser, al contrario.

Nos besamos... nos amamos como dos locos sin medir el tiempo. Daba igual si era de día o de noche. Daba igual que hiciera frío o calor. En ese instante, solo éramos él y yo.

Saúl entraba y salía de mí con una parsimonia que me mataba y todo sin dejar ningún rincón de mi cuerpo sin acariciar, sin besar. Sentí sus labios, su

lengua y la yema de sus dedos repasarme por completo. Mis manos estaban en su espalda, donde en cada estocada, arañaba su piel, haciéndole conocedor de lo que me hacía sentir.

—¿Qué me has hecho, pequeña? No... no sé en qué momento me he vuelto tan... —no le salían las palabras, estábamos a punto de explotar—. Córrete conmigo, mi amor.

Y así fue, llegamos al clímax juntos, tal y como me había pedido. Estaba segura de que haría todo lo que él me pidiera, lo que necesitara. No sabía que se podía amar a alguien con tanta intensidad, con tanta pasión. No sabía que yo sentía todo eso hasta que sus labios se pegaron a los míos. Ya no tenía miedo a perderle... ya no temía por algo que sabía que no iba a pasar, porque jamás iba a perder a Saúl, él siempre iba a estar conmigo.

Nos levantamos y, mientras que yo iba a asearme, él se encargó de servir la cena. Cuando salí, había puesto la cena en la mesa de centro y una película. Sonreí, pues era algo diferente a lo que habíamos hecho hasta ahora. No habíamos parado de hacer el amor, que no me quejaba, pero necesitábamos hacer más cosas, ¿no?

Me senté a su lado y comenzamos a comer mientras hablábamos de nuestro día, del trabajo e incluso de Jorge.

—Le dije a Jorge que viniera alguna noche a cenar, pero cree que te molestará —le comenté.

—Bueno, no te voy a negar que no me hace mucha ilusión, y más después de saber que le gustas. —Enarqué una ceja.

—Pero eso no tiene por qué asustarte, Saulito. —Me acerqué a él—. Yo soy solo tuya, mi amor —le recordé para después besar sus labios.

—Mi amor, ¿eh? —Sonrió a la vez que me pasaba un brazo por encima de los hombros—. Me gusta cómo suena, mi amor.

Iba a volver a besarme, pero me alejé antes de que comenzara porque sabía que, si lo hacía, volveríamos a olvidarnos de todo y no, primero teníamos que cenar, ver la película y ya se verá después.

—¿Me has hecho la cobra? —frunció el ceño y yo asentí—. Pues no vuelvas a hacerlo o atente a las consecuencias.

—¿Eso es una amenaza? —pregunté, olvidándome de que yo era la que evitaba acercarme.

Me levanté y me senté a horcajadas encima de él. Quiso besarme de nuevo y volví a hacerle la cobra.

—Daniela —dijo a modo advertencia.

—¿Qué? —pregunté, acercando mi boca a su oreja para atrapar el lóbulo de su oreja con los labios.

Saúl soltó un gruñido que me hizo gracia y lo miré sonriendo, complacida, había conseguido lo que quería, calentarle de nuevo, aunque estaba segura de que lo estaba antes de que me sentara sobre él.

Metió sus manos por debajo de mis pantalones y agarró mis nalgas para después, apretarlas y rozar mi sexo con su erección. No tenía límite y mucho menos fin.

Siguió moviéndome de adelante hacia atrás una y otra vez, lo que me arrancó más de un jadeo. Su boca atacó la mía, atrapando con sus dientes mi labio inferior a la vez que ambos nos perdíamos de nuevo en nosotros mismos, en nuestros cuerpos dándose placer, comiéndose a besos. ¿Era normal estar así, de ese modo? No lo sabía, jamás me había pasado y no quería ni tenía voluntad para parar.

—Saúl —dije su nombre seguido de un gemido que salió de lo más hondo de mi garganta.

—Dime, pequeña. —Mordí sus labios a la vez que comenzaba a moverme yo más deprisa, consiguiendo que él suspirase.

Quería volverlo loco, al igual que él a mí, aunque ambos ya lo estuviéramos. Quería que perdiese la cordura, así como la había perdido yo.

Sus manos abandonaron mis nalgas para subir hasta mis mejillas y acariciarme. Me hizo parar unos instantes, sin dejar de mirarme a los ojos. Acercó su rostro al mío y me dio el beso más dulce que jamás había recibido. ¿Cómo un beso era capaz de matarte y revivirte en tan solo un segundo? Saúl consiguió que me derritiera, que me deshiciera de todos mis malos recuerdos para entrar él y quedarse con todo mi ser. Mi alma era suya, lo sabía.

—Daniela —musitó al separar sus labios de los míos—. No quiero que pienses que solo te quiero por el sexo —expresó mirándome de ese modo tan especial, haciéndome ver al Saúl que yo conocí, a ese chico tierno que siempre tenía palabras bonitas para mí—. Te quiero a ti por como eres, por ser la mujer más espectacular que he conocido en mi vida.

—Tranquilo, lo sé —le respondí—. Sé que esto —nos señalé a ambos— no es solo sexo, es mucho más.

—¿Sabes? Pensé que nunca llegaría el momento en el que estuviera así contigo... que pudiera besarte, hacerte el amor... amarte hasta el cansancio —declaró con la voz rota—. Y míranos ahora. —Sonreí—. No quiero que nunca acabe lo que tenemos, Daniela, porque yo ya no podría vivir sin ti.

—Te amo, Saúl —musité reprimiendo las lágrimas que querían salir sin permiso.

Sus palabras me llenaron el corazón, el alma. Sentí la yema de sus dedos en mis mejillas, secando las lágrimas que no hicieron caso a mis negativas. No quería llorar, claro que no, pero después de esas palabras, no pude contenerme porque nunca nadie me había dicho unas palabras tan bonitas. Después de todo, estaba conociendo lo que era el amor verdadero.

## Capítulo 24

### Saúl

Daniela y yo llevábamos juntos varios días, los mejores días de toda mi vida. ¿En qué momento me cambió tanto la vida? Había pasado de estar solo y destrozado a enamorado y con la mujer de mi vida.

Nuestros encuentros se resumían en dos palabras, besos y sexo. No podíamos parar, no teníamos las fuerzas suficientes para hacerlo. Salíamos de trabajar y la noche era testigo de lo mucho que nos queríamos, de lo que nos echábamos de menos esas horas en las que estábamos separados.

Esa mañana, me levanté sobre las siete de la mañana, tenía que ir a trabajar, aunque aún me faltaba bastante para irme. No obstante, me encantaba prepararle el desayuno.

Me encaminé hacia la cocina e hice café, zumo de naranja, tostadas y piqué algo de fruta; quería sorprenderla, mimarla. Cuando terminé, lo puse todo sobre una bandeja y regresé a nuestra habitación, porque compartíamos cama desde que decidimos estar juntos, algo que adoraba. Despertar con ella cada mañana era como un sueño hecho realidad.

Me senté a orillas de la cama a la vez que dejaba la bandeja sobre la mesita de noche. Llevé mi mano hasta su rostro; aún seguía durmiendo plácidamente. Al notar mis caricias, se removió mientras comenzaba a abrir los ojos despacio. Su sonrisa me deslumbró en cuando conectó sus ojos con los míos.

—Buenos días, pequeña. ¿Quieres desayunar? —le di un casto beso en los labios.

—Mmm, ¿qué hora es? —se interesó a la vez que un bostezo se le escapaba.

—Son casi las ocho.



Se incorporó, quedando sentada en la cama, y cuando se percató de la bandeja con el desayuno, volvió a regalarme su sonrisa perfecta mientras que se acercaba a mí para abrazarme.

—¿Me has traído el desayuno a la cama? —asentí—. Pero qué rico eres.

—También estoy muy rico y si prefieres comerme a mi primero, estoy dispuesto. —Se carcajeó, y juraría que tenía la risa más perfecta que había escuchado jamás.

—Creo que me gusta más tu idea. —Hizo que me acostara para después sentarse a horcajadas sobre mí.

Estaba semidesnuda, así que aproveché para acariciar su espalda para atraerla hasta mí. Su boca buscó la mía y nos fundimos en un tierno beso que me desarmó. Bajé mis manos hasta sus piernas y las apreté despacio, con delicadeza; me encantaba el tacto de su piel, era tan suave.

Ella no dudó en desnudarse por completo y hacer lo mismo conmigo para después, sin previo aviso, sentarse sobre mi erección. Comenzó a moverse despacio, torturándome. Cogió mis manos, prohibiéndome así que la tocara.

—Ahora seré yo la que te lleve al cielo, Saulito. —Me guiñó un ojo.

—Tú me llevas al cielo siempre, con solo una mirada, pequeña.

Me sorprendía lo mucho que había cambiado estando con ella, pues yo no era hombre de decir palabras bonitas, palabras de amor. Siempre me había dejado llevar por el placer, el deseo, follar solo porque sí. Esta vez era diferente, ella lo era y la amaba. Daniela merecía mis palabras y todo lo que quisiera.

Pasó su lengua por mi cuello sin dejar de moverse, de subir y bajar. Atrapó mi labio inferior con sus dientes y tiró de él despacio, muy despacio. Nuestros jadeos resonaban en toda la habitación cuando ella aceleró el ritmo, buscando nuestro éxtasis.

En la desesperación, soltó mis manos y aproveché para ponerla debajo de mí y devolverle lo que ella me estaba haciendo. Sonrió de lado al percatarse de mis intenciones, pero se dejó hacer sin quejas. Llevé mi boca hasta sus pechos, lamiendo sus pezones, arrancándole gemidos desesperados. Entré y salí de ella sin descanso, sin reparar en el tiempo que pudiéramos tardar. ¿Cómo mirar el tiempo si cuando estaba con ella se detenía?

Una, dos, tres y perdí la cuenta de las veces que entré en ella cuando el orgasmo nos atenazó. Tras varios segundos, no pudimos más y acabamos sudorosos y sin aliento. Me dejé caer a su lado y la abracé.

—Me gustan estos desayunos —me aseguró, recuperándose.

—Te los daré todos los días de mi vida —respondí, besé la punta de su nariz y ella rodeó mi cuello con sus brazos.

Nos fundimos en un abrazo lleno de promesas. Un abrazo que decía más que las propias palabras que nos regalábamos a diario. A veces los actos demostraban más.

—Venga, desayuna. ¿Quieres que te caliente el café? —Me levanté y negó.

—Me beberé el zumo, tranquilo. ¿Tú no desayunas? Aquí hay suficiente para los dos —asentí y me senté a su lado para comernos todo lo que había puesto en la bandeja.

—¿Qué planes tienes para hoy? Había pensado que podríamos salir a cenar, ¿qué te parece?

—He pedido la tarde libre en el trabajo para ir con mi hermana, aún no tiene vestido de novia y está siendo muy complicada. ¿Qué tan difícil puede ser? Solo es un vestido, por el amor de Dios —comentó pasándose los dedos por el puente de la nariz.

—¿Vas a contarle lo nuestro? —quise saber.

No hacía mucho que estábamos juntos, ni un mes para ser más claros, pero me gustaría que su familia supiera sobre nuestra relación. No era por miedo a que se arrepintiera, todo lo contrario, lo que más quería era afianzar lo nuestro y si su familia era testigo de nuestro amor, mejor. Sabía lo importante que eran, para Daniela, sus padres. Me miró desconcertada y eso provocó en mí algo de miedo. ¿Y si no quería? ¿Y si quería mantenerlo en secreto? Esperaba que no, aunque igualmente me conformaría con tal de estar con ella.

—¿Quieres que lo cuente? Yo no lo había pensado porque creía que tú no querías —me confesó, y me regresó el alma al cuerpo. Suspiré a la vez que asentía.

—Claro que quiero. —La abracé—. Es más, me encantaría que estuviéramos juntos cuando se lo digas a tus padres. No quiero que mis suegros piensen que estoy contigo solo para pasar el rato... voy muy en serio contigo, Daniela. —Elevó las comisuras de sus labios y la besé.

—Está bien, quedaré para comer con ellos este domingo y se lo contaremos. ¿Te parece bien? —asentí feliz—. Tú... ¿has pensado en visitar a tu padre? —su pregunta me sorprendió—. Sé que no tienes buena relación con él, pero creo que sería buena idea que fueras a verle. No para que le digas lo nuestro si no quieres, pero sí para saber de él.

Sinceramente, no había pensado en la posibilidad de visitar a mi padre, no después de cómo habíamos acabado, pero estaba tan feliz que no me importaría compartir con él mi felicidad. Sin embargo, en mi interior había demasiado rencor hacia ese hombre que decía ser mi padre. Por su culpa mi madre y yo tuvimos que marcharnos y no le perdonaba todo lo que le hizo.

—No lo sé, Daniela. —Me levanté algo confundido—. ¿Por qué me sacas ese tema ahora? Sabes que mi padre es un cabrón, un alcohólico que le hizo la vida imposible a mi madre.

—Perdóname, no quería meterme en tu vida, Saúl. —Me siguió hasta el salón—. Es solo que sé lo mucho que te duele el pasado y creí que podrías... —Se quedó callada—. Déjalo, no debí meterme en tu vida. Olvídalo, ¿sí?

Se giró con la intención de ir al baño para ducharse, pero agarré su brazo antes de que lo hiciera y la atraje hasta mí. No podía enfadarme con ella solo por querer verme feliz. Nadie mejor que Daniela sabía lo que me dolían los recuerdos y mucho más el tener que irme lejos de ella cuando lo que más deseaba en mi vida era estar a su lado. La atrapé entre mis brazos con la intención de encerrarla en lo más profundo de mi alma.

—Lo siento... siento haberme puesto así —me disculpé—. Sé que solo te preocupas por mí y yo soy un capullo. —Me miró a los ojos—. Iré a ver a mi padre solo si tú me acompañas. —Sonrió de lado, complacida, y asintió.

—Claro que iré contigo, cariño. —Besó mis labios—. Ahora deja que vaya a ducharme si no quieres que me despidan por llegar tarde al trabajo. —Intentó librarse de mis brazos.

—Un poquito más, por favor. —Hice pucheros para convencerla.

—¿Tú también quieres que te despidan? Te recuerdo que tienes que irte también —mencionó.

Solté un bufido de pura frustración, me costaba mucho separarme de ella. La solté, pero antes de que se adentrara en el baño, cogí su mano y la atraje para besar sus labios. Soltó una risita graciosa y volví a soltarla, con todo el dolor de mi corazón.

Una hora después, ambos nos despedimos, pero antes de irnos a nuestros trabajos, le recordé que cenaríamos fuera esa noche.

Así, día tras día, llegó el domingo y estaba nervioso, pues era cuando iríamos a comer con sus padres para contarles lo nuestro, aunque algo me decía que ya sabían algo. Después, por la tarde, pasaríamos por la casa de mi padre tal y como le dije que haría.

Me desperté bastante temprano, Daniela dormía plácidamente a mi lado. Me levanté y me quedé unos minutos contemplándola; era tan hermosa. Su

cabello oscuro esparcido en la almohada, su cuerpo semidesnudo y sus labios semiseparados... era la mejor imagen que ver por la mañana y así quería que siguiera siendo.

Fui al baño para asearme, ya no podía dormir, me sentía algo inquieto y no sabía el por qué. Aunque intuía que era por ver a mi padre de nuevo. Tenía la necesidad de saber de él después de haber hablado con ella.

Cuando terminé, regresé a la habitación y me recosté a su lado para abrazarla. Daniela sintió mis manos porque su piel se erizó.

—Buenos días —susurró a la vez que se giraba para quedar frente a mí.

—Buenos días, pequeña. —Besé su frente—. ¿Has dormido bien? —Asintió y abrió sus ojos.

Estos me miraron con un brillo especial y seguía sin acostumbrarme a todo eso, a que ella amaneciera en mi cama y me demostrase su amor nada más abrir los ojos. ¿Lo conseguiría alguna vez? ¿Conseguiría acostumbrarme a algo que pensé una vez que no merecía?

—¿Qué hora es? —Se frotó los ojos.

—Las siete y media. —Los abrió de par en par.

—¿Adónde pretendes ir tan temprano? —se interesó, y solté una carcajada por el cambio tan brusco en su voz.

—A ninguna parte, no podía dormir. —Me puse boca arriba.

—¿Te pasa algo, cariño? —Reposó su cabeza en mi pecho y la abracé.

—No... solo pensaba en mi padre. No sé si es porque sé que lo voy a ver, pero tengo la sensación de que algo no va bien. Menos mal que tú iras conmigo.

—Te entiendo, pero seguro que no es nada. —Se incorporó—. ¿Quieres desayunar? —Me miró.

Alcé una ceja a la vez que me mordía el labio inferior y ella comenzó a negar a la vez que se levantaba para escapar de mí. Corrió hasta el baño y se encerró antes de que la atrapase entre mis brazos. Escuché sus carcajadas al otro lado de la puerta y me contagié porque me puse a reír sin control.

—Ya saldrás, ya —la amenacé—. Estaré aquí esperando y no podrás escapar de mí, ¿me oyes?

—¡Estás loco! —gritó.

—Sí, pero por ti, pequeña. ¡Estoy loco por ti!

Abrió la puerta, cogió mi mano y tiró de mí para después, pegar sus labios a los míos. La cogí en brazos y enroscó las piernas alrededor de mi cintura. Caminé con ella hasta la ducha y abrí el grifo. Soltó un grito al notar el agua

helada caer sobre nosotros, pero poco a poco, esta se fue calentando a la vez que nuestros cuerpos que ya ardían en deseos de unirnos de nuevo.

No sabía si en algún momento iba a saciarme de ella, de sus labios, su cuerpo, aunque tampoco tenía prisa en saberlo.

## Capítulo 25

### Daniela

Despedirme de él cada día me costaba demasiado, por mí me pasaría las veinticuatro horas a su lado, pero era consciente de que ambos teníamos que trabajar, más que nada porque si no, no podríamos pagar nuestros gastos y tendríamos que dejar el piso donde vivíamos.

Habíamos pasado de ser compañeros de piso a novios que vivían juntos. No sabía si era pronto para eso, ya que llevábamos muy poco tiempo, pero ya no sabría estar sin despertar a su lado.

Pasé toda la mañana metida en el trabajo, había pedido la tarde libre y, aunque me costó bastante convencer a mi jefa, me la dio. Había quedado con mi hermana para elegir al fin un vestido de novia y era tan indecisa que estaba segura de que esa tarde tampoco encontraría el indicado. Menos mal que yo iba con la clara intención de buscar hasta debajo de las piedras el mejor para ella.

Decidí llamar a mi hermana a la hora del almuerzo, para quedar con ella antes y así comer juntas. No me iba a ir a mi casa, prepararme algo y tardar mucho más. Ella aceptó, así que, al salir, me dirigí hasta su barrio para recogerla.

—Hola —la saludé cuando se subió al vehículo—. ¿Preparada para encontrar el vestido? —le pregunté en tono burlón.

—Muy graciosa. Primero vamos a comer, anda.

Arranqué el coche y fui metiéndome en el tráfico; iríamos al Muelle Uno para comer en uno de los tantos restaurantes que había en ese lugar. Hacía un día muy soleado y la verdad, para estar en otoño, se sentía un poco de calor. Menos mal que llevaba una blusa de manga corta debajo de la chaqueta y no de manga larga, como había pensado ponerme esa mañana.

Después de comer, aprovecharíamos que aparcaría en el aparcamiento subterráneo para ir a la tienda de vestidos de novia que había en el centro. Caminaríamos un poco, pero eso era mejor que tirarse horas buscando un lugar donde dejar mi coche; en el centro era una locura aparcar.

Cuando llegamos al restaurante, noté a mi hermana algo callada y pensativa y, aunque mi vena cotilla deseaba preguntarle, prefería que fuera ella misma la que quisiera contarme lo que le pasaba por si sola. ¿Quién era yo para estar averiguando sus cosas? Éramos hermanas, pero no las que se contaban todo, más bien estábamos bastante lejos de ser unidas. Si no fuera por su boda, no nos veríamos tan seguido.

—Daniela —me habló—. ¿Tienes novio? —preguntó, y por poco escupí el refresco que ya nos había traído el camarero.

—Eh, yo... ¿Cómo te has enterado? —podría haberme callado, pero no iba a esconder lo que era verdad.

—¿Entonces es cierto? —asentí—. ¿Es Saúl? —volvió a preguntar y volví a asentir.

—¿Me vas a decir ya quien te lo ha contado? Porque Saúl y yo no hemos dicho nada a nadie.

Entonces Fran entró en mi mente, seguramente había sido él, pues era el único que había presenciado nuestro beso, más que nada porque lo hicimos delante de él. Además, le dije que era mi novio.

—No me lo digas, ha sido Fran. Lo que me sorprende es que hayas hablado con él —dije antes de que ella hablase.

—Bueno, tampoco te creas que hablo con él todos los días, pero me lo encontré un día y me lo contó... ¿Tú y Saúl? ¿En serio? —Se me escapó una sonrisa bobalicona a la vez que movía la cabeza de arriba abajo rápidamente.

Seguimos hablando del tema y, la verdad, pensé que me diría algo malo al respecto, pero no fue así y me sorprendió. Le parecía muy bien que estuviera con mi mejor amigo... bueno, ya no era solo eso. «Suspiré».

Me preguntó si iría a la boda con él y respondí con un sí algo cómico que la hizo reír y no me podía creer que estuviera hablando de mis cosas con mi hermana y, sobre todo, que se estuviera riendo conmigo. Vale, a lo mejor estaba exagerando, pero no era así. Mónica era una mujer muy tosca y seria. Era de esas personas a las que le importaba el qué dirán, las apariencias y justamente por eso, ella y yo no podíamos tener una relación de hermanas normal. No obstante, estaba viendo un cambio en su persona y me gustó.

Terminamos de comer y me adelanté antes de que pagase Mónica. Me agradeció la invitación, pero ella tendría que invitarme a merendar.

—No hace falta, de verdad —mencioné, cogiendo mi bolso.

—Sabes que no acepto un no por respuesta, así que antes de que te vayas a tu casa, tenemos que comernos unas buenas tortitas. —Sonreí.

—Di que sí, calorías para el cuerpo antes de la boda —me burlé.

—¿Qué? Creo que estoy suficientemente delgada como para poder comerme un par de tortitas con Nutella. —Por poco se le salía la baba.

La miré con los ojos bien abiertos, lo que provocó que estallara en una carcajada que me dejó con la boca abierta. ¿Quién era ella y que había hecho con mi hermana? Me agarró del brazo y tiró de mí para que nos fuéramos de una vez a buscar ese puñetero vestido; palabras tuyas, no mías. Aunque yo también pensaba que era un puñetero por no aparecer de una vez.

Aún faltaban detalles para la boda y teníamos menos de dos meses para terminar con todo. Si no fuera por la *wedding planner*, estaríamos hasta arriba.

Entramos en la tienda y mis ojos viajaron por todo el lugar; la tienda era una maravilla. Mi hermana comenzó a mirar en las perchas a la vez que una mujer de más o menos nuestra edad se acercaba a mí para preguntarme.

—Bienvenidas a Pronovias. ¿La novia eres tú? —negué y señalé a mi hermana.

—Mónica, ven y dile a ella lo que quieres.

Mi hermana nos miró y se acercó a nosotras para empezar a narrarle a Mirian, así ponía en su chapita, lo que estaba buscando, aunque no estaba segura de que supiera lo que quería exactamente.

Mientras que mi hermana hablaba con la muchacha, yo miré los vestidos encandilada y, por un momento, me imaginé llegando al altar donde Saúl, vestido con un traje azul, me esperaba. Suspiré a la vez que cogía el vestido que me había gustado. No es que quisiera casarme con él, o sí, no lo sabía, y aún era muy pronto para pensar en ello. Lo que sí tenía claro era que quería pasar el resto de mi vida a su lado, aunque no lleguemos a pisar un altar. Hoy en día, no hacía falta dar el sí quiero delante de cien personas para demostrar lo mucho que amabas a tu pareja y eso lo había entendido tras el divorcio.

—Daniela... —Sentí la mano de mi hermana sobre mi hombro y pegué un respingo; me había asustado—. Te estaba llamando, sorda. —Miró mis manos—. Que vestido más bonito. ¿Te lo quieres probar? —Fruncí el ceño y negué—. ¿Por qué no? Será divertido, así nos hacemos unas fotos.

Me mordí el labio inferior y, tras unos segundos pensando, asentí. Entramos cada una en un probador y comenzamos a cambiarnos. Yo aún no



había visto el que Mirian, la dependienta, le había buscado a mi hermana. Al salir, ambas nos miramos y me emocioné, Mónica estaba realmente preciosa.

—Joder, Mónica... qué guapa. —Me acerqué a ella—. El vestido es una maravilla.

—¿Te gusta? —preguntó con una sonrisa sincera y yo asentí—. No lo sé... —Se miró al espejo—. ¿Crees que este es el elegido?

—¿Cómo te sientes? Solo sabrás si lo es, dependiendo de lo que sientas al mirarte al espejo.

Se quedó mirándose unos largos minutos y me percaté de que sus mejillas comenzaron a llenarse de lágrimas. Me acerqué a ella y la hice girar para que me mirase.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras?

—Es que no sé si... Déjalo. —Endureció el rostro y volvió a girarse para verse de nuevo—. Sí, elijo este.

Mónica había pasado de estar tranquila y risueña a un estado completamente opuesto. Me resultó extraño que, después de haber visto tantos vestidos, justamente ese día eligiera el primero que veía. Algo le estaba pasando y no sabía si sería buena idea preguntarle, pues no estaba segura de que tuviera tanta confianza conmigo como para contarme lo que le preocupaba.

—El tuyo es muy bonito también. —Me miró—. Estás muy guapa.

—Gracias, aunque no creo que me vuelva a casar —sentencié para que no rebatiera mis palabras.

La dependienta le cogió las medidas para arreglarle el vestido y que estuviera dispuesto para el día de la boda. Terminamos, Mónica dejó todo pagado y salimos de la tienda con lo más importante tachado de la lista.

Fuimos a merendar, como mi hermana había pedido y, por mucho que yo le sacara temas de conversación, se había cerrado en banda y no hablaba nada.

Sobre las ocho de la tarde, la dejé en su casa y me fui a la mía. Había sido una tarde muy rara, Mónica lo estaba, y mucho. Llegué a pensar que no quería casarse, que se estaba arrepintiéndolo, pero de ser así no iba a pagar un vestido de novia de cinco mil euros, ¿no? Que, por otro lado, vaya dineral. No recordaba que los vestidos fueran tan caros, aunque cuando yo me casé costaban más baratos.

Abrí la puerta de la casa y me encontré a Saúl saliendo del baño con una toalla alrededor de su cintura. Aun no se había percatado de mi presencia, por lo que aproveché para acercarme a él por detrás y tirar de la toalla para que se le cayera.

—Ups, que torpe soy —dije al tiempo que él se daba la vuelta con una sonrisa.

—¿Mi pequeña viene juguetona? —preguntó, acercándose a mí.

Asentí y pegué mis labios a los suyos para devorarlo como tanto me había imaginado todo el día. Saúl me apretó contra su pecho para mojarme la ropa, pues aún no estaba seco.

—Me estás mojando.

—Oh, vaya. Tendrás que quitarte la ropa para que se seque. ¿Te ayudo?  
—Me mordí el labio inferior a la vez que asentía.

Alcé los brazos para que me quitase la blusa, después me desabrochó el sujetador y volvió a abrazarme, pero esta vez fundiendo nuestra piel en una sola y encajaban tan bien, se sentía tan bien estar así con él. Volvió a atacar mi boca en un beso apasionado mientras que me bajaba los pantalones junto con la ropa interior, dejándome completamente expuesta. Me alzó para que abrazase su cintura con mis piernas y al bajar, entró en mí de una sola estocada. Jadeé al notar su miembro en mi interior y solté todo el aire que retenía. Justamente eso era lo que necesitaba, que Saúl me hiciera suya durante horas.

Íbamos a salir a cenar, pero la cena la llevamos a la cama, donde nos comimos a nosotros mismos, nos devoramos con ansias, con deseo y con todo el amor que sentíamos el uno por el otro.

Era algo inexplicable cómo latía mi corazón cuando estaba a su lado, y temía que solo fuera un espejismo, algo que yo misma había creado en mi mente para no perderle de ninguna de las maneras.

Tras pasar un tiempo maravilloso amándonos, escuchamos el rugir de mi estómago, algo que nos hizo reír a ambos.

—¿Tienes hambre? —se interesó.

—Hombre, se suponía que íbamos a salir a cenar, pero... ¿Pedimos comida china? —Le enseñé los dientes con la intención de convencerle, aunque siempre lo conseguía.

—Venga, ve a ducharte que yo lo pido.

Nos levantamos y, mientras que yo me duchaba, Saúl pidió la comida y casi una hora después, teníamos todo lo que había pedido sobre la mesa. Nos sentamos con la tele encendida, con la intención de ver esa película que jamás pusimos y así pasamos la noche.

Era tan fácil vivir con Saúl. Era muy atento y siempre estaba pendiente de mí y lo que quería y todos esos detalles solo hacía que creciera mi amor por él.

## Capítulo 26

### Saúl

Daniela ya estaba lista, esperándome para ir a casa de sus padres, aún era temprano, pero era tan puntual. Terminé de arreglarme y cogí el casco de la moto bajo su atenta mirada y comenzó a negar, eufórica.

—¿No pensarás que nos iremos en tu moto? —me preguntó.

—¿Sí? —Ella negó de nuevo—. Vamos, tengo ganas de llevarte detrás abrazándome. —Caminé hasta ella—. Te prometo que no correré demasiado.

Se quedó en silencio unos segundos, hasta que me sonrió asintiendo. Era muy fácil de convencer, al igual que yo, incluso tardaba menos que ella en claudicar. Salimos de casa y bajamos en el ascensor agarrados de la mano. Miré hacia abajo, observando lo bonito que se veía ir así con tu novia, con la mujer que amabas.

Nos montamos en mi moto y arranqué con ella apretando mi cintura. Con una de mis manos, cogí la suya a la altura de mi estómago y entrelacé los dedos para relajarla. No sabía que le temiese tanto a las motos. Además, estaba seguro de que ya se había montado en la de Jorge.

Tardamos más o menos quince minutos en llegar, la casa de sus padres no estaba tan lejos de la nuestra y la de mi padre, tampoco. Nos bajamos de la moto y al comprobar que era temprano, le pedí que fuéramos primero a ver a mi padre.

—Vamos. —Volvió a coger mi mano y tiró de mí.

Caminamos por el barrio que nos vio crecer agarrados y fue como si jamás nos hubiéramos separado. En nuestra niñez, también íbamos así por la calle, tan pegados que la gente murmuraba cosas, aunque en realidad fuéramos solo los mejores amigos. Si nos vieran en ese momento, podrían asegurarlo de verdad: Daniela y yo éramos novios.

Llegamos al edificio donde vivía mi progenitor y tras varios suspiros entramos para después subir al piso indicado. Daniela no me soltó en ningún momento, dándome su apoyo y cariño y, si no fuera por ella, no tendría la fortaleza de volver a buscarle. Pegué en la puerta varias veces, en el timbre otras tantas, y nadie abría, lo que provocó que me preocupase. De pronto, se abrió la puerta de una vecina y caminó hasta nosotros.

—¿A quién buscas? —se interesó.

—A Vicente, soy su hijo —respondí nervioso.

—¿No sabes lo que le pasó? —negué, temeroso de recibir una noticia para la que no estaba preparado—. Lo siento muchacho, tu padre murió hace un par de semanas.

Me quedé unos minutos bloqueado sin saber qué hacer o decir y era cuando me daba cuenta de que los nervios que sentía, solo era el presentimiento de lo que había ocurrido; mi padre había muerto y yo no había estado con él.

Sentí el apretón de Daniela en mi mano y eso fue lo que hizo que despertara de esos malos pensamientos que inundaron mi mente en cuestión de segundos.

—Yo... —no sabía qué decir.

—No sabía que tuviera un hijo, lo siento.

Me iba a girar para marcharme cuando la señora volvió a llamarme.

—Si quieres saber más detalles, tengo el número de la mujer que venía todos los días a acompañarle —asentí—. Espera un momento, te lo apunto.

Desapareció unos minutos y yo seguía sin saber que hacer al respecto. Daniela me abrazó en silencio, en ese momento no podía escuchar nada más y solo con su apoyo, me sentía tranquilo y bien, aunque fuera un momento duro en mi vida, otro para añadir a la lista.

La vecina apreció con un papelito en la mano derecha y me lo dio. Me dijo que, Dolores, que así se llamaba, era la única que estuvo con mi padre, y solo ella podría decirme algo más.

—Gracias por todo —le agradecí.

—No hay de qué.

Nos fuimos de allí, ya no había nada que hacer y era hora de ir a casa de los padres de Daniela, aunque lo que quisiera era estar solo en ese momento.

Sabía que mi padre no era perfecto, maltrató a mi madre durante años, era alcohólico y ludópata, pero era mi padre y, fuera por el motivo que fuera, no merecía morir sin mí a su lado. Supuse que, en esta vida, todo se pagaba, y eso fue lo que le pasó a él.

—Saúl, si no quieres ir a casa de mis padres, no pasa nada —mencionó ella, haciéndome parar en seco.

—Tranquila. —Acaricié su mejilla—. Estoy bien... bueno, a ti no puedo engañarte. Me ha dejado un poco mal enterarme así de la muerte de mi padre, aunque mentiría si dijera que me duele lo suficiente como para querer encerrarme por días en casa.

—Sabes que estoy contigo en todo, ¿verdad? —La abracé.

—Lo sé, pequeña, y por eso te amo tanto.

Besó mis labios y seguimos nuestro camino hasta la casa de sus padres, había llegado la hora de hablar con mis suegros.

Llegamos en poco tiempo y subimos enseguida, la puerta del portal estaba abierta. Daniela tocó el timbre en cuanto llegamos al piso y unos segundos después, Manuela, su madre, abrió la puerta. Esta, al vernos, besó a su hija con ganas, como si llevara sin verla meses. Después apartó a su hija y me saludó a mí con cariño.

Entramos y en el salón, Amador veía la tele mientras se bebía una cerveza.

—Buenas tardes, Amador —lo saludé extendiéndole la mano.

—Hola, Saúl. ¿Qué tal todo? —Me la estrechó a la vez que se levantaba—. Hola, cielo —saludó a Daniela.

—Hola, papá. —Besó su mejilla—. ¿Ya estás con la cervecita? —Alzó una ceja y él asintió—. Pues dame una, ¿no? —Le sonrió.

—Pero si tú no bebes nunca cerveza porque tienes que conducir —refirió él caminando hasta la cocina para cogerla—. ¿Tú quieres una, Saúl?

—No, gracias, hoy me toca conducir a mí. —Sacó la cabeza por la puerta de la cocina dándose cuenta.

—Ya decía yo.

Salió con una cerveza en una mano y una Coca-Cola en la otra que, supuse, sería para mí.

Manuela se sentó al lado de su hija y yo me senté en el otro sillón, cerca de su padre. Estaba nervioso, bastante a decir verdad y no solo porque fuéramos a decirles que estábamos juntos, también porque no sabíamos cómo se lo iban a tomar. No hacía tanto desde que Daniela se divorció, solo unos meses, aunque la relación con su ex se hubiese roto mucho antes. De igual manera, ambos teníamos claro que nos iba a dar igual lo que dijeran los demás, solo importábamos nosotros.

—Bueno, cariño. ¿Cómo te va en el nuevo trabajo? —habló su padre.

—Muy bien, mi jefa es simpática y mi compañero un cielo.

—Vaya... —Se quedó en silencio—. Tenía la esperanza de que quisieras volver a la ferretería. —Daniela se rio—. No te rías, ¿eh? No sabes lo mal que lo estoy llevando.

—¿Tan mal lo hace Yolanda?

—No tanto, pero a esa chica le hace falta un hervor.

Soltamos una carcajada al tiempo en el que su madre se levantaba para ver si ya había terminado la comida. Había preparado costillas al horno con arroz blanco. Gritó desde la cocina para que fuera Daniela a ayudarla mientras que Amador y yo nos quedamos solos en el salón. No sabía de qué hablar con él, me intimidaba bastante, siempre lo había sido así, incluso cuando venía a su casa hacía años.

Unos minutos después, ambas salieron con los platos y lo dejaron en la mesa. Nosotros nos levantamos para volver a sentarnos alrededor de esta; era hora de comer.

Estaba al lado de Daniela, lo que me ayudó a tranquilizarme. Ella cogió mi mano por debajo de la mesa y la apretó. Yo le regalé una mirada llena de complicidad que no pasó desapercibida a su madre y nos lo hizo saber.

—¿Estáis juntos? —preguntó, y Daniela y yo la miramos fijamente.

—¿Cómo van a estar juntos si son amigos? —respondió su padre, y eso no ayudó demasiado.

—En realidad sí, papá. Saúl y yo somos novios y precisamente para eso habíamos venido a comer, para contároslo antes de que lo supierais por otras personas —expresó ella.

Por un momento me quedé sin aliento, reteniendo todo el aire en los pulmones, hasta que Amador, en un intento de intimidarme, extendió su mano para apretármela y darnos su bendición.

—Saúl, he aprendido a no meterme en la vida de mi hija porque ya es adulta, pero eso no significa que me guste que le hagan daño —mencionó tras soltarme la mano—. Por eso espero que tú la hagas feliz, porque ella se lo merece.

—Amador, yo quiero que sepan —los miré a ambos— que yo adoro a su hija y no haría nada que le hiciera daño. Voy completamente en serio con ella. —Asintió complacido.

Manuela se levantó y me dio un beso en la mejilla, demostrándome el cariño que me tenía. Poco a poco, comencé a tranquilizarme, aunque aún me, después de la noticia de hacía unas horas.

Al menos, un poco de alegría detrás de la pena.

Seguimos con ellos un par de horas después de comer, hasta que Daniela fue la que me dijo que nos fuéramos ya. Nos levantamos y despedimos de sus padres.

Decidimos ir a una cafetería a tomar algo para que yo pudiera llamar por teléfono a Dolores. Nos sentamos, cogí el móvil y marqué el número de la única mujer que había aguantado a mi padre años, habría que saber hasta qué punto lo aguantó. La señora me lo cogió enseguida y cuando le dije quién era, me sorprendí al saber que sabía de mi existencia. Le pedí que nos viéramos y vendría al bar donde estábamos, ya que le pillaba cerca.

—Va a venir —anuncié con algo de nerviosismo.

—¿Estás preparado para hablar de tu padre con una desconocida? —se interesó.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Supongo que ella conocerá a mi padre mejor que yo y podrá decirme cosas que no sé.

Daniela besó mis labios mientras me abrazaba fuerte y mi corazón se aceleró, como siempre que ella se acercaba, me besaba o incluso, con una simple mirada conseguía ponerme nervioso.

Media hora después, una señora de más o menos cincuenta años entró en el bar y se acercó a mí, por lo que supuse que era ella.

—¿Saúl? —preguntó y yo asentí—. Te pareces mucho a tu padre —musitó algo emocionada a la vez que se sentaba frente a nosotros.

—Ella es Daniela, mi novia.

—Encantada —dijo mi chica.

—Igualmente. Eres muy guapa.

—Gracias. —Sonrió.

El camarero vino para apuntar lo que quería la señora y se fue en cuanto le pidió su café. No sabía por dónde empezar, y estaba seguro de que ella tenía muchas cosas que decirme de mi padre.

—Siento que te hayas tenido que enterar así del fallecimiento de tu padre, pero no tenía cómo localizarte —comenzó a hablar ella.

—¿De qué murió? —fue lo único que pude preguntar.

—El alcohol se lo llevó. —Agaché la mirada—. Debo decirte que intentó muchas veces dejarlo, pero el alcoholismo es una enfermedad muy jodida, y más cuando las personas tienen depresión. —Iba a responderle, pero no me dejó—. Sé que tu padre fue una mala persona con tu madre y contigo, pero se arrepintió toda su vida de ello. Cuando os marchasteis, se hundió, aunque sabía que era su culpa.

Nos vimos interrumpidos por el camarero que traía su café y dos refrescos más para Daniela y para mí.

Dolores tenía una carta que mi padre me había escrito, sin saber si algún día la iba a leer o no.

—La escribió unos días antes de irse... él sabía que el fin estaba cerca. — Sin darme cuenta, las lágrimas salieron sin control y ella agarró mi mano—. Él te quería mucho, pero no supo demostrártelo. Espero que logres perdonarle algún día, Saúl.

Estuvimos hablando un rato más sobre las pertenencias de mi padre, aunque tenía poca cosa, siempre vivió de alquiler y el poco dinero que le quedaba se lo gastaba en la bebida. Un rato después, nos despedimos de ella y nos fuimos a nuestra casa.

Cuando llegamos, estaba en silencio, pensando en la carta de mi padre y en si estaba preparado para leerla. Daniela entendió mi silencio y me dejó el espacio que necesitaba. Fui hasta mi habitación y guardé la carta en el primer cajón de la mesita de noche, ya la leería cuando sintiera que debía hacerlo. Me senté en la cama y volví a sacarla del cajón para después abrirla. Ciertamente no estaba preparado, pero necesitaba dejar atrás mi pasado y todo ese rencor con el que había vivido, y la mejor manera, era leer lo que mi padre tenía que decirme.



## Capítulo 27

### Daniela

Saúl llevaba un rato encerrado en la habitación y, aunque me moría por saber que estaba bien, él necesitaba un tiempo para estar a solas consigo mismo. Perder así a un padre, de un día para el otro, debía de ser duro... por mucho que dijera que no lo quería, una parte de él guardaba cariño hacia ese hombre. Posiblemente no fue un buen padre. No, claro que no lo fue, pero era su padre al fin y al cabo y, si quería dejar el pasado atrás, era el momento de perdonar.

Me levanté del sofá y fui a la cocina para preparar algo de cena, con suerte, gracias al olor de la comida recién hecha, Saúl saldría de la habitación.

Cogí las verduras mientras el arroz se cocía y comencé a picarlas; haría arroz tres delicias. Estuve cocinando, al menos, una hora entre una cosa y otra. Puse un mantel en la mesa de centro, los vasos y cubiertos, y serví dos platos de arroz.

Estuve mirando hacia la puerta unos largos minutos, esperando a que saliera, pero no lo hizo y ya no podía más. Abrí despacio y me lo encontré sentado en el suelo con la espalda reposando en la cama. Enseguida me preocupé y corrí hasta él para después agacharme.

—Saúl, ¿estás bien? —Tenía los ojos rojos de tanto llorar y se me partió el alma verle así.

Yo sabía que no estaba bien, por mucho que se hiciera el duro, que escondiera sus sentimientos, lo conocía demasiado. Me percaté de que tenía la carta de su padre entre las manos y me senté a su lado.

—¿Puedo? —pregunté, y me la tendió sin responder.

Comencé a leerla despacio y en silencio.

*Querido hijo, bueno, no sé si puedo llamarte así, si me dejarás llamártelo después del daño que hice. Sé que no fui el mejor padre, y mucho menos marido para tu madre, y no sabes lo mucho que me arrepiento de todo lo sucedido. Perdí el control, lo tengo muy claro, y después de haberos perdido, me di cuenta de que no solo os perdí a vosotros, perdí mi vida en ella porque me hundí mucho más de lo que ya estaba.*

*No te pido que me perdones, sé que eso es algo imposible, pero sí que no me recuerdes como un ser malvado que no te quería, porque sí que lo hacía, y mucho, aunque no te lo haya demostrado nunca.*

*Cuando viniste a verme, después de tanto años sin verte, fue como un soplo de aire fresco y en vez de aprovecharlo, te volví a echar de mi vida. Pero ¿cómo iba a dejar que te quedaras con un despojo como yo? Yo ya estaba demasiado jodido y lo único que se me ocurrió fue actuar como el mismo al que recordabas para que no te quedaras.*

Abrí los ojos sorprendida, no me esperaba para nada eso. Pasé mi brazo izquierdo por sus hombros para abrazarle mientras terminaba de leer la carta.

*Me estoy muriendo y es por eso por lo que te escribo esto, aunque no estoy seguro de si llegarás a leerla, al menos me servirá para desahogarme.*

*Quiero que sepas que amé a tu madre, que una vez fuimos felices, y más cuando llegaste a nuestras vidas. El resto ya lo sabes. Espero que creas en mis palabras, al menos en las que te digo que te quiero, hijo mío. Sé feliz, todo lo feliz que yo no supe hacerte como padre.*

Se me escaparon algunas lágrimas, era una carta muy emotiva y entendía que Saúl se sintiera así. Lo abracé y volvió a llorar, pero esta vez me dejó consolarle, estar a su lado. Para eso estaba la pareja, ¿no? Para recoger los pedazos del otro cuando caiga, secar las lágrimas cuando llorase y apoyarse.

—Te quería, Saúl. Quédate con eso, mi amor —murmuré en su oído.

—Eso es lo peor de todo, Daniela. ¿Por qué no me lo dijo en persona? Estoy seguro de que, de haberlo hecho, habría estado con él cuando... —No le salieron las palabras, volvió a derrumbarse.

—Ya, cariño. —Escondió su rostro en el hueco de mi cuello—. Estoy aquí... estoy aquí. —Le repetí una y otra vez a la vez que acariciaba su espalda.

Cuando logré que se calmara, salimos de la habitación y nos sentamos a comer. Saúl se sorprendió al ver la cena preparada y todo puesto en la mesa y se sintió mal por no haberme ayudado.

Cenamos mientras hablábamos de cosas triviales, lo que consiguió que Saúl se fuera relajando. Una cosa que me gustaba de él era la facilidad que tenía para volver a sonreír después haber llorado a mares, la fuerza de voluntad, las ganas de vivir. Yo estaría por los rincones destrozada, claro que yo era demasiado sensible.

Al terminar de cenar, Saúl se encargó de recogerlo todo mientras yo elegía alguna película para ver. Llegó unos minutos después con un bol de palomitas y solté una carcajada.

—Acabamos de cenar. ¿Pretendes engordarme? —Crucé las piernas en el sofá.

—No lo había pensado, a lo mejor así consigo que los hombres no te miren en la calle. —Fruncí el ceño—. Te miran y mucho, y tengo que ir pegado a ti para que no se te acerquen.

—Exagerado, tampoco soy tan...

—Eres hermosa, la más hermosa de todas. Jamás digas que no lo eres, porque te equivocas —dijo cerca, muy cerca.

—Eso lo dices porque estás enamorado de mí —rebatí.

—No, lo digo porque es la verdad, Daniela. —Cogió mis manos—. Además, no todo en la vida es la belleza exterior, lo importante es lo que tienes en tu interior y, déjame decirte, eso es superior.

De nuevo me dejaba sin palabras, porque siempre conseguía que me viera como la mejor de este planeta. Nunca me vi bonita, jamás pensé que lo fuera ni por dentro y mucho menos por fuera, pero Saúl hacía que me lo creyera, que sus palabras calasen hondo en mi interior.

Me senté sobre él y comenzamos a besarnos. «A la mierda la película», pensé cuando noté sus manos entrar por debajo de mi camiseta y acariciar mi espalda, erizando mi piel de arriba abajo.

Me quitó la camiseta, y yo a él, nos quedamos desnudos y, por primera vez desde que estábamos juntos... nos desnudamos en cuerpo y alma.

Saúl me decía cosas bonitas al oído mientras yo me movía despacio. El tiempo se detuvo cuando entró en mí, cuando percibí su miembro en mi interior. Seguí ese ritmo tortuoso, el de detener el tiempo, el de cámara lenta... el de ver amanecer a la vez que nuestros cuerpos seguían amándose.

Fue amoroso, romántico. Sus caricias me hacían arder, estremecer. Sus besos me hacían delirar, perder la cabeza... el rumbo de todo. Saúl se dejó hacer el amor, dejó que yo le amase esta vez, que llevase el control, aunque él se encargara de besar y acariciar mi piel sin reparo.

Nuestros ojos no podían mirar hacia otro lado, solo a nosotros y juraría que, con ellos, me decía lo que me necesitaba. Pegué mis labios a los suyos en un beso apasionado, en un intento loco de no perder el control porque no, en ese momento, no quería perderlo.

—Te amo, Saúl —musité con la voz entrecortada.

Devoró mis labios a modo de respuesta, metió su lengua en mi boca buscando la mía, buscando hacer el amor en todos los sentidos. Al separarnos, pegó su frente a la mía sin abrir los ojos y un suspiro desgarrador salió de lo más hondo de su garganta.

—Yo también te amo, pequeña... Te amo como jamás creí llegar amar a nadie.

Me emocionó tanto escucharle que unas lágrimas traicioneras se me escaparon y él las secó con la yema de sus dedos para después besar ese lugar y borrar todo rastro de ellas.

Aceleré mis movimientos, ya no podía más y él llevó su boca a mis pechos para besarlos, lamerlos y volverme jodidamente loca. El orgasmo comenzó a crearse en mi interior, con una velocidad que superaba el tiempo. Acabamos juntos tras varias estocadas más.

Después de eso, me cogió en brazos y me llevó hasta la cama para besarme lentamente. Para demostrarme una vez más que él era esa persona que yo siempre necesité en mi vida.

Sin percatarnos, nos quedamos dormidos abrazados, y la verdad ya se agradecía, pues había cambiado el clima y por la noche refrescaba, así ya no pasaríamos frío.

Los siguientes días fueron haciendo que nos uniéramos mucho más de lo que ya estábamos. Íbamos a trabajar después de desayunar juntos, algunos días almorzábamos y otras nos veíamos el día completo porque teníamos el día libre. Nuestra relación se estaba afianzando, algo que pensé que no pasaría y no podía negar que estaba feliz, algo que no podía ocultar.

Me pasaba todo el día con una sonrisa en los labios, suspirando a cada segundo y pensando en él mientras tanto.

Poco a poco, nos metimos en el segundo mes de noviazgo y seguíamos igual que antes... bueno, más pegados si podía. Faltaba muy poco para navidad y sería la primera que pasaríamos juntos, además de la boda de mi hermana, que estaba a la vuelta de la esquina.

Esa mañana de miércoles, me levanté con un fuerte dolor de cabeza, y era de esos días que no podía faltar al trabajo, más que nada porque estábamos a final de mes y cerraban cuentas. Saúl se percató de mi malestar y me trajo lo necesario: agua y pastilla. Aunque no siempre era efectiva.

—¿Mejor? —preguntó un rato después.

—Parece que va bajando la intensidad —respondí.

—Daniela, nunca te he preguntado esto, y la verdad tampoco nos hemos preocupado, pero...

—Tranquilo, tengo un DIU puesto —respondí sabiendo a que se refería.

Ciertamente jamás nos habíamos preocupado en usar protección, pero yo estaba tranquila porque sabía que no podía quedarme embarazada teniendo puesto el DIU. Me lo coloqué un año antes de mi separación. Supuse que él se relajó porque me veía tranquila a mí.

—Perdón, no quiero que pienses que me molestaría que estuvieras embarazada. —Abrí los ojos desmesuradamente.

—Ni lo digas, por Dios. —Me levanté—. No estoy preparada para eso.

—¿Por qué? A mí no me importaría tener a una pequeña Daniela correteando por la casa. —Sonreí llena de amor.

—Sí, pero aún es muy pronto, así que para el carro y piensa en otra cosa. ¿No prefieres un perrito correteando por la casa? —negó a la vez que reía.

Me abrazó y besó con pasión y ya sabía yo cómo acabábamos después de esos besos, así que me alejé lo más rápido que pude para darme una ducha y poder irme a trabajar antes de que me enganchara. Que no me quejaba, pero teníamos responsabilidades.

Cuando salí del baño, lo hice ya vestida. Saúl me miró de arriba abajo con una ceja alzada, algo que me hizo reír.

—¿Tienes miedo de que te secuestre y no te deje ir a trabajar? —Se acercó a mí peligrosamente.

—No, pero me conozco y te conozco y sé que no somos capaces de separarnos cuando... —Me besó para callarme.

Metió su lengua en mi boca sin previo aviso y yo la recibí gustosa. Pensé que vestirme rápidamente lo detendría, pero sabía que nada lo hacía cuando nos besábamos. El beso fue subiendo de intensidad y gemí en sus labios, haciéndolo conocedor de mi excitación. Porque sí, Saúl con solo un beso podía calentarme hasta el alma, y él lo sabía muy bien. No obstante, fue bueno y se separó de mí, me dio un beso en la punta de la nariz y me dejó desayunar para que pudiéramos irnos.

—No te acostumbres, eso solo será por hoy. —Me guiñó un ojo.

Media hora después, nos despedimos como cada día y cada uno nos fuimos a nuestros trabajos con el deseo de que acabase rápido el día para volver a vernos y devorarnos como tanto nos gustaba.

## Capítulo 28

### Saúl

Ese día era de esos en los que preferías quedarte en casa, tenía la sensación de que iba a ser una mierda y nunca me equivocaba cuando presentía algo.

Llegué al bar y mi compañera ya estaba allí. Me acerqué a ella con el ceño fruncido, pues había abierto antes de que yo llegase y eso me extrañó. Iba a preguntarle cuando salió una mujer del bar a la que aún no había visto la cara. Se giró y mi boca se desencajó.

—¿Lidia? —Caminó hasta mí—. ¿Qué haces aquí? —me interesé.

La última vez que nos vimos fue aquella noche en la que me jodió la relación con Daniela. Por su culpa estuvimos tres semanas sin mirarnos a la cara. «Reconoce que, si no hubiera sido por eso, Daniela y tú no estaríais juntos ahora», me recordó mi conciencia, y tuve que darle la razón, aunque me jodía bastante.

—Hola, Saúl. ¿Trabajas aquí? —Su sonrisa me decía que sí lo sabía, pero le encantaba hacerse la interesante.

—No te sorprendas tanto, seguro que lo sabías —repliqué.

Entré en el bar para soltar mis cosas y coger el delantal, ella vino detrás de mí, como siempre. Mi compañera nos miraba bastante sorprendida de que nos conociéramos, sobre todo porque Lidia no solo iba a trabajar allí, sino que era la novia del jefe y la había puesto como encargada.

—Saúl. —Escuché la voz de mi jefe.

—Dígame —respondí secamente.

—Creo que ya conociste a mi novia —mencionó agarrando su mano y llevándosela a los labios para depositar un beso en ellos.

—Sí, ya nos conocíamos. —Frunció el ceño—. Hemos trabajado juntos ya.

—Oh, vaya. Eso sí que no lo sabía —respondió con sinceridad, al menos eso me parecía—. Pues a partir de ahora, todo lo que tengáis que hablar conmigo, se lo decís a ella. ¿De acuerdo?

—Como usted diga.

Giré sobre mis talones para entrar en la barra y comenzar con mis quehaceres, lo que menos quería era seguir hablando con ellos, y mucho menos con ella. No sabía por qué, pero Lidia me iba a traer muchos problemas. No solo por lo que habíamos vivido, también por cómo acabamos. No me importaba que fuera mi encargada, que trabajase en el mismo bar que yo, ya estaba acostumbrado, pero sabía que escondía algo.

Durante una hora pude respirar con tranquilidad, pues se había ido con mi jefe y ese tiempo fue relajado. No obstante, tras ese tiempo, llegó, y esa vez sola. Sin decirnos nada, entró al baño y salió unos minutos después con una camiseta un poco más pegada y un delantal. Mis ojos se clavaron en su vientre y tragué saliva en cuando me percaté; Lidia estaba embarazada, aunque no parecía que estuviese de mucho tiempo. Por un momento me bloqueé y tragué saliva. Ella se dio cuenta de que la miraba y, con una sonrisa de suficiencia, se acercó a mí.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Oh, no sabías que estaba embarazada... qué raro. —Eso último lo dijo mirándome de una manera extraña.

—¿A qué te refiere con eso? Hace mucho que no hablamos y no tengo por qué saber nada de ti. ¿Crees que voy preguntando por lo que te pasa? —No quería ser borde, pero me salía solo.

—Ay, Saúl. —Suspiró—. A veces eres tan cortito. ¿No sabes quién es el padre? —preguntó y, para qué negarlo, su pregunta no me sorprendió. Yo mismo estaba dándole vueltas a la cabeza.

Iba a responderle cuando Melisa me llamó, tenía clientes que atender. «Salvado por la campana», pensé.

Salí para seguir con mi trabajo mientras que ella se quedó en el interior hablando con Melisa, supuse que mandándole a hacer cosas, porque así era Lidia; se creía la jefa de todo cuando le daban un poquito de confianza y en ese momento, peor, que era la novia del jefe. Entonces me quedé pensando, ese bebé podría ser de ese hombre y no mío... por qué no, ese bebé no era mío, no podía ser mío.

Pasé toda la mañana evitándola, pues usaba cualquier excusa para acercarse a mí para hablar conmigo y, la verdad, no estaba para escuchar

mentiras de mi nueva «encargada». Ya nos conocíamos, muy bien, a decir verdad, y sabía cómo era.

En mi media hora de descanso, salí con mi comida y me senté a la vez que mi móvil comenzó a sonar. Lo saqué del bolsillo y lo descolgué enseguida: era Daniela.

—Hola, pequeña... —Suspiré—. No sabes cuánto te echo de menos. Ya quiero que llegue la tarde para llegar a casa y estar contigo.

Todo lo dije muy rápido, casi sin dejarla hablar y con la voz entrecortada, estaba nervioso. No quería que se preocupara, pero no podía esconder mi malestar.

—Cariño, ¿te pasa algo? Estás muy raro.

«Estupendo, Saúl. Ya la has preocupado», pensé a la vez que tragaba saliva. Alcé la mirada y ahí estaba Lidia, acechándome desde la puerta. Solo esperaba que no se le ocurriera venir hasta mi mesa mientras que hablaba con Daniela, porque eso iba a joder mucho mi relación con ella.

—No, mi amor. Solo te extraño mucho y esta mañana no hemos tenido tiempo para... ya sabes. —Eso último lo dije más flojito, solo para que lo escuchara ella.

—Es verdad, mi dolor de cabeza no nos ha dejado, pero te lo compensaré esta noche, ¿vale?

—Ahora tengo más ganas de que pase rápido el día, llegar a casa y hundirme en ti durante horas —declaré bajito.

—Ya te tengo que dejar, cielo. Te quiero.

—Yo también te quiero, pequeña.

Unos segundos después de escuchar el beso que me mandó, colgué y me guardé el móvil de nuevo en el bolsillo. Lidia tardó muy poco en caminar hasta mí y sentarse en la silla que tenía enfrente.

Mis ojos se clavaron en ella y alcé una ceja mientras apiñaba los labios, demostrándole lo poco que me gustaba que hiciera eso.

—Veo que Saúl está enamorado. ¿Estás con tu compañera de piso? —Alzó una ceja.

—No te importa con quién esté, y te recuerdo que se llama Daniela. —Escupí y bebí un sorbo de mi refresco.

—No sé por qué estás así conmigo, Saúl. Creí que éramos amigos y lo pasábamos muy bien, ¿no? —La escruté con la mirada sin responderle—. Te voy a ser sincera —rodé los ojos—, ya sé que no acabamos muy bien y que te despedí, pero tienes que creerme cuando te digo que no sabía que trabajabas aquí, ha sido una sorpresa tanto para mí como para ti.



—Permíteme que lo dude, Lidia.

—Puedes pensar lo que quieras. —Iba a levantarse, pero no lo hizo—. Tenemos que hablar de esto. —Se señaló el vientre.

—No creo que yo tenga que hablar contigo sobre tu em...

—Es tuyo, Saúl —me interrumpió.

En ese momento quise salir corriendo, sabía que me iba a decir que era mío, pero no lo hice. Me eché hacia atrás, reposando la espalda en la silla, y todo sin quitarle la vista de encima.

—Mira, Lidia. —Acerqué mi rostro al suyo para que solo ella me escuchara—. No digo que no pueda serlo, pero te recuerdo que tú no solo te acostabas conmigo y que todas las veces que follábamos, lo hacíamos con condón, así que no me vengas con esas cuando has sido siempre muy...

—¿Me estás llamando puta?

—Hombre, la virgen María no eres precisamente —respondí cabreado.

—No sé si recuerdas la última noche que nos acostamos —negué, y era cierto—. Esa noche lo hicimos sin nada, guapetón. —Se levantó—. Después de ti no me acosté con nadie más, por eso sé que es tuyo.

Fue lo último que me dijo, y se metió de nuevo en el bar, dejándome completamente descolocado y, sobre todo, hecho una maldita mierda. No sabía qué iba a pasar si Daniela se enteraba de ese embarazo y lo que iba a influir en nuestra relación, pero lo que tenía claro es que tenía que hacerme una prueba de paternidad. Algo me decía que no era mío, aunque también podrían ser las ganas de que no lo fuera.

Joder, como dije antes de llegar al trabajo, ese día era de los que preferían quedarme en la cama, y tenía que haberlo hecho.

Lo que quedó de jornada laboral estuve tan ocupado que Lidia no volvió a acercarse, aunque lo intentó varias veces. Me percaté de que lo único que quería era desequilibrarme, porque si no, no sabía. No tenía sentido que, después de haber hablado, siguiera buscándome.

Miré el reloj y eran casi las ocho de la tarde, la hora de recoger todo e irme a mi casa. Cuando me disponía a hacerlo, volvió a ponerse delante de mis ojos.

—No me has dicho lo que haremos con...

—Joder, ¿me puedes dejar en paz de una jodida vez? —Había llegado a mi límite ese día—. De lo único que tenemos que hablar es de la prueba de paternidad que me haré. Tendrás noticias mías cuando pida la cita.

No la dejé responder y salí de allí como alma que llevaba al diablo. Tenía que averiguar todo lo relacionado con las pruebas de paternidad en

embarazadas, porque sabía que se podía, pero no en qué tiempo.

Llegué enseguida a mi casa y fui directo a la ducha, pues Daniela no había llegado, algo que me extrañó. Supuse que se habría entretenido o estaría buscando aparcamiento, ya me lo diría cuando llegase. Estuve debajo el agua bastante tiempo, sacando todo ese día de mierda para poder relajarme y que mi novia no me viese mal. Me costaba mucho esconder mi inquietud, y ella lo notaba enseguida.

Salí del baño con una toalla alrededor de mi cintura justo cuando Daniela entraba en casa. Me miró con una ceja alzada y caminó hasta mí despacio, moviendo sus curvas de un modo que se me secó la boca. Justo en ese momento me olvidé de todo, de lo que rondaba mi mente, lo que había pasado, y solo ella era capaz de hacer mi día mejorarse.

—Hola, pequeño —musitó en mi oído.

—Hola, pequeña. —Atrapé el lóbulo de su oreja con mis labios y tiré de él despacio—. Por fin estás aquí. —La abracé fuerte, aunque sin llegar a hacerle daño.

Nos quedamos así unos largos minutos, sintiendo cómo nuestros corazones conectaban de ese modo tan especial. Ambos se reconocían, latiendo al mismo son. Daniela me miró a los ojos con ese brillo tan especial, de esa manera tan bonita con la que me decía lo mucho que me había extrañado y me quería.

—¿Estás bien? —No quería recibir esa pregunta, pero ella parecía tener un sexto sentido.

—Tranquila, solo algo cansado. —Me separé unos segundos.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que me estás mintiendo —mencionó siguiéndome, ya que me adentré en nuestra habitación.

No quería que se preocupara, y mucho menos quería que se enterase de nada hasta que no estuviera seguro de que ese bebé era mío. ¿Y si no lo era? Prefería que lo supiera solo si se confirmaba.

Me senté en la cama y agaché la mirada, ciertamente me estaba costando mucho ocultarle eso, no me gustaba mentirle... no a ella. Daniela merecía la verdad, toda la verdad, incluida esa verdad que conseguiría abrir una brecha en nuestra relación. Me entró el pánico cuando entró en mi mente la posibilidad de perderla, así que alcé la mirada y le sonreí con picardía.

Ella estaba delante, a unos pocos milímetros de distancia. La atraje hasta mí y llevé mis manos hasta la cinturilla de su pantalón para después desabrochar el botón y, por consiguiente, bajar la cremallera. Comencé a bajar la parte de abajo sin dejar de mirar sus ojos y se mordió el labio inferior

en cuanto notó mis labios en ese lugar. Besé sobre la tela de algodón su sexo, arrancándole un jadeo nervioso que me sacó una sonrisa.

No tardamos ni un minuto más en comernos a besos, en devorarnos como tanto habíamos deseado durante todo el día.

Tenía miedo de perder lo que tenía con Daniela, con mi pequeña, y haría todo lo que estuviera en mi mano para que eso no ocurriera, porque si llegaba a pasar, no sabría qué iba a hacer con mi vida.

## Capítulo 29

### Daniela

Mi vida había cambiado en muy corto tiempo y estaba feliz, demasiado feliz. ¿Por qué pensaba en ello en ese momento? No quería hacerlo, pero notaba a Saúl muy extraño y llevaba así más de una semana. No es que le pasase algo conmigo, eso no... conmigo no había cambiado en ningún aspecto, pero cuando llegaba del trabajo, tardaba en volver a ser ese hombre que me volvía loca, como si su mente estuviese en otro lugar u otra persona. Aunque no quería pensar en esa posibilidad, estaba ahí, y si era eso, prefería saberlo cuanto antes.

¿Qué más daba cuándo lo supiera? Me iba a hacer el mismo daño en ese momento o después de un tiempo. Amaba a Saúl, mucho más de lo que creía, y no quería perderle. Por eso tenía que averiguar lo que estaba pasándole.

Faltaba una semana para la boda de mi hermana, y gracias a Dios ya estaba todo listo. La verdad es que la *wedding planner* se lo había currado bastante, tanto que Mónica y yo solo nos vimos una vez más y solo fue para que me cogieran las medidas para el vestido de dama de honor. Bueno, a mí y otras amigas tuyas a las que parecía que yo no le caía muy bien, aunque era recíproco.

Era sábado, un día tranquilo, y como no tenía nada mejor que hacer, me puse a limpiar la casa de arriba abajo. Durante toda la semana no podíamos ninguno de los dos por temas laborales, y al estar sola, ya que Saúl estaba trabajando, aproveché la soledad para ocupar mi mente en algo mejor que estar pensando tonterías. Porque, por más que quisiera alejar de mi cabeza los malos pensamientos que me llevaban a pensar que Saúl me estaba ocultando algo, no podía y me jodía demasiado estar así.

Puse YouTube en la tele y tras recogerme el cabello en un moño mal hecho, comencé con el aseo. Puse lavadoras, tendí, planché, barrí, fregué... hice demasiadas cosas durante toda la mañana. Cuando acabé, a eso de las dos de la tarde, me duché y vestí rápidamente para ir a comprar algo de comida. Casi no nos quedaba de nada y quería preparar algo especial para esa noche, ya que el domingo no trabajábamos ninguno de los dos. Mientras bajaba en el ascensor, recibí un wasap de Jorge.

*Jorge: Hola, preciosa. ¿Cómo estás? ¿Sigue en pie la invitación a cenar?*

*Daniela: Hola, guapo. Por supuesto que sigue en pie. De hecho, estoy en este momento comprando. Compraré para cenar los tres.*

*Jorge: Perfecto. ¿Tengo que llevar algo?*

*Daniela: Claro que no. Con que vengas tú tenemos suficiente.*

Seguimos mensajeándonos durante unos minutos y quedamos en que llegaría sobre las nueve y, cómo no, traería una botella de vino, aunque le dijera que no hacía falta.

Estuve en el súper bastante tiempo, había mucha gente. Unos larguísimos minutos después, me tocó pagar y regresé a la casa. Cuando entré, fui directa a la cocina para calentarme un poco de tortilla de patatas de esas que vende el supermercado y que calientas en el microondas, no me dio tiempo para más.

Justo cuando me senté en el sofá para comer, el timbre de la casa sonó. Me levanté extrañada, pues no esperaba a nadie. Abrí la puerta y una Mónica echa un mar de lágrimas entró a toda prisa para después abrazarse a mí.

—Eh, eh. ¿Qué te pasa, hermana? —me interesé, pero las palabras no le salían—. Ven, siéntate.

La llevé hasta el sofá y nos sentamos una al lado de la otra. La observé un tiempo prudencial, esperando a que ella fuese la que hablase y me contase lo que le pasaba. Al comprobar que no decía ni media palabra, le pregunté.

—Mónica. —Cogí su mano y pegó un respingo, asustada. Se había quedado con la mirada perdida—. Cuéntame, por favor. ¿Le ha pasado algo a papá o maná? —pregunté percatándome de ello, y de solo pensarlo, me puse nerviosa. Ella negó, lo que hizo que me relajara—. Entonces...

—Yo... no sé cómo empezar —musitó—. Llevaba tiempo observando a Víctor, estaba tan extraño y no quería pensar mal de él, que estuviera... —se quedó unos segundos en silencio—. Me ha engañado, Dani. Esta mañana fui a la oficina de Jimena y me los he encontrado follando como conejos en la mesa de esa zorra. ¿Te lo puedes creer? ¿Cómo puede hacerme esto una semana antes de la boda?

Mis ojos se abrieron desmesuradamente, no podía creer lo que mi hermana me estaba contando. Mi cuñado le había puesto los cuernos con la tía que estaba ayudándole con los preparativos de su boda. Ahora entendía el porqué de contratarla a ella y no buscar a otra más asequible, porque, todo había que decirlo, no era para nada barata.

La abracé, no podía hacer otra cosa. Mi hermana me necesitaba, necesitaba mi apoyo y se lo daría. No obstante, me cabreeé muchísimo por cómo había actuado mi cuñado, lo cobarde que había sido, y se lo tenía que decir. Me separé de ella unos minutos y cogí mi móvil para marcar el número de ese cabrón. Todo lo hice bajo su atenta mirada, pero no se percató de que lo llamaba a él hasta que no me escuchó decir su nombre.

—Vaya, pensé que no lo cogerías.

—¿Está tu hermana contigo?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Acaso piensas que podrás convencerla de que ha sido un malentendido? ¡Te ha visto follándote a otra mujer, cabrón! —grité fuera de mí.

—Ponme a mi mujer ahora mismo, Daniela —solté un «ja» al escuchar esa estupidez.

—¿Tu mujer? No, ella no es nada tuyo —escupí soltando toda mi frustración con él.

Porque sí, me sentía bastante frustrada con ese tema. Vale que yo no tenía la certeza de que Fran me hubiese engañado, pero sí me dejó por otra. Era el modo de desahogarme, de soltar lo que en su día reprimí. No porque me importase, eso ya estaba superado, pero me jodía que los hombres cometieran esos «errores» y se quedaran tan tranquilos como si fuera la cosa más normal del mundo.

Con un último grito, cagándome en todo, le colgué antes de que pudiera responderme. Tiré el móvil al sofá y me senté de nuevo a su lado. Mi hermana cogió mis manos sin dejar de llorar.

—Muchas gracias, Daniela —dijo en un hilo de voz—. Has hecho lo que yo no hice por ti y no sabes cómo me jode no haber sido la hermana que necesitaste —comencé a negar, no tenía importancia—. Quiero pedirte perdón por no entenderte, por no apoyarte cuando Fran te dejó. —La abracé con cariño.

—No pasa nada, Mónica. Ya sabes que yo no te guardo rencor... eres mi hermana y te quiero. —Sonrió a la vez que volvía a llorar.

Sequé sus lágrimas con la yema de mis dedos e hice que se olvidase del tema, al menos intentarlo, aunque sabía que era complicado borrar de tu

mente esa imagen en la que veías constantemente a la persona que amabas retozar con otra.

—Lo sé, pero no he sido justa contigo, creo que jamás lo he sido y me siento fatal.

—Bueno, dejemos el tema. ¿Has comido? —negó con la cabeza gacha—. Vamos a calentar más tortilla, ¿te apetece? —asintió, regalándome una sonrisa sincera.

Sabía que mi hermana quería remendar el daño, todos los desplantes que me hizo en nuestra vida, pero ¿de qué serviría ahora remover el pasado? Ya estaba olvidado, al menos para mí, y sinceramente, no le ponía atención a las cosas que restaban en mi vida. La quería mucho, era mi hermana y tenía la certeza de que ella también sentía lo mismo por mí. Solo... eligió un camino diferente al mío, pero eso no significaba que no nos quisiéramos, ¿verdad?

Comimos en armonía, hablando de muchas cosas y, aunque estaba destrozada por lo que le había pasado, me propuse conseguir que se relajara, que se olvidara un poco de ello. Era complicado, yo lo sabía mejor que nadie, pero tener a alguien con quien compartir momentos buenos era suficiente para olvidar el motivo por el que acabó viniendo a mi casa.

Por la tarde, regresó el tema principal y volvió a sentirse mal, a llorar y contarme algunas cosas de las que yo no tenía constancia. Al parecer, Víctor era, en parte, quien conseguía que ella se alejara de su familia y decía en parte porque ella también tenía culpa. Lo mejor de todo era que estaba reconociendo su error, que sabía que podía haber hecho las cosas de otra manera y eso me gustó, fue como comenzar a recuperar a mi hermana.

—¿Qué vas a hacer ahora? —No quise hacerle esa pregunta, pero era necesaria.

—No lo sé, Dani. Estoy echa un maldito lío...

—Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites. —Apreté su mano, interrumpiéndola.

—¿De verdad? No quisiera molestar.

En ese momento se abrió la puerta y Saúl entró en la casa. Al ver a mi hermana llorando, se preocupó y caminó hasta nosotras, decidido. Primero me saludó, dándome un beso en los labios.

—Hola, pequeña —dijo en mi oído—. Siento no haberte llamado hoy —se disculpó.

La verdad es que, con tanto lío, ni me había dado cuenta de que no me había llamado. Normalmente hablábamos a diario a la hora de comer, pero con la llegada de mi hermana, se me fue el santo al cielo. Saludó a Mónica

con dos besos y preguntó por el motivo de esas lágrimas. Se sentó en una silla frente a nosotras, esperando una respuesta que no llegaba por parte de ella.

—Pilló a mi cuñado con otra... Con la organizadora de la boda —comenté, y él abrió los ojos sorprendido.

—Lo siento mucho, Mónica. —Cogió su mano—. Pero no estás sola, ¿vale? Nosotros estamos aquí para lo que necesites.

—Eso le estaba diciendo, que puede quedarse aquí el tiempo que necesite.

—Lo siento, de verdad y creo que no debería quedarme aquí —musitó entre hipidos.

—No digas tonterías, hermana. Tú dormirás en mi antigua habitación y no hay más que hablar. Ahora, ve a darte una ducha y coge algo de ropa para cambiarte —asintió, levantándose.

Le indiqué dónde estaba mi cuarto y se metió en él para coger lo necesario mientras que Saúl y yo íbamos a la cocina, ya que tenía que preparar la cena. Cuando nos quedamos solos, me abrazó con todas las ganas contenidas y besó mis labios con pura pasión. Mordió mi labio inferior al separarse y sonreí complacida.

—¿Quieres que te ayude en algo? —preguntó, yo asentí.

—No me ha dado tiempo a decírtelo, pero esta noche viene Jorge a cenar. —Su semblante cambió—. Oh, vamos, Saúl. No ponga esa cara, es nuestro amigo y bueno, con mi hermana aquí podemos pasar un buen rato.

—Está bien, lo siento. —Me abrazó por la espalda—. Es que no soporto cuando otro te mira con las mismas ganas con las que te miro yo —dijo en mi oído—. Te deseo tanto... te adoro tanto, mi amor.

Giré entre sus brazos, quedando frente a él, y subí mis brazos hasta su cuello para abrazarle.

—Yo también te adoro, cariño. —Besé la punta de su nariz, su mejilla y sus labios.

Saúl metió su lengua en mi boca con la intención de volverme loca. Sabía lo que provocaba en mí esos besos que me daba y cuando noté sus manos por debajo de mi camiseta, jadeé su nombre en un intento fallido de controlarme. Me cogió en brazos, me sentó en la mesa de la cocina y abrí las piernas para que se colocara entre ellas, y todo sin dejar de besarme, de comerme la boca con ansias, con deseo y con amor, mucho amor.

—Saúl —dije su nombre entre besos—. Será mejor...

—Shh, no puedo parar de besarte, pequeña —susurró—. Y lo único que deseo en este momento es hundirme en ti toda la noche.



No sabía cuánto tiempo estuvimos así, besándonos sin descanso, acariciándonos sin reparo y excitándonos sin remedio.

## Capítulo 30

### Saúl

Esos días en el trabajo, teniendo a Lidia todo el tiempo buscando el modo de acercarse a mí, fueron desastrosos, y lo único que pedía a gritos era que llegase la hora de acabar mi turno para regresar a casa con la mujer de mi vida.

Estuve averiguando sobre las pruebas de ADN en embarazadas, si Lidia estaba tan segura de que era mío, ya podía hacerse la prueba, ya que solo se podía si estabas de diez semanas o más. Guardé el contacto de una de las clínicas y antes de irme le diría que pidiéramos la cita lo antes posible, pues ya no podía más con la presión.

Daniela notaba mi estado, lo veía en su rostro, en su inquietud, y me sentía culpable. Debería contarle lo que estaba ocurriendo, pero el miedo me bloqueaba cuando intentaba hacerlo. ¿Y si me dejaba por eso? No, no podía permitir que algo que pasó cuando no estábamos juntos consiguiera separarnos. Yo la quería, la amaba demasiado, pasé toda mi vida pensándola, deseando estar con ella, y en ese momento que lo había conseguido, nada ni nadie podía alejarnos.

Llegó mi media hora de descanso, pero había tantas personas ese día que no pude comer. Era sábado, y siempre se llenaba, al menos me ayudó para dejar de pensar en lo que se avecinaba.

Sobre las siete y media, comencé a recoger mis cosas para marcharme. Lidia estaba en la puerta, así que aproveché para acercarme a ella y contarle mis planes.

—Tenemos que hablar —le dije, pasando por su lado.

—Ahora no es un buen momento —respondió con altanería.

—Pues lo siento por ti, pero me tienes que escuchar —repliqué, quería volverme loco y no se lo iba a permitir.

—Habla. —Me miró fijamente.

—Tengo el número de una clínica privada para hacernos la prueba de ADN. —Rodó los ojos—. Me importa muy poco tu malestar, Lidia. Esto tenemos que hacerlo y ya.

—No pienso hacerme ninguna prueba, Saúl. Yo sé que es tu hijo y con eso debe bastarte. —Solté una risita irónica.

—No estás hablando en serio... —comencé a negar—. Si tan segura estás, ¿por qué no quieres hacerte la prueba? Me tomaré tu negativa como la prueba de que ese bebé no es mío.

Esa situación me estaba sobrepasando y ya no podía más con tanta ansiedad. Me estaba costando conciliar el sueño y estar al lado de Daniela mientras le ocultaba algo de lo que acabaría enterándose. Que Lidia no quisiera hacerse la prueba solo significaba que no era mío... pero igualmente me sentía igual, y hasta que no supiera la verdad, no iba a poder seguir con mi vida.

—Piensa lo que quieras, y ahora, si me disculpas, mi novio me está esperando. —Se giró y agarré su brazo antes de que se marchara.

—Si no te haces la prueba, le diré a tu novio que dices que ese bebé es mío. A ver si le hace tanta gracia como a ti —sentencié a la vez que ella se soltaba de mi agarre de mala manera.

Por mucho que quisiera que se hiciera la prueba, si ella se negaba, no había nada que hacer. Tenía que pensar en la manera de convencerla y poder contarle a Daniela todo. ¿Qué pensaría? Dios, no podía seguir así, tenía que decírselo.

Caminé hasta mi casa con eso rondando mi cabeza y lo había decidido, se lo contaría en cuanto tuviéramos un momento tranquilo.

Llegué y entré en la casa con el deseo de cogerla en brazos y besarla hasta que se nos adormecieran los labios y si no fuera porque, al entrar, encontré a mi cuñada echa un mar de lágrimas, lo habría hecho. Enseguida me preocupé y, tras saludar a mi chica, le pregunté lo que estaba pasando.

Por lo visto Mónica había pillado a su prometido follando con la *wedding planner*, que ya había que ser muy cabrón de hacerle eso a la mujer con la que compartirás tu vida, una semana antes de la boda.

—Lo siento mucho, Mónica. —Cogí su mano—. Pero no estás sola, ¿vale? Nosotros estamos aquí para lo que necesites.

—Eso le estaba diciendo, que puede quedarse aquí el tiempo que necesite —intervino Daniela.

—Lo siento, de verdad y creo que no debería quedarme aquí —musitó entre hipidos.

Daniela le dijo que se duchara mientras que nosotros nos fuimos a la cocina para preparar la cena, lo que no me esperaba era que Jorge iba a venir a cenar esa noche y por un momento sentí una punzada de celos que no pude esconder. No obstante, sabía que era nuestro amigo y que, por mucho que él estuviera interesado en mi novia, porque era mi novia, no iba a conseguir nada con ella. Daniela me lo dejó claro, así que me relajé y la besé como tanto deseaba día a día.

La cogí en brazos para sentarla en la mesa y me posicioné en medio de sus piernas con la clara intención de devorarla, de hacerle ver cómo me ponía cuando la tenía cerca. Escuché ese gemido tan perfecto y me volví loco, mucho más loco de lo que ya estaba por ella.

Justo cuando nuestros labios volvieron a juntarse, cuando mis manos cogieron vida propia y empecé a tocarla, sonó el timbre de la casa. Agaché la cabeza, pegándola en su pecho y bufé cabreado, algo que le hizo mucha gracia a ella.

—Vamos, ve a abrirle a nuestro amigo. —Pidió a la vez que se bajaba de la mesa—. Te prometo que esta noche dejaré que me hagas todo lo que tú quieras —murmuró en mi oído antes de que saliera de la cocina.

—¿Todo, todo? —Alcé una ceja con picardía.

—Todo, todo, mi amor. —Me guiñó un ojo y yo mordí su labio inferior en respuesta.

La dejé en la cocina y me dirigí hacia la puerta para abrirle a Jorge y al hacerlo, me saludó con una sonrisa mientras me daba la botella de vino que había traído.

—No hacía falta, tío —mencioné, dejándola sobre la mesa.

—No importa —le insté a que se sentara—. ¿Y Daniela? —se interesó.

—En la cocina, preparando la cena —respondí sentándome al lado de él.

—Saúl, yo quería pedirte disculpas. —Fruncí el ceño—. Sé que la última vez que nos vimos aquí acabamos muy mal y no me gusta estar así con alguien que ha sido amigo mío —declaró algo nervioso—. También quiero que sepas que me alegro mucho por vosotros, Daniela se merece a un buen hombre a su lado y sé que tú lo eres.

—Gracias —respondí—. Yo también debería pedirte perdón, aquella noche también me pasé mucho contigo. ¿Amigos? —extendí la mano para

que la estrechara.

—A mí me das un abrazo, tío. —Soltamos una carcajada que hizo que Daniela saliera de la cocina.

Al vernos dándonos un abrazo, se puso feliz, y si ella era feliz, yo lo sería más. Se acercó a Jorge y lo saludó con cariño y me di cuenta de que los celos eran una enfermedad que te hacía ver lo que no existía y en ese caso, entre ellos no había más que una bonita amistad.

Unos minutos después, Mónica salió de la habitación ya cambiada, caminó hasta nosotros y cuando vio a Jorge, alzó ambas cejas por la sorpresa.

—¿Jorge?

—Joder, Mónica. ¿Cómo estás? Cuánto tiempo sin vernos.

Habíamos pasado tanto tiempo juntos que era como volver al pasado, a esos años en los que no nos importaba nada más que no fuera llegar al viernes para salir con los amigos. Teníamos un grupo bastante reducido, y las hermanas Martín eran las princesas de ese grupo... nosotros, los caballeros que la cuidaban.

Dejé a Jorge y Mónica poniéndose al día y fui a ayudar a Daniela con la cena, aunque ya lo tenía casi todo preparado; solo faltaba servir.

—Qué buena pinta tiene esa lasaña —hablé detrás de ella, asustándola.

—Joder, que susto.

—¿Tan feo soy? —Le sonreí.

—Para nada, creo que eres el hombre más guapo que he visto en mi vida. —Me besó—. ¿Me ayudas? —asentí y nos pusimos a servir.

Salimos con los platos y Daniela fue a por los cubiertos y las copas, pues no nos dimos cuenta de que aún no habíamos puesto la mesa.

Nos sentamos y comenzamos a cenar mientras hablábamos de todo lo que habíamos hecho, recordando algunas cosas de niños; sobre todo las trastadas que planeábamos cuando íbamos a la playa. La verdad es que éramos muy traviesos, y más cuando nos juntábamos. Aunque la mayoría del tiempo estábamos Daniela y yo solos, y en esos momentos, lo único que me interesaba era besarla, algo que jamás llegué a hacer por miedo al rechazo. ¿Quién me iba a decir a mí que quince años después sería el novio de Daniela, la chica más hermosa?

Pasamos una noche agradable, algo que agradecí, pues me ayudó a no pensar, prácticamente me olvidé de ese tema. Sobre las dos de la mañana, Jorge se fue y Mónica se acostó, estaba agotada.

Nosotros nos quedamos en el salón, sentados en el sofá después de haber recogido todo lo que habíamos utilizado en la cena. Daniela reposó su cabeza

en mi pecho y yo acaricié su cabello. Así estuvimos unos largos minutos, disfrutando del silencio, de nosotros. Podría elegir un momento así para decirle lo de Lidia, pero no lo hice por cobarde, porque eso era lo que era, un cobarde.

—Estás muy callado —habló ella.

La miré y tenía los ojos cerrados.

—¿Estás bien? —Se incorporó... Yo negué—. ¿Qué te pasa? Yo sé que... —Puse un dedo en sus labios para callarla.

—No pasa nada... solo... Nada, que te amo y quiero pasar el resto de mi vida contigo. —Sonrió, regalándome esa mirada tan bonita—. Quiero que sepas que eres la persona más importante de mi vida y que... —Me imitó y puso un dedo en mis labios.

—Shh, no digas nada más.

Se levantó y cogió mi mano para llevarme hasta nuestra habitación. Me empujó sobre la cama y comenzó a desnudarme, empezando por la camisa y después, poco a poco, fue bajando para quitarme los pantalones. Se quedó agachada, llevando sus labios a mi miembro ya duro, ya dispuesto; y ella, ni corta ni perezosa, lo sacó de su encierro para después llevárselo a la boca. Mis ojos se abrieron y cerraron casi al instante y no solo por lo que me hacía sentir, también por la sorpresa de verla en esa tesitura, pues era la primera vez que lo hacía.

Cogió mi polla con una de sus manos y lamió de arriba abajo, desde la punta hasta el tronco y todo sin dejar de mirarme a los ojos. Era un espectáculo, algo que me estaba enloqueciendo y no podía terminar en su boca, no quería eso.

—Joder. —Suspiré cuando volvió a metérselo entero y eché la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

Estaba acabando con la poca cordura que me quedaba, aunque hacía tiempo que ella me hizo perderla. Dentro y fuera, una y otra vez y estaba a punto de llegar al límite, por lo que decidí cogerla y tumbarla en la cama para desnudarla y besar cada rincón de su cuerpo, dejando mi huella en toda su piel, haciéndola mía, recordándole que lo era una y otra vez, hasta que desfalleciéramos... hasta que muriéramos.

En mi vida tenía dos cosas muy claras: una, Daniela era el amor de mi vida; y dos, el amor de mi vida era Daniela.

## Capítulo 31

### Daniela

Por la mañana, me desperté gracias a que la luz del sol se coló por las cortinas. Me giré para ver si Saúl aún dormía, pero no estaba. Me levanté, caminé hasta la silla que teníamos en la habitación y cogí mi bata, hacía bastante frío. Salí de la habitación y me encontré a mi novio y hermana charlando en el salón.

—Buenos días —saludé, caminando hasta ellos—. ¿Hay café? Necesito uno con urgencia. —Bostecé, sentándome en la silla.

—Ahora mismo te lo traigo, cielo —dijo Saúl en mi oído.

—Gracias, cariño. —Besó mis labios.

Fue hasta la cocina y miré a mi hermana que tampoco dejaba de mirarme a mí.

—¿Cómo estás? ¿Has dormido bien? —me preocupé.

—Sí, gracias, la cama es muy cómoda —respondió y suspiró—. No, no estoy nada bien y no sé qué voy a hacer. Faltan seis días para la boda. ¿Cómo me voy a presentar en la iglesia para casarme con un hombre que me ha engañado? No puedo...

Me levanté para sentarme a su lado, cogí su mano y la apreté para que sintiera mi apoyo. Entendía perfectamente lo que sentía, lo que decía y, si yo fuera ella, no me casaría con ese hijo de puta al que le importó una mierda la boda que estaba preparando con la «mujer de su vida». Qué ilusas éramos a veces, ¿no? Algunos hombres pensaban que éramos tontas, que no nos enterábamos de nada y que ocultarlo era mejor que contar la verdad. «¿Eso lo dices por Saúl?», pensé, y negué para quitarme esa tontería de la cabeza. No podía pensar en la posibilidad de que mi novio, ese hombre que me procesaba

amor a diario, estuviera ocultándome algo tan fuerte que no lo dejaba ser el mismo.

—No tienes que casarte si no lo ves claro, Mónica... quiero que sepas que, decidas lo que decidas, me tienes aquí para ti. —Me abrazó, y podía sentir su cariño sincero por primera vez en la vida.

—Gracias, de verdad, hermana... no sabes lo mucho que te quiero, aunque no te lo haya demostrado jamás —declaró entre sollozos—. Yo te admiro, siempre lo hice y creo que por eso me alejé tanto de ti, porque quería ser mejor. Fui una estúpida. —Fruncí el ceño sin poder creérmelo.

—¿Me admiras a mí? ¿Tú? Mónica, estudiaste lo que quisiste, luchaste para ser la mejor abogada... Joder, si hasta tienes tu propio bufete. Eso sin contar la casa, el novio, aunque haya resultado ser un gilipollas. Siempre has tenido todo para ser feliz —comenzó a negar, eufórica.

—Todo fachada, Dani. —Se levantó, estaba nerviosa.

—No te entiendo.

En ese momento regresó Saúl con el café y pensé que se quedaría callada, pero no lo hizo y siguió contándome todo lo que sentía, toda la realidad en esa vida perfecta que nos vendió a todos.

—El bufete no es mío, es de la familia de Víctor —expresó con la voz entrecortada—. Yo solo soy la novia de... la enchufada, para que tú me entiendas. —Abrí los ojos, notablemente sorprendida—. Ni siquiera estudié lo que quería en realidad. —Soltó una risita irónica y volvió a sentarse.

Comenzó a narrarme todo por lo que había pasado y lo que hizo para llegar adonde se suponía que ella creía que era la felicidad. Claramente, se equivocaba.

Mónica quería ser fotógrafa, pero pensó que con eso no lograría lo que deseaba y eso era salir de la supuesta miseria en la que nos habíamos criado. Claro que, para ella, esa miseria era vivir en un barrio pobre y no tener dinero para lo que quisiera. Nuestros padres eran unos humildes trabajadores que nos enseñaron a luchar por lo que queríamos y mi hermana lo cogió al pie de la letra, así que lo hizo, peleó con uñas y dientes para conseguirlo, aunque con ello perdiese por el camino todo lo que de verdad importaba... el amor de su familia y la complicidad que solo podías tener con tu única hermana.

—Tú siempre lo has tenido tan claro en esta vida. Nada te molestaba y te conformabas con poco, algo que yo no toleraba.

Saúl estuvo atento a todo lo que decíamos, mirándonos de hito en hito como si estuviera en un partido de tenis.



—Pero Mónica, yo pensé que eras feliz con tu vida. —Volvió a negar con lágrimas en los ojos—. De hecho, yo siempre decía que eras una pija insoportable que se avergonzaba de nuestra familia... —asintió.

—Así era, Dani. Me avergonzaba de nuestros padres... de papá. No sabes lo que me costó decirle a mi novio y futuro marido que mi padre era ferretero. Ahora me arrepiento de todo eso, porque mi familia es la única que ha estado siempre para mí, aunque yo haya sido una hija de puta con vosotros.

—¿Sabes una cosa? —negó—. Me alegro de que te haya pasado esto antes de la boda. —Enarcó una ceja—. No me entiendas mal, no lo digo porque me alegre de tu sufrimiento, sino porque gracias a ello he recuperado a mi hermana.

Comenzamos a llorar como unas magdalenas a la vez que nos dábamos un fuerte abrazo, de esos que te llenaban el corazón de paz, de un sentimiento bonito imposible de borrar.

Seguimos desayunando después de ese arranque de amor entre hermanas y, aunque ella y yo estábamos mejor que nunca, notaba que mi hermana aún se había dejado cosas por soltar. Quise preguntarle, pero Saúl se dio cuenta de mis intenciones y negó. Mónica necesitaba tiempo para poder tomar una decisión, y la verdad, esperaba que eligiera suspender esa boda que solo le traería desdicha.

Me levanté para recoger las cosas del desayuno y cuando regresé al salón se levantó y se puso delante de mí. Vi en sus ojos una claridad que no había visto minutos antes y eso me hizo entender que ya sabía lo que haría.

—Voy a suspender la boda —dijo de pronto—. Lo tengo clarísimo, no puedo casarme con ese capullo insensible que ha jodido mi vida. —Sonreí complacida y la abracé—. Iré a recoger mis cosas a mi casa... bueno, a su casa. Además de llamar a todos los invitados para avisarles.

—Tranquila, nosotros te ayudaremos en todo lo que haga falta, ¿verdad, Saúl? —le miré y caminó hasta nosotras.

—Yo, eh... —titubeó mi novio—. ¿Por qué cancelar algo que ya está listo? —Clavó sus ojos en mí—. Es decir... Joder, qué complicado es esto.

—¿Me estás pidiendo que nos casemos, Saúl? —mi pregunta salió sola, casi sin permiso, y yo misma me sorprendí.

—Daniela, tengo clarísimo que quiero pasar el resto de mi vida a tu lado y que... ¿te quieres casar conmigo?

—Oh, joder —soltó mi hermana.

Saúl hincó la rodilla delante de mí, cogiendo mis manos, y todo sin dejar de mirarme. Tragué saliva unas cuantas veces, no sabía qué decir y hacer. Era

muy pronto, no llevábamos ni un año juntos y... «¿Qué tienes que perder?», pensé nerviosa, demasiado, a decir verdad. Me entró calor y me quité la bata, pues comencé a sudar.

—Dime algo, por favor. —Se levantó—. Sé que llevamos muy poco tiempo juntos y también sé que es lo primero que ha pasado por tu mente —asentí con una pequeña sonrisa—, pero te amo más que a mi vida, Daniela, y sé que tú también me amas a mí. ¿Qué importa si solo llevamos un día, dos o tres años? Mi amor por ti no se va a ir jamás de aquí. —Se tocó el pecho, justo en el lado del corazón—. Nos conocemos de toda la vida y quiero seguir tachando días en el calendario que colguemos en la pared de nuestra casa. Quiero seguir añadiendo momentos a tu lado, recuerdos a nuestras charlas por la noche.

Miré a mi hermana y ella asintió con una sonrisa resplandeciente. Era una locura, una preciosa que me estaba haciendo sentir la mujer más feliz del mundo. Moví la cabeza de arriba abajo, una y otra vez y muy rápido. Saúl no movió un músculo, no hasta que lo dijera con palabras.

—Sí... quiero casarme contigo. —Soltó todo el aire que estaba reteniendo y me cogió en brazos para después dar vueltas conmigo.

—No sabes lo feliz que me haces, Daniela. —Me dejó en el suelo—. Te amo... te amo mucho. —Subió sus manos hasta mis mejillas y acercó su boca a la mía para sellar nuestro compromiso con un beso, el beso más especial de todos los que nos habíamos dado y los que nos quedaban por dar.

—Felicidades, hermanita. —Me abrazó—. Felicidades a ti también, hermanito.

Nos abrazamos los tres y comenzamos a saltar y girar como unos auténticos locos, que era como estábamos. Nos íbamos a casar en seis días, usando la boda de mi hermana y estaba demasiado nerviosa y, sobre todo, preocupada por ella. Sabía que estaba feliz por nosotros, pero no debía ser fácil verme a mí arrasando con todas sus cosas, cuando se suponía que tenía que ser el día más feliz de su vida.

—¿Tú estás bien, Mónica? —me interesé, ella asintió—. Es que siento que nos estamos aprovechando de...

—No digas tonterías, Daniela —habló relajada—. Es mi venganza contra Víctor —declaró, y yo esboqué una sonrisa—. La boda ya está pagada, algo que ha salido del bolsillo de su familia, así que... Por mí, que se jodan todos, y tú te vas a casar y a tener una boda maravillosa con el hombre de tu vida.

—Gracias. —Besé su mejilla.

—Eso sí, creo que debemos ir a hablar con papá y mamá para contarle todo, ¿no crees? —asentí—. Saúl, vístete que nos vamos —le ordenó como si fuera un niño pequeño.

Mientras que ellos se vestían, yo fui al baño para asearme. Durante el tiempo que estuve debajo del agua, no dejé de pensar en todo lo que Saúl me había dicho y lo que estábamos a punto de hacer. Nos casábamos en seis días, por el amor de Dios. ¿En qué momento se le ocurrió todo eso? No obstante, aunque parecía una insensatez por nuestra parte, estaba feliz de cometer todas las que fuera posible con él, el único hombre que había sido capaz de demostrarme lo mucho que yo le importaba.

Una vez que estuvimos listos, bajamos y nos montamos en mi coche para ir a casa de nuestros padres, después iríamos a casa de mi excuñado para recoger todas las cosas de mi hermana, algo a lo que nos acompañaría Saúl, pues no sabíamos cómo nos iba a recibir Víctor.

Aparqué el coche en mi antiguo barrio enseguida, algo inusual, pero parecía que los planetas se habían alineado ese día a favor de nosotros, todo estaba saliendo bien. Nos bajamos del vehículo y subimos a la casa, sorprendiendo a nuestros progenitores.

—Niñas, ¿ha pasado algo? —preguntó mi madre al vernos, yo asentí con una sonrisa.

Entramos cuando la señora Manuela nos dejó pasar y fuimos directos al salón para sentarnos al lado de nuestro padre, una a cada lado.

—Ya estáis hablando —soltó él mirándonos a ambas, primero una y luego la otra, como cuando éramos niñas y hacíamos alguna trastada.

—No me voy a casar con Víctor —dijo ella.

—Me caso con Saúl —dije yo.

Mi madre soltó un «oh» muy gracioso y Saúl se mantuvo callado en todo momento, no se atrevía a intervenir al menos que fuese estrictamente necesario. Mas pronto lo pensaba, más rápido mi madre miraba a mi futuro marido. Saúl comenzó a respirar con dificultad y titubeó nervioso.

—Yo, eh... Amador.

—Espera, espera —intervino mi madre—. Para que yo me entere. Tú no te casas este fin de semana y tú... —me señaló—. ¿Cuándo te casas tú?

—Este fin de semana. —Mi madre abrió los ojos sorprendida—. Mi hermana nos ha cedido su fecha para no desaprovecharla, ya está todo pagado.

—Me estoy mareando. —Se puso la mano en la frente en modo dramático, haciéndonos reír a las dos.

—¿Por qué no te casas, Mónica? —se interesó nuestro padre.

Mi hermana comenzó a contarles todo lo sucedido con su prometido y a mi padre por poco le daba un infarto, tanto así que quiso ir a partirle las piernas a ese cabrón que había dañado a su niñita. Mónica le explicó que era lo mejor que le había pasado, pues gracias a eso se dio cuenta de que había cogido el camino equivocado en su vida y, con lágrimas en los ojos, le pidió perdón a nuestros padres por todas las humillaciones que habían soportado por parte de ella durante todos esos años.

Los miré desde mi lado del sofá, dándome cuenta de la grandiosa familia que tenía y la que estaba a punto de crear con Saúl. Clavé mis ojos en él y también me miraba. Me guiñó un ojo, yo le mandé un beso.

Claramente, era el comienzo de algo bonito, de algo perfecto.

## Capítulo 32

### Daniela

Nos despedimos de mis padres después de que mi progenitor, ese hombre «altamente peligroso», le hiciera el tercer grado a mi prometido. Tras eso, fuimos a la casa de Víctor de una vez, era mejor hacerlo rápido para que mi hermana pusiera seguir con su vida sin tener la sensación de que le faltaba algo. Ahora tenía que pensar cuál sería el siguiente paso, aunque ella era más decidida que yo y estaba segura de que lo haría más rápido.

Subimos los tres, pues le pedí a Saúl que nos acompañara por si acaso, aunque a nosotras no nos hacía falta nadie para defendernos de tíos como él. Entramos unos segundos después de que Mónica suspirase y nos encontramos a mi excuñado a punto de salir.

—Mónica, has vuelto —musitó.

—Sí, pero tranquilo, que me voy enseguida. Solo he venido a recoger todas mis cosas, y la verdad, preferiría que no estuvieras aquí mientras lo hago.

Me sorprendí al ver su fortaleza, me demostró que lo era mucho más de lo que yo pensaba. Víctor intentó acercarse a ella, pero me puse delante y, por consiguiente, Saúl se puso delante de mí. Habíamos creado una gran barrera entre ambos.

—¿Qué va a pasar con la boda?

—Tranquilo, si boda habrá... solo que no seremos tú y yo los que nos casemos. —Se acercó a él—. Te presento a los futuros esposos. —Enarcó una ceja incrédulo—. Le he cedido la fecha a mi hermana y mi cuñado, así que será mejor de que le digas a tu familia que no vaya por allí, para no hacer el ridículo.

—No estás hablando en serio. ¡No puedes darle algo que hemos pagado nosotros a tu hermana! —gritó, fuera de sí.

—Sí que puedo y, además, me lo debes por haber sido tan hijo de puta —escupió—. Es mejor de que lo aceptes si no quieres que le cuente a todos nuestros amigos y a tu perfecta familia lo que has hecho, a tu madre le daría un infarto.

Se quedaron mirando unos largos segundos sin mover un músculo y cuando creí que sería mi hermana la primera en apartar la mirada, me sorprendió ver que fue él el que decidió aceptar lo que Mónica le había exigido. No dijo nada más y se largó de allí, como le exigió.

Mi hermana me pidió que la ayudase en la habitación y comenzamos a guardar todas sus cosas en maletas y algunas cajas que tenía con cosas de Víctor, las vació en el suelo y las dejó ahí tiradas para poder meter lo suyo. Solté una carcajada en cuanto me miró y ella me siguió, Saúl, que nos escuchó, entró al cuarto y nos vio riéndonos como unas posesas. Víctor se lo tenía bien merecido, por meterse con la Martín equivocada.

Estuvimos cerca de una hora guardando todo, y menos mal que no tenía tantas pertenencias, si no habríamos necesitado un día. Cuando acabamos, cargamos el ascensor y Mónica se subió con las cosas mientras que Saúl y yo bajábamos por las escaleras.

Ya abajo, lo llevamos todo al coche y nos subimos. Iba a arrancar cuando escuché la voz de mi hermana.

—Daniela, llévame a casa de mamá y papá. —Fruncí el ceño, mirándola por el retrovisor.

—¿Por qué? Puedes quedarte con nosotros el tiempo que necesites, Mónica —expresé con tranquilidad.

—Lo sé y no sabes cómo os lo agradezco, pero creo que necesito pasar todo esto en mi antigua habitación y con el cariño de nuestros padres, creo que lo superaré antes —explicó con la mirada perdida—. Además, vosotros pronto os casaréis y necesitáis intimidad.

—No pasa nada, de verdad —intervino Saúl, y yo apreté su mano.

Me estaba demostrando lo buen hombre que era dejando que mi hermana se quedara con nosotros, al fin y al cabo, la casa era en un principio de él. Tampoco me pidió que la echara, todo lo contrario.

—Cuñado, muchas gracias, pero está decidido.

—Está bien, pues vamos a casa —anuncié a la vez que arrancaba—. Eso sí, mañana te quiero en mi casa para llamar a las personas que invitaremos a la boda.

—Por supuesto, hay que ultimar detalles, que falta muy poco para el enlace.

Conduje por más de veinte minutos, el antiguo hogar de mi hermana estaba en un barrio pijo de Málaga, pero no demasiado lejos, aun así, había mucho tráfico. Por el camino, Mónica llamó a mi madre para decirle que íbamos para allá y pude escuchar el grito de felicidad que había pegado mi madre al enterarse de que su niñita regresaba a su casa. Rodé los ojos, pues la señora Manuela a veces podía ser muy graciosa.

Descargamos el coche con la ayuda de mi padre y subimos todo, íbamos a acabar reventados, y ya era bastante tarde.

—Bueno, Mónica. —La abracé—. Cualquier cosa me llamas, mañana nos vemos —me despedí de ella.

Le di un beso a mi padre, y cuando Saúl se despidió, nos fuimos a nuestro hogar, el mismo que fue testigo de su pedida de mano, de su amor por mí. No sabía si ese sitio sería para siempre nuestro nidito, pero no importaba porque nuestro hogar éramos nosotros mismos, estuviéramos donde estuviéramos.

Percibí la mano de mi novio sobre la mía y lo miré de reojo, no podía apartar los ojos de la carretera, y mucho menos de noche. Paré en un semáforo y me abalancé sobre él para besar sus labios con pasión. Saúl me recibió con los brazos abiertos, deseoso de llegar a más, mucho más. Subió su mano derecha a mi mejilla e introdujo la otra por debajo de mi camiseta. Gemí en sus labios llena de desesperación, llena de deseo porque sí... lo deseaba como una auténtica loca y lo único que quería era llegar a casa y hacer el amor.

—¿Te das cuenta de que en cinco días seremos marido y mujer? —preguntó separando unos milímetros nuestros labios.

Asentí con una sonrisa llena de felicidad y volvió a besarme. El corazón me iba a mil, siempre que él estaba cerca, que me tocaba o besaba, se me aceleraba el pulso.

Escuchamos unos cláxones avisándonos de que el semáforo estaba en verde y soltamos una carcajada mientras que volvía a incorporarme al tráfico.

Unos minutos más tarde, estábamos entrando en el ascensor comiéndonos a besos, devorándonos, y el poco tiempo que duró el trayecto fue suficiente para que Saúl consiguiera que mi sexo palpitase pidiendo sus atenciones.

Entre besos, caminamos hasta la puerta, él abrió mientras que yo lo abrazaba por la espalda, dándole pequeños besos. Entramos y Saúl cerró para, segundos después, alzarme para que abrazara su cintura con mis piernas. Me pegó a la pared y ahí, tras haber perdido la paciencia, comenzamos a

acariciarnos, despojándonos de las ropas en el camino y una vez que nuestros cuerpos estuvieron completamente expuestos, Saúl me llevó hasta el sofá donde yo acabé sentada sobre él... sobre su erección.

Sentí un remolino de emociones que estaba a punto de explotar en mi pecho, en mi mente. Sus caricias calentaban mi cuerpo, sus besos, mi alma, y mis movimientos se incrementaron en cuanto sus labios regresaron a los míos. Hicimos el amor bonito, aunque siempre lo era, pero esta vez parecía tener otro significado, otras sensaciones y es que, recordar el momento en el que hincó la rodilla delante de mí y escuchar esas palabras tan bonitas, me llenaron el corazón.

Tras esa noche, pasaron dos más, y en cada una de ellas, Saúl me hizo el amor, me besó y amó, borrando mis miedos, expulsándolos de una patada y llenando ese hueco solo con él.

Llegamos al miércoles y tuve que pedirle a mi jefa que me dejara faltar por las tardes, aunque eso no significaba que no tuviera que recuperar esas horas. Entendió que estaba con los detalles de la boda fugaz y aceptó que fuera en el turno de mañana. Esa tarde, tras salir, mi hermana me recogió para comer juntas, estábamos más unidas que nunca, además tenía una sorpresa para mí y yo estaba ansiosa por saber.

Ya habíamos llamado a las personas que invitaría a la boda, algunos familiares cercanos y amigos más allegados, como Jorge que, al enterarse de todo, se puso feliz por nosotros y no dudó ni un segundo en ofrecermi su ayuda para lo que hiciera necesario, así que le tomé la palabra y le pedí que se encargara de ayudar a Saúl a comprar su traje, sabía que él no se lo pediría por sí solo. Aceptó rápidamente y me aseguró de que lo llamaría para acompañarle.

—¿Preparada para ver tu sorpresa? —preguntó mi hermana nada más acabar de almorzar.

—Estoy nerviosa y ansiosa por verla. —Sonreí feliz, porque era muy feliz.

—Pues vamos. —Tiró de mí.

Habíamos comido en el mismo lugar que cuando quedamos para ver su vestido y cuando vi por el camino que me llevaba, comencé a ponerme nerviosa, pues todo apuntaba a que entraríamos en la tienda de vestidos de novia. Mi hermana se puso delante de mí antes de entrar y yo comencé a llorar como una magdalena, aunque eran lágrimas de pura dicha.

—Mi regalo para ti, es ese vestido tan bonito que te probaste aquel día... cuando te vi con él me emocioné, aunque ya sabes que disimulo muy bien mis



sentimientos —asentí y me abrazó—. No llores, por favor y vamos a que te cojan las medidas.

—Espera —la paré antes de que entrara—, ¿no será demasiado? Ese vestido era muy caro. —Se encogió de hombros—. Pero...

—Ni peros ni manzanas. —Solté una carcajada.

—Está bien, acepto tu regalo si tú aceptas ser mi madrina. —Abrió los ojos sorprendida, pero pronto comenzó a llorar conmigo.

—¿En serio quieres que yo sea la madrina de tu boda? —asentí—. Acepto, claro que acepto.

Nos abrazamos durante unos largos segundos y entramos para que la chica que nos atendió la última vez me cogiera las medidas con el vestido puesto. Era algo que debían tener rápido, en solo dos días, pero les gustó tanto saber que nuestra boda era tan fugaz y romántica, que no se negaron.

Me miré al espejo varios minutos, emocionada de verme tan guapa. Por un momento recordé el día que me casé con Fran y pude darme cuenta de que no era ni la mitad de feliz que era en ese momento. Solté un suspiro y me desnudé para darle el vestido a la empleada de la tienda. Salí del probador ya vestida y me encontré a mi hermana pagándolo, algo que no me gustó demasiado porque esa maravilla costaba más de cuatro mil euros. «Qué locura», pensé acercándome a ella.

Un par de horas después, dejé a mi hermana en casa de nuestros padres y regresé a la mía. Aún faltaba más de una hora para que Saúl saliera de trabajar, así que, cuando llegué, me duché y fui hasta la cocina para preparar algo de cena.

Mientras estaba sacando de la nevera algunos huevos para hacer una tortilla, el timbre de la casa sonó. Extrañada, fui a abrir, pues no esperaba a nadie, y cuando lo hice, me encontré con Lidia, la antigua compañera de Saúl y la mujer con la que se acostó aquella noche.

—Hola, Daniela —me saludó.

—Saúl no está —anuncié antes de que quisiera entrar.

—Tranquila, vengo a verte a ti. ¿Puedo pasar? —me aparté y cerré después.

Me fijé en su vientre abultado, no sabía que estuviera embarazada, aunque, en realidad, no había sabido nada de ella desde esa noche.

—¿Para qué quieres hablar conmigo? —me interesé y ella se miró la barriga.

Pasaron varios segundos, los más largos de toda mi vida, y cuando volvió a mirarme, comenzó a hablar, a contarme una historia que no me esperaba, y

mucho menos tres días antes de mi boda con el hombre de mi vida.

—Como ves, estoy embarazada... —La miré—. Es de Saúl.

En ese momento, sentí como si un cubo de agua helada caía sobre mi cabeza, congelándome por completo y anclando mis pies al suelo, imposibilitándome la huida... Quería escapar de ella, de esa confesión, de todo, pero no podía mover ningún músculo.

—¿No tienes nada que decir?

—¿Saúl lo sabe? —Era lo único que necesitaba saber, ella asintió—. No te creo, si lo supiera me lo habría contado.

—Pues me temo que te lo ha ocultado, por eso he decidido decírtelo yo. —Se levantó—. Mira, Daniela —caminó hasta mí—, no he venido para quitarte a Saúl, por mí te lo puedes quedar para ti enterito, pero necesito que me ayudes a que reconozca a este bebé como suyo.

—¿Por qué? ¿Acaso se niega? —volvió a asentir y eso sí que no me lo podía creer.

Pasó por mi lado para marcharse y antes de salir de mi casa, volvió a pedirme el favor, ya que ella necesitaba que el padre de su bebé estuviera presente en su vida. No le prometí nada, de hecho, ni siquiera le respondí, pero ella ya había conseguido lo que quería... joderme la vida.

## Capítulo 33

### Saúl

Faltaban tres días, solo tres días para que Daniela fuera mi esposa, y no podía estar más dichoso. Deseaba con todo mi ser hacerla feliz, tanto o más de lo que ella me hacía a mí con solo una de sus sonrisas.

Ese día estuve muy ocupado en el trabajo y agradecí que solo estuviéramos mi compañera y yo, ya que Lidia no había venido y mi jefe tampoco apareció por allí. En mi descanso, recibí la llamada de Jorge, quería quedar conmigo para ayudarme a elegir el traje, algo que le pidió Daniela. «Sabía lo desastre que era». Así que, después de hablar con él, llamé a mi jefe por teléfono para pedirle poder salir antes, al menos una hora para ir a la tienda. En principio se negó, pero en cuanto le dije que me casaba el sábado, me felicitó y me dejó salir.

Cuando llegó el momento, me despedí de Melisa y caminé hasta mi moto, donde Jorge ya me esperaba, era muy puntual.

—¿Listo? —preguntó con ambas cejas alzadas—. Aún no me creo que os vayáis a casar. Felicidades, tío. —Me dio un abrazo.

—Gracias, de verdad, y también por querer acompañarme en esta locura, soy un poco negado para estas cosas. —Soltó una carcajada.

Ambos nos subimos, cada uno en su moto, y Jorge hizo que lo siguiera, pues conocía el lugar idóneo, donde vendían los trajes más bonitos, según él, claro.

Llegamos al centro y me hizo meter la moto en un aparcamiento privado, pues era imposible aparcar por esos lares. Caminamos hasta la tienda, una que estaba en un callejón, y entramos tras ver algunos trajes en el escaparate.

Me probé solo dos y me quedé con el de color azul eléctrico, sabía que a Daniela le iba a encantar; y yo, solo con saber eso, tenía suficiente.

—Ese te queda muy bien —dijo Jorge.

Me lo quité y vestí de nuevo para después ir a pagarlo de una vez; me lo llevaría, ya que no había que hacerle ningún arreglo. Tal y como me dijo el chico que nos atendió, tenía muy buena percha.

Decidimos ir a tomar algo antes de irnos a nuestras casas, así que nos sentamos en el primer bar que encontramos. Ambos pedimos una cerveza sin alcohol para brindar por nosotros, por la boda y nuestra felicidad. Justamente, tras escuchar esas palabras de Jorge, volví a recordar a Lidia y ese embarazo que me tenía desquiciado. Aún se negaba a hacerse la prueba y ya no sabía que más hacer para convencerla.

Jorge notó el cambio en mi semblante y me preguntó preocupado. No sabía si podía confiar en él o no, pero necesitaba hablarlo con alguien.

—Hay una cosa que Daniela no sabe y no sé cómo decírselo —balbuceé.

—¿Qué pasa?

—Hay una mujer. —Frunció el ceño, cabreándose—. No, no pienses mal, no estoy con otra. —Suspiró—. Yo no podría estar con otra que no fuera Daniela, pero estoy ocultándole algo que sé que va a joder lo nuestro.

—¿Tan fuerte es? —asentí.

Comencé a narrarle lo que había pasado entre Lidia y yo y cómo había aparecido en mi vida diciéndome que estaba embarazada de mí. También le conté que quería hacerme una prueba de ADN, pues no creía en ella, ya que sabía que yo no era el único tío con el que se había acostado, al igual que Lidia no era la única que había pasado por mi cama.

—Se niega a hacerse la prueba.

—Pues eso solo significa una cosa, no es tuyo —dijo lo mismo que yo pensaba—. Pienso que deberías de contárselo a Daniela antes de que se entere por otra persona, eso sí que fastidiará lo vuestro, el que tú lo supieras antes y no se lo contaras. Aunque haya sido una relación anterior a la vuestra.

—Lo sé, por eso he decidido contárselo esta misma noche. Solo espero que después de esto, no quiera suspender la boda, porque si eso llega a pasar, yo me muero, Jorge —declaré con un gran nudo en la garganta.

Le pedí ayuda con Lidia para convencerla de que, lo mejor, era hacernos esa prueba de una vez, al menos antes de que ese bebé fuera más grande y nos enteremos de que no era mío. Creía que eso sería mucho peor, pues él, o ella, sería la que sufriera las negativas de su madre.

Me prometió que me ayudaría, al día siguiente vendría al bar por la mañana y no se iría hasta que mi excompañera aceptara ir a la cita que ya había pedido para la tarde.

Una hora después, nos despedimos y cada uno cogió su camino. Yo llegué enseguida, ya que al ser tan tarde, no había tanto tráfico. Aparqué la moto delante de mi edificio y subí a toda prisa con la intención de contarle a Daniela la verdad en cuanto pusiera un pie en la casa.

Al entrar, me la encontré sentada en el sofá con la mirada perdida y los ojos anegados en lágrimas. Me preocupé al instante y corrí hasta ella para comprobar que no estuviese herida. Me entró el pánico, y más cuando Daniela no me miraba, no podía. Intenté besar sus labios, pero se apartó levantándose, quedando de espaldas a mí. Algo me decía que ya sabía toda la verdad.

—Pequeña, ¿qué pasa? —Puse mis manos sobre sus hombros.

—¿Has dejado embarazada a Lidia? —pronunció esa pregunta con la voz rota, y no había cosa que me doliese más que verla así, destrozada.

—Si —musité.

—¿Desde cuándo lo sabes? —volvió a escupir una pregunta, con rabia.

—No hace mucho.

Caminó, alejándose de mí, lo más lejos posible de mis manos, mis besos y mis caricias. Me miró esa vez y lo que pude otear en sus ojos, me arrancó el corazón de cuajo; le había hecho daño... yo había sido el culpable de sus lágrimas, de esa mirada.

—Vete —murmuró, agachando la mirada.

—Espera, Daniela... déjame explicarte, mi amor.

—¿Mi amor? —Volvió a clavar sus ojos en mí—. No vuelvas a decirme mi amor, has matado este amor con tu mentira. —Comencé a negar, eufórico, reprimiendo las estúpidas lágrimas que rogaban por salir porque no podían más.

—No es lo que parece... no es...

—No quiero escuchar más —me interrumpió, antes de que le dijera que estaba seguro de que ese bebé no era mío—. Necesito tiempo para pensar. Necesito que te vayas, Saúl.

No pude decirle nada más, no me dejó, y tampoco quería seguir añadiendo dolor a una conversación que no arreglaría nada, no estando en ese estado. Pasé por su lado y, antes de salir de mi casa, pegué mis labios a su frente y ahí fue cuando dejé que mis lágrimas salieran a borbotones, demostrándome así lo roto que me iba y qué, por mucho que yo quisiera olvidarme de ese tema, me perseguirá hasta que esa mujer claudicara y se hiciese esa estúpida prueba.

—Te amo, nunca lo olvides.

Fue lo último que le dije antes de salir y lo hice sin mirar atrás, pues de haberlo hecho, me habría puesto de rodillas suplicando que me escuchase. No

era el momento, no cuando ella necesitaba tiempo para pensar y yo no podía negarle ese tiempo.

Me quedé sentado en la moto unos largos minutos, no tenía fuerzas para marcharme de allí así, sin poder hablar más con ella. ¿Cómo se habría enterado? Me lo pregunté, aunque estaba seguro de que había sido cosa de Lidia, que se había atrevido a venir hasta mi casa para ponerme entre la espada y la pared... para joder mi relación con Daniela. Lo había conseguido, así que ya podría quedarse tranquila.

Llamé a Jorge para pedirle asilo un par de días, al menos hasta que Daniela quisiera escucharme. «Si es que quiere escucharte algún día», pensé, y bufé cabreado.

Nada más colgar, me envió un wasap con la ubicación de su casa y solo con eso y el apoyo que me estaba dando, me hizo ver que solo alguien que es amigo de verdad, era capaz de hacer algo así.

Arranqué después de mirar hacia arriba, clavando mis ojos en la ventana de mi casa; la luz estaba apagada. Deseé volver a subir y convencerla... no podía hacerlo, por más que lo deseara, no me iba a escuchar. Arranqué de una vez y me fui de allí, ¿para qué seguir alargando la agonía?

Llegué a casa de Jorge en poco tiempo, aparqué y subí hasta su piso; él me esperó en la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, nada más verme.

Cuando hablamos por teléfono, solo le dije que necesitaba un sitio donde quedarme, pero no le di muchos detalles. Entré detrás de él y al cerrar la puerta me instó a que me sentara en el sillón.

—Lo sabe... Daniela se ha enterado de lo de Lidia antes de que yo se lo dijera y estoy seguro de que se lo ha contado ella misma. A saber lo que le habrá dicho —dije todo muy rápido, estaba nervioso.

—Joder, lo siento mucho. Tiene toda la pinta de que ha tenido que ser esa mujer y ahora más que nunca necesitamos que mañana acepte hacerse la prueba para que Daniela no can... —Se quedó en silencio antes de terminar la frase y yo, como un estúpido, volví a llorar.

Jamás había llorado por una mujer, una que no fuera mi madre, pero Daniela era la mujer de mi vida, la persona que amaba, y saber que estaba a punto de perderla, me dolía demasiado. Hubo un momento en el que pensé que mi corazón dejaría de latir. Hubo un momento en el que pensé que dejaría de respirar, sobre todo cuando recordaba su mirada, esa que se me clavó en el pecho como si me hubiesen tirado un dardo venenoso.

—No te preocupes, Saúl. Yo te ayudaré y Daniela te perdonará.

No sabía si me lo decía solo por consolarme, o porque lo pensaba de verdad. Prefería la segunda opción.

Me dijo dónde dormiría y me acosté enseguida, ni siquiera tenía hambre, y eso que no comía desde el almuerzo.

No supe cuánto tiempo di vueltas en la cama, perdí la cuenta a la segunda hora. Miraba hacia izquierda, imaginándome a Daniela ahí, a mi lado, así como llevábamos meses. Sabía que nuestra relación estaba siendo muy rápida y eso podría llegar a asustarnos, pero cuando en esta vida tenías algo claro, ¿para qué esperar? Yo tenía clarísimo que la amaba, que quería pasar el resto de mi vida con ella... que quería hacerla feliz como se merecía. Así como también tenía la certeza de que Daniela sentía lo mismo por mí, aunque en ese momento se negara.

Sin darme cuenta, me quedé dormido. Lo único que podía recordar antes de cerrar los ojos era que empezaba a amanecer.

—Saúl —escuché una voz—. Llegarás tarde al trabajo.

Abrí los ojos despacio y me encontré con Jorge frente a mí. Me pasé las manos por el rostro, acordándome de que estaba en su casa y no en la mía.

—¿Qué hora es? —me interesé.

—Las nueve —respondió, y me levanté como un resorte en cuanto lo escuché.

Iba a llegar tarde al trabajo, así que me vestí rápidamente para irme a trabajar antes de que llegase mi jefe o «su novia». Jorge quiso darme un café, pero le dije que me lo tomaría en el bar.

—En un rato iré para allá para hablar con esa mujer —me recordó, yo asentí.

Me despedí de él y me fui. No estaba seguro del tiempo que iba a tardar en llegar, solo sabía que ya iba tarde.

## Capítulo 34

### Saúl

Llegué a los quince minutos más o menos, pensaba que tardaría mucho más tiempo en llegar. Aparqué y Melisa ya tenía el establecimiento abierto. Fui hasta ella que, nada más verme, me miró con los ojos muy abiertos; parecía que quería decirme algo y cuando le iba a preguntar, escuché su voz en mi espalda.

—Vaya, hasta que te dignas a aparecer. —Giré sobre mis talones para mirarla—. Llegas tarde.

—Lo sé. —Me encaminé hasta el interior de la barra.

—¿Eso es lo único que me vas a decir? —Me siguió.

—¿Quieres que te dé las gracias por joder mi relación? —Puso un dedo en sus labios, mandándome a callar. ¿Por qué lo hacía?—. No sé por qué cojones quieres que me calle ahora, después de que, desde que estás aquí, no has parado de acosarme. ¿No querías hablar conmigo? Pues vamos a hablar, Lidia.

Mi jefe apareció de la nada, ni siquiera lo había visto, y fue cuando entendí el gesto de ella mandándome a callar.

—¿De qué está hablando Saúl, Lidia? —le preguntó a ella, y se quedó bloqueada, sin saber qué decir.

Era mi momento para conseguir que me hiciera caso, que aceptara mi propuesta. Yo pensaba que Alfredo, mi jefe, sabía todo, pero me demostró que no tenía ni puta idea de nada. Iba a aprovecharme de ello.

Como veía que Lidia no le respondía, clavó su mirada en mí a la vez que me preguntaba.

—¿Me dirás tú lo que está pasando? —asentí, iba a hablar, pero ella se adelantó.



—Saúl es el padre de mi bebé. —Alfredo la miró con el ceño fruncido.

—Eso es lo que ella dice. —Escupí—. Mira, Alfredo —suspiré—, no sé qué te habrá contado, pero te aseguro de que no es mío. Lidia no era mujer de un solo macho, como ella decía, y ahora ha jodido mi relación con mi novia, porque fue a contarle lo del embarazo.

—¿Eso es cierto? —no respondió—. Te estoy haciendo una pregunta, Lidia.

El silencio reinaba en ese local que se volvió frío, tan frío como lo que yo estaba sintiendo desde la noche anterior. Alfredo cogió su brazo para sacarla del bar y hablar con ella en la calle, ya que los clientes comenzaban a entrar y no iban a dar un espectáculo delante de todos.

Yo quería salir, enterarme de todo lo que decían, pero el trabajo no me dejó y cuando quise hacerlo, se habían ido.

—¡Joder! —grité y Melisa me escuchó.

—¿Te pasa algo? —se preocupó.

—Problemas.

—No sé por qué, pero me da que Lidia tiene mucho que ver en todo esto —asentí y ella apiñó los labios a la vez que negaba—. Esa mujer tiene pinta de ser...

—Una hija de puta —la interrumpí—. Dice que está embarazada de mí.

—¿Por eso no te dejaba en paz? —volví a asentar.

Tuvimos que parar de hablar para seguir atendiendo las mesas y, desde entonces, no tuvimos descanso hasta la hora de comer. Jorge vino una hora antes y me esperó para almorzar conmigo. Quería hablar con Lidia, pero se fue y no sabía cuándo llegaría. Estaba frustrado, otro día perdido y solo faltaban dos días para la boda.

Melisa nos trajo la comida y comenzamos a comer en silencio, aunque noté que quería contarme algo.

—Habla de una vez —le pedí.

—He hablado esta mañana con Daniela. —Me inquieté—. Está muy mal, Saúl. —Comencé a negar—. No sabe si cancelar la boda o no...

—¿Te ha dicho que no sabe si cancelarla o no? —asintió—. Eso significa que aún puedo conseguir que me perdone, que hay esperanza, por muy pequeña que sea. —Se encogió de hombros y asintió tras unos segundos.

Me volvió el alma al cuerpo, aunque fuera solo por unos instantes. Tenía dos días por delante, cuarenta y ocho horas para conseguir que Lidia dijera la verdad o se hiciera la maldita prueba... dos días para conseguir que Daniela me perdonara.

Jorge se quedó cuando yo tuve que volver al trabajo, iba a esperar a esa mujer, aunque tuviera que quedarse en el bar hasta la hora de mi salida; dijo que me ayudaría y lo haría. Se lo agradecí inmensamente, estaba haciendo por mí más de lo que un día imaginé.

Durante la comida, quise llamar a Daniela, pero pensé que no querría escucharme y me dolería mucho su rechazo de nuevo. De solo recordar cómo me miró, cómo se alejó de mí, se me abría el pecho en canal.

Decidí enviarle un wasap, al menos eso lo leería, ¿no?

*Saúl: Hola, pequeña. Sé que no quieres hablar conmigo, pero...  
Quiero que sepas que te amo.*

Había bastantes clientes para ser un jueves, normalmente después del almuerzo nos quedábamos más tranquilos, pero ese día no. En otro momento, tener tanto trabajo, me ayudaba a dejar de pensar, pero ese día me fue imposible concentrarme, era demasiada presión la que tenía.

Sobre las seis de la tarde, mi jefe regresó, pero ella no, y eso me jodió, ya que pensaba que podría dejar el tema arreglado ese mismo día: mi gozo en un pozo. Vino directo hacia mí y me pidió entrar al pequeño despacho que tenía habilitado al fondo del bar. Entré detrás de él y nos sentamos. Estuvo en silencio unos segundos, los segundos más largos de mi vida.

Justo cuando iba a hablar, mi móvil sonó. No pensaba cogerlo, ya que no lo hacía cuando trabajaba, pero me pidió que atendiera la llamada y volviese.

Me levanté a la vez que miraba a la pantalla y me sorprendí al comprobar que era Mónica.

—Hola, Mónica.

—Hola, Saúl —respondió—. ¿Qué ha pasado? Mi hermana me ha contado por encima, pero no la he entendido muy bien... solo sé que está fatal.

—Preferiría hablar de esto en persona, si no te importa —hablé con nerviosismo.

—Claro, mándame la ubicación del bar e iré en un par de horas.

—Entonces, mejor ven a casa de Jorge que es donde me estoy quedando —expliqué, y aceptó.

Nos despedimos y, antes de entrar al despacho, le mandé por mensaje la ubicación de la casa de mi amigo. Recibí su ok y entré de nuevo. Alfredo me instó a sentarme y carraspeó unos segundos antes de empezar a hablar.

—Quiero que sepas que no tengo ningún problema contigo, Saúl —asentí—. Me ha costado mucho que Lidia se sincere conmigo y me contó lo que ella creía que debía contar.

—Siento que tengas...

—No he acabado —me interrumpió—. Pensé que ese bebé era mío y me jodió mucho enterarme de que no lo es... —Se quedó en silencio unos segundos—. Tampoco es tuyo, Saúl. —Abrí los ojos desorbitadamente a la vez que me levantaba como un resorte—. El motivo de esa mentira es que Lidia está enamorada de ti y no sabía cómo acercarse a ti. Pensó que diciéndote que serías padre, lo conseguiría.

—Dios, qué descanso. He pasado los peores días de mi vida intentando convencerla de hacerse la prueba de ADN. —asintió, dándome a entender de que también sabía eso—. No sabes cómo te agradezco esto, Alfredo.

Se levantó y extendió su brazo para que estrecháramos las manos. Era la primera vez, desde que trabajaba en el bar, que él y yo manteníamos una conversación tan larga. Me dio pena que Lidia lo engañara, que no le contara la verdad desde un principio, pero también estaba feliz por saber la verdad de una vez.

Antes de salir, le pedí que me jurase que era cierto que ese bebé no era mío, que Lidia se lo había dicho. Asintió con seriedad y giré sobre mis talones.

Salí de ese cubículo con una sonrisa marcada en el rostro. Al comprobar que no había tanta gente y que mi compañera no me necesitaba, fui directo hasta Jorge para contarle la buena noticia. Y en cuanto lo supo, me dio un fuerte abrazo.

—Ya quiero salir de aquí para ir a verla y contarle la verdad —mencioné feliz.

—Creo que deberías esperar a mañana, Saúl —me propuso, y enarqué una ceja—. Hoy no estaba muy bien y deberías pensar otro modo para acercarte a ella o no querrá escucharte.

Lo que decía tenía sentido, pero me moría de ganas por hablar con Daniela, decirle lo mucho que la extrañaba, que la quería. Lidia no podía seguir jodiéndonos porque era mentira que estuviese embarazada de mí y ella debía saberlo.

Me hizo ver que no solo estaba cabreada conmigo por lo de Lidia, también por habérselo ocultado, y eso era algo más allá que la propia mentira. Volvía a tener razón y me jodía que fuese así. Sabía lo mucho que Daniela odiaba que le ocultasen las cosas, que le mintieran y más después de haber pasado por otra relación desastrosa en la que su ex, la dejó de ese modo.

Me cabreé, me cabreé mucho porque, por mucho que Lidia ya no fuese un problema, fue el inicio de todo lo que estaba pasando.

Jorge terminó yéndose a su casa y a mí solo me faltaba media hora para salir. Entré para quitarme el delantal y recoger mis cosas. Estaba loco por salir del bar e incluso por buscar otro trabajo, pero debía esperar a que me saliera algo mejor para poder irme. Llegó la hora y, tras despedirme de Melisa, salí de allí con la intención de ir a verla.

Me subí en la moto y conduje hasta mi casa. Aparqué, me bajé e iba a entrar, pero antes de hacerlo recordé las palabras de Jorge, solté un bufido cabreado a la vez que me daba la vuelta para volver a subirme a la moto e irme a casa de mi amigo.

Llegué enseguida y ya Mónica me esperaba con Jorge. Me saludó y me pidió que le contara todo de una vez, estaba cabreada y la entendía. Le narré todo de principio a fin, incluida la buena noticia y eso la calmó enseguida. No obstante, reconoció que me iba a costar mucho conseguir que Daniela me perdonase, que me escuchara al menos. Me senté y agaché la cabeza, encerrándola entre mis piernas, desesperado. ¿Qué iba a hacer para poder hablar con ella?

—Lo siento mucho, Saúl. —Se sentó a mi lado—. Cuenta conmigo para lo que sea. —La miré—. Has cometido un pequeño error y solo por no perderla. No me gusta el modo en el que lo has hecho, pero sé que la amas y es lo único que necesito saber.

—Gracias, Mónica. —La abracé—. ¿Alguna idea?

Se quedó pensativa unos minutos y sonrió, volviendo a clavar su mirada en mí.

—No le hables hoy, déjala. —Fruncí el ceño y me levanté—. Espera, déjame terminar.

Volví a sentarme a la espera de que me contara su brillante idea. Me lo contó, bajo la atenta mirada de Jorge que, hasta ese momento, se había mantenido al margen. La boda era el sábado a las cinco de la tarde y teníamos que aprovechar que aún no había cancelado nada y que parecía no tener intención de hacerlo, por el momento.

Cuando mi cuñada terminó de contármelo, en un principio no me gustó, pero era mejor eso que nada. Además, ella estaría todo el tiempo con su hermana, así que estaría ayudándome desde adentro.

Se despidió de nosotros un rato después, y mi amigo intentó calmarme, pues estaba demasiado ansioso y sabía que, en cualquier momento, sería capaz de levantarme e ir a verla. Tenía que ser fuerte, seguir el plan tal y como Mónica había dicho y, aunque me iba a costar demasiado, lo haría.

Solo esperaba que saliese bien y Daniela apareciera ese día. El miedo me invadía el pecho y no se iría de ahí hasta que nuestros ojos no se encontraran de nuevo.

## Capítulo 35

### Daniela

No podía soportar mirarle sin recordar las palabras de esa tipa. Cuando se despidió de mí, sentí sus lágrimas, su dolor. Estaba segura de él, de lo que sentía por mí, pero no podía perdonarle que me hubiese ocultado algo tan fuerte como un bebé. ¿En qué estaba pensando?

Pasé la peor noche de toda mi vida, y dormir sin él fue algo que no pude soportar, así que acabé volviendo a mi antigua cama, al menos esa no olía a él y pude quedarme dormida, aunque después de haber dado mil vueltas.

Por la mañana me levanté con un fuerte dolor de cabeza, tan fuerte como el que me dio aquel día. Ni siquiera podía mantenerme en pie, me latía demasiado la cabeza, aunque supuse que era por no haber dormido nada y por las horas en las que no podía dejar de llorar. Era tanta la tensión que tenía, que me costaba dejar de hacerlo.

Llamé a mi jefa y le dije que ese día no podía ir, que estaba muy mal. En principio no le gustó saber que faltaría al trabajo, pero no le quedó otra que entenderlo. Nada más colgar, pedí cita en el médico, una telefónica, porque últimamente para que te vieran en consulta, era complicado. Tenía que pedir la baja y el alta para poder ir a trabajar al siguiente día.

La doctora me llamó tres horas después y, tras mandarme algo para esos dolores de cabeza, me envió por *e-mail* el documento de baja y alta para que se lo enviase a mi empresa, algo que hice nada más colgar.

Me pasé todo el día tumbada en la cama, ni siquiera tenía fuerzas para prepararme algo de comida. Recibí la llamada de Jorge y me desahugué con él un rato, aunque pronto colgué, ya que seguía encontrándome mal. Poco después me llamó mi hermana, pero solo le conté un poco por encima. No estaba para hablar con nadie, así que me despedí pronto de ella.

Me levanté y me di una ducha, necesitaba una con urgencia, al menos así me relajaría un poco y bajaría la intensidad del dolor de cabeza. Cuando acabé, comencé a sentirme un poco mejor, fui a la cocina y me preparé un sándwich, no me apetecía nada más.

Así pasé la mierda del jueves, acostaba, comiendo poco y durmiendo menos. Y peor después de recibir su mensaje, diciéndome lo que me amaba. Volví a llorar tras eso y apagué el móvil para no hablar con nadie.

Al siguiente día, me desperté sobre las ocho, me aseo, tomé un café rápido y me fui a trabajar, tal y como le había dicho a mi jefa. Aunque aún seguía mal, sobre todo porque estaba a un solo día de esa boda tan fugaz que teníamos preparada y la que aún no había sido capaz de cancelar. Sin embargo, debía pensar seriamente hacerlo. «¿De verdad quieres cancelar la boda con Saúl?», pensé, pensé de nuevo, aunque no había dejado de hacerlo desde esa noche.

—Buenos días —saludé a mi compañero y me senté.

—¿Estás mejor, Daniela? —se interesó, yo asentí y luego negué—. ¿Qué te pasa?

—Es una larga historia —musité con la voz entrecortada.

—Después me cuentas, si quieres, ¿vale? —asentí.

Mi jefa nos llenó de trabajo a ambos, más a mí que a él, tenía que recuperar por algún lado las horas en las que no había ido a trabajar. Esa tarde iba a ser larga y estaba segura de que llegaría a mi casa más tarde que nunca.

Trabajé y trabajé sin descanso, tanto que no salí ni a comer. Gracias que tenía un compañero que valía millones, que se encargó de traerme un bocadillo de lomo que me supo a gloria, estaba hambrienta después todo. Para cuando acabé de contabilizar todo lo que mi jefa me puso sobre la mesa, eran las ocho de la tarde y ya estaba loca por irme a la casa a descansar.

Me despedí de ella, que aún estaba en la oficina, y me fui. Me subí a mi coche a la vez que encendía el móvil, pues desde el día anterior lo mantuve apagado, aunque fue más por olvidadiza que por otra cosa.

Vi que tenía varias llamadas perdidas de mi hermana, así que la llamé.

—Por fin. ¿Dónde te metes? Llevo llamándote horas. —Me atropelló con su voz.

—Lo siento, estaba trabajado y tenía mucho trabajo acumulado por no venir ayer, por eso he salido tan tarde hoy —expresé, y noté su preocupación nada más saber que había estado mal.

—¿Qué te pasó? ¿Por qué no me lo dijiste cuando hablamos? —preguntó alterada.

—Tranquila, solo me dolía mucho la cabeza y no podía venir, pero ya estoy mejor.

—¿Seguro? Mira que como me estés mintiendo...

—Que no, de verdad. Me siento mejor. —Eso último lo dije más bajito, sabiendo que era una mentira muy gorda.

No estaba mejor, nada de eso. ¿Cómo iba a estarlo si seguía pensando en Saúl, en lo que había pasado? Le extrañaba, extrañaba sus besos, sus te amo, sus caricias. Extrañaba cada parte de él, de su mirada, de... todo. Pero no podía perdonarle así como así, no cuando sentía que me había mentido. ¿Quién me decía a mí que no volvería a hacerlo, que no volvería a ocultarme algo tan fuerte? Además, no podía soportar el hecho de saber que iba a ser padre, que otra mujer estaba embarazada de él. Por mucho que yo supiera que había estado con ella antes de estar conmigo, me costaba encajar todo eso.

—Voy para tu casa, ¿vale? Y Esta noche me quedará contigo.

—No hace falta, Mónica —quise disuadirla.

—Me da igual lo que me digas, eres mi hermana y me necesitas.

Estuvimos hablando unos minutos más, hasta que me colgó, cansada de escucharme decirle que no viniera. Llegué a mi casa y nada más cerrar la puerta escuché el timbre. No sabía que estaba de camino mientras hablábamos por teléfono. Abrí y mi hermana entró rápidamente, supuse que pensó que le cerraría la puerta para no dejarla entrar. Sonreí y, en cuanto me abrazó, volví a llorar.

—Ves como no estás bien —refirió cuando se separó.

Nos sentamos y cogió mis manos con cariño, un cariño que unos meses atrás no recibí de ella. Mónica había cambiado, era otra persona desde que Víctor la engañó. La miré y secó mis lágrimas.

—No llores más, no te hace bien.

—¿Cómo dejo de hacerlo? Me cuesta muchísimo. ¿Sabes lo que es para mí entrar en esta casa sabiendo que él no llegará?

—Tú fuiste la que le pidió tiempo, ¿no? Él solo te está dando ese tiempo, Daniela. —Agaché la mirada.

—Lo sé, pero una parte de mí desea llamarle para que regrese, la otra no me deja... me recuerda el motivo por el que le pedí ese tiempo —hablé con la voz rota—. Mañana es la boda y no sé qué hacer. Pienso que esto puede ser una señal, que no debería casarme así tan rápido con alguien al...

—Al que conoces perfectamente, Daniela. Por el amor de Dios, si conocemos a Saúl desde que éramos niñas y sigue siendo el mismo, no ha cambiado nada... Bueno, físicamente es un bombón, pero mentalmente sigue



igual. —Sonreí al escuchar esas palabras—. Déjate de tonterías y escúchale, no pierdes nada, ¿o sí?

Fruncí el ceño sin dejar de mirarla y ella lo notó. Antes de que pudiese preguntarle, se levantó para ir a la cocina y, supuestamente, preparar algo de cena.

—¿Has hablado con él? —pregunté, nerviosa. Ella no respondió—. Mónica, habla.

—Sí, ayer estuve hablando con él.

Me quedé en silencio, esperando a que me diese más detalles sobre eso. Quería saber cómo estaba porque cuando se fue de la casa, sentí que yo le había roto el corazón, aunque solo fueron las circunstancias. Yo jamás podría hacerle daño, no conscientemente. Pero la zorra esa vino a jodernos y yo no sabía cómo perdonarle algo así. «Son celos», mi conciencia lo tenía mucho más claro que yo, de eso estaba segura. ¿Estaba celosa? No podía negar que verlos follar en el sofá fue algo que me dolió, y más después de que me dijera que me quería, pero si encima le añadíamos a que después de eso, se quedó embarazada... eso, dañaba todo.

—Está fatal —fue lo único que dijo.

—¿Nada más?

—Si tanto te preocupa, ¿por qué no le llamas tú misma? —comencé a negar—. Daniela, tienes que pensar las cosas muy bien antes de dar el siguiente paso. No quiero agobiarte, pero te recuerdo que mañana te casas.

No le respondí, no sabía qué decirle a eso. La dejé en la cocina haciendo la cena y me fui a mi habitación, a la que compartía con Saúl. Entré y cerré tras de mí para después pegar la espalda a la puerta. Suspiré, no sabía cuántas veces lo hice y caminé hasta el armario donde su ropa aún seguía colgada en las perchas. Cogí una de sus camisas y la llevé hasta mi nariz para olerla, aun mantenía su olor. Cerré los ojos y con ella, arrastré los pies hasta la cama, me acosté boca arriba y pensé, pensé todo lo que habíamos pasado, como habíamos empezado y lo mucho que lo amaba. Aún no entendía cómo fue que empezó este amor, ni mucho menos entendía cómo fue que me enamoré tan rápido de él... en realidad, me di cuenta de que toda mi vida había estado enamorada de él, solo que no lo supe hasta el momento en el que supe que Saúl me quería. Mi corazón se llenó tanto que ya no pude volver a respirar y solo lo conseguía cuando él me encerraba entre sus brazos.

—Daniela, ya está la cena lista —me avisó mi hermana desde la puerta.

Esa noche fue muy especial, no solo por pasarlo con mi hermana, algo que nunca habíamos hecho, también porque una parte de mí parecía sentirse mejor

y eso fue gracias a ella y a los recuerdos que tenía con él. Eran todos bonitos, llenos de amor, de pasión. ¿Cómo iba a olvidar todo eso solo por una estúpida? Le estaba dando lo que ella quería, separarme del hombre que amaba. ¿Le iba a dejar el camino libre? No podía, claro que no. No obstante, no podía olvidar que Saúl iba a ser padre, y de ese bebé, no podría separarle.

—¿Estás mejor? —habló Mónica, sacándome de mis pensamientos.

—No lo sé, Mónica. ¿Qué debo hacer? No puedo separar a Saúl de ese bebé, aunque Lidia me contó que él no quería hacerse cargo. —Ella no dejó de mirarme en todo momento—. Jamás creí que Saúl pudiese hacer algo así y más siendo suyo.

—¿Has pensado en la posibilidad de que esta tía te haya engañado? —su pregunta me sorprendió—. Qué no digo que sea así, pero puede.

—Yo sé que mantenían relaciones sexuales, los vi la última vez sobre este sofá. —Lo señalé y ella puso cara de asco—. ¿Por qué debería de engañarme? Embarazada está, eso se nota. Claro que no sé si...

—Si es suyo —terminó la frase por mí—. A lo mejor, si hubieras dejado que Saúl hablase, te habrías ahorrado tanto sufrimiento.

Terminamos de cenar y Mónica se acostó, estaba cansada y, además, me dijo que, al siguiente día, tenía que madrugar para hacer algunas cosas. Yo me encargué de recoger todo y cuando acabé, me senté un rato en el sofá para ver algo en la tele. Claro que estaba tan cansada que terminé yéndome a la habitación para acostarme a dormir.

En ella di varias vueltas y me cabreé, ya que cuando estaba en el salón me dio sueño, pero fue poner la cabeza sobre la almohada y activar mi mente. Me obligué a dormir, me esperaba un día muy duro cuando amaneciera y aún no había tomado una decisión. ¿Qué iba a hacer? ¿Me casaré con Saúl? ¿O dejaré que haga su vida con la madre de su bebé?

## Capítulo 36

### Daniela

Eran las once de la mañana cuando mis ojos se abrieron, me levanté como un resorte, jamás había dormido tanto. Si no fuera porque llevaba días sin conciliar el sueño, estaría levantada desde mucho antes.

Salí al salón buscando a mi hermana, pero me encontré una nota sobre la mesa, la cogí y la leí:

*Daniela, no quise despertarte. Te llamo en cuanto tenga un hueco. Un beso.*

Apreté los labios extrañada, algo me decía que mi hermana estaba escondiéndome algo. «Ya deja de pensar que todo el mundo te esconde cosas», pensé. Ciertamente, me comía la cabeza demasiado y debía confiar más en las personas que me querían.

Miré el reloj, eran casi las doce. ¿En qué momento había pasado una hora? Comencé a ponerme nerviosa y todo gracias a que mi hermana me había dejado el vestido de novia echado sobre el sofá. Lo cogí con manos temblorosas, y al levantarlo, cayó un sobre al suelo. Volví a dejar el vestido despacio, como si tuviese miedo a que se estropeará, y me senté en uno de los sillones para ver ese sobre. Leí lo que ponía por fuera:

*Para Daniela.*

Nerviosa, lo abrí y saqué una hoja doblada; parecía una carta y, cuando comencé a leerla, supe que era de Saúl:

*Hola, pequeña. He decidido escribirte una carta, no me atrevía a acercarme a ti de otro modo por miedo a que volvieras a echarme de tu lado y creí que hacerlo por escrito, sería más fácil llegar a ti y que me dejaras hablar.*

*Es la primera vez que te envió una carta, pero no la primera que te escribo. Te preguntaré que a qué me refiero. Cuando éramos unos adolescentes, te escribí muchas cartas declarándome, pero jamás tuve la valentía de dártelas, era un cobarde y creo que lo sigo siendo, pues tengo mucho miedo de perderte.*

*Quiero pedirte perdón por no haber sido capaz de contarte lo que estaba pasando con esa mujer, ya ni su nombre puedo decir, pero el miedo no me dejaba y no sabes lo mal que lo he pasado todos esos días en los que quería y no podía. No obstante, lo más importante que quiero que sepas es que el bebé de Lidia no es mío, nos engañó a los dos y consiguió separarnos, aunque no pierdo la esperanza de que me perdones.*

*Esta tarde es nuestra boda... yo iré y te esperaré en el altar, Daniela. Entenderé si no vienes, y si eso pasa, seguiré luchando por ti, aunque se me vaya la vida en ello.*

*Te ama, tu Saulito.*

Lloré, lloré lo que nunca en mi vida y eso que había tenido muchos motivos para llorar en algunas ocasiones, pero era la primera vez que mis lágrimas eran de alivio, miedo y amor; era un cúmulo de sentimientos que no me dejaban pensar con claridad. ¿Qué debía hacer? ¿Debería casarme con Saúl? Ya no había ningún motivo para no hacerlo, para estar separados. «Te ocultó lo que estaba pasando», pensé a la vez que me levantaba. Comencé a dar vueltas de un lado al otro, estaba echa un maldito lío.

Me fui al baño para asearme y, con suerte, después de un pequeño tiempo, me vendría un poco de claridad.

Cuando terminé, salí del baño vestida y me fui a la cocina para prepararme algo de almuerzo. Abrí la nevera y había sobrado un poco de arroz que hizo mi hermana por la noche, así que lo calenté para comer. Me senté para almorzar, sin dejar de mirar la hora, ya eran las tres de la tarde, solo faltaban dos horas para la boda y yo aún seguía sin saber qué hacer. Ni siquiera fui capaz de meterme una cucharada de arroz, así que me levanté para dejar el plato en la encimera de la cocina. Al salir, caminé hasta la ventana y la abrí, el frío me caló los huesos, hacía bastante frío, estábamos llegando al invierno. Cogí mi bata y me la puse para seguir en la ventana, asomada, con la mirada perdida.

No sabía cuándo tiempo estuve ahí, pero cuando me quise dar cuenta, eran pasada las cuatro de la tarde. De pronto, sonó el timbre de la puerta y corrí para abrirle, pensando que era Saúl. Pero no era él y me sorprendí al ver a Fran delante de mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—¿Puedo pasar? —me pidió, y me aparté para que lo hiciera—. Siento presentarme aquí después de tanto tiempo. —Miró al sofá y se sorprendió al ver el vestido de novia—. ¿Te vas a casar? —Su voz sonó algo triste.

—En teoría —respondí pasando por su lado.

—¿A qué te refieres con eso?

—Mira, Fran... la verdad es que no estoy de humor para hablar contigo ahora, así que te pido que te vayas, por favor —no quería sonar borde y mucho menos discutir con él y por eso precisamente le estaba pidiendo que se fuera.

Se acercó a mí y cogió mis manos sin apartar sus ojos de los míos. Hacía mucho que no nos tocábamos, que no nos mirábamos así, en silencio. Cuando me di cuenta de que eso podría interpretarlo como algo diferente, me aparté de él.

—¿Ya no me quieres? —Esa pregunta no me la esperaba.

Me mantuve de espaldas a Fran, no quería volver a mirarle.

—Responde, Daniela —me pidió—. Te dejé un tiempo para pensar en lo nuestro y he vuelto a buscarte porque mantengo la esperanza de que vuelvas a mí. —Posó sus manos en mis brazos, a cada lado—. Yo te quiero, no he podido olvidarte. ¿Por qué no nos damos una oportunidad?

Me giré, ya no podía seguir escuchándole, no cuando no sentía nada por él, ni siquiera un cariño especial.

—No, Fran, no te quiero. En realidad, creo que jamás te quise —declaré en un hilo de voz.

—¿Quieres a Saúl? —¿Quería a Saúl? Con toda mi alma, y siempre iba a ser así. Asentí—. ¿Cuándo te casas?

Miré el reloj y abrí los ojos desorbitadamente. Entré en pánico, no podía ser verdad. ¿Por qué había sido tan estúpida? Iba a llegar tarde y perdería a Saúl por orgullosa, sería la novia más estúpida de este mundo. Tenía que llegar a tiempo, antes de que se fuera de la iglesia.

—¡Debería estar casándome en este momento! —grité fuera de mí—. Necesito que me lleves a la iglesia, Fran, por favor —le supliqué a la vez que volvía a coger sus manos. Él no movió ni un músculo—. No te lo pediría si no fuera importante.

—Está bien, te llevaré. —Lo abracé, emocionada, y él me estrechó—. Solo quiero que seas feliz, aunque no sea conmigo.

Íbamos a salir cuando Fran me paró y me preguntó sobre el vestido. No me daba tiempo a cambiarme, si lo hacía sería cuando llegase tarde. Me miré de arriba abajo y no era precisamente la novia perfecta; iba en chándal, unas deportivas y el cabello recogido en un moño mal hecho. Ni siquiera estaba maquillada, iba a ser un desastre. Se lo hice saber y no volvió a decir nada más. Bajamos a la calle y me llevó hasta una moto. ¿En serio? ¿Qué les

pasaba a los hombres con las motos? No recordaba que a Fran le gustase, aunque tenía claro que había cosas que aún no conocía de él, tampoco es que tuviese interés en ese momento.

Me subí cuando lo hizo él y le di la dirección de la iglesia. Condujo rápido, algo que no me gustaba, pero que era necesario. Para colmo, había mucho tráfico, aunque solo estábamos a dos calles de la iglesia.

—¡Joder! —exclamé cabreada.

Fran notó mi desesperación, por lo que comenzó a pitar, llevándose más de un insulto de otros conductores, pero eso no lo achantó y se metió entre los coches para seguir nuestro camino y llegar. En cuanto paró delante de la iglesia, cinco minutos después, me bajé y le di el casco.

—Muchas gracias por traerme, Fran. —Me giré para salir corriendo y escuché su voz.

—¡Daniela! Espero que seas feliz, más de lo que yo no supe hacerte. —Le sonreí a la vez que asentía y él me imitó para después desaparecer de mi vista.

Por ese camino se marchaba el hombre del que una vez pensé que estaba enamorada y el mismo que me demostró que jamás lo estuve y que en mi corazón solo había estado Saúl, toda mi vida había sido Saúl.

Corrí hacia la iglesia, tan rápido que por poco me caí de boca. Llegué a la puerta, que estaba abierta, y vi cómo el amor de mi vida bajaba los escalones del altar para marcharse. Me fijé en su semblante, estaba muy triste y eso me partió el alma. Entonces lo hice, grité su nombre importándome muy poco que estuviéramos en la casa del señor, como decían los curas.

—¡Saúl! —Mi voz sonó con eco, algo que ayudó bastante para que me escuchara.

Me adentré en la iglesia a toda prisa, fijándome en que los asientos estaban llenos con nuestros invitados. «Y tú con estas pintas», pensé.

Él miró en mi dirección y en cuanto nuestros ojos se encontraron, sonrió feliz. Aceleró el paso para llegar a mí a la vez que lo hacía yo y cuando estuvimos frente a frente, cerca, muy cerca, no dijimos nada, las palabras en ese momento sobraban. Cogió mis mejillas con ambas manos y acercó sus labios a los míos, besándome al fin después de tantos días sin vernos. Tuvimos que parar, antes de que perdiéramos el control, ya que llevábamos muchos días sin estar juntos. Separó sus labios de los míos, pero sin alejarse demasiado.

—Pensé que no vendrías —murmuró bajito, con la voz entrecortada—. Pensé que te...

Puse un dedo en sus labios para callarle, en ese momento me tocaba a mí hablarle, decirle lo que pensaba, lo que sentía.

—Siento haber llegado tan tarde. —Me miró a los ojos con una dulzura que me mató—. Siento no haberte escuchado, haberte hecho daño. Lo siento tanto, mi amor. —Me temblaba la voz, toda yo temblaba.

Iba a seguir hablando, a decirle todo lo que sentía, pero pegó sus labios a los míos para callarme, para hacerme olvidar cualquier cosa que nos hubiera hecho daño días atrás, porque ya no importaba, nada más importaba en ese momento que nosotros dos.

Subí mis brazos para abrazarle, para que nuestros cuerpos se pegaran más si podía. Escuchamos un carraspeo que nos hizo separarnos y mi hermana Mónica fue la que nos interrumpió. Caminó hasta nosotros y nos abrazó feliz. Le di las gracias por todo, sabía que había sido ella la que me dejó la carta de Saúl y la que consiguió que todo eso nos estuviera pasando.

—¿No te ha dado tiempo a ponerte el vestido? —Enseñé los dientes y Saúl soltó una carcajada a la que se unió mi hermana—. Ya no hay tiempo, pero mandaré a alguien a que lo recoja. ¿Te importa casarte así? —Me señaló.

Miré a Saúl para que él me diera su aprobación y asintió sin borrar esa sonrisa que me aceleraba el pulso. Me casaría con el hombre de mi vida en chándal, algo bastante inusual y que no dejaría que el novio, aun estando tan guapo como lo estaba él, fuera el centro de atención. Los ojos de todos los invitados solo me mirarían a mí gracias a mi modelito.

—Estoy horrible —musité avergonzada.

—Eso es imposible, tú jamás estarías horrible, pequeña. —Besó mi cabeza—. Te espero en el altar. —Me guiñó un ojo y se alejó de mí.

Miré a los invitados y me disculpé, su respuesta fue echarse a reír, sobre todo mis padres. Caminé hasta ellos y, tras darle un beso a cada uno, le pedí a mi padre que me llevase al altar. Se levantó y extendió su brazo para que cruzara el mío y me llevó hasta donde me esperaba el hombre de mi vida.

Mi padre, orgulloso, me acercó a mi novio, que me recibió con los brazos abiertos. Cogió mis manos y, tras besarlas, escuchamos la voz del cura que nos casaría. Parecía algo molesto y me disculpé con él también por haberle hecho esperar tanto.

—Como no tenemos mucho tiempo, dejemos que los novios digan sus votos.

Sus ojos no se apartaban de los míos, mi corazón se aceleró, aunque no había dejado de sentir que me ahogaba en todo momento y, como siempre,

solo cuando él me tocaba, recuperaba el aliento, la cordura... recuperaba mi vida.

—Pequeña, sabes que me he pasado toda la vida enamorado de ti y que reencontrarte fue el mejor regalo que pude recibir. No tengo palabras para decirte todo lo que siento por ti, porque nuestro amor es mucho más grande que cualquier cosa que pueda decirte. —Besó mis manos—. Pensé que te había perdido...

—No me has perdido, jamás lo hiciste, ni siquiera cuando te marchaste hace años —le interrumpí—. Regresaste a mi vida cuando peor lo estaba pasando y sentí que habías venido a salvarme y me di cuenta de que los dos necesitábamos que nos salvaran de nuestro dolor. Te amo, Saúl y te amaré por el resto de nuestras vidas.

Sin esperar a que el cura nos preguntara si aceptábamos al otro, dijimos «sí, quiero» al unísono y nos besamos con amor, con todo ese amor que sentíamos el uno por el otro. Los aplausos hicieron eco entre nosotros, obligándonos a separarnos, y fueron saliendo poco a poco. Saúl hizo que agarrase su brazo y caminamos hasta la salida de la iglesia, donde los invitados nos esperaban. Antes de salir, me paró.

—Te amo, pequeña —declaró con los ojos aguados—. No sabes lo feliz que soy en este momento.

—Yo también te amo, Saulito. —Le sonreí.

—¿Te das cuenta de que hace unos meses me dijiste que no podrías tener nada conmigo? Y míranos ahora, felizmente casado.

—Pasamos de ser mejor amigos a amarnos con locura.

—Pequeña. —Se acercó a mí peligrosamente—. Yo jamás podría ser tu amigo, no sin poder hacer esto.

Sus labios se pegaron a los míos en un intenso besó que nos demostró lo mucho que nos hacíamos falta. No supe cuánto tiempo estuvimos en la puerta de la iglesia besándonos, pero los invitados nos llamaban desde la calle y el cura nos quería echar de una vez. ¿Paramos de besarnos? No podíamos, cuando Saúl y yo nos besábamos, perdíamos el rumbo de todo, de la hora, si era de día o de noche... incluso del lugar en el que estábamos, y estaba segura de que sería así siempre.

Él había sido mi mejor amigo, había sido mi hombro en el que llorar, y en ese momento, era más, mucho más... En ese momento, éramos amigos de más.



## Epílogo

### Saúl

Daniela y yo llevábamos casados dos meses y estaban siendo los mejores de toda mi vida. Después de darnos el sí, quiero, ella desapareció con su hermana y volvió estando ya en la fiesta. Cuando entró, me puse a llorar como un estúpido al verla tan hermosa; se había puesto el vestido de novia, estaba como habría venido a la iglesia de no haber sido por lo que había pasado.

Pasamos una noche espectacular junto a la familia y amigos, un momento que me era difícil de olvidar y estaba seguro de que ella tampoco era capaz de hacerlo.

Pensamos en irnos de luna de miel después de Navidad, pero queríamos buscar otra casa en la que vivir, una que fuera nuestra. Por ese motivo, todavía no nos habíamos ido, aunque tenía una sorpresa para ella.

Salí muy temprano para hacer algunas cosas y una de ellas era dejar el trabajo en el bar, pues comenzaría pronto a trabajar en la ferretería con mi suegro que volvió a quedarse solo. En principio no me gustó, eso de ser un enchufado no era lo mío, pero mi intención era ayudarlo, así que acepté.

Dos horas después, regresé y ella estaba con la música a todo volumen y limpiando al ritmo de Mark Anthony. Me fijé en su cuerpo, en su trasero, y se me secó la boca al ver cómo meneaba las caderas mientras barría; llevaba unas mallas ceñidas y eso no ayudaba en nada. Caminé sigiloso hacia ella y pasé mis brazos por su cintura por detrás. Daniela pegó un respingo, la había asustado. Besé su cuello, algo que la relajó.

—Eres hermosa —musité en su oído.

—No te escuché llegar. ¿Cuándo tiempo llevas mirándome? —preguntó divertida.

—El suficiente para volverme loco.

Giró entre mis brazos y me besó con pasión, devorando mi boca. La alcé para que enroscara las piernas alrededor de mi cintura y la dejé sobre la mesa para seguir besándonos. Si antes me costaba trabajo alejarme de ella unos minutos, después de esos meses juntos, era mucho peor.

Metí mis manos por debajo de su camiseta e hice que alzara los brazos para quitársela. No llevaba nada debajo, algo que me ayudó a llevar mis labios hasta sus pechos para saborearlos. Pasé la lengua por sus pezones despacio, arrancándole más de un suspiro, provocando en mí la desesperación de hundirme en ella, y Daniela también lo deseaba. No la hice más de esperar y le quité la parte de abajo con rapidez, dejándola completamente expuesta ante mis ojos. La miré de arriba abajo y, tras desnudarme yo con su ayuda, entré en ella de una sola estocada. En ese mismo lugar, sobre esa mesa, le hice el amor sin descanso, sin pensarlo, solo amándonos con locura.

Terminamos sin resuello, sin dejar de mirarnos ni besarnos. ¿Era posible amar a alguien tanto? A veces pensaba que era imposible, que un corazón no estaba preparado para tanto amor, luego llegaba ella y me demostraba que se podía amar mucho más de lo que ya nos amábamos.

—Tengo una sorpresa para ti —dije desconcertándola.

—¿Una sorpresa? —asentí, separándome de ella unos segundos.

Me agaché para coger mis pantalones y saqué el sobre de la agencia de viajes del bolsillo trasero del pantalón. Se lo di y ella abrió los ojos, notablemente sorprendida. Aún no sabía el destino al cual iríamos de luna de miel y dejaría que fuera ella la que lo descubriera.

—Ábrelo —la apremié.

Daniela abrió el sobre, sacó los billetes de avión y una sonrisa se dibujó en sus labios, una que me llenó el alma.

—¿Nos vamos a Ecuador? —preguntó a la vez que pegaba un salto para que la cogiera.

—Bueno, a Guayaquil.

No sabía hasta qué punto le hacía ilusión viajar al país natal de mi madre, ese lugar que me vio convertirme en un hombre y donde estuve años acordándome de ella.

Por eso la llevé, quería que conociera a la poca familia que tenía. El viaje fue increíble, no solo porque mis tías y primos conocieron a la mujer de mi vida, también por todos los lugares que visitamos juntos en los paseos que dábamos por la noche. Uno de esos lugares fue el malecón, y le gustó tanto que nos hicimos mil fotos. También fuimos a la playa y se sorprendió de lo

caliente que estaba el agua en ese tiempo y el calor que hacía, ya que en España era invierno. Los últimos días, decidí llevarla a hacer la ruta del Sol, que consistía viajar por la costa mientras parabas en cada pueblo que encontrabas, algo que le encantó hacer y que disfrutamos muchísimo. Comenzamos en Punta Carnero, aunque pasamos más tiempo en Salinas, donde comimos en un chiringuito.

La última noche de la ruta, dormimos en un hotel pequeño, pero con mucho encanto, en Manta. A nosotros nos dieron la *suite*, ya que se suponía que era la mejor habitación de todas. No, no lo era, y cuando Daniela fue a darse una ducha, soltó una carcajada al comprobar que el agua caía sin control y que mojaba todo menos a ella.

Cuando nos acostamos y empezamos a besarnos, Daniela volvió a reír, ya que el ruido de los muelles le cortaban todo el rollo y no había quien se concentrara.

—Me encanta verte reír —le dije, acariciando de arriba abajo su cuerpo desnudo.

—Y a mí me encantan tus caricias, pero si vas a seguir, mejor nos vamos al suelo, porque no podré mirar mañana a tu familia por la vergüenza.

Me levanté, puse la colcha en el suelo y cogí su mano para que se levantara. Volvimos a acostarnos sobre la colcha y ahí, sin poder esperar más, hicimos el amor con pasión y, por más que quisiéramos contenernos, nos costaba y acabarían escuchando nuestros gemidos. Nos era muy complicado contenernos y lo demostrábamos a cada segundo. Con solo una mirada, nos encendíamos y ya no podíamos parar.

Por la mañana, fuimos a una puestecito en la playa para desayunar, mi familia aún estaba en el hotel aseándose y guardando lo poco que sacaron la noche anterior. Nos sentamos en silencio y mis ojos se clavaron en ella; mi esposa tenía la mirada perdida al frente y su sonrisa deslumbraba todo el lugar.

—¿En qué piensas? —Choqué mi hombro con el de ella.

—En todo lo que ha pasado tan rápido. —Suspiró.

—¿Eres feliz? —Me miró y se mordió el labio inferior.

—La más feliz de este mundo. —Se sentó sobre mis piernas—. Tú me haces feliz con solo una mirada, Saúl.

La apreté entre mis brazos y la besé, sellando así nuestro amor, uno que comenzó siendo solo unos niños y que seguirá hasta que la muerte nos separe, algo que nos dijo el cura el día de nuestra boda. Aunque no nos hacía falta que nadie lo dijera, ambos sabíamos que este amor duraría para siempre.



PRISCILA SERRANO (Málaga, España, 1985). Es una autora española cuyas obras se enmarcan en el género romántico.

Sin saber qué rumbo quería tomar en su vida, estuvo mucho tiempo intentando decidirse por qué estudiar y a qué dedicarse, hasta que un día tomó una decisión que lo cambiaría todo: darle rienda suelta a su imaginación y plasmar en papel todas esas historias que siempre le habían rondado en la cabeza.

Desde que comenzara a escribir, Priscila ha publicado con sellos como Selecta y Ediciones Kiwi. Entre sus obras se encuentran la trilogía *Besos*, la serie *Para siempre* y títulos autoconclusivos como *El peligro que nos une* o *Sé mi verano en un día de invierno*.

